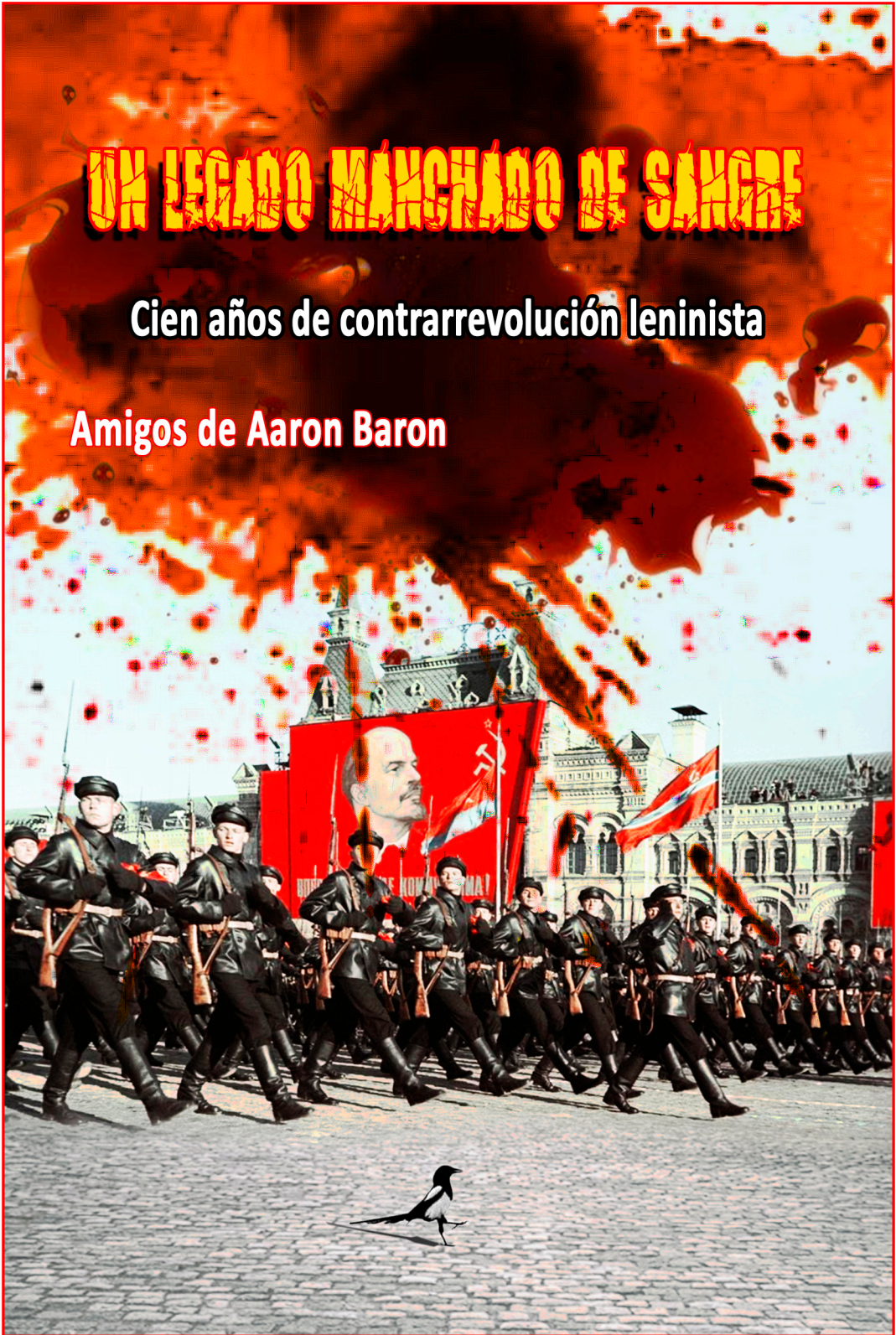


# UN LEGADO MANCHADO DE SANGRE

Cien años de contrarrevolución leninista

Amigos de Aaron Baron



Aron Baron nació en el seno de una familia judía pobre en la provincia ucraniana de Kiev en julio de 1891. Fue enviado a Siberia tras la Revolución de 1905 y finalmente llegó a Estados Unidos en 1912. En Chicago conoció a su primera esposa, Fanya, y participó activamente en el Sindicato de Trabajadores Rusos y en el Industrial Workers of the World. Regresaron a Ucrania en 1917.

Baron fue editor de la revista *Nabat* y participó en el movimiento del mismo nombre. Fue un activo orador y organizador. Las detenciones y encarcelamientos por parte de la Cheka por la agitación revolucionaria de Baron comenzaron en 1919, y nunca parecieron terminar. En septiembre de 1921, Fanya Baron fue fusilada por la Cheka.

Siguieron años de exilio y encarcelamiento, pero Baron nunca dejó de organizarse contra el Estado bolchevique y por la verdadera autoemancipación de los obreros y campesinos. Fue ejecutado con más de una docena de compañeros anarquistas en agosto de 1937.

Este volumen está dedicado a Baron y a todos los anarquistas asesinados por la tiranía bolchevique, y a los que lucharon por salvarlos.



# BLOODSTAINED



ONE HUNDRED YEARS OF  
LENINIST COUNTERREVOLUTION

EDITED BY  
FRIENDS OF ARON BARDI

Amigos de Aaron Baron

**UN LEGADO MANCHADO DE SANGRE**

Cien años de contrarrevolución leninista

Título original: *Bloodstained. One hundred years of leninist counterrevolution*

Publicación: 2017

Adaptado de la traducción de Libértame de 2022

<https://libertamen.wordpress.com/2022/06/23/manchado-de-sangre-100-anos-de-contrarrevolucion-leninista-2017/>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



En el exilio. Aaron Baron, su segunda esposa Fanya Avruskaya,  
y su hija Voltairina

## ÍNDICE DE CONTENIDO

- Epígrafe
- Introducción de Los amigos de Aaron Baron
- Anarquía y comunismo «científico» por Luigi Fabbri
- ¿El sistema soviético o la dictadura del proletariado? por Rudolf Rocker
- La idea de igualdad y los bolcheviques por Néstor Makhno
- El Estado y la revolución: Teoría y práctica de Iain McKay
- Una década de bolchevismo por Alexander Berkman
- Prefacio a «La Comuna de Kronstadt» de Ida Mett por Maurice Brinton
- La Comuna de Kronstadt por Ida Mett
- La lucha contra el fascismo comienza con la lucha contra el bolchevismo por Otto Ruhle
- Mi desilusión en Rusia – Epílogo de Emma Goldman
- Gritos en el desierto: Alexander Berkman y la ayuda a los prisioneros rusos por Barry Pateman
- El bolchevismo y el estalinismo por Paul Mattick
- El papel de la ideología bolchevique en el nacimiento de la burocracia por Cornelius Castoriadis

## EPÍGRAFE

*Pronto la generación más joven nos relegará a los archivos, ¿no es así?*

*No, es demasiado pronto para archivarnos, ¿verdad, mi buen y joven amigo?*

–Aron Baron, 1925, en una carta a Mark Mrachny

## **INTRODUCCIÓN DE LOS AMIGOS DE ARON BARON**

Puede que la historia no haya terminado, pero ciertamente se ha vuelto extraña. El contrato social que el neoliberalismo impuso en su día –un mosaico de juegos económicos y los rituales políticos necesarios para imponerlos a la gente– se ha roto con sorprendente rapidez en los últimos años. El resultado ha sido una rápida universalización de la precariedad. La imprevisibilidad y la falta de fundamento son partes omnipresentes de nuestras vidas, que se desarrollan en un mundo supuestamente «posverdad» en el que parecen faltar los prerrequisitos básicos para entender casi todo, o al menos parecen cambiar con cada ciclo de noticias.

Esta nueva realidad fue causa y efecto de la elección de Donald Trump como cuadragésimo quinto presidente de los Estados Unidos. Su campaña aprovechó con éxito el miedo y la desesperación de nuestro desmoronamiento social, y

subió al poder con la promesa de ponerle fin. Dijo que detendría la erosión de nuestra menguante sensación de seguridad y restablecería la certidumbre de unas fronteras claras (nacionales y raciales) y unos puestos de trabajo estables. Los trenes funcionarían a tiempo.

El éxito de Trump desde los márgenes cogió por sorpresa a los liberales estadounidenses. Cualquier otra cosa que no sea el anquilosado ping-pong electoral entre los representantes gerenciales de este o aquel partido político había sido impensable para ellos. Más allá del espectro de la izquierda, hubo sorpresa entre muchos radicales, pero quizás menos conmoción: al menos tenían el arsenal teórico con el que explicar la situación, después de los hechos.

La izquierda no está menos sujeta a la incertidumbre histórica, ni realmente más preparada para afrontarla o predecir lo que vendrá.

Últimamente, muchos radicales se han dedicado a agarrarse al clavo ardiendo que motivó a los votantes de Trump. Cuando el camino hacia adelante no está claro, parecen pensar que lo más seguro es ir hacia atrás, hacia el pasado. Buscan respuestas en lo probado y verdadero, incluso cuando esa verdad es un fracaso histórico masivo. Así, hemos visto un retorno a las estrategias socialdemócratas, primero con el tibio «socialismo» de Bernie Sanders, y más recientemente con la resucitación de los Socialistas Democráticos de América. Los votantes en

Europa se dieron cuenta hace tiempo de la inutilidad de elegir a los llamados socialistas para supervisar una economía capitalista. Estados Unidos, como siempre, no ha aprendido de los errores de otros.

El centenario de la Revolución Rusa, la ocasión de este libro, ha dado un giro aún más extraño a estos acontecimientos. Muchos ven el centenario como una oportunidad para rehabilitar, incluso celebrar, formas anticuadas de socialismo estatal autoritario. Sin embargo, es una celebración complicada, que debe ignorar cuidadosamente la devastación humana que los bolcheviques pusieron en marcha en 1917 o empujarla a través de una frontera imaginaria más allá de la cual, según la historia, la posibilidad comunista fue secuestrada por hombres malvados, y marchó a una tierra de gulags y colectivización forzada. A juzgar por sus listas de títulos recientes y futuros, las editoriales de izquierda de todo el mundo repetirán estas elisiones y cuentos de hadas en decenas de libros que alaban a Lenin, reformulan a los bolcheviques e intentan rescatar la joya marxista enterrada bajo una montaña de cadáveres.

Si sólo fueran la vieja guardia y los celosos funcionarios del partido los que dieran vueltas a estas ficciones, este libro sería innecesario. Su influencia ha disminuido constantemente y acabarán muriendo todos. Sin embargo, en estos tiempos extraños e inestables, muchos jóvenes se han enamorado de los fantasmas de las dictaduras del

pasado, compartiendo en las redes sociales memes de «El joven y sexy José Stalin» y luciendo gorras de béisbol con símbolos de martillos y hoces y collares de joyas. La nueva moda bolchevique tiene a menudo un toque irónico, como los punks de una generación anterior que llevaban símbolos nazis. Pero los punks tenían al menos una cruda honestidad nihilista: hacían referencia al horror que había detrás de sus ropajes para hacer un comentario. Los nuevos y jóvenes comunistas de hoy, o bien son mucho más ajenos a la historia que hay detrás de sus gestos, o bien se protegen astutamente fingiendo que no hay sustancia en su estilo y, por tanto, no tienen que rendir cuentas. Todo esto sugiere la necesidad más urgente de este libro.

«De todas las revueltas de la clase obrera», escribe Cornelius Castoriadas,

*«la Revolución Rusa fue la única victoriosa. Y de todos los fracasos de la clase obrera fue el más profundo y el más revelador.»*

Podemos discutir sobre la palabra «única», pero el punto de Castoriadis permanece: hay algo importante que aprender de las posibilidades que la Revolución Rusa abrió y demolió. La catástrofe de Rusia nos obliga, dice, a reflexionar «no sólo sobre las condiciones para una victoria proletaria, sino también sobre el contenido y el posible destino de esa victoria, sobre su consolidación y desarrollo» y, lo que es más importante, sobre las «semillas de fracaso» inherentes a

ciertos enfoques de la estrategia revolucionaria. Según los marxistas-leninistas, en lo que respecta a la Revolución Rusa, esas semillas eran totalmente externas y «objetivas»: la derrota de las revoluciones posteriores en Europa, la intervención extranjera y una sangrienta guerra civil. La importancia histórica de estos factores es incontestable, y en gran medida no viene al caso. La verdadera cuestión, como señala Castoriadas, es «por qué la Revolución superó a sus enemigos externos sólo para derrumbarse desde dentro».

Para responder a esto, necesitamos lo que Maurice Brinton llama, en su prefacio a la historia de la comuna de Kronstadt de Ida Mett, una nueva historia genuinamente socialista. «Lo que pasa como historia socialista», según Brinton, «es a menudo sólo una imagen de espejo de la historiografía burguesa, una filtración en las filas del movimiento de la clase obrera de métodos de pensamiento típicamente burgueses». La hagiografía socialista de Estado, en todas sus variedades leninistas, trotskistas, maoístas y estalinistas, es simplemente una visión apenas velada de los «grandes hombres» del pasado, con reyes y reinas y presidentes sustituidos por «líderes geniales» revolucionarios, brillantes estrategias que supuestamente llevaron a las masas a la victoria –o que lo habrían hecho si los «factores objetivos» no hubieran intervenido, lo que, extrañamente, siempre parecen hacer.

Esta antología es un intento de contribuir a esa nueva historia. Es, de nuevo siguiendo a Brinton, una historia de las

propias masas, escrita, en la medida de lo posible, desde su perspectiva, no desde la de sus autodeclarados representantes. Hemos reunido obras que abarcan el último siglo, desde 1922 hasta 2017, que sirven para dos propósitos. El primero es descubrir la revolución viva bajo los mitos que los bolcheviques y sus herederos socialistas del Estado han acumulado para legitimar sus acciones, por lo demás indefendibles. La revolución viva es el potencial inherente a cualquier población movilizadada. Se hace, no se decreta, se otorga o se legisla para que exista. Y es una fuerza poderosa. La etapa inicial de la Revolución Rusa, que se extendió desde febrero hasta octubre, fue famosa por su ausencia de derramamiento de sangre. Cuando las masas se levantan como una sola, no hay poder que pueda oponerse a ellas. Crean nuevas formas revolucionarias, prácticas consensuadas que pueden o no tomar forma institucional. Estas prácticas, que en Rusia se agruparon en los soviets, los comités de fábrica y las cooperativas, son las estructuras embrionarias a través de las cuales podría organizarse una nueva sociedad.

Una historia socialista o anarquista también debe tratar de localizar las semillas del fracaso de cualquier revolución. Estas también pertenecen a las masas. La culpa de la «degeneración» de la Revolución Rusa puede ser, y ha sido, repartida generosamente. Sin embargo, convertir a los traidores de la Revolución en simples hombres del saco – Stalin es el más conocido, especialmente para los leninistas

y trotskistas que buscan su propia absolución— evita el hecho de que las masas pudieran ser traicionadas en primer lugar. Cayeron en las bonitas mentiras y en los discursos conmovedores. No resistieron en los momentos cruciales o, cuando lo hicieron, no fueron lo suficientemente lejos. Cedieron, palmo a palmo, el poder que habían tomado, y dejaron que sus enemigos construyeran un tipo de poder muy diferente sobre ellos. Hay una razón por la que Lenin pudo decir que el golpe de octubre fue «más fácil que levantar una pluma»: el camino ya había sido despejado y el Estado ya había sido aplastado. No había nada que levantar. Las masas habían hecho la revolución y los bolcheviques sólo tenían que pasar por encima de los escombros y entrar en los palacios abandonados de los opresores. El hecho de que pudieran hacerlo es una advertencia y una lección que los autores de esta colección hacen ver de innumerables maneras.

Las formas de la auténtica revolución y las maneras en que fueron desmanteladas violentamente por Lenin y sus camaradas son los temas principales de este libro. Si hay un ligero énfasis en esto último es porque los anarquistas, comunistas de consejo y marxistas antiestatales de las páginas que siguen a) tienen una fe implícita en lo que Emma Goldman llama «el genio creativo del pueblo» y b) dudan en prescribir los detalles de una sociedad futura que está por nacer, bajo condiciones y enfrentándose a retos que no podemos prever. Las verdaderas revoluciones nunca se

escenifican, no se producen según el calendario de ningún teórico y rara vez necesitan ayuda para ponerse en marcha. Aunque este hecho queda claro a lo largo de este libro, también hay un enfoque crucial en lo que sucede después, en las trampas y los escollos, en todo lo que puede salir mal.

Rudolf Rocker rastrea la genealogía de los factores que condujeron al fracaso de la Revolución Rusa a través de los debates, a menudo proféticos, de la Primera Internacional y se remonta a finales del siglo XVIII. Marx y Engels, cuyas ideas adaptó Lenin, tomaron prestada su teoría de la revolución de los jacobinos y las sociedades secretas autoritarias de la Revolución Francesa. Concretamente, dice Rocker, se basaron en historias burguesas distorsionadas de esas figuras. El concepto marxista resultante de la dictadura del proletariado es la «dictadura de un partido determinado que se arroga el derecho de hablar en nombre de esa clase». No es

*«ningún hijo del movimiento obrero, sino una lamentable herencia de la burguesía... ligada al ansia de poder político».*

Rocker contrasta este concepto con el «ser orgánico» y la «forma natural de organización... de abajo hacia arriba» que el propio movimiento obrero forja a través de la lucha: consejos y comités conectados en red en federaciones flexibles y no jerárquicas.

Luigi Fabbri también ve raíces burguesas en la ideología leninista, «un estado de ánimo típico de los patronos». Escribiendo justo después de la revolución de octubre, Fabbri atraviesa las numerosas tergiversaciones del anarquismo que incluso la primera propaganda bolchevique promulgó –y que los socialistas de estado todavía impulsan– para revelar las principales ideas que «separan a los comunistas autoritarios de los libertarios». El «error fatal» de Lenin y compañía fue su creencia de que la construcción de un Estado poderoso llevaría de alguna manera a que ese mismo Estado se marchitara, la condición previa para el comunismo según los marxistas y los anarquistas. Para Fabbri, como para la mayoría de los colaboradores de este libro, «el Estado es más que un resultado de las divisiones de clase; es, al mismo tiempo, el creador de los privilegios, provocando así nuevas divisiones de clase». Además, «no desaparecerá a menos que se destruya deliberadamente, al igual que el capitalismo no dejará de existir a menos que se le dé muerte mediante la expropiación». O como dice Iain McKay en su análisis de uno de los libros más famosos de Lenin «La Revolución Rusa demuestra que no fue un caso de Estado y Revolución, sino de Estado o Revolución».

Las distorsiones leninistas de otras tradiciones revolucionarias no han cambiado mucho en el último siglo. Fabbri y otros que escribieron en la época de la Revolución Rusa, tanto testigos presenciales como observadores cercanos, centran nuestra comprensión de por qué luchaban

los militantes no bolcheviques. También nos dan una imagen más clara de las posibles formas de liberación humana que los bolcheviques excluyeron metódicamente. Varios ensayos en las páginas siguientes dan cuenta detallada de los métodos que el Estado recién establecido utilizó para lograrlo. Maurice Brinton e Ida Mett se centran en la masacre de Kronstadt, uno de los ejemplos más claros de cómo la gente corriente, los trabajadores y los marineros en este caso, trataron de llevar la revolución más allá de las anticuadas formas políticas y económicas burguesas que Lenin impuso, sólo para enfrentarse a las armas y las bayonetas del Ejército Rojo de Trotsky. Barry Pateman describe a los numerosos revolucionarios dedicados que acabaron en las cárceles «comunistas», así como las redes de solidaridad que intentaron sacarlos de ellas. Iain McKay traza un mapa del creciente (en lugar de marchitarse) Estado soviético a medida que absorbía una a una las instituciones democráticas y federalistas que las masas habían creado en Rusia y que suponían una amenaza para la creciente dictadura. Otto Rühle describe los efectos desastrosos del leninismo cuando se exportó a Europa. La influencia de Lenin, dice Rühle, no fue simplemente un impedimento para las luchas revolucionarias de los trabajadores europeos, sino que también proporcionó el modelo para el fascismo en Italia y Alemania. «Todas las características fundamentales del fascismo estaban en su doctrina, su estrategia, su 'planificación' social y su arte en el trato con los hombres... La autoridad, el liderazgo, la fuerza, ejercida por un lado, y la

organización, los cuadros, la subordinación por el otro, tal era su línea de razonamiento».

En última instancia, sin embargo, las diferencias entre la dictadura bolchevique y sus muchos críticos de izquierda se reducen a las diferentes ideas sobre cómo y por qué se hacen las revoluciones. Para los anarquistas rusos, ciertamente, el divorcio absoluto de Lenin entre los fines teóricos comunistas y los medios inmediatos y represivos era en sí mismo una garantía de fracaso revolucionario. La propia palabra comunismo –con afinidades como comunal, bienes comunes, comunidad– implica un conjunto obvio y práctico de directrices políticas, una ética militante. Sin embargo, como señala Néstor Makhno, que organizó fuerzas para luchar contra los ejércitos rojos y blancos en Ucrania, los funcionarios del XIV Congreso del Partido Comunista, que se celebró sólo ocho años después de la llegada de los bolcheviques al poder, acordaron que la palabra «igualdad» debía evitarse en todo lo que no fueran discusiones abstractas sobre relaciones sociales distantes; no tenía lugar en el presente comunista.

Emma Goldman y Alexander Berkman emigraron a Rusia en 1919.

Aunque el motivo inmediato de su viaje había sido la deportación, regresaron a su patria con grandes esperanzas y el compromiso de ayudar a construir una nueva sociedad. En dos años, esas esperanzas se desvanecieron. Partieron en

diciembre de 1921, y ambos escribieron poco después libros condenatorios sobre sus experiencias (*La tragedia rusa* de Berkman y *Mi desilusión en Rusia* de Goldman). Esas experiencias, que iban desde la inspiración de ver las energías revolucionarias desencadenadas a escala masiva hasta el horror de verlas destruidas, dan una claridad aguda a las piezas que hemos incluido aquí, un marcado contraste entre visiones opuestas de la transformación social. «La idea bolchevique», escribe Berkman, era «que la Revolución Social debía ser dirigida por un personal especial, investido de poderes dictatoriales». Esto no sólo implicaba una profunda desconfianza hacia las masas, sino la voluntad de utilizar la fuerza contra ellas, una observación que no sorprende a los que estamos de este lado de la Revolución Rusa, pero una idea chocante para muchos en aquella época. Berkman continúa citando al teórico bolchevique Nikolai Bujarin: «La compulsión proletaria en todas sus formas... empezando por la ejecución sumaria y terminando por el trabajo obligatorio, es un método para reelaborar el material humano de la época capitalista y convertirlo en humanidad comunista».

La compulsión era necesaria porque los bolcheviques afirmaban conocer ya el camino que debía seguir la revolución, aunque los obreros y los campesinos parecieran ir en otra dirección. Lenin utilizó un libro de recetas marxista. Su aparente flexibilidad, sus posiciones a menudo contradictorias, tenían menos que ver con la apertura de

miras que con un enfoque maquiavélico que le permitía decir lo que fuera necesario para lograr su objetivo. Era, como dijo Emma Goldman, «un ágil acróbata... experto en actuar dentro del margen más estrecho». Después de conocerlo, estaba convencida de que «Lenin se preocupaba muy poco por la Revolución y... el comunismo para él era algo muy remoto». En cambio, el

*«Estado político centralizado era la deidad de Lenin, a la que había que sacrificar todo lo demás».*

Para Goldman, la revolución dependía más de la «conciencia social» y la «psicología de masas» de los obreros y campesinos rusos que de cualquier condición supuestamente objetiva, al menos de las que estaban escritas en el libro de jugadas marxista. Al principio, Lenin no tuvo más remedio que soportar las fuerzas populares que «llevaban la Revolución a canales cada vez más amplios» que no estaban bajo el control bolchevique. «Pero tan pronto como el Partido Comunista se sintió suficientemente fuerte en la silla del gobierno, comenzó a limitar el alcance de la actividad popular». Fue este deseo de mantener todo el poder en manos del Partido, la supuesta avanzadilla del proletariado, lo que explica, dice Goldman, «todas sus políticas siguientes, sus cambios de política, sus compromisos y retrocesos, sus métodos de supresión y persecución, su terrorismo y exterminio de todas las demás opiniones políticas.»

Como hemos mencionado, una excusa habitual para la degeneración de la Revolución Rusa en uno de los regímenes más opresivos de la historia moderna es que la Guerra Civil exigía una estricta disciplina política y severas medidas económicas. El «comunismo de guerra» era supuestamente la única esperanza de la revolución. Se perdonará a los lectores si esto les recuerda la afirmación del ejército estadounidense de que era necesario destruir al pueblo vietnamita para salvarlo. Como señala Iain McKay, la mayoría de las características del comunismo de guerra –la gestión de las fábricas por parte de un solo hombre, las estructuras económicas centralizadas tomadas del capitalismo, la destrucción de los soviets– «todo esto ocurrió antes de que estallara la Guerra Civil a finales de mayo de 1918».

Lo mismo ocurre con el Terror Rojo, el periodo de represión política y asesinatos en masa que los bolcheviques lanzaron, aparentemente para erradicar a los enemigos de la revolución. «Terror», en este caso, no es una palabra aplicada por los horrorizados historiadores después de los hechos; Lenin y Trotsky adoptaron el término para describir sus despiadadas políticas en ese momento. Lenin murió lo suficientemente pronto como para no tener que responder por ellas. Trotsky, en cambio, tuvo que pasar gran parte de su tiempo escurriendo el bulto de su responsabilidad por lo que llegó a ser la revolución. Casi por sí solo inventó todo un género de apologética política, estableciendo firmemente la práctica de culpar a Stalin de casi todo. Todo lo que no podía

achacar a Stalin, según Paul Mattick, lo achacaba a la necesidad histórica, presentando al primer bolchevismo como una especie de «monstruo reacio, que mataba y torturaba en mera defensa propia».

El problema, dice Mattick, es que no hay prácticamente nada en el estalinismo que no existiera también en el leninismo o el trotskismo. Aunque puede haber diferencias en el número total de víctimas que cada uno podría reclamar, esto tenía menos que ver con cualquier «inclinación democrática» por parte de Lenin que con su relativa debilidad, su «incapacidad para destruir todas las organizaciones no bolcheviques a la vez». Y eran todos los no bolcheviques los que estaban en el punto de mira, no sólo los reaccionarios explícitamente blancos, y sin excluir a los que habían luchado recientemente junto a los bolcheviques, independientemente de su orientación política. «Al igual que Stalin, Lenin catalogó a todas sus víctimas bajo el epígrafe «contrarrevolucionario». El principal órgano encargado de llevar a cabo las órdenes represivas de Lenin, la Cheka (Comisión de Emergencia de toda Rusia para la lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje), se creó sólo unas semanas después de que los bolcheviques llegaran al poder. «Los rasgos totalitarios del bolchevismo de Lenin se acumulaban al mismo ritmo que crecía su control y su poder policial». En términos prácticos, la mayor parte de la población rusa –desde los anarquistas y los socialrevolucionarios hasta los obreros en huelga, pasando

por los marineros que exigían la elección democrática de sus oficiales y toda la clase campesina– podía calificarse de contrarrevolucionaria. No obstante, como observa Mattick

Si se quiere utilizar el término, la «contrarrevolución» posible en la Rusia de 1917 fue la inherente a la propia Revolución, es decir, a la oportunidad que ofreció a los bolcheviques de restaurar un orden social dirigido centralmente para perpetuar el divorcio capitalista de los trabajadores de los medios de producción y la consiguiente restauración de Rusia como potencia imperialista competidora.

En el centenario de la Revolución Rusa, si hay algo que esperamos que saquen de este libro, es el hecho de que todos los panegíricos publicados a Lenin y Trotsky, todos los partidos políticos que se modelan a sí mismos como tiranos, todos los elogios a los «líderes de genio» a la vanguardia de las masas rusas –estos homenajes están honrando a los verdaderos contrarrevolucionarios de la historia, a los destructores de las revoluciones, a gente con corazones de carceleros y verdugos.

«La historia de cómo fue desposeída la clase obrera rusa no es, sin embargo, un asunto para una discusión esotérica entre camarillas políticas», escribe Brinton. «La comprensión de lo que ocurrió es esencial para todo socialista serio. No es mero archivismo». Si lo fuera, parafraseando a Marx, estos autoritarios muertos no seguirían pesando como pesadillas

en los cerebros de los vivos. Inexplicablemente, los partidos marxistas–leninistas y trotsistas siguen existiendo. E incluso cuando no son miembros de tales partidos, muchos radicales han madurado hasta la edad política en un medio marxista que sufre de una doble personalidad que ningún razonamiento dialéctico puede curar. Desde la formación de la Comintern, miles de personas han abandonado los partidos comunistas de sus países en oleadas, incapaces de tolerar esta o aquella nueva traición. Los que se quedaron formaron corazas extremadamente duras, pero incluso los que huyeron tuvieron que justificar de algún modo su relación con un legado manchado de sangre.

Desgraciadamente, todas las capas blandas y aislantes del mundo del «marxismo occidental» no pueden disimular el guisante leninista que hay debajo del colchón. Ningún número de «retornos» a Marx –o, mejor aún, al primer Marx– puede escapar a la falla inherente en el núcleo de cada instancia de los socialismos realmente existentes. Cada vez que el marxismo se ha filtrado a través de modelos de cambio social centrados en el Estado, los resultados han ido de malos a horribles. Este es el defecto oculto en todos los partidos, vanguardias, cuadros, cábalas y burócratas: no conducen al comunismo sino a una nueva clase de opresores.

Un siglo ha sido suficiente. Es hora de una ruptura limpia. Debemos eliminar el leninismo de nuestras fórmulas revolucionarias y criticar cualquier aspecto del marxismo

que se haya prestado al desastre bolchevique. Debemos aprender de la historia contenida en las siguientes páginas, y luego hacer la nuestra.

Los amigos de Aaron Baron

## **ANARQUÍA Y COMUNISMO «CIENTÍFICO»**

**Luigi Fabbri**

*“Anarquía y comunismo ‘científico’”, de Luigi Fabbri, se publicó por primera vez en 1922 como Anarchia e comunismo “scientifico” por la Libreria editrice tempi nuovi.*

### **I: La fraseología burguesa del comunismo «científico»**

Hace poco, a través de la editorial del Partido Comunista de Italia, se publicó un pequeño folleto de doce páginas de

ese «teórico superlativo» (como se le presentó al público en la prensa socialista y comunista) Nikolai Bujarin. Llevaba el pomposo título de *Anarquía y Comunismo Científico*. Echemos un vistazo y veamos cuánta «ciencia» hay en él.

Bujarin no expone ninguna noción verdadera del anarquismo, ninguno de los puntos del programa anarco-comunista tal como son en realidad; ni se toma la molestia de informarse sobre el pensamiento anarquista recurriendo a las fuentes primarias de la literatura histórica y teórica de los anarquistas. Todo lo que hace es repetir como un loro clichés bien usados, hablando sin tener cuidado de mantener la fe en lo que ha oído decir, y dejando volar su imaginación en relación con las facetas del anarquismo que menos conoce. Es imposible encontrar un fracaso semejante en la comprensión de la teoría y la táctica de la anarquía desde la superficialidad y la falta de confianza de la burguesía hace treinta o cuarenta años.

Al fin y al cabo, es un escrito bastante banal y sin importancia. Pero ha sido distribuido en Italia a través de los buenos oficios de un partido cuyos miembros son en su mayoría proletarios, y se presenta a los trabajadores como una refutación del anarquismo. Los editores italianos describen el folleto de Bujarin como una obra de *admirable claridad que da cuenta definitiva de la inconstitucionalidad y absurdidad de la doctrina anarquista*. Así que vale la pena mostrar cómo nada puede ser más absurdo, inconsistente o

ridículo que la «ciencia» de la nada con la que trata de desacreditar la noción de anarquía.

Por otra parte, el folleto de Bujarin nos ha proporcionado una nueva oportunidad para hacer propaganda de nuestros puntos de vista entre los trabajadores, que son nuestro objetivo especial, nuestra ocupación suprema; ciertamente, no estamos tratando de ganar al autor personalmente, o a los editores de su folleto, ya que esto sería perder el tiempo<sup>1</sup>.

Si se trata de poner de manifiesto la vacuidad y la ignorancia que reina entre los que se autodenominan «científicos» –siempre son los más ignorantes los que sienten la necesidad de mostrar sus credenciales académicas, de buena fe o no–, debería bastar con la fraseología con la que se visten.

Su terminología es como la pompa con la que se rodean los prepotentes y las poses que hacen, moviéndose entre la gente de forma arrogante, diciendo: «Háganse a un lado y déjennos pasar; pobre del que no se quite el sombrero ante nuestra excelencia». Y, en su ilimitada arrogancia, miran con desprecio a todos los simples mortales mientras hablan, sin saber que lo que dicen a los que se dirigen no sólo es inane,

---

<sup>1</sup> Se cree que Bujarin se refiere aquí a algo más que al anarquismo ruso y a los anarquistas rusos. En su panfleto no hace ninguna distinción y habla en un sentido global. Por otra parte, los anarquistas rusos tienen las mismas ideas y programas que los anarquistas de otros países.

sino también realmente insultante, como cabría esperar de algún palurdo inculto. Escuchen, por ejemplo, los términos pomposos en los que Bujarin se dirige a los anarquistas, echándoles en cara el hecho de que es condescendiente al debatir teorías que desconoce.

«Hemos evitado a propósito argumentar contra los anarquistas como si fueran delincuentes, criminales, bandidos, etc.». Esa es la línea de los jesuitas que enseñan a insultar mientras pretenden que no sea la intención.... Pero diciendo eso, sólo concluye más adelante que los grupos anarquistas engendran «a los que expropian en beneficio de sus bolsillos», ladrones si se quiere, y que «los anarquistas atraen a los delincuentes.»

¡Qué desfachatez! En su odio a los espíritus rebeldes, a todos los que tienen demasiado amor a la libertad como para someterse a sus caprichos y arrodillarse ante sus imposiciones, ya sea en el movimiento obrero de hoy o en la revolución de mañana, no se privan de tomar como modelo para atacar a los anarquistas las actividades difamatorias de la oficialidad y de la prensa burguesa. Uno pensaría que está leyendo calumnias policiales. ¿Y toda esta basura, estos peores clichés de burda calumnia, pueden resumirse bajo el título de «ciencia»? ¿Cómo se puede llevar a cabo un debate así? La organización anarquista no pretende estar compuesta por seres superiores; naturalmente, su gente tiene las debilidades que todos los mortales comparten y, en consecuencia, como cualquier partido, la organización

anarquista también tiene sus defectos, su peso muerto; y siempre habrá individuos que traten de cubrir sus propias tendencias morbosas y antisociales con sus colores. Pero no más que en el caso de otros partidos. Todo lo contrario. De hecho, las peores formas de delincuencia, los engendros del egoísmo y la ambición, el espíritu del interés y la codicia rehúyen el anarquismo, por la sencilla razón de que en él hay poco o nada que ganar y todo que perder.

Tomen nota de nosotros, comunistas «científicos», que podríamos responder fácilmente a este tipo de ataques, si no creyéramos que nos rebajaríamos y que no tendría sentido hacerlo. No es entre los anarquistas donde se podría encontrar más fácilmente a «aquellos que» –como dice Bujarin– «explotan la revolución para su propio beneficio privado», en Rusia o fuera de ella.... Tal y como la describe Bujarin, la anarquía sería «un producto de la desintegración de la sociedad capitalista», una especie de contagio, que se extendería principalmente entre los “dregs” (heces) de la sociedad, entre los individuos atomizados fuera de cualquier clase que viven sólo para sí mismos, que no trabajan, orgánicamente incapacitados para crear un nuevo mundo o nuevos valores: proletarios, pequeños burgueses, intelectuales decadentes, campesinos empobrecidos, etc.

Lo que Bujarin toma por «anarquía» no sería una ideología del proletariado, sino un producto de la disolución ideológica de la clase obrera, la ideología de una horda de begares

(mendigos). En otro lugar<sup>2</sup> lo llama el «Socialismo de la Mafia», de un proletariado ocioso y vagabundo. En otra sección de su panfleto antianarquista, Bujarin lo llama la «turba de trapo». Créanme, lectores, no se trata de una exageración. Todo lo que he repetido hasta ahora son citas palabra por palabra, sólo acortadas y condensadas por consideraciones de espacio: lo suficiente, por supuesto, para dar una idea de lo que Bujarin considera nada menos que la base social de la anarquía.

Por muy poco que sepan del anarquismo, los trabajadores que nos leen –incluso los que menos simpatizan con nosotros– saben lo suficiente como para llegar a sus propias conclusiones en cuanto a estas extravagantes simplificaciones. Rusia no es el único lugar donde hay anarquistas, por lo que los trabajadores italianos no tienen que confundir los «will o’ the wisps» (fuegos fatuos) con las linternas o creer en cuentos de hadas sobre ogros y brujas. Los proletarios italianos, entre los que los anarquistas son bastante numerosos en todas partes, están en condiciones de responder por nosotros que no hay nada de cierto en todas las fantasías de Bujarin.

El anarquismo, si bien no pretende ser la «doctrina del proletariado» –pretende, más bien, ser una enseñanza humana–, es de hecho una enseñanza cuyos adeptos son

---

<sup>2</sup> Ver *El ABC del Comunismo* de Bujarin y Preobrazhensky, Editorial Avanti!, Milán, p. 85.

casi exclusivamente proletarios: los burgueses, los pequeños burgueses, los llamados intelectuales o profesionales, etc., son muy pocos y no ejercen ninguna influencia predominante. Hay infinitamente más de estos que ejercen una influencia predominante, en todos esos otros partidos que sin duda se llaman a sí mismos partidos proletarios, sin excluir el partido «comunista». Y, por regla general, los proletarios anarquistas no son, de hecho, un sector especialmente superior o inferior; trabajan como los demás trabajadores, pertenecen a todos los oficios, se encuentran tanto en la pequeña como en la gran industria, en las fábricas, entre los artesanos, en los campos; pertenecen a las mismas organizaciones laborales que los demás, etc.

Naturalmente, también hay anarquistas entre las clases más bajas del proletariado –entre los que Bujarin califica condescendentemente como *la mobra de los ragos*–, pero eso no es en absoluto un fenómeno exclusivamente anarquista. Si ese fuera el caso, si de hecho todos los mendigos, todos los harapientos, toda la horda que más sufre bajo la opresión capitalista, vinieran a nuestras filas, no nos disgustaría en lo más mínimo; los recibiríamos con los brazos abiertos, sin ningún desdén injusto ni prejuicio fuera de lugar. Pero –para desmentir el fantástico catálogo de Bujarin– es un hecho que la anarquía tiene sus adeptos entre estas órdenes, en las mismas proporciones que entre las demás, al igual que todos los demás partidos, el comunista incluido.

¿Y qué queda de la falsa terminología científica de Bujarin en su ataque al anarquismo? Nada, excepto la revelación inconsciente de un estado de ánimo que debería poner al proletariado en guardia y alertarlo seriamente sobre los riesgos que correrá si tiene la desgracia de confiar su futuro a estos campeones doctrinarios de un comunismo dictatorial.

¿Quiénes son los que hablan con tanto desprecio de la «chusma desarrapada», de la «horda de mendigos», de la «escoria», etc.? Nada menos que esos pequeños burgueses, viejos o nuevos, procedentes tanto de la burguesía como del proletariado, que mandan hoy en las organizaciones, en los partidos y en la prensa obrera, dirigentes de todo tipo que representan a la clase dominante del futuro, otro grupo minoritario que, bajo una u otra apariencia, explotará y oprimirá a las masas amplias, y que se rodea de los órdenes más afortunados del proletariado ciudadano –los de la gran industria–, en exclusión y detrimento de todos los demás.

Bujarin lo admite imprudentemente en su pequeño panfleto cuando hace de la Revolución y del comunismo una especie de monopolio ejercido exclusivamente por ese sector del proletariado hermandado por los aparatos de la producción a gran escala. «Todos los demás estratos de las clases pobres», sigue diciendo, «sólo pueden convertirse en agentes de la revolución siempre que protejan la retaguardia del proletariado». Ahora bien, estas «clases pobres» fuera de la gran industria, ¿no son proletariado? Si lo son,

entonces la profecía de Bakunin de que la ínfima minoría de trabajadores industriales puede convertirse en explotadora y gobernante de las amplias masas de pobres se demostraría correcta. Aunque esto no se explique claramente, se puede intuir por el lenguaje que estos futuros gobernantes –en Rusia hoy ya están en posición de control– utilizan respecto a las desventuradas clases pobres, a las que adjudican la misión pasiva de situarse en la retaguardia de la minoría que quiere llegar al poder. Repito, este lenguaje despreciativo y soberbio revela un estado de ánimo: un estado de ánimo típico de los jefes, de los gobernantes, en el trato con sus siervos y súbditos. Es el mismo lenguaje que entre nosotros utilizan los arribistas de la burguesía y, sobre todo, de la pequeña burguesía contra el proletariado en su conjunto: términos como «mendigo, pilluelo, escoria, sin capacidad creativa, no trabaja», etc.

Que los obreros italianos lean el folleto de Bujarin: para demostrar la valía de nuestros argumentos, no tenemos necesidad de tejer una conspiración de silencio sobre lo que escriben y dicen nuestros adversarios, ni de rebajar o tergiversar su pensamiento. Por el contrario, tenemos todo el interés en que los proletarios puedan comparar y contrastar nuestro pensamiento con las ideas contrarias. Pero si leen las pocas páginas del escrito de Bujarin, no podemos decir cuál será la reacción cuando encuentren la escandalosa terminología burguesa que actualmente se utiliza para fustigar a todos los trabajadores y

revolucionarios en Italia –¡incluyendo a los comunistas, nada menos!– dirigida contra los anarquistas.

Con todo esto, no es otro que Bujarin quien tiene la desvergüenza de decir que los anarquistas están unidos con los partidos burgueses y colaboracionistas contra el poder del proletariado.

Naturalmente, Bujarin se encarga de respaldar esta afirmación –difamación pura y dura– con argumentos y hechos. Los hechos, toda la historia de cincuenta años del anarquismo, el heroísmo de tantos anarquistas rusos muertos desde 1917 en el frente, con las armas en la mano, en defensa de la revolución de su país, todo esto demuestra completamente lo contrario.

Los anarquistas luchan contra todo poder, contra toda dictadura, incluso si ésta lleva los colores del proletariado. Pero no tienen necesidad de aliarse con los burgueses ni de colaborar para ello, ni en Rusia ni en ninguna otra parte. Los anarquistas pueden enorgullecerse del hecho de que la suya es, en todas partes, la única organización que –a costa de estar casi siempre sola en ello– siempre, desde que surgió, se ha opuesto implacable e intransigentemente a cualquier forma de colaboración estatal o de clase, sin vacilar nunca de su posición de enemistad con la burguesía.

Pero no hemos tomado nuestra pluma sólo para debatir y refutar giros vacuos, calumniosos y escandalosos. Hay

también, en el folleto de Bujarin, un intento de discutir algunas ideas del anarquismo, o ideas que se le atribuyen; y es a este aspecto (aunque patético) al que dedicaremos la mayor parte de esta breve pieza de polémica y propaganda nuestra, teniendo menos que ver con Bujarin y más con los argumentos aludidos aquí y allá, manteniendo la discusión tan impersonal como sea posible, y no tomando más nota de los irritantes y antirrevolucionarios términos en los que nuestro oponente formula los pocos argumentos que es capaz de reunir.

## **II: El Estado y la centralización de la producción**

Desde hace algún tiempo, los escritores comunistas –y Bujarin especialmente entre ellos– han tenido la costumbre de acusar a los anarquistas de un cierto error, que los anarquistas, por otra parte, siempre han negado, y que, hasta hace poco, se podía atribuir exclusivamente a los socialdemócratas de la Segunda Internacional, a saber, el de reducir todo el punto de la cuestión entre el marxismo y el anarquismo a la cuestión del objetivo final de la abolición o no del Estado en la sociedad socialista del futuro.

En una época, los socialistas democráticos que entonces, como los comunistas de hoy, se autodenominaban

«científicos», afirmaban la necesidad del Estado en el régimen socialista y, al hacerlo, decían ser marxistas. Hasta hace muy poco, los escritores anarquistas eran más o menos los únicos que exponían esto como una tergiversación del marxismo. Ahora, en cambio, se está intentando hacerles corresponsables de esa tergiversación.

En el congreso internacional socialista y obrero celebrado en Londres en 1896 –donde se pensó mucho en excluir a los anarquistas (que, en ese momento, eran los únicos que reclamaban el título de comunistas) de los congresos internacionales, con el argumento de que no aceptaban la conquista del poder como medio o como fin– fue nada menos que Errico Malatesta quien mencionó que originalmente anarquistas y socialistas habían compartido un objetivo común en la abolición del Estado, y que en esa cuestión particular los marxistas se habían separado de las teorías del propio Marx.

Una y otra vez, en los escritos de los anarquistas, se ha citado la conocida construcción anarquista que Karl Marx hizo del socialismo en 1872, en medio de una de sus más violentas polémicas con Bakunin:

«Lo que todos los socialistas entienden por anarquía es lo siguiente: una vez alcanzado el objetivo del movimiento proletario, la abolición de las clases, desaparece el poder del Estado, que sirve para mantener a la gran mayoría de los productores bajo el yugo de una

minoría explotadora numéricamente pequeña, y las funciones del gobierno se transforman en simples funciones administrativas»<sup>3</sup>.

No nos parece aceptable esta noción marxista de lo que es la anarquía, pues no creemos que el Estado vaya a desaparecer natural o inevitablemente de forma automática como resultado de la abolición de las clases. El Estado es más que un resultado de las divisiones de clase; es, al mismo tiempo, el creador de los privilegios, provocando así nuevas divisiones de clase. Marx se equivocó al pensar que, una vez abolidas las clases, el Estado moriría de forma natural, como por falta de alimento. El Estado no morirá a menos que se destruya deliberadamente, al igual que el capitalismo no dejará de existir a menos que se le dé muerte mediante la expropiación. Si el Estado queda en pie, creará una nueva clase dominante sobre sí mismo, es decir, si decide no hacer las paces con la antigua. En resumen, las divisiones de clase persistirán y las clases nunca serán finalmente abolidas mientras el Estado permanezca.

Pero aquí no se trata de ver cuánto puede haber de cierto en lo que pensaba Marx sobre el fin del Estado. Es un hecho que el marxismo coincide con el anarquismo en prever que

---

<sup>3</sup> Véase Marx: *La Alianza de la Democracia Socialista y la Asociación Internacional de Trabajadores* en Obras de Marx, Engels y Lasalle editadas por Avanti!, Milán, vol. 2. (Traducción al inglés de Marx–Engels–Lenin, *Anarchism and Anarcho–Syndicalism*, Progress Publishers, Moscú, 1972, p. 110.) (nota del editor inglés)

el comunismo equivale a la muerte del Estado: sólo que, según el marxismo, el Estado debe morir de forma natural, mientras que el anarquismo sostiene que sólo puede morir de forma violenta.

Y, digámoslo de nuevo, los anarquistas han señalado esto – en sus polémicas con los socialdemócratas– veces sin número desde 1880 hasta la actualidad.

Los comunistas autoritarios, aunque critican con razón la idea socialdemócrata (que sin duda también atribuyen, erróneamente, a los anarquistas) de que la diferencia básica entre el socialismo y el anarquismo está en el objetivo final de eliminar el Estado, cometen a su vez un error similar y quizás más grave.

Ellos, y en su nombre Bujarin, sostienen que la «verdadera diferencia» entre los anarquistas y los comunistas de Estado es ésta: que mientras para los comunistas «la solución ideal... es la producción centralizada y organizada metódicamente en grandes unidades, *el ideal de los anarquistas consiste en establecer pequeñas comunidades que, por su misma estructura, no pueden gestionar ninguna gran empresa, pero... se conectan a través de una red de contratos libres*»<sup>4</sup>.

---

<sup>4</sup> Estas y otras afirmaciones, impresas entre comillas o en letra gruesa, son citas literales del panfleto de Bujarin. Por otra parte, las mismas cosas se reproducen en el mencionado ABC del Comunismo y en otras partes de *El Programa de los Comunistas* publicado por *¡Avanti!* en 1920.

Sería interesante saber en qué libro, folleto o programa anarquista se expone tal «ideal», ¡o incluso una regla tan rígida!

Habría que saber, por ejemplo, qué insuficiencias estructurales impiden a una pequeña comunidad gestionar una gran unidad, y cómo los contratos libres o los intercambios libres, etc., son obstáculos necesarios para ello. Así, los comunistas de estado imaginan que los anarquistas están a favor de la producción descentralizada a pequeña escala. ¿Por qué a pequeña escala?

Probablemente porque creen que la descentralización de las funciones significa siempre y en todas partes la caída de la producción y que la producción a gran escala, la existencia de vastas asociaciones de productores, es imposible si no se gestiona de forma centralizada desde una única oficina central, de acuerdo con un único plan de gestión. Eso sí que es infantil.

Los comunistas marxistas, especialmente los rusos, se dejan seducir por el lejano espejismo de la gran industria de Occidente o de América y confunden con un sistema de producción lo que no es más que un medio de especulación típicamente capitalista, un medio de ejercer la opresión con mayor seguridad; y no aprecian que ese tipo de centralización, lejos de satisfacer las necesidades reales de la producción, es, por el contrario, precisamente lo que la restringe, la obstruye y la frena en interés del capital.

Cuando los comunistas dictatoriales hablan de «necesidad de producción» no distinguen entre las necesidades de las que depende la obtención de una mayor cantidad y calidad de productos –que es lo único que importa desde el punto de vista social y comunista– y las necesidades inherentes al régimen burgués, la necesidad de los capitalistas de obtener más beneficios aunque para ello tengan que producir menos. Si el capitalismo tiende a centralizar sus operaciones, lo hace no por el bien de la producción, sino sólo por el bien de hacer y acumular más dinero –algo que no pocas veces lleva a los capitalistas a dejar enormes extensiones de tierra sin cultivar, o a restringir ciertos tipos de producción; ¡e incluso a destruir productos terminados! Dejando de lado todas estas consideraciones, este no es el verdadero punto en disputa entre los comunistas autoritarios y los comunistas anarquistas.

Cuando se trata del método material y técnico de producción, los anarquistas no tienen soluciones preconcebidas ni prescripciones absolutas, y se someten a lo que la experiencia y las condiciones de una sociedad libre recomiendan y prescriben. Lo que importa es que, cualquiera que sea el tipo de producción adoptado, debe serlo por la libre elección de los propios productores, y no es posible imponerlo, como tampoco es posible cualquier forma de explotación del trabajo ajeno. Dadas estas premisas básicas, la cuestión de cómo organizar la producción pasa a un segundo plano. Los anarquistas no

excluyen a priori ninguna solución práctica e igualmente conceden que puede haber varias soluciones diferentes al mismo tiempo, después de haber probado las que se les ocurran a los trabajadores una vez que conozcan la base adecuada para una producción cada vez mayor y mejor.

Los anarquistas se oponen enérgicamente al espíritu autoritario y centralista de los partidos de gobierno y a todo el pensamiento político estatista, que es centralista por naturaleza. Por eso imaginan la vida social futura sobre la base del federalismo, desde el individuo hasta el municipio, la comuna, la región, la nación y la internacional, sobre la base de la solidaridad y el libre acuerdo. Y es natural que este ideal se refleje también en la organización de la producción, dando preferencia, en la medida de lo posible, a un tipo de organización descentralizada; pero esto no adopta la forma de una regla absoluta que se aplique en todas partes y en todos los casos. En cambio, un orden libertario excluye la posibilidad de imponer una solución unilateral.

Por supuesto, los anarquistas rechazan la idea utópica de los marxistas de una producción organizada de forma centralizada (según criterios preconcebidos y unilaterales) y regulada por una oficina central que todo lo ve y cuyo juicio es infalible. Pero el hecho de que no acepten esta absurda solución marxista no significa que se vayan al extremo opuesto, a la preconcepción unilateral de «pequeñas comunas que sólo se dedican a la producción en pequeña escala» que les atribuyen las plumas del comunismo

«científico». Todo lo contrario: a partir de 1890, Kropotkin tomó como punto de partida «...la condición actual de las industrias, donde todo está entrelazado y es mutuamente dependiente, donde cada aspecto de la producción se sirve de todos los demás»; y señaló algunas de las más amplias organizaciones nacionales e internacionales de producción, distribución, servicios públicos y cultura, como ejemplos (debidamente modificados) de posibles organizaciones comunistas anarquistas.

Los autoritarios del comunismo, sectarios y dogmáticos como son, no pueden apreciar que los demás no sean como ellos; de ahí que nos acusen de sus propios defectos.

Nuestra creencia, en términos generales, incluso cuando se trata de asuntos económicos –aunque nuestra hostilidad se centra principalmente contra sus manifestaciones políticas– es que la centralización es la forma menos útil de dirigir las cosas, la menos adecuada para las necesidades prácticas de la vida social. Pero esto no nos impide en absoluto admitir que puede haber ciertas ramas de la producción, ciertos servicios públicos, algunas oficinas de administración o de cambio, etc., en los que la centralización de funciones también es necesaria. En ese caso nadie dirá una palabra en contra. Lo que importa para los anarquistas es que no haya centralización del poder; vale la pena señalar aquí que no se impondrá a todos por la fuerza, con el pretexto de que responde a una necesidad práctica, ningún método que tenga el apoyo de unos pocos. Un peligro que

se eliminará si se suprime desde el principio toda autoridad gubernamental, y todo cuerpo policial, que pueda imponerse por la fuerza y mediante su monopolio de la violencia armada.

Al error neomarxista de la centralización obligatoria y absoluta, no oponemos la descentralización en todo por la fuerza, pues eso sería ir al extremo opuesto. Preferimos la gestión descentralizada; pero en última instancia, en los problemas prácticos y técnicos, nos remitimos a la libre experiencia, a la luz de la cual, según el caso y las circunstancias, se tomará una decisión en interés común para la expansión de la producción de tal manera que ni bajo un sistema ni bajo el otro pueda surgir nunca la dominación o la explotación del hombre por el hombre.

No hay que confundir la centralización política del poder estatal en manos de unos pocos con la centralización de la producción. Tanto es así que hoy la producción no está centralizada en el gobierno, sino que es independiente de él y está descentralizada entre los distintos propietarios, industriales, empresas, sociedades anónimas, compañías internacionales, etc.

Según los anarquistas, la esencia del Estado no es (como imaginan los comunistas autoritarios) la centralización mecánica de la producción –lo cual es una cuestión diferente, de la que ya hemos hablado– sino, más bien, la centralización del poder o, para decirlo de otro modo, la

autoridad coercitiva de la que el Estado goza del monopolio, en esa organización de la violencia conocida como «gobierno»; en el despotismo jerárquico, jurídico, policial y militar que impone sus leyes a todos, defiende los privilegios de la clase propietaria y crea otros propios. Pero no hace falta decir que si a la centralización económica de la producción se añadiera la centralización en el gobierno más o menos dictatorial de todos los poderes militares y policiales –es decir, si el Estado fuera simultáneamente gendarme y patrón y el lugar de trabajo fuera igualmente un cuartel–, la opresión estatal se haría insoportable y los anarquistas verían multiplicados sus motivos de hostilidad hacia ella.

Lamentablemente, este es el final obvio del camino que los comunistas autoritarios han emprendido. Ni siquiera ellos lo negarían. De hecho, ¿qué quieren llevar a cabo los comunistas? ¿Qué han empezado a construir en Rusia? La dictadura más centralizada, opresiva y violenta, estatista y militar. Y lo que es más, simultáneamente confían o pretenden confiar la gestión de los recursos sociales y de la producción a este estado dictatorial: lo que hace estallar la autoridad del estado fuera de toda proporción, transformándola además al deterioro de la producción, y lo que resulta en el establecimiento de una nueva clase o casta privilegiada en lugar de la antigua. El ejemplo ruso ha demostrado que no nos equivocamos, ya que si Rusia se encuentra hoy en una situación de hambruna se debe al

infame bloqueo del capitalismo occidental y a la excepcional sequía, pero el impacto desorganizador de la centralización burocrática, política y militar dictatorial ha contribuido poderosamente a ello.

Los comunistas autoritarios afirman que ellos también desean la abolición del Estado: conocemos esa afirmación desde los tiempos de Marx y Engels. Pero la creencia o la intención no son suficientes: es necesario actuar de forma coherente desde el principio. Por el contrario, los comunistas dictatoriales, por la forma en que dirigen su movimiento y por la dirección que quieren imponer a la revolución, parten exactamente por el camino contrario al que conduce a la abolición del Estado y al comunismo.

Se dirigen directamente hacia el «Estado fuerte y soberano» de la memoria socialdemócrata, hacia un dominio de clase más arbitrario, bajo el cual el proletariado de mañana se verá obligado a hacer una nueva revolución. Que los comunistas que quieren seriamente el comunismo reflexionen sobre este error fatal que está minando los cimientos de todo el edificio de los partidos comunistas autoritarios, en lugar de perder el tiempo fantaseando sobre los errores imaginarios de los anarquistas, quienes tienen todo el derecho a responder a las críticas de estos adoradores del estado del comunismo: ¡Médico, cúrate a ti mismo!

### **III: La dictadura «provisional» y el Estado**

El punto verdaderamente esencial en cuestión, que separa a los comunistas autoritarios de los libertarios, es qué forma debe adoptar la revolución. Unos dicen que estatista; otros que anarquista.

Es bastante seguro que entre el régimen capitalista y el socialista habrá un período de lucha intermedio, durante el cual los trabajadores revolucionarios del proletariado tendrán que trabajar para arrancar los restos de la sociedad burguesa, y es bastante seguro que tendrán que desempeñar un papel dirigente en esta lucha, apoyándose en la fuerza de su organización. Por otra parte, los revolucionarios y el proletariado en general necesitarán una organización para hacer frente no sólo a las exigencias de la lucha, sino también a las exigencias de la producción y de la vida social, que son inaplazables.

Pero si el objetivo de esta lucha y de esta organización es liberar al proletariado de la explotación y del dominio del Estado, entonces el papel de guía, tutor o director no puede ser confiado a un nuevo Estado, que tendría interés en orientar la revolución en una dirección completamente opuesta.

El error de los comunistas autoritarios en este sentido es la creencia de que la lucha y la organización son imposibles sin la sumisión a un gobierno; y por lo tanto consideran a los anarquistas –en vista de que son hostiles a cualquier forma de gobierno, incluso a uno de transición– como los enemigos de toda organización y de toda lucha coordinada. Nosotros, en cambio, sostenemos que no sólo son posibles la lucha y la organización revolucionarias fuera y a pesar de la interferencia del gobierno, sino que, de hecho, esa es la única manera realmente efectiva de luchar y organizarse, ya que cuenta con la participación activa de todos los miembros de la unidad colectiva, en lugar de que se confíen pasivamente a la autoridad de los líderes supremos.

Todo órgano de gobierno es un impedimento para la verdadera organización de las amplias masas, de la mayoría. Cuando existe un gobierno, el único pueblo realmente organizado es la minoría que lo compone; y, a pesar de ello, si las masas se organizan, lo hacen en contra de él, fuera de él o, como mínimo, independientemente de él. Al convertirse en un gobierno, la revolución como tal se desmoronaría, al otorgar a ese gobierno el monopolio de la organización y de los medios de lucha.

El resultado sería que un nuevo gobierno –aprovechando la revolución y actuando durante todo el período más o menos prolongado de sus poderes «provisionales»– sentaría las bases burocráticas, militares y económicas de una nueva y duradera organización estatal, en torno a la cual se tejería,

naturalmente, una compacta red de intereses y privilegios. Así, en poco tiempo lo que se tendría no sería el Estado abolido, sino un Estado más fuerte y enérgico que su antecesor y que vendría a ejercer las funciones que le son propias –las que Marx reconocía como tales– «manteniendo a la gran mayoría de los productores bajo el yugo de una minoría explotadora numéricamente pequeña».

Esta es la lección que nos enseña la historia de todas las revoluciones, desde las más antiguas hasta las más recientes; y se confirma –ante nuestros propios ojos, podría decirse– por el desarrollo cotidiano de la revolución rusa.

No hay que demorar más esta cuestión del carácter «provisional» del gobierno dictatorial. El disfraz más duro y violento del autoritarismo sería probablemente temporal; pero es precisamente durante esta etapa violenta de absorción y coerción cuando se sentarán las bases del gobierno o estado duradero del mañana.

Por otra parte, incluso los propios comunistas desconfían mucho de la «temporalidad» de la dictadura. Hace algún tiempo Radek y Bordiga nos decían que duraría una generación (que es bastante tiempo). Ahora Bujarin, en su panfleto, nos advierte que la dictadura tendrá que durar hasta que los trabajadores hayan alcanzado la victoria completa y tal victoria sólo será posible «cuando el proletariado haya liberado al mundo entero de la chusma

capitalista y haya asfixiado completamente a la burguesía»<sup>5</sup>. Si esto fuera cierto, significaría arrebatarse al pueblo ruso primero, y a todos los demás pueblos después, toda esperanza de liberación, y aplazar el día de la liberación hasta las calendas griegas, pues se entiende bien que por muy extensa y radical que sea una revolución, antes de que consiga la victoria completa y mundial deben transcurrir no una sino muchas generaciones.

Afortunadamente, ese pesimismo antirrevolucionario es bastante erróneo. Es, además, un error de pura tradición reformista, por el que se intentó en Italia en 1919–20 impedir cualquier empresa revolucionaria «condenada al fracaso si la revolución no se realizaba también en todos los demás países». En realidad, la revolución también es posible en zonas relativamente limitadas. La limitación en el espacio implica una limitación en la intensidad, pero la clase obrera habrá conquistado de todos modos una medida de emancipación y de libertad digna de los esfuerzos realizados, a menos que cometa el error de castrarse a sí misma, es decir, de confiar en los buenos oficios de un gobierno, en lugar de confiar únicamente en sí misma, en sus propios recursos, en su propia organización autónoma.

---

<sup>5</sup> En el ABC del Comunismo de Bujarin y Preobrazhensky van aún más lejos: «Dos o tres generaciones de personas tendrán que crecer bajo las nuevas condiciones antes de que pase la necesidad de leyes y castigos y del uso de la represión por parte del estado obrero».

«El proletariado es siempre proletariado incluso después de su victoria, después de haber conseguido la posición de clase dominante...»<sup>6</sup> ¿El proletariado es siempre proletariado? Entonces, ¿qué es de la revolución? Esta es precisamente la esencia del error bolchevique, del nuevo jacobinismo revolucionario: concebir la revolución, desde el principio, como un acto meramente político, el mero despojo de los burgueses de sus poderes de gobierno para sustituirlos por los dirigentes del Partido Comunista, mientras el proletariado sigue proletariado, es decir, idespojado de todo y teniendo que seguir vendiendo su mano de obra por un salario por hora o por día si quiere ganarse la vida! Si eso ocurre, ¡es el esperado fracaso de la revolución!

Ciertamente, las diferencias de clase no desaparecen de un plumazo, ya sea que esa pluma pertenezca a los teóricos o a los chupatintas que establecen leyes y decretos. Sólo la acción, es decir, la expropiación directa (no a través del gobierno) por parte de los proletarios, dirigida contra la clase privilegiada, puede borrar las diferencias de clase. Y eso es una posibilidad inmediata, desde el principio, una vez que el viejo poder ha sido derribado; y es una posibilidad mientras no se establezca un nuevo poder. Si, antes de proceder a la expropiación, el proletariado espera a que surja un nuevo

---

<sup>6</sup> Repetimos que las objeciones comunistas al anarquismo, que reimprimos entre comillas o en letra más gruesa, son genuinamente de N. Bujarin.

gobierno y se haga fuerte, se arriesga a no alcanzar nunca el éxito y a seguir siendo el proletariado para siempre, es decir, explotado y oprimido *ad eternum*. Y cuanto más espere antes de emprender la expropiación, más difícil será ésta; y si entonces confía en que un gobierno sea el expropiador de la burguesía, ¡acabará traicionado y vencido! El nuevo gobierno podrá expropiar total o parcialmente a la vieja clase dominante, pero sólo para establecer una nueva clase dominante que mantenga sometida a la mayor parte del proletariado.

Eso sucederá si quienes conforman el gobierno y la minoría burocrática, militar y policial que lo sostiene terminan convirtiéndose en los verdaderos dueños de la riqueza cuando la propiedad de todos pase a manos del Estado exclusivamente. En primer lugar, el fracaso de la revolución será evidente. En el segundo, a pesar de las ilusiones que muchos se hacen, las condiciones del proletariado serán siempre las de una clase sometida.

El capitalismo no dejaría de serlo por el mero hecho de pasar de privado a «capitalismo de Estado». En tal caso, el Estado no habría logrado la expropiación sino la apropiación. Una multitud de patronos daría paso a un solo patrón, el gobierno, que sería un patrón más poderoso porque además de tener una riqueza ilimitada tendría de su lado la fuerza armada con la que doblegar al proletariado a su voluntad. Y el proletariado, en las fábricas y campos, seguiría siendo esclavo asalariado, es decir, explotado y oprimido. Y a la

inversa, el Estado, que no es una abstracción, sino un organismo creado por los hombres, sería el conjunto organizado de todos los gobernantes y patronos del mañana –que no tendrían ningún problema en encontrar alguna sanción para su gobierno en una nueva legalidad basada más o menos en elecciones o en un parlamento.

«Pero», insisten, «la expropiación tiene que llevarse a cabo según un método determinado, organizado en beneficio de todos; es necesario conocer todos los medios de producción disponibles, las casas y las tierras, etc. La expropiación no puede ser llevada a cabo por individuos o grupos privados que la convertirían en su propio beneficio egoísta, convirtiéndose en nuevos propietarios privilegiados. Y por eso es necesario un poder proletario que lo afronte». Todo eso estaría muy bien, ¡salvo por el escozor que tiene! ¡Esta gente es realmente extraña, queriendo (en teoría) lograr la abolición del Estado mientras que en la práctica no pueden concebir la más elemental función social sin tintes estatistas!

Incluso los anarquistas no piensan en la expropiación en términos de una especie de operación de «ayúdate a ti mismo», dejada al juicio personal, en ausencia de cualquier orden<sup>7</sup>. Incluso si fuera posible predecir como inevitable que

---

<sup>7</sup> Bujarin también critica la idea antedeluviana de repartir la riqueza, aunque sea en partes iguales. Tiene mucha razón, por supuesto; pero incluir eso en una crítica general del anarquismo es un verdadero anacronismo. Uno puede encontrar todo lo que Bujarin dice a este respecto en cualquiera de los

las expropiaciones, una vez que el desorden se instala, tomarían una complejidad individualista –digamos, en los lugares más alejados o en ciertas áreas del campo– los comunistas anarquistas no tienen la intención de adoptar ese tipo de enfoque como propio. En tales casos, todos los revolucionarios tendrían interés en evitar demasiados choques con ciertas capas de la población que luego podrían ser ganadas más fácilmente por la propaganda y la prueba viviente de la superioridad de la organización comunista libertaria. Lo que importa, por encima de todo, es que el día después de la revolución nadie tenga el poder ni los medios económicos para explotar el trabajo de otro.

Pero nosotros, los anarquistas, somos de la opinión de que debemos comenzar ahora a preparar a las masas –en términos espirituales a través de la propaganda, y en términos materiales por medio de la organización proletaria anarquista– para que se ocupen de todas las funciones de la lucha y de la vida social y colectiva, durante y después de la revolución; y una de las primeras entre esas funciones será la expropiación.

Para alejar la expropiación de las iniciativas de los individuos o de los grupos privados, no hay necesidad de una gendarmería, ni de saltar de la sartén al fuego del control estatal: No hay necesidad de un gobierno. Ya, de localidad en

---

folletos o documentos de propaganda que los anarquistas han estado publicando durante los últimos cuarenta años.

localidad en todas partes, y estrechamente interconectadas, el proletariado tiene una serie de instituciones propias y libres, independientes del Estado; alianzas y sindicatos, salas de trabajo y cooperativas, federaciones, confederaciones, etc. Durante la revolución se crearán otros organismos colectivos más adaptados a las necesidades del momento; otros más de origen burgués, pero radicalmente modificados, pueden ser utilizados, pero no tenemos que ocuparnos de ellos por el momento, excepto para decir que son cosas como consorcios, organismos independientes, etc. La propia Rusia, en los primeros momentos de su revolución –cuando el pueblo aún tenía libertad de iniciativa– nos ha dado el ejemplo de la creación de estas nuevas instituciones socialistas y libertarias en forma de sus soviets y comités de fábrica.

Los anarquistas siempre han considerado aceptables todas esas formas de organización libre del proletariado y de la revolución, a pesar de quienes describen sin sentido a los anarquistas como opuestos a las organizaciones de masas y los acusan de mantenerse alejados de la participación en la actividad organizada de las masas «por principio». La verdad del asunto es bastante diferente. Los anarquistas no ven ninguna incompatibilidad entre la acción amplia y colectiva de las grandes masas y la actividad más restringida de sus grupos libres: lejos de ello, incluso se esfuerzan por vincular esta última con la primera para darle, en la medida de lo posible, el sentido revolucionario apropiado. Y si los

anarquistas discuten y critican a menudo las organizaciones proletarias dirigidas por sus adversarios, no luchan por ello contra la organización como tal, sino sólo contra su toma de dirección reformista, legalista, autoritaria y colaboracionista.

Algo que, por cierto, también hacen los comunistas autoritarios en todas partes donde ellos mismos no son los dirigentes de la organización proletaria.

Algunos escritores comunistas dictatoriales –retomando la vieja fábula de los socialdemócratas de que los anarquistas sólo quieren destruir y no reconstruir, y que, por lo tanto, se oponen a la organización de masas– llegan a la conclusión de que, al interesarse por los soviets en Rusia, los anarquistas son inconsecuentes con sus ideas y que se trata de una mera táctica para explotar a los soviets y desorganizarlos. Si esto no es una calumnia pura y dura, es, sin duda, una prueba de la incapacidad de estos perros rabiosos del autoritarismo de entender algo que no sea la omnipotencia del Estado. Según los autoritarios del comunismo, el régimen soviético no consiste en soviets libres y autónomos que gestionan directamente la producción y los servicios públicos, etc., sino sólo en el gobierno, el autodenominado gobierno soviético, que en realidad ha anulado los soviets, ha abolido toda su libertad de acción y toda la espontaneidad en su creación, y los ha reducido a subordinados pasivos y mecánicos, obedientes al gobierno central dictatorial. Un gobierno que cada vez que algún soviet da muestras de independencia, lo

disuelve sin más y se dedica a conjurar otro artificial más a su gusto.

Todo ello bajo el nombre de «dotar a las organizaciones proletarias de una base de poder más amplia»; y, como resultado, los anarquistas rusos nada menos, que con toda lógica y razón siempre se han opuesto a este verdadero estrangulamiento del movimiento soviético original surgido libremente de la revolución (es decir, defienden los soviets contra los dictadores igual que los han defendido contra la agresión burguesa) los anarquistas rusos se convierten – gracias al milagro de la dialéctica marxista– en enemigos de los soviets. Dada su mentalidad, los marxistas no pueden entender que su llamado «poder soviético» es la eliminación de los soviets proletarios y populares y que, siendo este el caso, los opositores al llamado «poder soviético» pueden ser –siempre y cuando esta oposición provenga del campo revolucionario y proletario– los mejores amigos de los soviets proletarios.

Así que los anarquistas no tienen, de hecho, esa aversión preconcebida y de principio a «la forma metódica y organizada de la acción de masas» –que se les suele atribuir en un argumento tópico a causa del enfoque sectario de nuestros oponentes–, sino que se oponen sólo al enfoque particularmente autoritario y despótico de los comunistas de Estado, ya que se contraponen al planteamiento libertario, que es más apto para interesar y movilizar a las amplias masas en la medida en que les deja un margen de iniciativa

y de acción y las interesa en una lucha que es desde el principio una lucha coordinada, presentándoles la expropiación como su objetivo principal e inmediato.

Puede ser que este sentido libertario de la dirección no culmine en la abolición del Estado –no porque sea imposible, sino porque no hay un número suficiente de personas que lo deseen, con el rebaño todavía demasiado numeroso de la humanidad que se siente necesitado del pastor y su bastón, pero en tal caso sería prestar un gran servicio a la revolución conseguir mantener la mayor libertad posible, ayudando a que el eventual gobierno sea lo más débil, lo más descentralizado, lo menos despótico posible dadas las circunstancias; es decir, exprimir la máxima utilidad de la revolución en beneficio del proletariado, así como el máximo bienestar y libertad.

Se avanza hacia la abolición del capitalismo expropiando a los capitalistas en beneficio de todos, no creando un capitalismo aún peor con el capitalismo de Estado.

El progreso hacia la abolición del Estado se hace combatiéndolo mientras sobreviva, socavándolo cada vez más, despojándolo en lo posible de autoridad y prestigio, debilitándolo y quitándole tantas funciones sociales como los trabajadores se hayan equipado para realizar por sí mismos mediante su organización revolucionaria o de clase, y no, como pretenden los comunistas autoritarios, construyendo sobre las ruinas del Estado burgués otro

Estado aún más fuerte, con más funciones y más poder. Al tomar este último camino, son los comunistas autoritarios, nada menos, los que ponen obstáculos a la organización y a la actividad de las masas y emprenden el camino diametralmente opuesto al que conducirá al comunismo y a la abolición del Estado. Son ellos los ridículos, tan ridículos como quien, queriendo viajar hacia el este, se pone en dirección al sol poniente.

#### **IV: Anarquía y comunismo**

Hay una mala costumbre contra la que debemos reaccionar. Es la costumbre que tienen desde hace tiempo los comunistas autoritarios de oponer el comunismo a la anarquía, como si ambas nociones fueran necesariamente contradictorias; la costumbre de utilizar estas dos palabras comunismo y anarquía como si fueran mutuamente incompatibles y tuvieran significados opuestos.

En Italia, donde durante algo más de cuarenta años estas palabras se han utilizado juntas para formar un único término en el que una palabra complementa a la otra, para formar la descripción más precisa del programa anarquista, este esfuerzo por ignorar una tradición histórica tan importante y, lo que es más, darla vuelta a los significados

de las palabras, es absurdo y sólo puede servir para crear confusión en el ámbito de las ideas e interminables malentendidos en el ámbito de la propaganda.

No está de más recordar que fue, curiosamente, en un congreso de las Secciones italianas de la primera Internacional obrera, reunidas clandestinamente cerca de Florencia en 1876, cuando, a raíz de una moción presentada por Errico Malatesta, se afirmó que el comunismo era el arreglo económico que mejor podía hacer posible una sociedad sin gobierno; y que la anarquía (es decir, la ausencia de todo gobierno), siendo la organización libre y voluntaria de las relaciones sociales, era la mejor manera de implantar el comunismo. Una es efectivamente la garantía de la otra y viceversa. De ahí la formulación concreta del comunismo anarquista como ideal y como movimiento de lucha.

Hemos indicado en otro lugar<sup>8</sup> cómo en 1877 el *Arbeiter Zeitung* de Berna publicó los estatutos de un «Partido Comunista Anarquista de habla alemana»; y cómo en 1880 el Congreso de la Federación Internacionalista del Jura en Chaux-de-Fonds dio su aprobación a un memorándum de Carlo Cafiero sobre «Anarquía y Comunismo», en el mismo sentido que antes. En Italia, en aquella época, los anarquistas eran más conocidos como socialistas; pero cuando querían

---

<sup>8</sup> Véase Luigi Fabbri: *Dictadura y Revolución* (en italiano) p. 140

ser específicos se llamaban a sí mismos, como lo han hecho desde entonces, incluso hasta hoy, comunistas anarquistas.

Más tarde, Pietro Gori decía que el socialismo (comunismo) constituiría la base económica de una sociedad transformada por una revolución como la que nosotros preveíamos, mientras que la anarquía sería su culminación política.

Como especificaciones del programa anarquista, estas ideas han adquirido, como solía decirse, derechos de ciudadanía en el lenguaje político desde la época en que la Primera Internacional agonizaba en Italia (1880–2). Como definición o formulación del anarquismo, el término comunismo anarquista fue incorporado a su vocabulario político incluso por otros escritores socialistas que, cuando se trataba de su propio programa para la organización de la sociedad desde el punto de vista económico, no hablaban de comunismo, sino de colectivismo, y en efecto, se autodenominaban colectivistas.

Esa fue la posición hasta 1918; es decir, hasta que los bolcheviques rusos, para diferenciarse de los socialdemócratas patrióticos o reformistas, decidieron cambiar su nombre, resucitando el de «comunista», que se ajustaba a la tradición histórica del famoso Manifiesto de Marx y Engels de 1847, y que hasta 1880 fue empleado por los socialistas alemanes en un sentido puramente autoritario y socialdemócrata. Poco a poco, casi todos los socialistas

adscritos a la Tercera Internacional de Moscú han terminado por autodenominarse comunistas, sin tener en cuenta la perversión del significado de la palabra, el diferente uso de la misma a lo largo de cuarenta años en el lenguaje popular y proletario, y los cambios en las posturas de los partidos después de 1880, creando así un verdadero anacronismo.

Pero eso son los comunistas autoritarios y no nosotros; ni siquiera habría sido necesario que debatiéramos el asunto si se hubieran tomado la molestia, cuando cambiaron de nombre, de exponer claramente qué cambio de ideas se reflejaba en este cambio de nombre. Ciertamente, los socialistas, ahora convertidos en comunistas, han modificado su programa con respecto al establecido para Italia en el Congreso de Génova del Partido del Trabajo en 1892, y a través de la Internacional Socialista en su Congreso de Londres en 1896. Pero el cambio de programa gira total y exclusivamente en torno a los métodos de lucha (adopción de la violencia, rechazo del parlamentarismo, dictadura en lugar de democracia, etc.); y no se refiere al ideal de reconstrucción social, lo único a lo que pueden referirse los términos comunismo y colectivismo.

Cuando se trata de su programa de reconstrucción social, del orden económico de la sociedad futura, los socialistas-comunistas no han cambiado en absoluto; simplemente no se han molestado. De hecho, el término comunismo cubre su viejo programa autoritario y colectivista, que aún perdura, teniendo en el fondo, en el lejano fondo, una visión de la

desaparición del Estado que se presenta a las masas en ocasiones solemnes para distraer su atención de una nueva dominación, a la que los dictadores comunistas querrían someterlas en un futuro no tan lejano.

Todo esto es una fuente de malentendidos y confusión entre los trabajadores, a los que se les dice una cosa con palabras que les lleva a creer otra muy distinta.

Desde la antigüedad, el término comunismo ha significado, no un método de lucha, ni mucho menos un método especial de razonamiento, sino un sistema para la completa reorganización radical de la sociedad sobre la base de la propiedad común de la riqueza, el disfrute común de los frutos del trabajo común por parte de los miembros de la sociedad humana, sin que ninguno de ellos pueda apropiarse del capital social para su beneficio exclusivo con exclusión o perjuicio de los demás. Es un ideal de reorganización económica de la sociedad, común a varias escuelas de socialismo (incluida la anarquía); y los marxistas no fueron en absoluto los primeros en formular ese ideal.

Es cierto que Marx y Engels escribieron un programa para el Partido Comunista Alemán en 1847, estableciendo sus directrices teóricas y tácticas; pero el Partido Comunista ya existía antes. Ellos tomaron su noción del comunismo de otros y no fueron en absoluto sus creadores.

En ese soberbio hervidero de ideas que fue la Primera Internacional, el concepto de comunismo se fue clarificando cada vez más; y adquirió su especial importancia en la confrontación con el colectivismo, que hacia 1880 se incorporó, de común acuerdo, al vocabulario político y social de anarquistas y socialistas por igual: desde Karl Marx a Carlo Cafiero y desde Benoît Malon a Gnocchi Viani. Desde entonces, la palabra comunismo siempre se ha entendido como un sistema de producción y distribución de la riqueza en una sociedad socialista, cuyas directrices prácticas se establecían en la fórmula *De cada uno según sus recursos y su capacidad – A cada uno según sus necesidades*. [El comunismo de los anarquistas, construido en el terreno político de la negación del Estado, tenía y tiene este significado, para significar precisamente un sistema práctico de vida socialista después de la revolución, de acuerdo con la derivación de la palabra y la tradición histórica.

Por el contrario, lo que los neocomunistas entienden por «comunismo» es sólo o principalmente un conjunto de métodos de lucha y los criterios teóricos que defienden en la discusión y la propaganda. Algunos hablan de la violencia o del terrorismo de Estado que ha de imponer el régimen socialista; otros quieren que la palabra «comunismo» signifique el complejo de teorías que se conoce como marxismo (lucha de clases, materialismo histórico, toma del poder, dictadura del proletariado, etc.); otros, en cambio, son pura y simplemente un método de razonamiento

filosófico, como el enfoque dialéctico. Así pues, algunos, juntando palabras que no tienen ninguna relación lógica entre sí, lo llaman comunismo crítico, mientras que otros optan por comunismo “científico”.

Como vemos, todos se equivocan; pues las ideas y tácticas mencionadas pueden ser compartidas y utilizadas también por los comunistas, y hacerse más o menos compatibles con el comunismo, pero no son en sí mismas el comunismo, –ni son suficientes para diferenciarlo, mientras que podrían perfectamente hacerse compatibles con otros sistemas muy diferentes, incluso contrarios al comunismo. Si queremos entretenernos con juegos de palabras, podríamos decir que las doctrinas de los comunistas autoritarios tienen bastantes cosas, pero lo que más llama la atención es que no hay nada más que comunismo.

Que quede claro que en ningún caso discutimos el derecho de los comunistas autoritarios a adoptar el título que consideren oportuno, el que quieran, y a adoptar un nombre que fue de nuestra propiedad exclusiva durante casi medio siglo y al que no tenemos intención de renunciar. Sería ridículo impugnar ese derecho. Pero cada vez que los neocomunistas vienen a discutir sobre la anarquía y a mantener discusiones con los anarquistas, tienen la obligación moral de no fingir que no saben nada del pasado, y tienen el deber básico de no apropiarse de ese nombre hasta el punto de monopolizarlo, hasta el punto de crear una

incompatibilidad entre el término comunismo y el término anarquía que es artificial y falsa.

Siempre que hacen estas cosas se revelan como carentes de todo sentido de la honestidad política.

Todo el mundo sabe cómo nuestro ideal, expresado en la palabra anarquía, tomada en el sentido programático de un socialismo organizado de forma libertaria, ha sido siempre conocido como comunismo anarquista. Casi toda la literatura anarquista ha pertenecido, desde el final de la Primera Internacional, a la escuela comunista del socialismo. Hasta el estallido de la Revolución Rusa en 1917, las dos principales escuelas en las que se dividía el socialismo eran, por un lado, el colectivismo legalista y estatista y, por otro, el comunismo anarquista y revolucionario. ¡Cuántas polémicas, entre 1880 y 1918, no hemos entablado con los socialistas marxistas, hoy neocomunistas, en apoyo del ideal comunista frente a su colectivismo de cuartel alemán!

Y así, su visión ideal de la reorganización que se avecina sigue siendo la misma, e incluso se han acentuado sus tintes autoritarios. La única diferencia entre el colectivismo que criticamos en el pasado y el comunismo dictatorial de hoy es una diferencia táctica y una ligera diferencia teórica, y no la cuestión del objetivo inmediato a alcanzar. Es cierto que esto enlaza con el comunismo de Estado de los socialistas alemanes anteriores a 1880 –el Volksstaat o Estado popular– contra el que Bakunin dirigió tan vitriólica crítica; y también

con el socialismo gubernamental de Louis Blanc, tan brillantemente demolido por Proudhon. Pero la conexión con el enfoque estatista revolucionario es sólo en el nivel secundario de la política, y no en el nivel de su punto de vista económico particular –es decir, la organización de la producción y la distribución de los productos–, del que Marx y Blanc tenían una visión bastante más amplia y general que sus últimos herederos.

En cambio, la dicotomía no es entre la anarquía y un comunismo más o menos «científico», sino entre el comunismo autoritario o estatal, que se precipita hacia una dictadura despótica, y el comunismo anarquista o anti estatal con su visión libertaria de la revolución.

Si hay que hablar de contradicción en los términos, no debe ser entre el término comunismo y el término anarquía, que son tan compatibles que el uno no es posible en ausencia del otro, sino entre comunismo y estado. Donde hay estado o gobierno, no hay comunismo posible. Por lo menos, es tan difícil conciliarlos, y tan exigente el sacrificio de toda la libertad y dignidad humanas, que se puede suponer que es imposible cuando hoy el espíritu de revuelta, de autonomía y de iniciativa está tan extendido entre las masas, hambrientas no sólo de pan, sino también de libertad.

## **V: La revolución rusa y los anarquistas**

Cuando se les acaban los argumentos contra nuestro incontestable razonamiento, el tiro de gracia que los comunistas autoritarios sueltan contra nosotros es presentarnos como «enemigos de la Revolución Rusa».

Desde nuestra posición de lucha contra la concepción dictatorial de la revolución –una posición que compartimos con nuestros camaradas rusos– para respaldar nuestros argumentos citamos los resultados nefastos de la dirección dictatorial de la Rusia revolucionaria, y exponemos a la luz los graves errores del gobierno de ese país; sólo en este sentido estamos luchando contra la Revolución Rusa.

Esto es más que una cuestión de acusaciones injustas: es a la vez una mentira y una calumnia. Si la causa de la Revolución es la causa de la libertad y de la justicia, en un sentido práctico y no abstracto, es decir, si es la causa del proletariado y de su emancipación de toda servidumbre política y económica, de toda explotación y opresión estatal o privada; si la Revolución es la causa de la igualdad social, entonces es de justicia insistir en que los únicos que siguen siendo fieles hoy a la Revolución Rusa, a la revolución hecha por el pueblo trabajador de Rusia, son los anarquistas.

Somos conscientes de que, durante un período considerable, en tiempo de revolución, todo lo que cualquiera –y especialmente los revolucionarios– tiene derecho a esperar son espinas y muy pocas rosas. No nos hagamos ilusiones al respecto. Pero la revolución deja de serlo cuando no es y no significa una mejora, por mínima que sea, para las amplias masas, y no asegura a los proletarios un mayor bienestar o, al menos, si no pueden ver claramente que, una vez superadas ciertas dificultades temporales, el bienestar llegará. Deja de ser una revolución si, en términos prácticos, no significa un aumento de la libertad de pensar y de actuar –de cualquier manera que no restrinja la libertad de los demás– para todos aquellos que estaban oprimidos bajo el antiguo régimen.

Tales son los puntos de vista y los sentimientos que nos sirven de guía en nuestra propaganda y nuestra polémica. En ningún caso la propaganda y la polémica están motivadas por un espíritu de sectarismo, ni mucho menos por un espíritu de competencia o de interés personal; y no nos dedicamos a ellas en absoluto como ejercicio de crítica y doctrinarismo. Más bien somos conscientes de estar cumpliendo una doble obligación, de relevancia política inmediata.

Por un lado, el estudio de la Revolución Rusa, el esclarecimiento de los errores cometidos por los gobernantes y la crítica al sistema bolchevique que triunfó son, para nosotros, un deber impuesto por la solidaridad

política con nuestros camaradas rusos que, por compartir nuestro pensamiento y sostener nuestro punto de vista – que, creemos, son los pensamientos y el punto de vista más compatibles con los intereses de la revolución del proletariado– están privados de toda libertad, perseguidos, encarcelados, exiliados y, algunos de ellos, condenados a muerte por ese gobierno. Por otra parte, tenemos el deber de poner en evidencia el error bolchevique, para que si se produjera una crisis similar en los países occidentales, el proletariado tuviera cuidado de no emprender un camino, de tomar una dirección, que ahora sabemos por experiencia propia que significa el naufragio de la revolución.

Si eso es lo que pensamos, si estamos profundamente convencidos de que es así –y nuestros adversarios no pueden dudarlo, pues no hay otros intereses ni sentimientos fuertes que puedan apartar nuestra mente de tal empresa–, entonces es nuestro deber, como anarquistas y revolucionarios, romper nuestro silencio. Pero, ¿significa todo esto que estamos en contra de la Revolución Rusa?

La Revolución Rusa es el acontecimiento que más ha sacudido la tierra en nuestros días. Provocada y facilitada por una causa enorme, la guerra mundial, ha superado a esa guerra mundial en magnitud e importancia. Si ha conseguido, si consigue o debe conseguir en el futuro – como, a pesar de todo, seguimos esperando– romper los lazos de la esclavitud asalariada que atan a la clase obrera, o si los avances logrados por las revoluciones anteriores se

amplían para incluir la igualdad económica y social, la libertad para todos tanto de hecho como en teoría, es decir, con la posibilidad material de disfrutarla, entonces la Revolución Rusa superará en importancia histórica incluso a la Revolución Francesa de 1789–93.

Si la guerra mundial no logró extinguir toda esperanza de resurrección de los pueblos oprimidos del mundo, si a pesar de ella los hombres no han retrocedido siglos a la existencia animal de sus antepasados, sino sólo un poco, es indiscutible que se lo debemos a la Revolución Rusa. Es la Revolución Rusa la que ha elevado los valores morales e ideales de la humanidad y la que ha impulsado nuestras aspiraciones y el espíritu colectivo de todos los pueblos hacia una humanidad más elevada.

En aquel triste amanecer de 1917, mientras el mundo entero parecía precipitarse hacia el horror, la muerte, la falsedad, el odio... y la más negra oscuridad, la Revolución Rusa inundó de pronto a los que sufríamos aquella interminable tragedia con la luz escrutadora de la verdad y la fraternidad, y el calor de la vida y el amor comenzó a fluir de nuevo por las venas marchitas hasta los corazones resecaos de la internacional obrera. Mientras persista ese recuerdo, todos los pueblos de la tierra estarán obligados al pueblo ruso por un esfuerzo que, no sólo en Rusia y en Europa, sino en los más lejanos rincones del planeta habitados por los hombres, logró levantar las esperanzas de los oprimidos.

No ocultamos en absoluto el coste de la hazaña del pueblo ruso en términos de fatiga, heroísmo, sacrificio y martirio.

Los anarquistas no hemos seguido los progresos de la revolución con reservas mentales ni con espíritu de sectarismo. Nunca hemos hablado así, ni en público ni en privado: hasta ahora, pero ya no. Mientras la revolución avanzaba no nos preocupábamos de qué partido era el que ganaba más fama. Entonces nadie, o prácticamente nadie, hablaba de los anarquistas rusos. Sabíamos –y las noticias posteriores demostraron que teníamos razón– que debían estar en la vanguardia de la batalla, que serían factores desconocidos pero no por ello menos importantes en la revolución. Y para nosotros eso era suficiente.

No tenemos intereses partidistas, ni necesidad de explotar a nuestros caídos para asegurar privilegios para el futuro; y por eso nuestro silencio sobre el trabajo de nuestros camaradas no empañó nuestra alegría. Y, entre los meses de marzo y noviembre, antes de tomar el poder (e incluso durante algunos meses después de haberlo tomado, hasta que la amarga experiencia confirmó lo que nuestra doctrina nos había hecho presentir de antemano) los bolcheviques parecían ser los más enérgicos enemigos de los viejos opresores, de la política de guerra, de todo camión con la burguesía; y lucharon contra el radicalismo democrático con sus raíces en el capitalismo y, junto con él, contra los socialpatriotas, los reformistas, los socialistas revolucionarios de derecha y los mencheviques; y más tarde,

cuando después de una pequeña vacilación cooperaron para dispersar a los vientos el equívoco de la Asamblea constituyente, los anarquistas, sin ninguna rivalidad insensata, se pusieron a su lado.

Estuvieron a su lado idealmente, espiritualmente, fuera de Rusia y, más prácticamente, en la esfera de la propaganda y la actividad política contra las calumnias y las difamaciones de la burguesía. Y, aún más prácticamente, se mantuvieron ahí (y eso incluso después de haber empezado a oponerse en el plano polémico), contra los gobiernos burgueses cuando, en la medida de lo posible, se intentó utilizar la acción directa para impedir el infame bloqueo de Rusia y detener el suministro de material de guerra a sus enemigos. Cada vez que los intereses de la revolución y del pueblo ruso parecían estar en juego, los anarquistas se mantuvieron firmes, incluso cuando sabían que podían estar ayudando indirectamente a sus oponentes.

Lo mismo, en una escala mucho mayor, con un mayor gasto de energías y más sacrificios en la despiadada lucha armada, ocurrió dentro de Rusia, donde nuestros camaradas han estado luchando por la revolución contra el zarismo desde antes de 1917, con una tenaz oposición a la guerra y después con las armas en la mano en marzo; luego, más tarde, contra la democracia burguesa y el reformismo social en julio y octubre; luchando finalmente en todos los frentes, entregando sus vidas en la lucha contra Yudenich, Denikin y Wrangel, contra los alemanes en Riga, los ingleses en

Arcángel, los franceses en Odessa y los japoneses en Siberia. Muchos de ellos (y no es éste el lugar para ver si se equivocaron o hasta qué punto lo hicieron) han colaborado con los bolcheviques en la organización civil o militar interna, allí donde pudieron, con el menor conflicto con su propia conciencia, en beneficio de la revolución. Y si hoy los anarquistas rusos forman parte de la oposición dentro de Rusia y luchan contra la política y el gobierno bolchevique, lo único que hacen es continuar –unos pocos heroicos– con la lucha por la revolución iniciada en marzo de 1917.

El gobierno actual no sólo no es la Revolución Rusa, sino que se ha convertido en su propia negación. Por otra parte, eso era inevitable en virtud del hecho de que es un gobierno. Combatir al gobierno ruso, en el plano de la polémica, con argumentos revolucionarios –que no tienen nada en común con los argumentos de los enemigos de la revolución– no sólo no lo convierte a uno en enemigo de la revolución, sino que la defiende, la aclara y la libera de las manchas que el grueso de la opinión pública ve en ella –manchas que no son de ella, sino que proceden del partido gubernamental, de la nueva casta dirigente que crece, parasitariamente, sobre su tronco, en detrimento del gran grueso del proletariado.

Esto no nos impide en absoluto comprender la grandiosidad de la Revolución Rusa y apreciar la renovación que ha supuesto para buena parte de Europa. A lo único que nos oponemos es a la pretensión de un solo partido de acaparar el mérito y los beneficios de un acontecimiento tan

enorme, en el que ciertamente ha participado, pero en la proporción que cabría esperar razonablemente por su número y organización. La Revolución Rusa no fue obra de un partido, sino de todo un pueblo: y el pueblo es el verdadero protagonista de la verdadera Revolución Rusa. La grandeza de la Revolución no viene en forma de ordenanzas gubernamentales, leyes y hazañas militares, sino en forma del profundo cambio operado en la vida moral y material de la población.

Ese cambio es irrefutable. El zarismo en Rusia ha muerto, y con él toda una serie interminable de monstruosidades. La antigua clase dirigente noble y burguesa ha sido destruida y con ella muchas cosas, desde la raíz, especialmente un montón de prejuicios, cuya eliminación se creía imposible en otro tiempo. Si Rusia, como parece ser el caso, tiene la desgracia de que se forme allí una nueva clase dirigente, entonces la demolición de la antigua aniquilada hace esperar que el gobierno del nuevo poder sea a su vez derrocado sin dificultad. La idea libertaria original de los «soviets» no se ganó en vano las almas de los rusos, aunque los bolcheviques la hayan mutilado y convertido en un engranaje de la burocracia de la dictadura; dentro de esa idea está la semilla de la nueva revolución que será la única que haga realidad el comunismo real, el comunismo con libertad.

Ningún gobierno puede reivindicar la renovación moral de Rusia tras la revolución, ni puede destruirla; y esa renovación

es mérito únicamente de la revolución popular, no de un partido político. «Y, por supuesto, a pesar de todo (me escribía un camarada que acababa de regresar de Rusia, después de algunas críticas a la mala administración bolchevique), la impresión que causa la vida del pueblo ruso en su conjunto es tan grandiosa que todo aquí, en la Europa capitalista, parece una miserable y estúpida imitación «pequeñoburguesa». Allí no hay vulgaridad; nunca se oyen esas canciones vulgares que cantan los borrachos; allí no existe el ambiente desagradable de los domingos y de esos lugares donde la gente se divierte en los países occidentales. En medio del sacrificio y del indecible sufrimiento, el pueblo vive realmente una vida moral mejor y más intensa».

En términos reales, la Revolución Rusa vive en el pueblo ruso. Esa es la revolución que amamos, que celebramos con entusiasmo y con el corazón lleno de esperanza. Pero, como no nos cansamos de repetir, la revolución y el pueblo ruso no son el gobierno que, a ojos de la gente superficial, los representa en el exterior. Un amigo mío, que volvía de Rusia en 1920 ardiendo de entusiasmo, cuando le advertí que los soviets de allí eran una especie de subordinación humillante y que los agentes del gobierno incluso manipulaban sus elecciones de forma «fascistoide», me contestó algo precipitadamente: «¡Pero si la mayoría de los proletarios fuera realmente capaz de elegir los soviets de su elección, el gobierno bolchevique no seguiría en el gobierno ni una semana más!»

Si esto es así, cuando criticamos –no a personas, no a individuos, a los que hemos defendido a menudo contra los calumniadores de la prensa guardada del capitalismo–, cuando, impulsados por nuestra constante preocupación de no caer en la forma errónea y exagerada de la crítica, atacamos al partido gobernante en Rusia y a aquellos de sus partidarios ansiosos de seguir sus pasos en Italia –porque vemos que sus métodos son perjudiciales para la revolución y provocan una verdadera contrarrevolución–, ¿cómo puede decir alguien que «estamos tomando partido contra la Revolución Rusa»?

El proletariado, que nos conoce y nos escucha, sabe que se trata de una afirmación perversa y ridícula, tan perversa y ridícula como la forma en que los gacetilleros de la burguesía tratan de hacer pasar por insultos y acusaciones contra todo el pueblo italiano las críticas justamente duras –que nosotros apoyamos– que los revolucionarios extranjeros dirigen al gobierno y a la clase dominante de Italia.

# ¿EL SISTEMA SOVIÉTICO O LA DICTADURA DEL PROLETARIADO?

**Rudolf Rocker**

*“¿El sistema soviético o la dictadura del proletariado?”, de Rudolf Rocker, se publicó por entregas por primera vez en Fraye Arbeter Shtime como “Raten–system oder diktatur?”, del 15 al 29 de mayo de 1920. Ese mismo año se publicó en francés en Les Temps Nouveaux como “Le systeme des soviets ou la dictature du proletariat?”.*

¿Quizás el lector piense que ha encontrado un fallo en el título anterior y que el sistema soviético y la dictadura del proletariado son una misma cosa? No. Son dos ideas

radicalmente diferentes que, lejos de ser complementarias, se oponen mutuamente. Sólo una lógica partidista enfermiza podría aceptar una fusión cuando lo que realmente existe es una oposición irreconciliable.

La idea de los «soviets» es una expresión bien definida de lo que entendemos por revolución social, siendo un elemento que pertenece enteramente al lado constructivo del socialismo. El origen de la noción de dictadura es totalmente burgués y, como tal, no tiene nada que ver con el socialismo. Es posible unir los dos términos artificialmente, si así se desea, pero todo lo que se obtendría sería una caricatura muy pobre de la idea original de los soviets, lo que equivale, como tal, a una subversión de la noción básica del socialismo.

La idea de los soviets no es nueva, ni es una idea lanzada, como se cree frecuentemente, por la Revolución Rusa. Surgió en el ala más avanzada del movimiento obrero europeo en el momento en que la clase obrera salió de la crisálida del radicalismo burgués para hacerse independiente.

Fue en los días en que la Asociación Internacional de Trabajadores logró su grandioso plan de reunir a los trabajadores de varios países en un único y enorme sindicato, para abrirles un camino directo hacia su verdadera emancipación. Aunque la Internacional ha sido concebida como una organización de base amplia, compuesta por

organismos profesionales, sus estatutos fueron redactados de manera que permitieran la adhesión de todas las tendencias socialistas del momento con la única condición de que estuvieran de acuerdo con el objetivo último de la organización: la emancipación completa de los trabajadores.

Naturalmente, en el momento de su fundación, las ideas de esta gran Asociación estaban lejos de estar tan claramente definidas como en el Congreso de Ginebra de 1866 o en el de Lausana de 1867. Cuanto más experimentada era la Internacional, cuanto más maduraba y se extendía por el mundo como organización de lucha, más claro y objetivo aparecía el pensamiento de sus adeptos. La actividad práctica derivada de la lucha diaria entre el capital y el trabajo condujo, por sí misma, a una comprensión más profunda de los principios básicos.

Tras el congreso de Bruselas de 1868, la Internacional se pronunció a favor de la propiedad colectiva del suelo, del subsuelo y de los instrumentos de trabajo, y se sentaron las bases para el desarrollo posterior de la Internacional.

En el congreso de Basilea de 1869, la evolución interna de la gran asociación obrera alcanzó su cenit. Aparte de la cuestión del suelo y del subsuelo, que el congreso examinó recientemente, la cuestión principal era la de cómo debían crearse, dirigirse y utilizarse los sindicatos obreros. Un informe sobre esta cuestión, presentado por el belga Hins y sus amigos, suscitó un vivo interés en el congreso. En esta

ocasión, por primera vez, se expusieron las tareas que debían abordar los sindicatos obreros, así como la importancia de los mismos, de una forma totalmente inequívoca, que recuerda, en cierto modo, al pensamiento de Robert Owen. Así, se anunció en Basilea, en términos claros e inequívocos, que el sindicato, la federación local, era algo más que un órgano ordinario y temporal cuya única razón de ser era la sociedad capitalista, y que estaba destinado a desaparecer cuando lo hiciera. De acuerdo con lo expuesto por Hins, la visión socialista de Estado según la cual los sindicatos obreros debían limitar sus actividades a la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores en términos salariales, ni más ni menos, se modificó radicalmente.

El informe de Hins y sus amigos muestra cómo las organizaciones obreras para la lucha económica pueden ser consideradas como células de la sociedad socialista del futuro, y que la tarea de la Internacional es educar a estas organizaciones locales para equiparlas a fin de que cumplan su misión histórica. De hecho, el congreso adoptó el punto de vista belga; pero hoy sabemos que muchos delegados, especialmente los de las organizaciones obreras alemanas, nunca tuvieron el deseo de poner en práctica la resolución dentro de los límites de su influencia.

Después del congreso de Basilea, y sobre todo después de la guerra de 1870, que empujó al movimiento social europeo por una vía muy diferente, se hizo evidente que había dos

tendencias dentro de la Internacional, tendencias tan irreconciliables entre sí que esta oposición llegó hasta la escisión. Más tarde se intentó reducir sus desacuerdos al nivel de una disputa personal entre Miguel Bakunin y Karl Marx, este último con su Consejo General en Londres. No puede haber un relato más erróneo e infundado que éste, que se basa en la más absoluta ignorancia de los hechos. Por supuesto, las consideraciones personales tuvieron un papel en estos enfrentamientos, como suele ocurrir en estas situaciones. En cualquier caso, fueron Marx y Engels quienes recurrieron a todas las impropiedades imaginables en sus ataques a Bakunin. De hecho, el biógrafo de Karl Marx, el escritor Eranz Mehring, no pudo guardar silencio sobre este hecho, ya que, en el fondo, no se trataba de una vana riña tonta, sino de un choque entre dos perspectivas ideológicas que tenían y tienen cierta importancia natural.

En los países latinos, donde la Internacional encontró su principal apoyo, los trabajadores actuaban a través de sus organizaciones de lucha económica. A sus ojos, el Estado era el agente político y el defensor de las clases poseedoras y, siendo así, la toma del poder político no debía perseguirse de ninguna manera, pues no era otra cosa que el preludio de una nueva tiranía y de la supervivencia de la explotación. Por ello, evitaron imitar a la burguesía creando otro partido político que engendrara una nueva clase dominante capitaneada por políticos profesionales. Su objetivo era conseguir el control de las máquinas, de la industria, del

suelo y del subsuelo; y previeron correctamente que este planteamiento les dividía radicalmente de los políticos jacobinos de la burguesía que lo sacrificaban todo en aras del poder político. Los internacionalistas latinos se dieron cuenta de que el monopolio de la propiedad tenía que desaparecer, al igual que el monopolio del poder; que toda la vida de la sociedad venidera tenía que fundarse sobre bases totalmente nuevas. Tomando como punto de partida el hecho de que «la dominación del hombre sobre sus semejantes» era cosa del pasado, estos camaradas trataron de llegar a la idea de «la administración de las cosas». Sustituyeron la política de partidos dentro del Estado por la política económica del trabajo. Además, se dieron cuenta de que la reorganización de la sociedad en un sentido socialista debía llevarse a cabo dentro de la propia industria, siendo ésta la idea fundamental que subyace a la noción de los consejos (o soviets).

De forma muy clara y precisa, los congresos de la Federación Regional Española profundizaron en estas ideas del ala antiautoritaria de la Internacional y las desarrollaron. De ahí surgieron los términos «juntas» y «consejos obreros» (que significan lo mismo que soviets).

Los socialistas libertarios de la Primera Internacional se dieron cuenta perfectamente de que el socialismo no puede ser decretado por un gobierno, sino que tiene que crecer, orgánicamente, de abajo arriba.

Comprendieron, además, que correspondía a los trabajadores la organización del trabajo y de la producción y, del mismo modo, la distribución para el consumo equitativo. Esta era la idea primordial que han opuesto al socialismo de Estado de los políticos parlamentarios.

Con el paso de los años, y aún hoy, los movimientos obreros de estos países latinos han sufrido salvajes persecuciones. Esta política sangrienta se remonta a la represión de la Comuna de París en 1871. Más tarde, los excesos reaccionarios de ese tipo se extendieron a España e Italia. La idea de los «consejos» pasó a un segundo plano, ya que se suprimió toda propaganda abierta y en los movimientos clandestinos que la organización obrera tuvo que crear, los militantes se vieron obligados a desplegar todas sus energías, todos sus recursos, para luchar contra la reacción y defender a sus víctimas.

## **El sindicalismo revolucionario y la idea de los consejos**

El desarrollo del sindicalismo revolucionario ha desenterrado esta idea y le ha dado nueva vida. Durante el período más activo del sindicalismo revolucionario francés, entre 1900 y 1907, la idea de los consejos se llevó a cabo en su forma más completa y bien definida.

Una mirada a los escritos de Pouget, Griffuelhes, Monatte, Yvetot y algunos otros, especialmente Pelloutier, es suficiente para persuadirse de que ni en Rusia ni en ningún otro lugar se ha añadido un ápice a lo que los propagandistas del sindicalismo revolucionario formularon quince o veinte años antes de los acontecimientos rusos de 1917.

Durante esos años, los partidos obreros socialistas rechazaron de plano la idea de los consejos. La mayoría de los que hoy defienden la idea de los soviets (especialmente en Alemania) la despreciaron ayer como una «nueva utopía». Lenin, nada menos, declaró al presidente del consejo de delegados de San Petersburgo en 1905 que el sistema de consejos era una institución anticuada con la que el partido no tenía nada en común.

Así pues, esta noción de consejos, cuyo mérito corresponde a los sindicalistas revolucionarios, marca el punto más importante y constituye la piedra angular del movimiento obrero internacional, gracias a la cual se nos permitirá añadir que el sistema de consejos es la única institución susceptible de conducir al socialismo a la realidad, ya que cualquier otro camino será erróneo. La «utopía» ha ganado al «cientifismo».

Igualmente, es incuestionable que la idea del consejo surge naturalmente de la visión socialista libertaria que tanto ha arraigado en gran parte del movimiento obrero

internacional, frente a la idea del estado con su estela de tradiciones ideológicas burguesas.

## **La «dictadura del proletariado», una herencia de la burguesía**

Esto es todo lo que se puede decir de la dictadura, ya que no es un producto del pensamiento socialista. La dictadura no es hija del movimiento obrero, sino una lamentable herencia de la burguesía, pasada al campo proletario para garantizar su «felicidad». La dictadura está estrechamente ligada al ansia de poder político, que también es de origen burgués.

La dictadura es una de las formas que el Estado, siempre ávido de poder, suele adoptar. Es el Estado en pie de guerra. Al igual que otros defensores de la idea de Estado, los partidarios de la dictadura quieren imponer su voluntad al pueblo. Este concepto es un impedimento para la revolución social, cuya sangre vital es precisamente la participación constructiva y la iniciativa directa de las masas.

La dictadura es la negación, la destrucción del ser orgánico, de la forma natural de organización, que es de abajo hacia arriba. Algunos afirman que el pueblo no es todavía lo suficientemente maduro para hacerse cargo de su propio

destino. Así que tiene que haber un gobernante sobre las masas, tutelado por una minoría «experta». Los partidarios de la dictadura pueden tener las mejores intenciones del mundo, pero la lógica del Poder les obligará a tomar siempre el camino del despotismo más extremo.

Nuestros socialistas de Estado adoptaron la noción de dictadura de ese partido pre-burgués, los jacobinos. Ese partido condenó la huelga como un crimen y prohibió las organizaciones obreras bajo pena de muerte. Los portavoces más activos de esta conducta prepotente fueron Saint-Just y Couthon, mientras que Robespierre operaba bajo la misma influencia.

La forma falsa y unilateral en que los historiadores burgueses suelen describir la Gran Revolución ha influido mucho en la mayoría de los socialistas, y ha contribuido poderosamente a dar a la dictadura jacobina un prestigio mal merecido, mientras que el martirio de sus principales líderes parece haber aumentado. En general, el pueblo es presa fácil del culto a los mártires, lo que le inhabilita para la crítica estudiada de las ideas y los hechos.

La labor creativa de la Revolución Francesa es bien conocida: abolió el feudalismo y la monarquía. Los historiadores han glorificado esto como la obra de los jacobinos y de los revolucionarios de la Convención, pero sin embargo, con el paso del tiempo esa imagen ha resultado

ser una falsificación absoluta de toda la historia de la Revolución.

Hoy sabemos que esta interpretación errónea se basa en la ignorancia deliberada de los hechos históricos, especialmente la verdad de que la obra creadora de buena fe de la Revolución fue llevada a cabo por los campesinos y el proletariado de las ciudades desafiando a la Asamblea Nacional y a la Convención. Los jacobinos y la Convención siempre se opusieron con bastante vigor a los cambios radicales, hasta que fueron un hecho consumado, es decir, hasta que las acciones populares les impusieron tales cambios. En consecuencia, la proclamación de la Convención de que el sistema feudal quedaba abolido no era más que un reconocimiento oficial de las incursiones realizadas directamente por los campesinos revolucionarios en el antiguo sistema opresivo, a pesar de la feroz oposición que habían tenido que afrontar por parte de los partidos políticos de la época.

Hasta 1792, la Asamblea Nacional no había tocado el sistema feudal. Sólo al año siguiente, dicha Asamblea revolucionaria se dignó a dar la razón a «la plebe del campo» sancionando la abolición de los derechos feudales, algo que el pueblo ya había realizado por decisión popular. Lo mismo, o casi, ocurre con la abolición oficial de la monarquía.

## **Tradiciones jacobinas y socialismo**

Los primeros fundadores de un movimiento socialista popular en Francia procedían del campo jacobino, por lo que es natural que la herencia política de 1792 pesara sobre ellos.

Cuando Babeuf y Darthey pusieron en marcha la conspiración de «Los Iguales», pretendían convertir a Francia, mediante la dictadura, en un Estado comunista agrario y, como comunistas, comprendían que debían ponerse a resolver la cuestión económica si querían alcanzar el ideal de la Gran Revolución. Pero, como jacobinos, «Los Iguales» creían que podían alcanzar su objetivo reforzando el Estado, confiriéndole amplios poderes. Con los jacobinos, la creencia en la omnipotencia del Estado llegó a su punto álgido y los impregnó tan profundamente que fueron incapaces de concebir ningún esquema alternativo a seguir.

Medio muertos, Babeuf y Darthey fueron arrastrados a la guillotina, pero sus ideas perduraron entre el pueblo, refugiándose en sociedades secretas, como los «igualitarios» durante el reinado de Luis Felipe. Hombres como Barbes y Blanqui trabajaron en la misma línea, luchando por una dictadura del proletariado destinada a hacer realidad los objetivos de los comunistas.

De estos hombres heredaron Marx y Engels la noción de dictadura del proletariado, que expusieron en su Manifiesto Comunista. Por ese medio debían llegar a un poder central con capacidades incontestables, cuya tarea sería aplastar el potencial de la burguesía mediante leyes coercitivas radicales y, llegado el momento, reorganizar la sociedad en el espíritu del socialismo de Estado.

Marx y Engels abandonaron la democracia burguesa por el campo socialista, ya que su pensamiento estaba profundamente marcado por la influencia jacobina. Por otra parte, el movimiento socialista no estaba entonces suficientemente desarrollado como para emprender una auténtica vía propia. El socialismo de ambos líderes estaba más o menos sometido a las tradiciones burguesas que se remontaban a la Revolución Francesa.

## **Todo por los Consejos**

Gracias al crecimiento del movimiento obrero en la época de la internacional, el socialismo se encontró en condiciones de desprenderse de los últimos restos de las tradiciones burguesas y de independizarse por completo. El concepto de consejos abandonó la noción de Estado y de política de poder bajo cualquier aspecto. Asimismo, se oponía

diametralmente a cualquier sugerencia de dictadura. De hecho, no sólo intentaba despojar de los instrumentos de poder a las fuerzas que los poseían y al Estado, sino que tendía a aumentar su propia influencia en la medida de lo posible.

Los precursores del sistema concejil apreciaron bien que junto a la explotación del hombre por el hombre tendría que desaparecer también la dominación del hombre por el hombre. Se dieron cuenta de que el Estado, siendo el poder organizado de las clases dominantes, no puede transformarse en un instrumento para la emancipación del trabajo. Asimismo, consideraban que la tarea primordial de la revolución social tiene que ser la demolición de la vieja estructura de poder, para eliminar la posibilidad de cualquier nueva forma de explotación y retroceso.

Que nadie objete que la «dictadura del proletariado» no puede compararse con la dictadura ordinaria porque es la dictadura de una clase.

La dictadura de una clase no puede existir como tal, pues acaba siendo, en última instancia, la dictadura de un partido determinado que se arroga el derecho de hablar en nombre de esa clase. Así, la burguesía liberal, en su lucha contra el despotismo, solía hablar en nombre del «pueblo». En los partidos que nunca han disfrutado del uso del poder, el ansia de poder o el deseo de ejercerlo asumen una forma extremadamente peligrosa.

Los que han ganado recientemente el poder son aún más odiosos que los que lo poseían. El ejemplo de Alemania es esclarecedor a este respecto: los alemanes viven actualmente bajo la poderosa dictadura de los políticos profesionales de la socialdemocracia y los funcionarios centralistas de los sindicatos. No encuentran ninguna medida demasiado vil o brutal para aplicar y someter a los miembros de su «propia» clase que se atreven a discutir con ellos. Cuando estos señores, renegando del socialismo, «se hundieron» tiraron por la borda incluso las conquistas conseguidas por las revoluciones burguesas que garantizaban un cierto grado de libertad e inviolabilidad personal. Es más, también han engendrado el más horrendo sistema policial, llegando a detener a cualquiera que sea ingrato con las autoridades y dejándolo inofensivo al menos durante un tiempo. Las célebres «lettres de cachet» de los déspotas franceses y la deportación administrativa del sistema zarista ruso han sido exhumadas y aplicadas por estos singulares campeones de la democracia.

Ni que decir tiene que estos nuevos déspotas pregonan insistentemente el apoyo a una constitución que garantice todos los derechos posibles a los buenos alemanes; pero esa constitución sólo existe sobre el papel. Incluso la constitución republicana francesa de 1793 adolecía del mismo defecto: nunca se puso en práctica. Robespierre y sus secuaces trataron de explicarse afirmando que la patria estaba en peligro. En consecuencia, el «Incorruptible» y sus

hombres mantuvieron una dictadura que condujo al Termidor, al vergonzoso gobierno del Directorio y, finalmente, a la dictadura de la espada bajo Napoleón. En la actualidad, en Alemania hemos alcanzado nuestro Directorio: lo único que falta es el hombre que hará el papel de Napoleón.

Ya sabemos que no se puede hacer una revolución con agua de rosas. Y sabemos, también, que las clases propietarias nunca cederán sus privilegios espontáneamente. El día de la revolución victoriosa, los trabajadores tendrán que imponer su voluntad a los actuales propietarios del suelo, del subsuelo y de los medios de producción, lo que no podrá hacerse –seamos claros en esto– sin que los trabajadores tomen en sus manos el capital de la sociedad y, sobre todo, sin que hayan derribado la estructura autoritaria que es, y seguirá siendo, la fortaleza que mantiene a las masas populares bajo dominio. Tal acción es, sin duda, un acto de liberación; una proclamación de justicia social; la esencia misma de la revolución social, que no tiene nada en común con el principio absolutamente burgués de la dictadura.

El hecho de que un gran número de partidos socialistas se hayan adherido a la idea de los consejos, que es la marca propia de los socialistas libertarios y de los sindicalistas revolucionarios, es una confesión, un reconocimiento de que el rumbo que han tomado hasta ahora ha sido producto de una falsificación, de una distorsión, y que con los consejos el

movimiento obrero debe crearse un órgano único capaz de llevar a cabo el socialismo sin paliativos que anhela el proletariado consciente. Por otra parte, no hay que olvidar que esta brusca conversión conlleva el riesgo de introducir en el concepto de consejos muchos elementos ajenos, es decir, sin relación con las tareas originales del socialismo, y que deben ser eliminados porque suponen una amenaza para el desarrollo ulterior de los consejos. Estos elementos ajenos sólo son capaces de concebir las cosas desde el punto de vista dictatorial. Debe ser nuestra tarea hacer frente a este riesgo y advertir a nuestros camaradas de clase contra los experimentos que no pueden acercar el amanecer de la emancipación social, sino que, por el contrario, lo posponen positivamente.

En consecuencia, nuestro consejo es el siguiente: ¡Todo para los consejos o soviets! ¡Ningún poder por encima de ellos! Una consigna que al mismo tiempo será la del revolucionario social.

## LA IDEA DE IGUALDAD Y LOS BOLCHEVIQUES

**Néstor Makhno**

El XIV Congreso del Partido Comunista Ruso condenó enérgicamente la idea de la igualdad. Antes del congreso, Zinóviev se había referido a esta idea en su polémica contra Ustrialov y Bujarin. Entonces declaró que toda la filosofía de nuestro tiempo se alimentaba de la aspiración a la igualdad. Kalinin intervino enérgicamente contra esta tesis, considerando que cualquier referencia a la igualdad sólo podía ser perjudicial e intolerable. Su razonamiento es el siguiente:

«¿Podemos hablar con los campesinos sobre la igualdad? No, no es posible, porque entonces empezarían a exigir los mismos derechos que los

trabajadores, lo que estaría en total contradicción con la dictadura del proletariado.

¿Podemos hablar con los trabajadores sobre la igualdad? No, tampoco es posible, porque, por ejemplo, si un puesto de trabajo idéntico es ocupado por un comunista y un trabajador sin partido, la diferencia es que el primero recibe el doble de salario que el segundo. Reconocer la igualdad permitiría a los no partidistas recibir el mismo salario que un comunista. ¿Esto es correcto, camaradas? No, no lo es.

¿Podemos seguir llamando iguales a los comunistas? No, eso tampoco es posible, porque ellos también ocupan lugares diferentes, tanto en sus derechos como en su situación material.»

A partir de todas estas consideraciones, Kalinin llegó a la conclusión de que el uso del término «igualdad» por parte de Zinóviev sólo podía ser demagógico y perjudicial. En su respuesta, Zinóviev afirmó a su vez que si había hablado de igualdad, era en un sentido completamente diferente.

Por su parte, sólo tenía en mente la «igualdad socialista», es decir, la que debe existir algún día, en un futuro más o menos cercano. Por el momento, mientras no se haya realizado la revolución mundial y no sepamos cuándo se realizará, no se puede hablar de igualdad alguna. En particular, no puede

haber igualdad de derechos, ya que esto podría conducir a desviaciones «democráticas» muy peligrosas.

Este acuerdo sobre la idea de igualdad no se tradujo en una resolución del congreso. Pero, en el fondo, los dos partidos que se enfrentaron en el congreso también encontraron intolerable la idea de la igualdad.

En otros tiempos, no hace mucho, los bolcheviques habían hablado de una manera completamente diferente. Fue bajo la bandera de la igualdad que actuaron durante la gran Revolución Rusa, para el derrocamiento de la burguesía, junto con los obreros y campesinos, a cuyas expensas lograron el dominio político del país. Bajo esta bandera, durante ocho años de reinado sobre la vida y la libertad de los trabajadores de la antigua Rusia –ahora llamada «Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas»– los zares bolcheviques han tratado de convencer a esta «Unión», oprimida por ellos, así como a los trabajadores de otros países que aún no dominan, que si persiguieron, dejaron pudrirse en la cárcel y en la deportación y asesinaron a sus enemigos políticos, fue sólo en nombre de la revolución, de esos fundamentos igualitarios, introducidos supuestamente por ellos en la revolución, y que sus enemigos habrían querido destruir.

La sangre de los anarquistas ha corrido durante ocho años, porque no quisieron plegarse servilmente a la violencia y a la desfachatez de quienes tomaron el poder, ni a su ideología notoriamente falsa y a su total irresponsabilidad.

En este acto criminal, un acto que sólo puede ser descrito como el sangriento libertinaje de los dioses bolcheviques, perecieron los mejores hijos de la revolución, porque eran los más fieles portadores de los ideales revolucionarios y porque no podían ser comprados para traicionarlos. Defendiendo honestamente los preceptos de la revolución, estos hijos de la revolución aspiraban a alejar la locura de los dioses bolcheviques y a salir de su callejón sin salida, para allanar el camino hacia la verdadera libertad y la auténtica libertad de los trabajadores.

Los potentados bolcheviques no tardaron en darse cuenta de que las aspiraciones de los hijos de la revolución significarían el fin de sus locuras y, sobre todo, de los privilegios que habían heredado hábilmente de la burguesía derrocada y que luego habían reforzado a su favor a traición. Por eso condenaron a muerte a los revolucionarios. Los hombres de mentalidad esclava los apoyaron y se derramó sangre. Ha seguido fluyendo durante ocho años y uno se pregunta ¿en nombre de qué? En nombre de la libertad y la igualdad de los trabajadores, dicen los bolcheviques, mientras siguen exterminando a miles de revolucionarios anónimos, luchadores de la revolución social, tildados de «bandidos» y «contrarrevolucionarios». Con esta mentira descarada, los bolcheviques han ocultado a los ojos de los trabajadores de todo el mundo el verdadero estado de cosas en Rusia, en particular su completa bancarrota en la construcción socialista, bancarrota que no quieren

reconocer hasta ahora, aunque es más que evidente para todos los que tienen ojos para ver.

Los anarquistas han señalado a tiempo a los anarquistas de todos los países los crímenes bolcheviques en la revolución rusa. El bolchevismo, encarnando el ideal de un Estado centralizador, aparecía como el enemigo mortal del espíritu libre de los trabajadores revolucionarios. Utilizando medidas inauditas, sabotó el desarrollo de la revolución y mancilló el honor de sus mejores. Enmascarándose con éxito, ocultó su verdadero rostro a los ojos de los trabajadores, presentándose como el defensor de sus intereses. Sólo ahora, después de ocho años de gobierno, al acercarse cada vez más a la burguesía internacional, empieza a quitarse la máscara revolucionaria y a revelar al mundo del trabajo el rostro de un explotador rapaz.

Los bolcheviques han abandonado la idea de igualdad, no sólo en la práctica, sino también en la teoría, porque la propia expresión les parece ahora peligrosa. Esto es bastante comprensible, toda su dominación se apoya en una idea diametralmente opuesta, en una desigualdad flagrante, cuyo horror y males han recaído sobre las espaldas de los trabajadores. Esperemos que los trabajadores de todos los países saquen las conclusiones necesarias y, a su vez, acaben con los bolcheviques, portadores de la idea de esclavitud y opresores del Trabajo.

*Dielo trouda, n°9, febrero de 1926, pp.9–10.*

## EL ESTADO Y LA REVOLUCIÓN: TEORÍA Y PRÁCTICA

Iain MacKay

Este es mi capítulo en la antología *Un legado manchado de sangre: Cien años de contrarrevolución leninista* (Oakland/Edimburgo: AK Press, 2017). Se hicieron algunas revisiones durante el proceso de edición que no se incluyen aquí. Además, las referencias a la edición francesa de 1913 de *La ciencia moderna y la anarquía* de Kropotkin se han sustituido por las de la traducción al inglés de 2018. Sin embargo, el grueso del texto es el mismo, así como el mensaje y su llamamiento a aprender de la historia en lugar de repetirla. Por supuesto, les insto a que compren el libro.

En 1917 se produjeron tres revoluciones: la de febrero, que comenzó de forma espontánea con las huelgas del Día

Internacional de la Mujer; la de octubre, cuando la mayoría del Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia votó a favor de la elección de un gobierno bolchevique; y lo que el anarquista ruso Voline denominó *La Revolución Desconocida*, entre medias, cuando los obreros y los campesinos empezaron a hacer que la revolución pasara de ser un mero cambio político a una transformación social.

Esta Revolución Desconocida vio la recreación de los soviets que se vieron por primera vez durante la revolución de 1905, basados en delegados elegidos en los lugares de trabajo y sujetos a revocación, los trabajadores crearon sindicatos y comités de fábrica y los campesinos recuperaron las tierras de los terratenientes mientras se daban por sentadas unas libertades políticas sin precedentes tras la tiranía del zarismo. La esperanza de un futuro mejor se extendió por todo el mundo y la Revolución de Octubre fue acogida por muchos en la izquierda revolucionaria –incluidos los anarquistas– como la culminación de este proceso.

Sin embargo, en 1921 los anarquistas habían roto con el régimen al aplastar la rebelión de Kronstadt por la libertad soviética. El Estado bolchevique fue denunciado, con razón, por ser políticamente una dictadura de partido y económicamente un capitalismo de Estado. ¿Cómo ocurrió esto?

Sería imposible abarcar todos los aspectos de la ideología y la práctica leninista, así como la alternativa anarquista, así

que aquí indicamos los principales factores en juego en el proceso.

*El Estado y la Revolución* de Lenin<sup>9</sup> se toma como centro de atención ya que, escrito durante 1917, expresa las aspiraciones del bolchevismo en su mejor forma –como lo demuestra el hecho de que aún hoy los leninistas recomiendan que lo leamos para ver por qué debemos unirnos a su partido. Compararemos la retórica de la obra de Lenin con la realidad del régimen que se creó, la teoría con la práctica. Haciendo eso podemos ver por qué la revolución degeneró y entender mejor –para usar la expresión de Alexander Berkman– *El Mito Bolchevique* para aprender de la historia en lugar de repetirla<sup>10</sup>.

---

9 «El Estado y la Revolución: La teoría marxista del Estado y las tareas del proletariado en la revolución», *The Lenin Anthology* (Nueva York: Princeton University, 1975), 311–398.

10 Excelentes análisis anarquistas de la Revolución Rusa son: Emma Goldman, *My Disillusionment in Russia* [Mi desilusión en Rusia] (Nueva York: Thomas Y. Crowell Company, 1970); Alexander Berkman, *The Bolshevik Myth* [El mito bolchevique] (Londres: Pluto Press, 1989); Voline, *The Unknown Revolution* [La revolución desconocida] (Detroit/Chicago: Black & Red/Solidarity, 1974); GP Maximoff, *The Guillotine At Work: The Leninist Counter–Revolution* (Sanday: Cienfuegos Press, 1979); Ida Mett, *The Kronstadt Uprising* (Londres: Solidarity, 1967); Goldman y Berkman, *To Remain Silent is Impossible: Emma Goldman y Alexander Berkman en Rusia* (Atlanta: On Our Own Authority!, 2013).

## Teoría

Cuando Lenin regresó a Rusia en abril de 1917, rápidamente entró en conflicto con sus colegas al adoptar una posición radical. En lugar de argumentar –en línea con la ortodoxia marxista– que Rusia se enfrentaba a una revolución burguesa y que, por lo tanto, requería la creación de una república y del capitalismo, argumentó que la revolución debía intensificarse e impulsarse hacia la transformación social mediante la creación de un nuevo Estado basado en los soviets. Esto y la continua oposición a la guerra imperialista hicieron que los bolcheviques ganaran cada vez más influencia, pasando de ser una pequeña secta a un partido de masas en el espacio de unos pocos meses.

Durante este período de euforia escribió *El Estado y la Revolución*, cuyo objetivo era justificar teóricamente este cambio de perspectiva. Se dirigía principalmente a los que, dentro del movimiento marxista, estaban en desacuerdo con Lenin, así como, en menor medida, a los anarquistas. Ambos están relacionados, ya que las posiciones de Lenin sobre la necesidad de la transformación social y la oposición a ambos bandos en los conflictos capitalistas habían sido defendidas anteriormente sólo por los anarquistas<sup>11</sup>.

---

11 Para la revolución de 1905, véanse los artículos de Peter Kropotkin «La revolución en Rusia», «La revolución rusa y el anarquismo» y «Basta de

La «burguesía y los oportunistas en el seno del movimiento obrero coinciden en esta adulteración del marxismo. Omiten, oscurecen o distorsionan el lado revolucionario de esta teoría, su alma revolucionaria», por lo que «nuestra tarea principal es restablecer lo que Marx realmente enseñó sobre el tema del Estado». Lenin, como prometió, proporciona «una serie de largas citas de las obras de los propios Marx y Engels» (313), pero tiene que proporcionar un comentario para asegurarse de que el lector las interpreta correctamente. Esto se debe a que Marx y Engels no argumentaron exactamente como Lenin sugiere que lo hicieron. Del mismo modo, sus comentarios sobre el anarquismo –además de distorsionarlo– no abordan las verdaderas cuestiones entre éste y el marxismo<sup>12</sup>.

Lenin argumentó que «sólo es marxista quien extiende el reconocimiento de la lucha de clases al reconocimiento de la dictadura del proletariado». (334) La revolución requiere «que la ‘fuerza coercitiva especial’ para la supresión del proletariado por la burguesía, de millones de trabajadores por puñados de ricos, sea sustituida por una ‘fuerza coercitiva especial’ para la supresión de la burguesía por el

---

ilusiones» (Direct Struggle Against Capital: A Peter Kropotkin Anthology [Edimburgo/Oakland/Baltimore: AK Press, 2014]). Para su negativa a tomar partido en la guerra imperialista ruso–japonesa, véase «La Guerre russo–japonaise», Les Temps Nouveaux, 5 de marzo de 1904.

12 El espacio impide discutir todos los aspectos de esto, para una mayor discusión ver la sección H de An Anarchist FAQ (AFAQ) volumen 2 (Edimburgo/Oakland: AK Press, 2012).

proletariado (la dictadura del proletariado)». (322) El objetivo era «derrocar a la burguesía, destruir el parlamentarismo burgués, por una república democrática según el tipo de la Comuna [de París], o una república de Soviets de Diputados Obreros y Soldados, por la dictadura revolucionaria del proletariado». (396) Porque el «proletariado necesita el poder del Estado, una organización centralizada de la fuerza, una organización de la violencia, tanto para aplastar la resistencia de los explotadores como para dirigir a la enorme masa de la población –los campesinos, la pequeña burguesía y los semiproletarios– en el trabajo de organizar una economía socialista.» (328)

El Estado actual era un Estado burgués y debía ser aplastado y reemplazado por un nuevo tipo de Estado y «es precisamente este punto fundamental el que ha sido completamente ignorado por los partidos socialdemócratas oficiales dominantes y, de hecho, distorsionado [...] por el teórico más importante de la Segunda Internacional, Karl Kautsky». (329) Los anarquistas no comprenden que este nuevo Estado es necesario, como tampoco comprenden que el «órgano de represión» es «la mayoría de la población, y no una minoría, como siempre fue el caso bajo la esclavitud, la servidumbre y la esclavitud asalariada. Y como la propia mayoría de la población reprime a sus opresores, ¡ya no es necesaria una «fuerza especial» para la represión! En este sentido, el Estado comienza a marchitarse». (340) El Estado

no puede ser abolido, como pretenden los anarquistas, pero puede desaparecer y lo hará.

La práctica del régimen bolchevique no coincidió con la teoría, pero primero tenemos que discutir los problemas teóricos del argumento de Lenin para entender por qué ocurrió esto, ya que una mala teoría produce una mala práctica.

## **La Comuna de París**

El núcleo del argumento de Lenin se basa en la Comuna de París de 1871 y en las lecciones que Marx y Engels extrajeron de ella. Sin embargo, no menciona aspectos clave de este acontecimiento y, al igual que Marx y Engels, proporciona un análisis superficial del mismo. Esto contrasta con los anarquistas; por ejemplo, Kropotkin escribió mucho más sobre la Comuna que Marx o Engels.

El aspecto clave de la Comuna para Lenin se resume en esta cita de Marx: «La Comuna demostró especialmente una cosa, a saber, que ‘la clase obrera no puede simplemente apoderarse de la maquinaria estatal ya hecha y manejarla para sus propios fines’...» (336) También se cita a Marx sobre cómo «debía ser un organismo obrero, no parlamentario, ejecutivo y legislativo al mismo tiempo» (341). Lenin

resumió que «sustituyó la máquina estatal aplastada ‘sólo’ por una democracia más completa: abolición del ejército permanente; todos los funcionarios debían ser elegidos y estar sujetos a la revocación» (339) y «dejaba de ser un Estado, ya que tenía que reprimir, no a la mayoría de la población, sino a una minoría (los explotadores). Se había destruido la maquinaria estatal burguesa. En lugar de una fuerza coercitiva especial entró en escena la propia población. Todo esto fue un abandono del Estado en el sentido propio de la palabra». (357)

Sin embargo, la Comuna de París no era en absoluto una nueva estructura estatal, sino que era un consejo municipal transformado. De hecho, Lenin cita a Marx sobre cómo la Comuna «estaba formada por los concejales municipales, elegidos por sufragio universal en los distintos distritos de la ciudad, responsables y revocables en cualquier momento». (339) Tras la insurrección inicial (espontánea) del 18 de marzo, el Comité Central de la Guardia Nacional de París se negó a tomar el poder por sí mismo y, en su lugar, convocó elecciones al consejo municipal existente con sus miembros elegidos entre los distritos municipales existentes por medio del sufragio universal (masculino). La Comuna, pues, no era un soviets<sup>13</sup>.

---

13 Marx sugirió más tarde (en 1881) que era «simplemente el levantamiento de una ciudad en condiciones excepcionales, la mayoría de la Comuna no era en absoluto socialista, ni podía serlo.» Karl Max y Friedrich Engels,

Las conclusiones prácticas que sacaron Marx y Engels fueron –como antes– que los trabajadores debían organizarse en partidos políticos y participar en la «acción política» para capturar al Estado a nivel nacional de la misma manera que lo habían hecho los comuneros a nivel local. Lenin confunde el aplastamiento de la máquina del Estado con el aplastamiento del propio Estado.

También es importante señalar que La guerra civil en Francia de Marx es su obra más atractiva porque está informando sobre todo lo que había sucedido durante una revolución inspirada por las ideas anarquistas. Aunque Marx no lo menciona, la fuerza motriz de las proclamas de la Comuna eran internacionalistas influenciados por Proudhon. Para ver esto basta con comparar la posición de Proudhon durante la Revolución de 1848 con la aplicada –y alabada por Marx– en 1871:

*«No queremos el gobierno del hombre por el hombre más que la explotación del hombre por el hombre [...] Corresponde a la Asamblea Nacional, a través de la organización de sus comisiones, ejercer el poder ejecutivo, del mismo modo que ejerce el poder legislativo a través de sus deliberaciones y votaciones conjuntas. [...] el socialismo es lo contrario del gubernamentalismo. [...]*

*«Además del sufragio universal y como consecuencia del mismo, queremos la aplicación del mandato imperativo [mandat impératif]. Los políticos lo rechazan. Lo que significa que, a sus ojos, el pueblo, al elegir a los representantes, no nombra a los mandatarios, ¡sino que abjura de su soberanía!... Eso no es ciertamente socialismo: ni siquiera es democracia»<sup>14</sup>.*

Lenin –al igual que Marx– olvida mencionar que los comuneros se llamaban a sí mismos Fédérés («Federales»). Así, su queja «de que el renegado [Eduard] Bernstein» sugirió que «en cuanto a su contenido político» el programa de Marx «presenta, en todos sus rasgos esenciales, la mayor similitud con el federalismo de Proudhon ignora el hecho incómodo de que, en la medida en que Marx informa con precisión sobre la revuelta, no puede evitar parecer un federalista

Lenin parece ignorar lo que significa el federalismo. El objetivo del federalismo es coordinar la actividad al nivel apropiado (y por lo tanto no puede ser otra cosa que ascendente). El centralismo, por el contrario, maneja a todo

---

14 ¡La propiedad es un robo! A Pierre–Joseph Proudhon Anthology(Edimburgo/Oakland/Baltimore: AK Press, 2011), 378–9; lo había argumentado desde los primeros días de la revolución: «todos somos votantes [...] Podemos hacer más; podemos seguirles paso a paso en [...] sus votaciones; les haremos transmitir nuestros argumentos [...]; les sugeriremos nuestra voluntad, y cuando estemos descontentos, les recordaremos y despediremos.» (273)

en el centro (y por tanto no puede ser otra cosa que descendente). Por eso, cuando Lenin proclama que cuando Marx «utilizó a propósito» ciertas palabras (como que «La unidad nacional debía... organizarse») para «oponer el centralismo consciente, democrático y proletario al centralismo burgués, militar y burocrático» (348), no entendía nada.

Del mismo modo, Proudhon escribió sobre cómo «crear la unidad nacional [...] desde abajo hacia arriba, desde la circunferencia hacia el centro» y cómo bajo el federalismo «las atribuciones de la autoridad central se especializan y se limitan» a «lo que concierne a los servicios federales»<sup>15</sup>. Así que los comuneros hablaban de organizar la unidad nacional y (citando a Marx) de cómo «unas pocas pero importantes funciones que aún le quedarían a un gobierno central no debían ser suprimidas, como se había dicho deliberadamente de forma errónea, sino que debían ser transferidas a funcionarios comunales, es decir, estrictamente responsables» (346) es una expresión del federalismo y no su negación. El hecho de que Marx confunda el máximo órgano federal con «un gobierno central» no cambia esto.

Del mismo modo, Proudhon también argumentó que era «necesario desarmar a los poderes» poniendo fin al reclutamiento militar y «organizando un ejército de

---

15 Proudhon, 447, 698.

ciudadanos». Es «el derecho de los ciudadanos a designar la jerarquía de sus jefes militares, los simples soldados y los guardias nacionales nombrando a los rangos inferiores de oficiales, los oficiales nombran a sus superiores». De este modo, «el ejército conserva sus sentimientos cívicos» mientras que el Pueblo «organiza su ejército de manera que garantice simultáneamente su defensa y sus libertades». Además, se adelantó a Lenin en «la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria» (388) al contraponer la «democracia del trabajo» a las formas existentes<sup>16</sup>.

Dada esta influencia obvia, no es el caso que «confundir la visión de Marx sobre la ‘destrucción del poder estatal, una excrecencia parasitaria’, con el federalismo de Proudhon es positivamente monstruoso». (347) Porque los comuneros eran federalistas y, aunque Lenin proclamó que no hay «ni un rastro de federalismo en la citada observación de Marx sobre la experiencia de la Comuna» (347), tenía que haberlo si su relato era remotamente exacto. El hecho de que antes y después de la Comuna Marx fuera un centralista no desvirtúa su informe sobre los comuneros, pero sí significa que no podemos, como desea Lenin, tomar La guerra civil en Francia como el relato definitivo de sus ideas sobre la transformación social.

---

16 Proudhon, 407, 443–4, 724, 750, 763.

Mientras que para Lenin Marx había «intentado sacar lecciones prácticas» de la Comuna y así «‘aprender’ de ella», (344) de hecho los anarquistas aportaron un análisis más profundo de la revuelta. Para Kropotkin, al «proclamar la Comuna libre, el pueblo de París proclamó un principio anarquista esencial», pero «se detuvo a mitad de camino» y se dio «un Consejo Comunal copiado de los antiguos consejos municipales». Así, la Comuna de París no «rompió con la tradición del Estado, del gobierno representativo, y no trató de lograr dentro de la Comuna esa organización de lo simple a lo complejo que inauguró al proclamar la independencia y la libre federación de las Comunas.» Los revolucionarios elegidos se aislaron de las masas y se encerraron en el ayuntamiento, lo que condujo al desastre, ya que el consejo de la Comuna se «inmovilizó, en medio del papeleo», perdió «la inspiración que proviene del contacto continuo con las masas» y así «ellos mismos paralizaron la iniciativa popular»<sup>17</sup>. Esto lo confirma un relato marxista de la Comuna que admitió (¡de pasada!) que el consejo comunal estaba «abrumado» por las sugerencias de otros organismos, cuyo «mero volumen» «creaba dificultades» y le «resultaba difícil hacer frente al flujo de personas que se agolpaban en las oficinas»<sup>18</sup>.

---

17 Kropotkin, *Direct action*, 446.

18 Donny Gluckstein, *The Paris Commune: A Revolutionary Democracy* (Londres: Bookmarks, 2006), 47–8.

Independientemente de las afirmaciones de Lenin, los anarquistas tenían razón «al reivindicar la Comuna de París como [...] una colaboración de su doctrina» y son los marxistas quienes han «malinterpretado completamente sus lecciones». (385)

## Oportunismo

El trabajo de Lenin se dirigió contra dos oponentes principales en el movimiento marxista, los oportunistas y los kautskianos. Los primeros eran el ala reformista de los partidos socialdemócratas y estaban más asociados a Eduard Bernstein. Los segundos eran sus principales oponentes en la Segunda Internacional y estaban más asociados a Karl Kautsky. Hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, Lenin se consideraba un seguidor de Kautsky e invocaba repetidamente sus escritos para mostrar su ortodoxia marxista (el más infame en *¿Qué hacer?* sobre cómo «la conciencia socialista es algo introducido en la lucha de clases proletaria desde fuera» por «la intelectualidad burguesa»<sup>19</sup>).

Incluso en 1913 elogió los «fundamentos de la táctica parlamentaria» de la socialdemocracia alemana, que era «implacable en cuestiones de principio y siempre dirigida al

---

<sup>19</sup> Antología de Lenin, 28.

logro del objetivo final»<sup>20</sup>. Como es bien sabido, Lenin originalmente no creyó en los informes de noticias sobre los políticos socialdemócratas alemanes que votaron por los créditos de guerra en 1914, tal era su fe en ese partido.

Así, aunque se sorprendió de que «resultara que, en realidad, el Partido Socialdemócrata alemán era mucho más moderado y oportunista de lo que parecía» (390), los anarquistas no lo eran, ya que habían predicho y denunciado repetidamente el reformismo obvio de la socialdemocracia durante décadas<sup>21</sup>. Tampoco discute Lenin por qué se desarrolló el «oportunismo» en primer lugar, a saber, la táctica marxista de la acción política de los partidos en las elecciones en lugar de la anarquista de la acción directa de los sindicatos de trabajadores. Como tal, fue una sorprendente confirmación de las advertencias de Bakunin de que cuando los «trabajadores comunes» son enviados «a las Asambleas Legislativas» el resultado es que los «diputados–obreros, trasplantados a un ambiente burgués, a una atmósfera de ideas puramente burguesas, dejarán de hecho de ser trabajadores y, convirtiéndose en hombres de Estado, se convertirán en burgueses» ya que «los hombres no hacen sus situaciones; por el contrario, los hombres son

---

20 Obras Completas (CW) 19: 298.

21 Véase «Socialismo y política» de Kropotkin y otros textos incluidos en Lucha directa contra el capital.

hechos por ellas»<sup>22</sup>. De hecho, el «oportunismo» existió en la socialdemocracia desde el principio –como puede verse en la admisión de Lenin de que los ataques de Bakunin estaban «justificados», ya que el «Estado popular» era como «un absurdo» y «una desviación del socialismo», por lo que Engels trató de «librar» a la socialdemocracia alemana «de los prejuicios oportunistas» (357) relativos al Estado... ¡en 1875!<sup>23</sup>

Así, aunque gran parte del libro de Lenin es un comentario sobre numerosas citas de Marx y Engels y un contraste de su interpretación con la posición ortodoxa de entonces, no menciona que él, como todos los marxistas antes de 1917, eran «oportunistas» en el sentido de que después de haber leído a Marx y Engels llegaron a la conclusión de que la «acción política» se utilizaría para capturar el «poder

---

22 The Basic Bakunin: Writings 1869–71 (Buffalo: Prometheus Books, 1994.) 108. El hecho de que no hubiera ninguna posibilidad real de hacer elecciones en la Rusia zarista permitió a los bolcheviques evitar el destino de sus partidos hermanos en la Segunda Internacional.

23 Puede ser que «todo estado no es ‘libre’ y no es un ‘estado popular’», pero «Marx y Engels explicaron esto repetidamente a sus camaradas de partido en los años setenta» (323) sólo en cartas privadas. Públicamente, Der Volksstaat (El Estado Popular) fue el órgano central del Partido Obrero Socialdemócrata de Alemania entre 1869 y 1876 y Marx y Engels colaboraron regularmente en él. Así que la noción «oportunista» de un Volkstaat se asoció con el partido más influenciado por Marx y Engels. Además, el «Estado popular» se utilizaba de la misma manera que los leninistas actuales utilizan el término «Estado obrero» para describir su nuevo régimen. El oportunismo no reside, seguramente, en las palabras utilizadas.

político» que luego, a su vez, se utilizaría para transformar tanto el Estado como la sociedad<sup>24</sup>.

La razón de esto es obvia, ya que Lenin confunde el aplastamiento de la máquina del Estado con el aplastamiento del Estado mismo. Tiene razón en que «fue Marx quien enseñó que el proletariado no puede simplemente conquistar el poder estatal en el sentido de que el viejo aparato estatal pase a nuevas manos, sino que debe aplastar este aparato, debe romperlo y sustituirlo por uno nuevo». (392) Se equivoca en cuanto a que Marx pensaba que esto se lograría sin asegurar primero el sufragio universal y luego la mayoría en la legislatura. Por lo tanto, cuando Lenin afirma que Kautsky «habla de la conquista del poder estatal –y no más–» y que, por lo tanto, «ha elegido una fórmula que hace una concesión a los oportunistas, en la medida en que admite la posibilidad de tomar el poder sin destruir la máquina estatal» (387), se equivoca. Esto puede verse en las citas de Marx y Engels que el propio Lenin proporciona y a las que siente la necesidad de añadir comentarios a lo que debería ser evidente<sup>25</sup>.

---

24 Como señaló Kautsky en 1919 (*The Road to Power: political reflections on growing into the revolution* [Atlantic Highlands: Humanities Press, 1996] 34, 47).

25 Esto, por necesidad, es sólo una selección de las pruebas. Véase la sección H.3.10 de *An AFAQ* para un análisis más detallado. Para un relato similar pero desde una perspectiva marxista más o menos ortodoxa, véase Binay

Así, después de proporcionar una larga cita de Engels, Lenin tiene que añadir «Engels habla aquí de la revolución del proletariado ‘aboliendo’ el Estado burgués, mientras que las palabras sobre el Estado que se marchita se refieren a los restos del Estado proletario después de la revolución socialista» (322) cuando el propio Engels no hace tal distinción y sólo habla del Estado. Igualmente, cita a Engels sobre cómo «una cosa es cierta: nuestro partido y la clase obrera sólo pueden llegar al poder bajo la forma de la república democrática» y que ésta «es incluso la forma específica para la dictadura del proletariado, como ya demostró la Gran Revolución Francesa» antes de sentir la necesidad de añadir –supuestamente con la esperanza de que sus lectores no se dieran cuenta de que Engels no dijo tal cosa– que «Engels realizó aquí de forma particularmente llamativa la idea fundamental que recorre toda la obra de Marx, a saber, que la república democrática es la aproximación más cercana a la dictadura del proletariado». (360). Así, «la forma específica» se convierte en «la aproximación más cercana»<sup>26</sup>.

Engels sugirió repetidamente que «la república» es «la forma política preparada para el futuro gobierno del

---

Sarker y Adam Buick, *Marxism–Leninism – Poles Apart* (Memari: Avenel Press, 2012).

26 Julius Martov, líder de los mencheviques–internacionalistas, señaló esto en su importante crítica a Lenin («Descomposición o conquista del Estado», *El Estado y la revolución socialista* [Nueva York: International Review, 1938], 40–1).

proletariado» que en Francia «ya está en marcha»<sup>27</sup> y lo hizo en el texto que cita Lenin

*«Así pues, una república unificada [...] De 1792 a 1798 cada departamento francés, cada comuna [Gemeinde], disfrutó de un autogobierno completo según el modelo americano, y esto es lo que nosotros también debemos tener. Cómo debe organizarse el autogobierno y cómo podemos gestionarlo, sin una burocracia, nos lo han mostrado América y la primera República Francesa, y nos lo muestran aún hoy Australia, Canadá y las demás colonias inglesas». (362)*

No hay ninguna mención a la Comuna de París en la crítica de Engels al borrador del *Programa de Erfurt*, lo cual es significativo dado que Lenin proclama que «no puede ser ignorada; pues es de las opiniones oportunistas de los socialdemócratas sobre cuestiones de organización estatal que esta crítica se ocupa principalmente.» (358)

Esta posición es coherente con los comentarios de Marx sobre el «aplastamiento» de la máquina estatal que Lenin considera tan importante. Esto se debe a que es posible argumentar que la acción política puede usarse para capturar el poder político y que la primera acción del partido victorioso es aplastar a la burocracia del Estado –como

---

27 MECW 50: 276.

confirmó Engels en una carta de 1884 cuando se le pidió que aclarara este punto preciso por Bernstein:

*«Se trata simplemente de demostrar que el proletariado vencedor debe primero remodelar el viejo poder estatal burocrático y administrativo centralizado antes de poder utilizarlo para sus propios fines: mientras que todos los republicanos burgueses desde 1848 denostaban esta maquinaria mientras estaban en la oposición, pero una vez en el gobierno la asumían sin modificarla y la utilizaban en parte contra la reacción, pero aún más contra el proletariado»<sup>28</sup>.*

Lo que refleja el comentario anterior de Marx (citado por Lenin) sobre el «poder ejecutivo con su enorme organización burocrática y militar, con su vasta e ingeniosa maquinaria estatal, con una hueste de funcionarios que asciende a medio millón, además de un ejército de otro medio millón, este espantoso cuerpo parasitario [...] Todas las revoluciones perfeccionaron esta máquina en lugar de aplastarla». (329) Así que, a diferencia de los anarquistas –que, desde Proudhon en adelante, habían argumentado que estaba «inevitablemente encadenado al capital y dirigido contra el proletariado»<sup>29</sup>– los marxistas habían considerado que el

---

28 MECW 47: 74; Esta perspectiva se refleja en un pasaje de un borrador de La guerra civil en Francia de Marx (MECW 22: 533).

29 Proudhon, 226.

Estado burgués no sólo podía ser capturado, sino reformado en interés de la clase obrera.

La diferencia fundamental entre los oportunistas y los kautskianos era que los primeros simplemente deseaban que el partido revisara la retórica utilizada para ajustarla a la práctica (reformista) del partido, mientras que los segundos insistían en que la retórica siguiera siendo revolucionaria. Sin embargo, ambos utilizaban las mismas tácticas y aspiraban a lo mismo: una mayoría socialdemócrata. Los primeros querían utilizar la maquinaria estatal existente para aplicar las reformas del sistema y no veían la necesidad de destrozar esa maquinaria ni de transformar rápidamente el sistema. Los segundos se mantuvieron fieles a Marx y argumentaron que para asegurar al proletariado como clase dominante, el parlamento tendría que destrozar esa maquinaria para sustituir el capitalismo por el socialismo.

Dado que la Comuna de París había utilizado una parte del Estado actual –el consejo municipal parisino– para abolir la máquina del Estado, es fácil ver por qué la interpretación de Lenin de Marx y Engels tardó hasta 1917 en formularse, sobre todo teniendo en cuenta su conocido apoyo al electoralismo y su oposición a los llamamientos anarquistas para aplastar el Estado y sustituirlo por una nueva forma de organización social basada en federaciones de agrupaciones obreras.

Antes de pasar a esto, debemos notar que mientras encuentra el tiempo para reprender a Bernstein por haber «repetido más de una vez las vulgares burlas burguesas a la democracia 'primitiva'» (340) y cómo «combate las ideas de la democracia 'primitiva'» –«mandatos vinculantes, funcionarios no remunerados, órganos representativos centrales impotentes, etc.»– para «demostrar» que esto «no es sólido» y «se refiere a la experiencia de los sindicatos británicos, tal y como la interpretan los Webbs» (394), omitió señalar cómo se refiere al mismo libro en *¿Qué hacer?* para demostrar también «lo absurdo de tal concepción de la democracia»<sup>30</sup>.

## Anarquismo

Si el relato de Lenin sobre el marxismo deja mucho que desear, esto no es nada comparado con los disparates que inflige al anarquismo. Describir la comprensión de Lenin del anarquismo como superficial sería generoso. Resume lo que considera las diferencias entre marxistas y anarquistas:

*«(1) Los primeros, aunque aspiran a la abolición completa del Estado, reconocen que este objetivo sólo puede alcanzarse después de que las clases hayan sido*

---

30 Antología de Lenin, 90.

*abolidas por la revolución socialista, como resultado del establecimiento del socialismo, que lleva a la desaparición del Estado. Los segundos quieren abolir el Estado por completo de la noche a la mañana, sin entender las condiciones en las que el Estado puede ser abolido. (2) Los primeros reconocen que, una vez que el proletariado ha conquistado el poder político, debe destruir por completo la vieja máquina estatal y sustituirla por una nueva que consista en una organización de los trabajadores armados, al estilo de la Comuna. Estos últimos, aunque insisten en la destrucción de la máquina estatal, tienen una idea muy vaga de lo que el proletariado pondrá en su lugar y de cómo utilizará su poder revolucionario. Los anarquistas niegan incluso que el proletariado revolucionario deba utilizar el poder del Estado, rechazan su dictadura revolucionaria. (3) Los primeros exigen que el proletariado sea entrenado para la revolución utilizando el Estado actual. Los anarquistas rechazan esto». (392)*

En primer lugar, independientemente de las sugerencias de Lenin sobre las revoluciones «de la noche a la mañana», los anarquistas nunca han visto la revolución social de esa manera. Más bien al contrario, ya que los anarquistas siempre han subrayado que las revoluciones son difíciles y llevan tiempo, además de rechazar explícitamente la noción de revoluciones de «un día». Kropotkin argumentaba que mientras que puede ser posible «derrocar y cambiar un

gobierno en un día», una revolución, «si ha de lograr un resultado tangible [...] requiere tres o cuatro años de agitación revolucionaria»<sup>31</sup>. Entonces la clase obrera estaría en posición de aplastar finalmente el Estado y el capitalismo que su revuelta había debilitado y así ser libre para empezar a construir una nueva sociedad.

El elemento de verdad en la declaración de Lenin es que los anarquistas rechazan la noción marxista de que necesitamos un Estado para reconstruir y defender la sociedad después de una revolución exitosa. Esto se debe a nuestros diferentes análisis de lo que es el Estado. Ambos están de acuerdo en que el Estado actual y todos los anteriores son instrumentos de dominio de clase, siendo esa clase la minoría de opresores y explotadores que han monopolizado la riqueza social. Los marxistas piensan que un Estado –ya sea una república convenientemente transformada (Kautsky, Lenin antes de 1917) o un nuevo Estado–soviético (Lenin en 1917)– puede ser el instrumento de la mayoría, de la clase obrera, pues es simplemente «una fuerza especial para la supresión de una clase particular». (340) Los anarquistas rechazan este análisis y sostienen que la institución del Estado está marcada por ciertas estructuras que le permiten realizar su tarea y que el Estado desarrolla

---

31 Kropotkin, *Direct action*, 553; ver también las secciones H.3.5 y I.2.2 de AFAQ.

sus propios intereses. La «dictadura del proletariado» pronto se convertiría en la «dictadura sobre el proletariado».

Esto se debe a que el Estado es una «organización de centralización jerárquica» y es «necesariamente jerárquico, autoritario –o deja de ser el Estado». Es «la absorción de toda la vida nacional, concentrada en una pirámide de funcionarios»<sup>32</sup>. Esta estructura no apareció por accidente. Lo que llama la atención del relato de Lenin sobre el Estado es que nunca, nunca se pregunta por qué esta estructura social ha tomado la forma que tiene. El Estado burgués está centralizado y el Estado proletario también lo estará –y cualquier intento de sugerir que Marx era un federalista es desechado (¡aunque, correctamente!) ya que «defendía el centralismo democrático, la república, una e indivisible». (361)

Sin embargo, las estructuras jerárquicas y centralizadas son necesarias para que una minoría gobierne. Excluyen a las masas de la participación en la vida social. Como argumentó Proudhon:

*«¿Y quién se beneficia de este régimen de unidad? ¿El pueblo? No, las clases altas [...] La unidad [...] es simplemente una forma de explotación burguesa bajo la protección de las bayonetas. Sí, la unidad política, en los*

---

32 Kropotkin, La ciencia moderna y la anarquía (Oakland/Edimburgo: AK Press, 2018), 199, 227, 365.

*grandes Estados, es burguesa: las posiciones que crea, las intrigas que provoca, las influencias que acaricia, todo eso es burgués y va a favor del burgués»<sup>33</sup>.*

El Estado centralizado y jerárquico es «la piedra angular del despotismo y de la explotación burguesa»<sup>34</sup>. Bajo la burguesía ascendente, señaló Kropotkin, «el Estado era el único juez», lo que significaba que «todas las disputas locales e insignificantes [...] se acumulaban en forma de documentos en las oficinas» y «el parlamento estaba literalmente inundado por miles de estas pequeñas disputas locales. Se necesitaban entonces miles de funcionarios en la capital –la mayoría de ellos corruptibles– para leer, clasificar, evaluar todo esto, para pronunciarse sobre el más mínimo detalle» y «¡la avalancha [de asuntos] siempre aumentaba!»<sup>35</sup> El mismo proceso estaría en funcionamiento en el nuevo llamado semiestado, ya que también estaba centralizado y por lo tanto tenía «toda una nueva red administrativa para extender su mandato y hacer cumplir la obediencia»<sup>36</sup>. Por eso los anarquistas buscaban descentralizar la toma de decisiones de un organismo central a federaciones de asociaciones laborales y comunitarias y se preguntaban por qué los marxistas habían «adoptado el ideal del Estado jacobino cuando este ideal había sido

---

33 La federación y la unidad en Italia (París: E. Dentu, 1862), 27–8.

34 Proudhon, 33.

35 Kropotkin, 269.

36 Kropotkin, Direct action, 509.

diseñado desde el punto de vista de los burgueses, en oposición directa a las tendencias igualitarias y comunistas del pueblo que habían surgido durante la Revolución [francesa]»<sup>37</sup>.

Lenin confunde intencionadamente la organización social con el Estado y se equivoca al decir que «no podemos imaginar la democracia, ni siquiera la democracia proletaria, sin instituciones representativas, pero podemos y debemos imaginar la democracia sin el parlamentarismo» (343–4), ya que si bien cualquier organización requiere delegados para coordinar las decisiones, es un error confundir esto con el gobierno representativo –y por tanto centralizado–. Así, si «en el socialismo todos gobernarán por turnos y pronto se acostumbrarán a que nadie gobierne» (395) en el anarquismo, en lugar de tener una serie de gobernantes, todos participarán en la toma de decisiones y la «organización centralista, burocrática y militar» del Estado que funciona «de arriba abajo y del centro a la periferia» será sustituida «por una organización federal» de asociaciones y comunas «de abajo arriba, de la periferia al

---

37 Kropotkin, *Modern*, 366: «Atacar a las autoridades centrales, despojarlas de sus prerrogativas, descentralizarlas, dispersar la autoridad, hubiera sido abandonar sus asuntos al pueblo y correr el riesgo de una revolución verdaderamente popular. Por eso, la burguesía quiere reforzar aún más el gobierno central» y la clase obrera, «no dispuesta a abdicar de sus derechos al cuidado de unos pocos, buscará alguna nueva forma de organización que le permita gestionar sus asuntos por sí misma». (Kropotkin, *Directo*, 232, 228)

centro» con «funcionarios electivos responsables ante el pueblo, y con armamento de la nación»<sup>38</sup>.

La cuestión es si estos órganos electivos se centran en tareas específicas en los niveles adecuados o si, como los Parlamentos, abarcan todos los asuntos sociales en el centro. En ambos casos las instituciones «representativas» permanecen en el sentido de que individuos específicos son elegidos para órganos específicos, pero Lenin confundió el asunto al decir que la «salida del parlamentarismo no es, por supuesto, la abolición de las instituciones representativas y del principio electivo, sino la conversión de las instituciones representativas de tertulias en órganos «de trabajo»». (342) Esto es sólo una parte de lo que se necesita, ya que la cuestión de la centralización es clave porque disminuye enormemente la participación popular y aumenta enormemente las tendencias burocráticas.

Para Lenin, las «clases explotadoras necesitan el gobierno político para mantener la explotación y favorecer los intereses egoístas de una minoría insignificante contra la gran mayoría de todo el pueblo» mientras que las «clases explotadas necesitan el gobierno político para abolir completamente toda la explotación» (327) los anarquistas están de acuerdo con la primera parte pero no con la segunda. El gobierno político –un Estado– es necesario para

---

38 Bakunin, *No Gods, No Masters: An Anthology of Anarchism* (Edimburgo/San Francisco: AK Press 2005), Daniel Guérin (ed.), 162.

que una clase minoritaria domine la sociedad y esté estructurado adecuadamente (jerárquico, centralizado, de arriba abajo). No es necesario –de hecho, es contrario al objetivo– cuando se trata de clases anteriormente explotadas («la gran mayoría») que dirigen la sociedad, simplemente porque no está estructurada para permitirlo. Al crear una nueva estructura social centralizada, los marxistas crean las condiciones para el nacimiento de una nueva clase dominante: la burocracia. Por eso los anarquistas rechazan la idea de utilizar un Estado para construir el socialismo:

*«el Estado, con su jerarquía de funcionarios y el peso de sus tradiciones históricas, sólo podría retrasar el amanecer de una nueva sociedad liberada de los monopolios y de la explotación [...] ¿qué medios puede proporcionar el Estado para abolir este monopolio que la clase obrera no pudiera encontrar en sus propias fuerzas y grupos? [...] ¿qué ventajas podría proporcionar el Estado para abolir estos mismos privilegios [de clase]? ¿Podría su maquinaria gubernamental, desarrollada para la creación y el mantenimiento de estos privilegios, ser utilizada ahora para abolirlos? ¿No requeriría la nueva función nuevos órganos? ¿Y estos nuevos órganos no tendrían que ser creados por los propios trabajadores, en sus sindicatos, en sus federaciones, completamente fuera del Estado?»<sup>39</sup>.*

---

39 Kropotkin, Modern, 164.

Lenin también se empeña en confundir la necesidad de defender una revolución con el Estado y cita una polémica que Marx dirigió a los mutualistas reformistas, generalizándola a todos los anarquistas:

*«Marx elige la forma más aguda y clara de exponer su caso contra los anarquistas: Después de derrocar el yugo de los capitalistas, ¿deben los obreros ‘deponer las armas’ o utilizarlas contra los capitalistas para aplastar su resistencia? Pero, ¿qué es el uso sistemático de las armas por parte de una clase contra otra sino una ‘forma transitoria’ de Estado?» (353)*

Entonces, según Marx y Engels, ¿los anarquistas instaban a la clase obrera a levantarse en insurrección contra la burguesía y su Estado y, una vez victoriosa, a deponer simplemente las armas? Es difícil tomar esto en serio, sobre todo porque confunde la defensa de una revolución (de la libertad) con el Estado. Lenin, al igual que Marx y Engels, se une a los que «creen que después de haber derribado el gobierno y la propiedad privada permitiríamos que ambos se reconstruyeran tranquilamente de nuevo, por respeto a la libertad de los que pudieran sentir la necesidad de ser gobernantes y propietarios». Una forma realmente curiosa de interpretar nuestras ideas»<sup>40</sup>.

---

40 Errico Malatesta, *Anarchy* (Londres: Freedom Press, 2001) 42–3.

Lenin sugiere que los «obreros armados que proceden a formar una milicia que involucra a toda la población» es «una máquina estatal más democrática». (383) Sin embargo, si el Estado fuera simplemente esto, entonces no habría desacuerdo entre el anarquismo y el marxismo:

*«Inmediatamente después de que los gobiernos establecidos hayan sido derrocados, las comunas tendrán que reorganizarse según las líneas revolucionarias [...] Para defender la revolución, sus voluntarios formarán al mismo tiempo una milicia comunal. Pero ninguna comuna puede defenderse aisladamente. Por lo tanto, será necesario irradiar la revolución hacia fuera, levantar a todas sus comunas vecinas en revuelta [...] y federarse con ellas para la defensa común»<sup>41</sup>.*

La innovación de Lenin fue alejarse de la posición marxista ortodoxa sobre el Estado hacia la posición anarquista de que el socialismo debe ser construido por los propios trabajadores utilizando las organizaciones que ellos mismos crean en la lucha contra el capitalismo. Sin embargo, vinculó esto a un prejuicio marxista continuado a favor de las estructuras centralizadas, por lo que su afirmación de que el nuevo régimen «ya no es el Estado propiamente dicho» (340) simplemente no era cierta, ya que en una estructura

---

41 Michael Bakunin, No Gods, No Masters, 164; véase también la sección H.2.1 del AFAQ.

centralizada el poder descansa en la cima, en manos de una minoría, con sus propios intereses (de clase)<sup>42</sup>. [Así que cuando Lenin argumentó que «lucharemos por la completa destrucción de la vieja máquina estatal, para que el propio proletariado armado se convierta en el gobierno (396) los anarquistas simplemente observan que en una estructura centralizada sería la dirección del partido marxista quien se convertiría en el gobierno, no el proletariado armado:

*«Por gobierno popular los marxianos entienden el gobierno del pueblo por medio de un pequeño número de representantes elegidos por sufragio universal [...] el gobierno de la gran mayoría de las masas populares por una minoría privilegiada. Pero esta minoría, argumentan los marxianos, estará formada por trabajadores. Sí, por supuesto, de antiguos obreros que, en cuanto se conviertan en gobernantes y representantes del pueblo, dejarán de ser obreros y empezarán a contemplar el mundo proletario desde las alturas del Estado: entonces no representarán al pueblo, sino a sí mismos y a sus ambiciones de gobernarlo. Quien se plantee eso no conoce la naturaleza humana»<sup>43</sup>.*

En una república centralizada, «una e indivisible», elegir, mandar y destituir carecen cada vez más de sentido: se necesitaría que millones de electores en la base de todo el

---

42 Véase la sección H.3.9 del AFAQ.

43 Bakunin, No Gods, No Masters, 195.

país actuaran simultáneamente de la misma manera para tener algún impacto. Esto significa que hay un espacio sustancial para que los intereses del Estado se desvíen del pueblo y, como advirtió Bakunin, «el Estado no puede estar seguro de su propia autopreservación sin una fuerza armada que lo defienda de sus propios enemigos internos, del descontento de su propio pueblo»<sup>44</sup>.

Por eso, aunque reconocen la necesidad de la insurrección y de la defensa de la revolución, los anarquistas pretenden abolir el Estado y sustituirlo por una estructura social más adecuada para la construcción del socialismo, ya que «siempre que surge una nueva forma económica en la vida de una nación –cuando la servidumbre, por ejemplo, vino a sustituir a la esclavitud, y más tarde el trabajo asalariado a la servidumbre–, siempre tuvo que desarrollarse una nueva forma de agrupación política», por lo que «la emancipación económica se llevará a cabo destruyendo las viejas formas políticas representadas por el Estado. El hombre se verá obligado a encontrar nuevas formas de organización para las funciones sociales que el Estado repartía entre sus funcionarios»<sup>45</sup>.

En segundo lugar, la afirmación de que los anarquistas sólo tienen una noción «vaga» de con qué reemplazar el Estado es simplemente errónea. Afirmar que los anarquistas

---

44 Michael Bakunin: Selected Writings (Londres: Jonathan Cape, 1973) 265.

45 Kropotkin, *Modern*, 169.

sostienen que «debemos pensar sólo en destruir la vieja máquina estatal» y que «no sirve de nada indagar en las lecciones concretas de las revoluciones proletarias anteriores y analizar qué poner en lugar de lo destruido, y cómo», (395) se contradice con los muchos artículos y libros en los que los anarquistas hicieron precisamente eso. Citando a Bakunin

*«Trabajadores, no contéis ya con nadie más que con vosotros mismos [...] Absteneos de toda participación en el radicalismo burgués y organizad fuera de él las fuerzas del proletariado. La base de esa organización está totalmente dada: los talleres y la federación de los talleres; la creación de fondos de resistencia, instrumentos de lucha contra la burguesía, y su federación no sólo nacional, sino internacional. La creación de Cámaras del Trabajo [...] la liquidación del Estado y de la sociedad burguesa [...] La anarquía, es decir la verdadera, la revolución popular abierta [...] la organización, de arriba abajo y de la circunferencia al centro»<sup>46</sup>.*

Las «Cámaras del Trabajo» eran federaciones de sindicatos locales agrupados por territorios y las visiones de Bakunin sobre la revolución predecían los consejos obreros de 1905 y 1917. Asimismo, Kropotkin sostenía que «las Comunas independientes para las agrupaciones territoriales, y las

---

46 «Carta a Albert Richard», Revista Anarcosindicalista nº 62, 18.

vastas federaciones de sindicatos para las agrupaciones por funciones sociales –las dos entrelazadas y apoyándose mutuamente para satisfacer las necesidades de la sociedad– permitían a los anarquistas conceptualizar de forma real y concreta la posible organización de una sociedad liberada»<sup>47</sup>–basándose en un análisis tanto del movimiento obrero y la Comuna de París como de la historia del Estado.

Sin embargo, Lenin afirmaba que «los anarquistas desechaban por completo la cuestión de las formas políticas». (349)

De igual manera, se equivocó al proclamar que si los obreros y campesinos «se organizan libremente en comunas y unen la acción de todas las comunas para golpear al capital, aplastar la resistencia de los capitalistas y transferir los ferrocarriles, las fábricas, la tierra, etc., de propiedad privada a toda la nación, a toda la sociedad», eso sería «el centralismo democrático más consecuente». (348) De hecho sería federalismo:

*«Todo el capital productivo y los instrumentos de trabajo serán confiscados en beneficio de las asociaciones de trabajadores [...] la Alianza de todas las asociaciones de trabajadores [...] constituirá la Comuna [...] habrá una federación permanente de las barricadas y un Consejo Comunal Revolucionario [... compuesto por]*

---

47 Kropotkin, Modern, 164.

*delegados [...] investidos de mandatos vinculantes y responsables y revocables en todo momento [...] todas las provincias, comunas y asociaciones [...] delegarán diputados en un lugar de asamblea acordado (todos [...] investidos de mandatos vinculantes y responsables y revocables), para fundar la federación de asociaciones, comunas y provincias insurgentes»<sup>48</sup>.*

No es de extrañar, pues, que fuera Kropotkin y no Lenin quien, en 1905, viera en los soviets el medio para combatir y sustituir al Estado y los comparara con la Comuna de París. Así, «el Consejo de los trabajadores [...] fue nombrado por los propios trabajadores –al igual que la Comuna insurreccional del 10 de agosto de 1792». El consejo «recuerda completamente [...] al Comité Central que precedió a la Comuna de París en 1871 y es cierto que los trabajadores de todo el país deben organizarse según este modelo [...] estos consejos representan la fuerza revolucionaria de la clase obrera. [...] Que nadie venga a proclamarnos que los trabajadores de los pueblos latinos, al predicar la huelga general y la acción directa, iban por el camino equivocado. [...] Una nueva fuerza se constituye así con la huelga: la fuerza de los trabajadores que se afirman por primera vez y ponen en movimiento la palanca de toda revolución: la acción directa». A los «trabajadores urbanos [...] imitando a los campesinos rebeldes [...] se les pedirá probablemente que pongan sus manos en todo lo necesario

---

48 Bakunin, No Gods, No Masters, 181.

para vivir y producir. Entonces podrán sentar en las ciudades las bases iniciales de la comuna comunista»<sup>49</sup>.

Por el contrario, los bolcheviques en 1905 no pudieron «encontrar nada mejor que hacer que presentar al Soviet un ultimátum: adoptar inmediatamente un programa socialdemócrata o disolverse»<sup>50</sup>. Los bolcheviques tampoco trataron de transformar o ampliar la revolución de los objetivos burgueses a los socialistas, a diferencia de los anarquistas. Teniendo en cuenta esto, quizás fue mejor que la Revolución de Octubre significara que Lenin nunca escribiera la segunda parte de *El Estado y la Revolución*, que debía tratar los acontecimientos de 1905. (397)

Todo lo cual ridiculiza la afirmación de Lenin de que «el anarquismo no ha dado nada que se aproxime a las verdaderas respuestas a las cuestiones políticas concretas: ¿Debe destruirse la vieja máquina estatal? ¿Y qué debe ponerse en su lugar?». (385) El anarquismo había defendido los consejos obreros como medio tanto para combatir como para sustituir al capitalismo y al Estado desde que Bakunin se enfrentó a Marx en la Internacional.

---

49 «L'Action directe et la Grève générale en Russie», Les Temps Nouveaux, 2 de diciembre de 1905.

50 Trotsky, Stalin: An Appraisal of the man and his influence (Londres: Panther History, 1969) 1: 106; Anweiler, The Soviets: The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils 1905–1921 (Nueva York: Random House, 1974) 77–9.

En tercer lugar, los que prestan atención habrán concluido que el destino de la socialdemocracia y su degeneración en «oportunismo» habrían demostrado por qué los anarquistas rechazan participar en el Estado concurriendo a las elecciones. Esto sólo «entrena» a los trabajadores a dejar que otros actúen por ellos y así «desacostumbra al pueblo al cuidado directo de sus propios intereses y educa a los unos en el servilismo y a los otros en las intrigas y las mentiras»<sup>51</sup>. Como subrayó Kropotkin

*«Vemos en la incapacidad del socialista estatista para comprender el verdadero problema histórico del socialismo un craso error de apreciación [...] Decir a los trabajadores que podrán introducir el sistema socialista conservando la máquina del Estado y cambiando únicamente a los hombres en el poder; impedir, en lugar de ayudar, que la mente de los trabajadores progrese hacia la búsqueda de nuevas formas de vida que les sean propias, eso es a nuestros ojos un error histórico que raya en lo criminal»<sup>52</sup>.*

En lugar de hacer campaña electoral, «los anarquistas, desde los inicios de la Internacional hasta el presente, han tomado parte activa en las organizaciones obreras formadas

---

51 Errico Malatesta, *El método de la libertad: An Errico Malatesta Reader* (Oakland/Edimburgo: AK Press, 2014), 210; véase también la sección J.2 de AFAQ.

52 Kropotkin, *Modern*, 189–190.

para la lucha directa del Trabajo contra el Capital. Esta lucha, al mismo tiempo que sirve mucho más poderosamente que cualquier acción indirecta para asegurar algunas mejoras en la vida del trabajador y abrir los ojos de los trabajadores al mal hecho a la sociedad por la organización capitalista y por el Estado que la sostiene, esta lucha también despierta en el trabajador pensamientos relativos a las formas de consumo, producción e intercambio directo entre los interesados, sin la intervención del capitalista y el Estado»<sup>53</sup>.

Finalmente, la obra de Lenin es la fuente de la afirmación común de los marxistas de que la mayoría de los anarquistas apoyaron a su clase dominante durante la Primera Guerra Mundial. Independientemente de su comentario sobre «los pocos anarquistas» que «conservaron el sentido del honor y la conciencia» (380) al oponerse a la guerra, en realidad los anarquistas proguerra, a pesar de tener «entre ellos a los camaradas que más amamos y respetamos», «no eran numerosos» y «casi todos» los anarquistas «han permanecido fieles a sus convicciones»<sup>54</sup>. Lenin tampoco menciona que estos pocos –entre los que, lamentablemente, se encontraba Kropotkin– habían rechazado la posición de Bakunin (convertir la guerra

---

53 Kropotkin, *Modern*, 169.

54 Malatesta, 379, 385. Del mismo modo, de los sindicatos revolucionarios, sólo la CGT de Francia apoyó la guerra, a diferencia de la gran mayoría de los partidos y sindicatos marxistas (significativamente, la CGT era miembro de la Segunda Internacional marxista).

imperialista en una revolución) en favor de la defensa de la patria de Engels, mientras que, irónicamente, Lenin iba en sentido contrario<sup>55</sup>.

## **Socialismo**

*El Estado y la Revolución* es principalmente una obra sobre estructuras políticas y una defensa ideológica de las nuevas posiciones de Lenin. Hay muy poco en ella sobre el socialismo o, más correctamente, sobre los pasos iniciales que daría el Estado socialista una vez tomado el poder, pero esas pocas palabras son significativas.

El factor clave para Lenin no es quién gestiona la producción sino quién posee la propiedad. «Los medios de producción ya no son propiedad privada de los individuos» sino que «pertenerían a toda la sociedad» (376) y aunque inicialmente habría diferencias de riqueza «la explotación del hombre por el hombre se habrá hecho imposible porque será imposible apoderarse de los medios de producción –las

---

55 En cuanto al rechazo de Lenin a la posición de Engels, véase «What Lenin Made of the Testament of Engels», del ex comunista Bertram D. Wolfe (Marxism: One Hundred Years in the Life of a Doctrine [Nueva York: The Dial Press, 1965]).

fábricas, las máquinas, la tierra, etc.–, y convertirlos en propiedad privada». (377)

Sin embargo, es perfectamente posible que la explotación exista sin propiedad privada –depende de cómo la sociedad «gestione» los medios de producción. ¿Gestionan los trabajadores su propio trabajo o lo hace otro –el Estado–? La visión del socialismo de Lenin establece esta última posibilidad al equiparar el socialismo con el trabajo asalariado universal en lugar de su abolición:

*«Todos los ciudadanos se transforman en empleados contratados por el Estado [...] Todos los ciudadanos se convierten en empleados y trabajadores de un único ‘sindicato’ estatal de todo el país [...] Toda la sociedad se habrá convertido en una única oficina y una única fábrica, con igualdad de trabajo y salario». (383)*

Se habla de que «hay que empezar con la expropiación de los capitalistas, con el establecimiento del control obrero sobre los capitalistas», pero no es inmediatamente evidente por qué los trabajadores necesitarían controlar a los capitalistas a los que se les ha expropiado su propiedad. Una lectura más atenta muestra que Lenin no tenía ningún deseo de expropiar inmediatamente a los capitalistas e introducir la gestión obrera de la producción. En cambio, los capitalistas permanecerían y el control «debe ser ejercido no por un

estado de burócratas, sino por un estado de trabajadores armados»<sup>56</sup> (380).

Mientras que las estructuras políticas creadas por el capitalismo debían ser aplastadas, las económicas debían servir de «base económica» (346) para el socialismo:

*«Un ingenioso socialdemócrata alemán [...] llamó al servicio postal un ejemplo del sistema económico socialista. Esto es muy cierto. En la actualidad, el servicio postal es una empresa organizada según el modelo del monopolio estatal–capitalista. El imperialismo está transformando gradualmente todos los trusts en organizaciones de tipo similar, en las que [...] se encuentra la misma burocracia burguesa. Pero el mecanismo de gestión social ya está aquí a mano. Una vez que hayamos derrocado a los capitalistas [...] y destruido la maquinaria burocrática del Estado moderno, tendremos un mecanismo espléndidamente equipado, liberado del «parásito», un mecanismo que puede muy bien ser puesto en marcha por los propios trabajadores unidos, que contratarán a técnicos, capataces y contables, y les pagarán a todos ellos, como a todos los funcionarios «estatales» en general, salarios de trabajadores. He aquí una tarea concreta y práctica que puede cumplirse inmediatamente en relación con todos*

---

56 Véase también la sección H.3.14 del AFAQ.

*los consorcios, una tarea cuyo cumplimiento librerá al pueblo trabajador de la explotación» (345)*

El «objetivo inmediato» de los bolcheviques era «organizar toda la economía sobre la base del servicio postal» y «sobre la base de lo que el capitalismo ya ha creado». (345) Así, las estructuras creadas por los capitalistas y su Estado – adaptadas a sus prioridades e intereses– se ampliarían con «la conversión de todos los ciudadanos en obreros y otros empleados de un inmenso ‘sindicato’ –el Estado entero– y la subordinación completa de todo el trabajo de este sindicato a un Estado auténticamente democrático, el Estado de los Soviets de Diputados Obreros y Soldados». (380)

El control, entonces, sería por parte del Estado – inicialmente sobre los capitalistas pero eventualmente de los empleados del Estado. Lenin conoce bien el infame artículo de Engels «Sobre la autoridad»<sup>57</sup> en el que «ridiculiza las ideas confusas de los proudhonistas, que se autodenominan ‘antiautoritarios’, es decir, que repudian toda autoridad, toda subordinación, todo poder. Tomemos una fábrica, un ferrocarril, un barco en alta mar, decía Engels: ¿no está claro que ninguno de estos complejos establecimientos técnicos, basados en el uso de maquinaria y en la cooperación sistemática de muchas personas, podría funcionar sin una cierta subordinación y, en consecuencia, sin una cierta

---

57 Para una crítica del artículo de Engels, véase la sección H.4 de AFAQ.

autoridad o poder?». (353) Sin embargo, Engels argumenta mucho más que eso:

*«la organización [...] significa que las cuestiones se resuelven de forma autoritaria. La maquinaria automática de la gran fábrica es mucho más despótica de lo que jamás lo han sido los pequeños capitalistas que emplean a los obreros [...] Si el hombre, a fuerza de sus conocimientos y de su genio inventivo, ha sometido a las fuerzas de la naturaleza, éstas se vengan de él sometiéndolo, en la medida en que las emplea, a un verdadero despotismo independiente de toda organización social»<sup>58</sup>.*

El objetivo de Lenin era convertir la nueva economía en una fábrica única bajo el control del Estado y, sin embargo, no llegó a la conclusión de que esto sería «más despótico» que el capitalismo. No se da cuenta en absoluto de que, sin la gestión obrera de la producción, cuando «se consigue la igualdad de todos los miembros de la sociedad en relación con la propiedad de los medios de producción, es decir, la igualdad de trabajo y de salarios» (381), sólo se les convierte en esclavos asalariados de la burocracia estatal. El capitalismo –propiedad individual de unos pocos– se convierte en capitalismo de Estado –propiedad colectiva de

---

58 MECW 23: 423.

unos pocos en las nuevas estructuras centralizadas del Estado y las instituciones heredadas del capitalismo<sup>59</sup>.

No hay nada en la obra de Lenin que sugiera algo parecido a la visión de Proudhon del socialismo construido por los propios trabajadores utilizando sus propias organizaciones:

*«bajo la asociación universal, la propiedad de la tierra y de los instrumentos de trabajo es la propiedad social [...] No queremos la expropiación por el Estado [...] sigue siendo monárquico, sigue siendo asalariado. Queremos [...] asociaciones de trabajadores organizadas democráticamente [...] el núcleo pionero de esa vasta federación de empresas y sociedades tejidas en el paño común de la República democrática y social»<sup>60</sup>.*

Del mismo modo, la idea de que un «gobierno fuertemente centralizado» pueda «ordenar que una cantidad prescrita» de un bien «sea enviada a tal lugar en tal día» y sea «recibida en un día determinado por un funcionario específico y almacenada en almacenes particulares» no sólo era «indeseable» sino también «salvajemente utópica», entre otras cosas porque no podía utilizar «la cooperación, el entusiasmo, el conocimiento local» del pueblo<sup>61</sup>. De ahí la predicción anarquista de que «entregar al Estado todas las

---

59 Véase el apartado H.3.13 de AFAQ.

60 Proudhon, La propiedad, 377–8.

61 Kropotkin, Direct, 32.

fuentes principales de la vida económica» y «también la gestión de todas las ramas principales de la industria» crearía «un nuevo instrumento de tiranía». El capitalismo de Estado sólo aumentaría los poderes de la burocracia y el capitalismo». Esta «nueva burocracia terminaría por hacer odiosa la expropiación a los ojos de todos»<sup>62</sup>.

## El Partido

La diferencia más obvia entre la teoría de *El Estado y la Revolución* y la práctica del nuevo régimen es que el libro casi no menciona al partido de vanguardia y su papel. La mención más significativa es ambigua:

*«Al educar al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, capaz de asumir el poder y conducir a todo el pueblo al socialismo, de dirigir y organizar el nuevo sistema, de ser el maestro, el guía, el líder de todo el pueblo trabajador y explotado en la organización de su vida social sin la burguesía y contra la burguesía».* (328)

¿Es el proletariado o su vanguardia quien asume el poder? Los demás escritos de Lenin durante 1917 lo dejan claro: es

---

62 Kropotkin, Direct, 165, 527.

la vanguardia, el partido, el que asume el poder<sup>63</sup>. Teniendo en cuenta esto, tenemos que entender la naturaleza del partido que Lenin pasó su vida construyendo y cuya ideología necesariamente daría forma a las decisiones que se tomaran y a las estructuras que se construyeran.

Lo primero que hay que señalar sobre la vanguardia es su importancia para el socialismo. Sin el tipo de partido adecuado, el socialismo sería imposible. Como subrayó Lenin en 1902, «no podría haber una conciencia socialdemócrata entre los trabajadores», ya que debe «ser llevada a ellos desde fuera». La historia de todos los países muestra que la clase obrera, exclusivamente por su propio esfuerzo, es capaz de desarrollar sólo la conciencia sindical» mientras que la «teoría del socialismo, sin embargo, surgió de las teorías filosóficas, históricas y económicas elaboradas por los representantes educados de las clases propietarias, por los intelectuales»<sup>64</sup>. El partido era necesario para educar a una clase que nunca podría desarrollar las ideas socialistas por sí misma:

*«No se puede hablar de una ideología independiente formulada por las propias masas trabajadoras en el proceso de su movimiento, la única opción es: o la ideología burguesa o la socialista. No hay un camino intermedio [...] Por lo tanto, menospreciar la ideología*

---

63 Ver sección H.3.11 de AFAQ.

64 Antología de Lenin, 24.

*socialista de cualquier manera, apartarse de ella en el más mínimo grado significa fortalecer la ideología burguesa. Se habla mucho de espontaneidad. Pero el desarrollo espontáneo del movimiento obrero conduce a su subordinación a la ideología burguesa [...] Por lo tanto, nuestra tarea, la tarea de la socialdemocracia, es combatir el espontaneísmo, desviar el movimiento obrero de este esfuerzo espontáneo y sindicalista por caer bajo el ala de la burguesía, y ponerlo bajo el ala de la socialdemocracia revolucionaria»<sup>65</sup>.*

Ignorando el punto obvio de que la «historia» no muestra tal cosa –como un contraejemplo obvio, en 1917 «las masas eran incomparablemente más revolucionarias que el Partido, que a su vez era más revolucionario que sus comités»<sup>66</sup>–, esta perspectiva no puede ayudar a dar al partido y más particularmente a su liderazgo una posición privilegiada. La conclusión obvia es que estar en desacuerdo con el partido y su dirección era mostrar la ausencia de conciencia socialista. El partido, entonces, sustituye a la clase obrera<sup>67</sup>. Esta perspectiva ayuda a explicar uno de los comentarios más extraños de Lenin en *El Estado y la Revolución*:

---

65 Antología de Lenin, 28–9.

66 Trotsky, Stalin 1: 305.

67 Para una crítica del vanguardismo, véase la sección H.5 de AFAQ.

*«No somos utópicos, no ‘soñamos’ con prescindir de una vez de toda administración, de toda subordinación. Estos sueños anarquistas, basados en la incompreensión de las tareas de la dictadura proletaria, son totalmente ajenos al marxismo y, de hecho, sólo sirven para posponer la revolución socialista hasta que la gente sea diferente. No, queremos la revolución socialista con la gente tal como es ahora, con la gente que no puede prescindir de la subordinación, del control y de los «capataces y contables»». (344)*

Ignorando el incómodo hecho de que la administración no equivale más a la subordinación que la organización a la autoridad y que, por lo tanto, estos «sueños anarquistas» sólo existían en la cabeza de Lenin, esta afirmación fluye naturalmente de la perspectiva de que el pueblo de la clase obrera no puede, por sus propias luchas, cambiarse a sí mismo<sup>68</sup>. En el mejor de los casos, la mayoría puede reconocer que el partido encarna sus intereses y votar por él (e incluso unirse a él, si el partido los considera adecuados). Tal vez se objetará que Lenin añade que esta «subordinación, sin embargo, debe ser a la vanguardia armada de todos los explotados y trabajadores, es decir, al proletariado» (345), pero esto es una pregunta que no tiene sentido, pues

---

68 Aunque reconoce la necesidad de que los anarquistas se organicen para influir en la lucha de clases, Bakunin también reconoció que la gente aprende a través de la lucha y saca conclusiones socialistas, ver Bakunin Básico, 101–

seguramente el proletariado también es un pueblo. ¿Cómo puede esa clase prescindir también «de una vez de toda administración, de toda subordinación»? Pero luego habla de «establecer una disciplina estricta y férrea respaldada por el poder estatal de los trabajadores armados». (345)

Esto es significativo porque durante la revolución de 1905 se burló de los mencheviques por querer sólo «presión desde abajo», que era «la presión de los ciudadanos sobre el gobierno revolucionario». En cambio, abogó por la presión «tanto desde arriba como desde abajo», donde la «presión desde arriba» era «la presión del gobierno revolucionario sobre los ciudadanos». Señala que Engels «apreciaba la importancia de la acción desde arriba» y que veía la necesidad de «la utilización del poder gubernamental revolucionario» ya que «[l]a imitación, en principio, de la acción revolucionaria a la presión desde abajo y la renuncia a la presión también desde arriba es anarquismo»<sup>69</sup>.

La revolución de 1905 también vio aflorar esta profunda sospecha de la autoactividad de la clase obrera en la posición de los bolcheviques de San Petersburgo, que estaban convencidos de que «sólo un partido fuerte según las líneas de clase puede guiar el movimiento político proletario y preservar la integridad de su programa, en lugar de una mezcla política de este tipo, una organización política indeterminada y vacilante como la que representa y no

---

69 CW 8: 474, 478, 480, 481.

puede dejar de representar el consejo obrero»<sup>70</sup>, por lo que los soviets no podían reflejar los intereses de los trabajadores aunque eran elegidos por éstos. Lenin, para su crédito, luchó contra esta posición cuando regresó del exilio, pero el apoyo a los soviets fue visto simplemente, como dijo en 1907, «con el propósito de desarrollar y fortalecer el Partido Laborista Socialdemócrata» y «si las actividades socialdemócratas entre las masas proletarias son organizadas de manera apropiada, efectiva y amplia, tales instituciones pueden llegar a ser superfluas»<sup>71</sup>. La construcción del partido sigue siendo el fin y la autoorganización de la clase obrera simplemente un medio.

Además de privilegiar al partido sobre la clase, dentro del partido privilegia a la dirección sobre los miembros. La dirección se sustituye naturalmente por la militancia, como exige «la transformación del poder de las ideas en poder de la autoridad, la subordinación de los órganos inferiores del partido a los superiores»<sup>72</sup>. Una perspectiva centralizada y descendente se convierte en una necesidad:

*«es el principio organizativo de la socialdemocracia revolucionaria frente al principio organizativo de la socialdemocracia oportunista. Esta última se esfuerza*

---

70 Citado por Anweiler, 77.

71 CW 12: 43–4.

72 CW 7: 367.

*por proceder desde abajo hacia arriba [...] La primera se esfuerza por proceder desde arriba hacia abajo»<sup>73</sup>.*

La necesidad de la centralización se deriva de los supuestos del vanguardismo, ya que si la conciencia socialista viene de fuera de la clase obrera, eso también se aplica dentro del partido. De ahí la necesidad de un control centralizado más allá de los prejuicios de que es más eficiente y eficaz que el federalismo<sup>74</sup>. Así que el partido de vanguardia está centralizado como el sistema capitalista al que dice oponerse. Los anarquistas han argumentado durante mucho tiempo que la centralización de la estructura del Estado produjo a su alrededor una burocracia y, como era de esperar, el partido bolchevique también produjo una casta de funcionarios. Hablando de los bolcheviques en 1905, Trotsky señala que esta tendencia existió desde el principio:

*«Los hábitos propios de una máquina política ya se estaban formando en la clandestinidad. El joven burócrata revolucionario ya se perfilaba como un tipo. Las condiciones de la conspiración, es cierto, ofrecían un margen más bien escaso para las formalidades de la democracia como la elección, la responsabilidad y el control. Sin embargo, no cabe duda de que los miembros*

---

73 CW 7: 396–7.

74 El espacio excluye una discusión de la naturaleza falsa de tales nociones, como lo demuestran las limitaciones del Partido Bolchevique en 1917, véase la sección H.5.12 de AFAQ.

*del comité redujeron estas limitaciones mucho más de lo que exigía la necesidad y fueron mucho más intransigentes y severos con los obreros revolucionarios que con ellos mismos, prefiriendo dominar incluso en las ocasiones en que se requería prestar atención a la voz de las masas»<sup>75</sup>.*

No es de extrañar que Lenin también gastara mucha energía en luchar contra la burocracia de su propio partido en 1917 para impulsar la revolución. Como informó Trotsky:

*«Como sucede a menudo, se desarrolló una aguda escisión entre las clases en movimiento y los intereses de las máquinas del partido. Incluso los cuadros del Partido Bolchevique, que gozaban del beneficio de una excepcional formación revolucionaria, se inclinaron definitivamente a prescindir de las masas y a identificar sus propios intereses particulares y los intereses de la máquina el mismo día después del derrocamiento de la monarquía. ¿Qué se podía esperar entonces de estos cuadros cuando se convirtieron en una burocracia estatal todopoderosa?»<sup>76</sup>.*

Y es ahora a esa pregunta, a la realidad del régimen bolchevique, a la que nos dirigimos.

---

75 Trotsky, 101.

76 Trotsky, 298.

## La práctica

Por supuesto, la posición anarquista puede estar equivocada y Lenin tener razón; para descubrirlo hay que acudir a la práctica, así que tenemos que mirar lo que ocurrió después de que el partido bolchevique tomara el poder y empezara a implementar su visión del socialismo<sup>77</sup>.

Aunque a menudo se presenta como un golpe de estado, en realidad los bolcheviques contaban con un importante apoyo popular en los principales centros industriales y la Revolución de Octubre sólo tuvo lugar cuando el partido obtuvo la mayoría en los soviets de Petrogrado y Moscú. Entonces obtuvieron una mayoría de votos en el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia para ratificar el derrocamiento del gobierno provisional y su sustitución por algún tipo de sistema de soviets. La pregunta es: ¿qué pasó después?

---

<sup>77</sup> Citamos exclusivamente los relatos académicos del nuevo régimen, ya que confirman el análisis presentado por los anarquistas. Por ejemplo, comparen los relatos de la parálisis burocrática presentados a continuación con los resúmenes de Goldman en *Mi desilusión en Rusia* en las páginas 99 y 253 y de Kropotkin en *Lucha directa contra el capital* en las páginas 490 y 584.

Nos concentramos en las relaciones de los bolcheviques con la clase obrera urbana, ya que ésta era su clase favorecida y la clase que el nuevo Estado debía garantizar como clase dominante<sup>78</sup>. No podemos abarcarlo todo y nos centraremos necesariamente en ciertos acontecimientos clave que el historiador S.A. Smith resume bien:

*«Los bolcheviques establecieron su poder en las localidades a través de los soviets, los comités de soldados, los comités de fábrica y los guardias rojos. Al contar con menos de 350.000 personas en octubre de 1917, el partido no tenía más remedio que dejar un amplio margen de maniobra a estas organizaciones independientes. Sin embargo, los mismos problemas desesperados de desempleo y falta de alimentos y*

---

78 Dado el tamaño del campesinado ruso dentro de la población, habría sido imposible que los bolcheviques obtuvieran una mayoría en la república que habían apoyado anteriormente (y, de hecho, recibieron el 25% de los votos a la Asamblea Constituyente mientras que el partido campesino, los eseristas, recibieron el 57%). Conseguir una mayoría en los soviets urbanos elegidos por los obreros y soldados era factible y puede explicar la nueva perspectiva de Lenin en 1917. El nuevo régimen dio prioridad a los trabajadores urbanos e incorporó un sesgo institucional en la votación de aproximadamente cinco a uno contra los campesinos. Aunque era apropiado para un partido marxista y sus prejuicios contra el campesinado, esto contribuyó a alienar al grueso de la población contra el nuevo régimen –una alienación reforzada por otras numerosas políticas bolcheviques, como la creación de «comités de campesinos pobres» y la requisición forzosa de alimentos (impulsada, en parte, por la falta de bienes para comerciar con los campesinos, una carencia que las políticas económicas bolcheviques empeoraron). Las actitudes bolcheviques hacia los campesinos sin duda empeoraron la situación.

*combustible que ayudaron a poner a los trabajadores en contra del Gobierno Provisional, pronto comenzaron a poner a los trabajadores en contra de los bolcheviques. En la primera mitad de 1918, entre 100.000 y 150.000 trabajadores de toda Rusia participaron en huelgas, disturbios por alimentos y otras protestas, más o menos al mismo nivel que los disturbios laborales de la víspera de la Revolución de Febrero. En este contexto, los bolcheviques lucharon por concentrar la autoridad en manos del partido y de los órganos del Estado. [...] En la primavera de 1918, el descontento de los trabajadores se tradujo en una renovación del apoyo a los mencheviques y, en menor medida, a los eseristas, lo que hizo que los bolcheviques cancelaran las elecciones a los soviets y cerraran los soviets que se mostraron poco cooperativos, iniciando así el proceso por el que los soviets y los sindicatos se convirtieron en adjuntos de un estado unipartidista. Sin embargo, cuando los blancos se hicieron con el liderazgo del movimiento antibolchevique en los últimos meses de 1918, la mayoría de los trabajadores volvieron a apoyar al gobierno. Durante la guerra civil, los disturbios obreros continuaron [...] los bolcheviques reaccionaron, por lo general, apurando los suministros de emergencia y arrestando a los líderes de la protesta, que a menudo eran mencheviques o eseristas de izquierda [...] no tuvieron escrúpulos cuando consideraron necesario desplegar la fuerza armada para reprimir las huelgas, confiscar las cartillas de*

*racionamiento o incluso despedir a los huelguistas en masa y luego recontratarlos selectivamente. Los bolcheviques esperaban que la clase obrera hablara con una sola voz –a favor del régimen– y cuando no lo hacían, ellos, que en su día habían excoriado a los mencheviques por su negativa a aceptar que existiera un verdadero proletariado en Rusia, acusaban a la clase obrera de no ser más que una masa de campesinos desarraigados con una psicología completamente pequeñoburguesa»<sup>79</sup>.*

Estos acontecimientos no surgieron de la nada. Reflejaron el choque de la ideología y los prejuicios bolcheviques con la realidad, un choque en el que la primera empeoró la segunda. También reflejaron el cambio de perspectivas de quienes se encontraban en posiciones de poder dentro de una organización social centralizada, jerárquica y vertical: el Estado.

Mientras que factores como la crisis económica, la guerra civil, la invención imperialista, una clase obrera «desclasada» o «desaparecida» fueron invocados más tarde por los leninistas (empezando por Trotsky en los años 30) para racionalizar y justificar las decisiones antisocialistas de los bolcheviques que tan evidentemente allanaron el camino al estalinismo. Como mostraremos, fue principalmente la

---

<sup>79</sup> S.A. Smith, *Revolution and the People in Russia and China: A Comparative History* (Cambridge, Cambridge University Press, 2008), 201. Véase también la sección H.6 de AFAQ para un análisis más completo de estos acontecimientos.

combinación de ideología y las realidades de las estructuras políticas y económicas centralizadas que los bolcheviques favorecieron lo que demostró que la posición anarquista era correcta y mostró la natividad de *El Estado y la Revolución*.

## **El Estado y los Soviets**

Lenin había insistido en la necesidad de «órganos de trabajo» y en la fusión de los órganos legislativos y ejecutivos, pero el II Congreso Panruso de los Soviets eligió un nuevo Comité Ejecutivo Central (VTsIK, con 101 miembros) y creó el Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom, con 16 miembros). Como este último actuó como ejecutivo del ejecutivo soviético, las promesas de Lenin en *El Estado y la Revolución* no duraron toda la noche. Peor aún, apenas cuatro días después, el Sovnarkom se otorgó unilateralmente el poder legislativo simplemente emitiendo un decreto a tal efecto. Esto no sólo era lo contrario del ejemplo dado por la Comuna de París, sino que dejaba clara la preeminencia del partido sobre los soviets.

Sin embargo, esto sólo sería una sorpresa si sólo se leyera *El Estado y la Revolución*, ya que Lenin había sostenido a lo largo de 1917 que los «bolcheviques deben asumir el poder» y «pueden y deben tomar el poder del Estado en sus propias

manos»<sup>80</sup>. Esto lo hicieron, como admitió el Comité Central bolchevique justo después de la Revolución de Octubre: «es imposible rechazar un gobierno puramente bolchevique sin traicionar la consigna del poder de los soviets, ya que la mayoría del II Congreso Panruso de los Soviets [...] entregó el poder a este gobierno»<sup>81</sup>. Así, en el «nuevo» Estado, no era el pueblo ni los soviets los que gobernaban, sino los bolcheviques.

Así, la VTsIK, en teoría el órgano superior del poder soviético, se convirtió en poco más que un sello de goma para el ejecutivo bolchevique. A ello contribuyeron las actividades de su presidium, dominado por los bolcheviques, que eludía las reuniones generales, posponía las sesiones ordinarias y le presentaba políticas que ya habían sido aplicadas por el Sovnarkom<sup>82</sup>. Además, «el poder efectivo en los soviets locales gravitó implacablemente sobre los comités ejecutivos, y especialmente sobre sus presidiums. Las sesiones plenarias se volvieron cada vez más simbólicas e ineficaces»<sup>83</sup>.

---

80 CW 26: 19.

81 Robert V. Daniels (ed.), *A Documentary History of Communism* (Nueva York: Vintage Books, 1960) 1: 128–9.

82 Charles Duval, «Yakov M. Sverdlov y el Comité Ejecutivo Central de los Soviets de toda Rusia (VTsIK)», *Soviet Studies*, XXXI, 1.

83 Carmen Sirianni, *Workers' Control and Socialist Democracy* (Londres: Verso/NLB, 1982), 204.

Junto con el aumento del poder ejecutivo, el «nuevo» Estado también vio un aumento de la burocracia que comenzó inmediatamente con la toma del poder por los bolcheviques:

*«El aparato político del viejo Estado fue ‘destrozado’, pero en su lugar surgió con extraordinaria rapidez un nuevo sistema burocrático y centralizado. Después de la transferencia del gobierno a Moscú en marzo de 1918, continuó expandiéndose [...] A medida que las funciones del Estado se ampliaban, también lo hacía la burocracia, y en agosto de 1918 casi un tercio de la población trabajadora de Moscú estaba empleada en oficinas. El gran aumento del número de empleados [...] tuvo lugar entre principios y mediados de 1918 y, a partir de entonces, a pesar de las numerosas campañas para reducir su número, siguieron siendo una proporción constante de la población en descenso»<sup>84</sup>.*

La burocracia «creció a pasos agigantados. El control sobre la nueva burocracia disminuía constantemente», mientras que «la alienación entre ‘pueblo’ y ‘funcionarios’, que el sistema soviético debía eliminar, volvía a aparecer. A partir de 1918, las quejas sobre los ‘excesos burocráticos’, la falta de contacto con los votantes y los nuevos burócratas

---

84 Richard Sakwa, «The Commune State in Moscow in 1918», *Slavic Review* 46, 3/4: 437–8.

proletarios se hicieron cada vez más fuertes»<sup>85</sup>. En marcado contraste con la promesa de «tomar medidas inmediatas para cortar la burocracia de raíz» (389), ésta aumentó rápida y dramáticamente. Tal vez Lenin tenía razón al afirmar que la noción de «acabar con la burocracia de una vez, en todas partes y por completo, está fuera de lugar» y es «una utopía» (344), pero aumentar masivamente esa burocracia es otra cosa, particularmente cuando se había proclamado lo contrario con tanta confianza<sup>86</sup>.

Además de una burocracia cada vez mayor, el nuevo «semi-Estado» se dotó también de «cuerpos especiales» de fuerzas armadas. El 20 de diciembre de 1917 el Sovnarkom decretó la formación de una fuerza de policía política, la Cheka. A pesar de todo lo que se dijo sobre la «destrucción» de la antigua maquinaria del Estado, el primer cuartel general de la Cheka se encontraba en Gorokhovaia 2, que había albergado el notorio servicio de seguridad del zar, la Okhrana. En marzo de 1918, Trotsky sustituyó la milicia por un ejército regular eliminando los comités de soldados y los oficiales elegidos: «el principio de la elección es

---

85 Anweiler, 242.

86 Como señaló Kropotkin, «a menudo se piensa que sería fácil para una revolución economizar en la administración reduciendo el número de funcionarios. Esto no fue ciertamente el caso durante la Revolución de 1789–1793, que con cada año amplió las funciones del Estado, sobre la instrucción, los jueces pagados por el Estado, la administración pagada con los impuestos, un inmenso ejército, etc.» *The Great French Revolution* (Montreal/Nueva York: Black Rose Books, 1989) 440

políticamente inútil y técnicamente inoportuno, y ha sido, en la práctica, abolido por decreto»<sup>87</sup>.

Este desplazamiento del poder territorialmente al centro y funcionalmente a los ejecutivos, el surgimiento de una «nueva» burocracia y unas fuerzas armadas especializadas – aunque todo ello era esperado por los anarquistas– no significaba automáticamente la dictadura, ya que otros partidos podían, en teoría, ganar las elecciones a los soviets, convertirse en mayoría y sustituir a los ejecutivos. Esto es precisamente lo que los mencheviques decidieron hacer y lograron un éxito significativo en la primavera de 1918, ya que la clase obrera estaba «cada vez más desilusionada con el régimen bolchevique, hasta el punto de que en muchos lugares los bolcheviques se sintieron obligados a disolver los soviets o a impedir las reelecciones en las que los mencheviques y los socialistas revolucionarios (“eseristas” del SR) habían obtenido mayorías»<sup>88</sup>.

---

87 How the Revolution Armed (Londres: New Park Publications, 1979) 1: 47.

88 Israel Getzler, *Martov: A Political Biography of a Russian Social Democrat* (Carlton: Melbourne University Press, 1967) 179;; Vladimir Brovkin, «The Mensheviks’ Political Comeback: The Elections to the Provincial City Soviets in Spring 1918», *The Russian Review* 42, 1; Leonard Schapiro, *The Origin of the Communist Autocracy: Political Opposition in the Soviet State: The First Phase, 1917–1922* (Nueva York: Frederick A. Praeger, 1965), 191; Silvana Malle, *The Economic Organisation of War Communism, 1918–1921* ([Cambridge: Cambridge University Press, 2002), 366–7; Duval, 13–14.

Además de retrasar las elecciones y disolver por la fuerza los soviets elegidos con mayorías no bolcheviques, los bolcheviques también se dedicaron a llenar los soviets con representantes de las organizaciones que controlaban. Así, por ejemplo, en Petrogrado el soviet bolchevique confirmó nuevos reglamentos «para ayudar a compensar posibles debilidades» en su «fuerza electoral en las fábricas». El «cambio más significativo» fue la «representación numéricamente decisiva» otorgada «a los organismos en los que los bolcheviques tenían una fuerza abrumadora, entre ellos el Consejo Sindical de Petrogrado, los sindicatos individuales, los comités de fábrica en las empresas cerradas, los soviets de distrito y las conferencias obreras no partidistas de distrito». Esto aseguraba que «sólo 260 de los aproximadamente 700 diputados del nuevo soviet debían ser elegidos en las fábricas, lo que garantizaba de antemano una amplia mayoría bolchevique», por lo que los bolcheviques «se inventaron una mayoría» en el nuevo soviet mucho antes de obtener 127 de los 260 delegados de fábrica. Esto, además, ignora la represión de los partidos de la oposición y la prensa sobre los resultados. En general, la victoria electoral de los bolcheviques «fue muy sospechosa, incluso en las fábricas»<sup>89</sup>.

---

89 Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks in Power: The first year of Soviet rule in Petrograd* (Bloomington: Indiana University Press, 2007) 248–252; véase también Vladimir N. Brovkin, *The Mensheviks After October: Socialist Opposition and the Rise of the Bolshevik Dictatorship* (Ithaca: Cornell University Press, 1987), 238–43.)

Hasta aquí la promesa de Lenin de «soviets de diputados obreros y soldados soberanos y todopoderosos». (393)

Tales actividades habrían sido difíciles con un Estado que dependiera del pueblo armado, pero para entonces los bolcheviques tenían un ejército regular y una fuerza de policía política para hacer cumplir sus órdenes. El régimen bolchevique confirmó la descripción de Engels del Estado citada por Lenin:

*«el establecimiento de un poder público que ya no coincide directamente con la población que se organiza como fuerza armada. Este poder público especial es necesario porque una organización armada de la población que actúe por sí misma se ha vuelto imposible desde la división en clases.... Este poder público existe en todos los estados; no sólo consiste en hombres armados, sino también en complementos materiales, prisiones e instituciones de coerción de todo tipo» (316)*

La ironía es que fue la propia ideología de Engels la que produjo esto, ya que las clases en las que se había dividido la sociedad eran la clase obrera y la nueva clase dirigente partido–burocrática. Como predijeron los anarquistas, función y órgano son inseparables y el Estado centralizado produjo a su alrededor una nueva clase minoritaria. El Estado no comenzó a «marchitarse» sino que se amplió y fortaleció. Si, «según Marx, el proletariado sólo necesita un Estado que se marchite, es decir, un Estado tan constituido

que comience a marchitarse inmediatamente, y no pueda sino marchitarse», (326) entonces el régimen de Lenin no lo proporcionó<sup>90</sup>.

## **El Estado y el socialismo**

A lo largo de 1917, los bolcheviques habían argumentado que los problemas económicos a los que se enfrentaba Rusia eran culpa del Gobierno Provisional, ya que era de origen burgués y, por tanto, no estaba dispuesto a tomar las medidas necesarias contra los especuladores (burgueses) y los intereses creados. La creación de un nuevo poder «soviético» acabaría rápidamente con los problemas. Esto resultó ser extremadamente optimista. La crisis económica

---

90 Esto no quiere decir que Lenin y los bolcheviques estuvieran contentos con la burocracia que no habían previsto. Todo lo contrario, ya que la denunciaron repetidamente mientras se agitaban en busca de algún tipo de solución. Sin embargo, cegados por nociones marxistas simplistas, no se les ocurrió nada mejor que los métodos organizativos y policiales: se organizan nuevos organismos para supervisar a los burocráticos existentes, sólo para convertirse ellos mismos en burocráticos; se amplían otros organismos o se añaden trabajadores a ellos, sólo para que los problemas empeoren; se implementa más centralización, lo que resulta en más burocracia. El conflicto con la burocracia se resuelve finalmente después de la muerte de Lenin, con la completa victoria de los burócratas bajo Stalin, quien entonces utiliza las técnicas represivas perfeccionadas bajo Lenin contra la oposición de izquierdas y la clase obrera dentro del propio partido.

continuó una vez que los bolcheviques tomaron el poder y se agravó cuando la ideología bolchevique empezó a desempeñar su papel.

Los bolcheviques hicieron lo que Lenin había indicado en *El Estado y la Revolución*: construir el «socialismo» sobre las estructuras creadas por el capitalismo. En diciembre de 1917, el VTsIK decretó la creación del Consejo Supremo de la Economía Nacional (Vesenka). Esto «era una expresión del principio de centralización y control desde arriba que era propio de la ideología marxista». Este órgano utilizaba los «comités principales» (glavki) formados durante la guerra por el régimen zarista y que los bolcheviques consideraban que «proporcionaban buenas bases y requisitos para la nacionalización y el control de precios», por lo que «se mantuvieron y se les asignaron funciones cada vez mayores». Se crearon más y éstas «se convirtieron en los cimientos de la organización de la producción» sobre la base de «un marco institucional ya preparado para posteriores políticas de coordinación y control»<sup>91</sup>. Las alternativas basadas en las organizaciones propias de los trabajadores fueron rechazadas:

*«En tres ocasiones, durante los primeros meses del poder soviético, los dirigentes de los comités [de fábrica] trataron de poner en marcha su modelo. En cada ocasión, la dirección del partido les desautorizó. El resultado fue*

---

91 Malle, 95, 45–6, 218.

*conferir los poderes de gestión y control a órganos del Estado subordinados a las autoridades centrales y formados por ellas»<sup>92</sup>.*

De hecho, es «probable que los argumentos a favor de la centralización en la política económica, que prevalecían entre los marxistas, determinaran la corta vida del Consejo Panruso de Control Obrero»<sup>93</sup>. Además, los intentos de los comités de fábrica de organizarse fueron sistemáticamente obstaculizados por los bolcheviques utilizando sus sindicatos controlados para impedir, entre otras cosas, un Congreso Panruso planificado.

Lenin rechazó inicialmente los llamamientos a la nacionalización y dejó a los capitalistas en su sitio, sujetos al «control obrero» (o más bien a la supervisión) del Estado obrero. El control obrero directo de la producción no se consideraba esencial y, de hecho, fue rechazado. En abril de 1918, ante la creciente crisis económica que el poder bolchevique no había mejorado, Lenin se volvió contra los comités de fábrica canalizando el artículo de Engels «Sobre la autoridad» –con su confusión del acuerdo con el autoritarismo, la cooperación con la coerción– y exigió «[l]a obediencia, y la obediencia incuestionable, durante el

---

92 Thomas F. Remington, *Building Socialism in Bolshevik Russia: Ideology and Industrial Organisation 1917–1921* (Londres: University of Pittsburgh Press, 1984) 38.

93 Malle, 94.

trabajo a las decisiones unipersonales de los directores soviéticos, de los dictadores elegidos o nombrados por las instituciones soviéticas, investidos de poderes dictatoriales»<sup>94</sup>. En resumen, relaciones capitalistas en la producción en las que los trabajadores volvían a ser meros cumplidores de órdenes:

*«En primer lugar, la cuestión de principio, es decir, ¿es compatible el nombramiento de individuos, dictadores con poderes ilimitados, en general, con los principios fundamentales del gobierno soviético? [...] en cuanto a la significación de los poderes dictatoriales individuales desde el punto de vista de las tareas específicas del momento actual, hay que decir que la industria maquinista a gran escala –que es precisamente la fuente material, la fuente productiva, el fundamento del socialismo– exige una absoluta y estricta unidad de voluntad, que dirija los trabajos conjuntos de cientos, miles y decenas de miles de personas [...] Pero, ¿cómo se puede garantizar la estricta unidad de voluntad? Mediante la subordinación de miles de personas a la voluntad de una sola [...] la subordinación incuestionable a una sola voluntad es absolutamente necesaria para el éxito de los procesos organizados según el modelo de la gran industria mecánica. [...] la revolución exige –precisamente en interés de su desarrollo y consolidación, precisamente en interés del socialismo– que el pueblo*

*obedezca incuestionablemente la voluntad única de los dirigentes del trabajo»*<sup>95</sup>.

Esto formaba parte de «nuestra tarea», que consistía en «estudiar el capitalismo de Estado de los alemanes, no escatimar esfuerzos para copiarlo y no rehuir la adopción de métodos dictatoriales para acelerar su copia», y estaba prefigurado en *El Estado y la revolución* (como el propio Lenin subrayó después contra los opositores dentro del Partido)<sup>96</sup>.

## **El Estado y la guerra civil**

Una respuesta estándar a la crítica anarquista del régimen bolchevique por parte de los leninistas modernos es que no menciona la terrible Guerra Civil y la invasión imperialista. Esto, se argumentará, causó la degeneración del régimen respecto a los ideales de *El Estado y la Revolución*.

---

95 CW 27: 267–9.

96 CW 27: 340, 341, 354; véase también el clásico de Maurice Brinton *The Bolsheviks and Workers' Control* (Los bolcheviques y el control obrero) para una excelente discusión de este tema (Maurice Brinton, *For Workers' Power: The Selected Writings of Maurice Brinton* [Edimburgo/Oakland: AK Press, 2004]).

Sin embargo, hay una buena razón para ello: la usurpación del poder soviético por parte de los ejecutivos, la abolición de la democracia en las fuerzas armadas, la gestión unipersonal «dictatorial», la creación de una estructura económica altamente centralizada basada en las instituciones heredadas del zarismo, el empaquetamiento y la disolución de los soviets, la expansión de la burocracia, etc., todo ello ocurrió antes de que estallara la Guerra Civil a finales de mayo de 1918.

*El Estado y la Revolución* dejó claro que Lenin –a diferencia de los anarquistas– esperaba que la Revolución fuera un asunto fácil, con una resistencia mínima. Sus esperanzas parecían inicialmente justificadas. Como señaló en marzo de 1918, «la victoria se logró» con «extraordinaria facilidad» y la «revolución fue una marcha triunfal continua en los primeros meses»<sup>97</sup>. Sin embargo, los signos de autoritarismo –algunos coherentes con *El Estado y la Revolución*, otros no– estuvieron presentes desde el primer día y aumentaron durante los seis meses siguientes. El estallido de la guerra civil a finales de mayo de 1918 no hizo sino acelerarlos.

Los bolcheviques ya habían empaquetado y disuelto soviets a nivel local durante algunos meses antes de actuar a nivel nacional en el V Congreso de los Soviets de toda Rusia en julio de 1918. Con los mencheviques y los eseristas de derecha prohibidos en los soviets, el desencanto popular con

---

97 CW 27: 88–9.

el gobierno bolchevique se expresó votando a los socialrevolucionarios de izquierda (eseristas). Los bolcheviques aseguraron su mayoría en el congreso y, por tanto, un gobierno bolchevique mediante «un fraude electoral [que] dio a los bolcheviques una enorme mayoría de delegados en el congreso» por medio de «unos 399 delegados bolcheviques cuyo derecho a ser sentados fue impugnado por la minoría eserista de izquierda en la comisión de credenciales del congreso». Sin estos delegados dudosos, los eseristas de izquierda y los maximalistas eseristas habrían superado en número a los bolcheviques en unos 30 delegados y esto aseguró «la fabricación exitosa de una gran mayoría por parte de los bolcheviques»<sup>98</sup>. Privados de su mayoría democrática, los eseristas de izquierda asesinaron al embajador alemán para provocar una guerra revolucionaria con Alemania. Los bolcheviques calificaron esto como un levantamiento contra los soviets y los eseristas de izquierda se unieron a los mencheviques y a los eseristas de derecha para ser declarados ilegales.

Así, en julio de 1918, el régimen era una dictadura bolchevique de facto. Esta realidad tardó algunos meses en reflejarse en la retórica. El ex anarquista Victor Serge recordaba en los años 30 que «la degeneración del

---

<sup>98</sup> Rabinowitch, 396, 288, 442, 308; Los bolcheviques «permitieron que los llamados comités de campesinos pobres estuvieran representados en el congreso» y esta «flagrante manipulación aseguró una mayoría bolchevique». (Geoffrey Swain, *The Origins of the Russian Civil War* [Londres/Nueva York: Longman, 1996], 176).

bolchevismo» era evidente «a principios de 1919», pues «se horrorizó al leer un artículo» de Zinóviev «sobre el monopolio del partido en el poder»<sup>99</sup>. En 1920 Zinóviev proclamaba esta conclusión a los revolucionarios del mundo reunidos en el II Congreso de la Internacional Comunista:

*«Hoy, gente como Kautsky viene a decir que en Rusia no existe la dictadura de la clase obrera sino la dictadura del partido. Creen que esto es un reproche contra nosotros. En absoluto. Tenemos una dictadura de la clase obrera y precisamente por eso tenemos también una dictadura del Partido Comunista. La dictadura del Partido Comunista es sólo una función, un atributo, una expresión de la dictadura de la clase obrera [...] la dictadura del proletariado es al mismo tiempo la dictadura del Partido Comunista»<sup>100</sup>.*

Es en el contexto de la seguridad del régimen de partido único donde debemos ver el destino de los partidos de la oposición. Los bolcheviques prohibieron la presencia de los mencheviques en los soviets en junio de 1918 y la revocaron

---

99 The Serge–Trotsky Papers (Londres: Pluto Press, 1994), 188; hay que señalar que Serge mantuvo su horror bien oculto durante todo este periodo – y hasta bien entrada la década de 1930– (véase mi «The Worst of the Anarchists», Anarcho–Syndicalist Review n° 61).

100 ¡Proletarios del mundo y pueblos oprimidos, uníos! Proceedings and Documents of the Second Congress of the Communist International, 1920 (Nueva York: Pathfinder, 1991) 1: 151–2; Lenin hizo comentarios similares en la obra Left–Wing Communism (El comunismo de izquierda), escrita para ese Congreso (Antología de Lenin, 567–8, 571–3).

en noviembre de 1918, y éstos, al igual que otros partidos de izquierda, experimentaron periodos de tolerancia y represión<sup>101</sup>, lo que reflejaba una pauta general: cuando la guerra civil estaba en su punto más intenso, los bolcheviques legalizaron los partidos de la oposición porque sabían que podían contar con ellos para trabajar con el régimen contra la amenaza blanca. Una vez que el peligro había disminuido, fueron prohibidos de nuevo, por lo que no podían influir ni beneficiarse del inevitable retorno del descontento y las protestas populares que acompañaron a estas victorias contra los blancos. No es de extrañar, pues, que los partidos de oposición –como las facciones dentro del partido– fueran finalmente prohibidos tras el final de la Guerra Civil.

En el plano económico, continuó la misma construcción sobre las tendencias autoritarias ya presentes antes de la guerra civil. Ante la previsible resistencia de los capitalistas, a finales de junio de 1918 se decretó la nacionalización a gran escala –aunque muchos soviets locales ya habían decidido hacerlo bajo la presión de los trabajadores–. Esto simplemente entregó la economía a la creciente burocracia

---

101 El espacio excluye una discusión detallada de la oposición menchevique y de otro tipo a los bolcheviques, más allá de señalar que la posición oficial de los mencheviques era oponerse a las rebeliones armadas en favor de ganar una mayoría en los soviets (cualquier miembro del partido que participara en tales revueltas era rápidamente expulsado): «La acusación de que los mencheviques no estaban dispuestos a permanecer dentro de los límites legales es parte del caso de los bolcheviques; no sobrevive a un examen de los hechos». (Schapiro, 355)

–el aparato de la Vesenka creció de 6.000 en septiembre de 1918 a 24.000 a finales de 1920, con más de la mitad de su presupuesto consumido por los costes de personal a finales de 1919<sup>102</sup>.

En abril de 1920 se produjo lo que parecía ser una victoria contra los blancos y con la paz los bolcheviques empezaron a concentrarse en la construcción del socialismo. Cualquier forma limitada de control o gestión obrera que quedara fue sustituida por la gestión unipersonal y así la perspectiva de 1918 continuó con Lenin en 1920 subrayando que «la dominación del proletariado consiste en el hecho de que los terratenientes y capitalistas han sido privados de su propiedad» El «proletariado victorioso ha abolido la propiedad» y «ahí radica su dominación como clase». Lo primordial es la cuestión de la propiedad»<sup>103</sup>. La autogestión de la producción por parte de los trabajadores –en otras palabras, el poder económico básico– se consideraba irrelevante.

Volviendo a abril de 1918, Lenin reiteró su posición («Los poderes dictatoriales y la gestión unipersonal no son contradictorios con la democracia socialista»), al tiempo que subrayó que esto no fue impuesto a los bolcheviques por la guerra civil. Discutiendo cómo, de nuevo, la guerra civil había terminado y era el momento de construir el socialismo,

---

102 Remington, 153–4.

103 CW 30: 456.

argumentó que «toda la atención del Partido Comunista y del gobierno soviético está centrada en el desarrollo económico pacífico, en los problemas de la dictadura y de la gestión unipersonal [...] Cuando los abordamos por primera vez en 1918, no había guerra civil ni experiencia que contar». Así que no fue «sólo la experiencia» de la guerra civil, argumentó Lenin, «sino algo más profundo» lo que nos ha «inducido ahora, como hace dos años, a concentrar toda nuestra atención en la disciplina laboral»<sup>104</sup>. Los bolcheviques «tomaron la victoria como una señal de la corrección de su enfoque ideológico y emprendieron la tarea de la construcción económica sobre la base de una intensificación de las políticas del Comunismo de Guerra»<sup>105</sup>.

Incluso abominaciones como la «militarización del trabajo» fueron defendidas no como medidas desesperadas provocadas por la necesidad –lo que, aunque erróneo, indicaría al menos cierta conciencia de lo que significaba el socialismo– sino ideológicamente en términos de herramientas apropiadas para construir el socialismo. Así, Trotsky, además de defender la «sustitución» de «la dictadura de los soviets» por «la dictadura del partido», también defendía la gestión unipersonal («Considero que si la guerra civil no hubiera saqueado a nuestros órganos económicos de todo lo que era más fuerte, más

---

104 CW 30: 503–4.

105 Jonathan Aves, *Workers Against Lenin: Labour Protest and the Bolshevik Dictatorship* (Londres: Tauris Academic Studies, 1996) 37.

independiente, más dotado de iniciativa, sin duda habríamos entrado en el camino de la gestión unipersonal en la esfera de la administración económica mucho antes y de forma mucho menos dolorosa») y la militarización del trabajo («la única solución a las dificultades económicas desde el punto de vista de los principios y de la práctica es tratar a la población de todo el país como la reserva de la fuerza de trabajo necesaria [... y poner un orden estricto en el trabajo de su registro, movilización y utilización»<sup>106</sup>. «Tales perspectivas fueron ayudadas por «Sobre la autoridad» de Engels y la referencia a los «ejércitos industriales» en el Manifiesto Comunista. No lo consiguieron<sup>107</sup>.

---

106 Terrorismo y comunismo: A Reply to Karl Kautsky (Ann Arbor, MI: University of Michigan Press, 1961), 109, 162–3, 135.

107 Trotsky aplicó sus ideas a los trabajadores del ferrocarril, lo que llevó a la «ignorancia de la distancia y a la incapacidad de responder adecuadamente a las circunstancias locales [...] El ‘no tengo instrucciones’ se hizo más efectivo como racionalización defensiva y de autoprotección, ya que los funcionarios del partido investidos de poder unilateral insistieron en que todas sus órdenes fueran estrictamente obedecidas». La crueldad de la Cheka infundía miedo, pero la represión [...] sólo perjudicaba el ejercicio de la iniciativa que requerían las operaciones diarias». William G. Rosenberg, «The Social Background to Tsektran», Party, State, and Society in the Russian Civil War (Indiana: Indiana University Press, 1989), Diane P. Koenker, William G. Rosenberg y Ronald Grigor Suny (eds.), 369. La militarización se impuso en septiembre de 1920, a lo que siguió un desastroso colapso de la red ferroviaria en el invierno. «El tribunal revolucionario y la guillotina no pudieron compensar la falta de una teoría comunista constructiva», Kropotkin, La gran revolución francesa, 499.

Así que, en lugar de ser impulsado por la guerra civil, «para los dirigentes, el principio de la máxima centralización de la autoridad sirvió para algo más que para la conveniencia. Esto era de esperar, ya que Lenin había argumentado durante mucho tiempo que la organización centralizada y vertical era el modelo para el Estado revolucionario y, una vez en el poder, no decepcionó<sup>108</sup>.

Sin embargo, por su propia naturaleza, el centralismo no puede dejar de producir burocracia: ¿de qué otra manera los órganos centrales podrían reunir y procesar la información necesaria y aplicar sus decisiones? Así, «la burocracia y las vastas oficinas administrativas tipificaron la realidad soviética», ya que a medida que «las funciones del Estado se ampliaron, también lo hizo la burocracia» y así «tras la revolución el proceso de proliferación institucional alcanzó cotas sin precedentes»<sup>109</sup>.

Si la Comuna de París se había visto «desbordada» por las exigencias que se le planteaban, las nuevas instituciones que abarcaban un ámbito territorial y funcional mucho mayor lo experimentaron para peor. Así, el Comisariado de Finanzas «no sólo era burocráticamente engorroso, sino que [conllevaba] montañosos problemas de contabilidad» y «las diversas oficinas del Sovnarkhoz y de la estructura del

---

108 Remington, 91.

109 Richard Sakwa, *Soviet Communists in Power: a study of Moscow during the Civil War, 1918–21* (Basingstoke: Macmillan, 1987), 190–1.

comisariado [estaban] literalmente inundadas de delegaciones ‘urgentes’ y sumergidas en el papeleo»<sup>110</sup>. La Vesenka «estaba inundada de trabajo de carácter ad hoc», las demandas «de combustible y suministros se acumulaban» y las fábricas «exigían instrucciones». Su presidium «apenas sabía cuáles eran sus tareas»<sup>111</sup>:

*«La deficiencia más evidente [...] era que no garantizaba la asignación centralizada de los recursos y la distribución centralizada de la producción, de acuerdo con cualquier clasificación de prioridades [...] los materiales se proporcionaban a las fábricas en proporciones arbitrarias: en algunos lugares se acumulaban, mientras que en otros había escasez. Además, la duración del procedimiento necesario para dar salida a los productos aumentaba la escasez en determinados momentos, ya que los productos permanecían almacenados hasta que el centro emitía una orden de compra en nombre de un cliente definido centralmente. Las existencias no utilizadas coexistían con la escasez aguda. El centro era incapaz de determinar las proporciones correctas entre los materiales necesarios y, finalmente, de hacer cumplir los pedidos por su cantidad*

---

110 William G. Rosenberg, «The Social Background to Tsektran», 357.

111 Remington, 61–2.

*total. El desfase entre la teoría y la práctica era importante»<sup>112</sup>.*

Para garantizar el centralismo, los clientes debían pasar por un comité central de pedidos, que a su vez transmitía los detalles al glavki correspondiente y, como era de esperar, era «incapaz de hacer frente a estas enormes tareas» y las «deficiencias de las administraciones centrales y de los glavki aumentaban junto con el número de empresas bajo su control»<sup>113</sup>. El «centro carecía de información básica sobre el rendimiento de la economía» y «no tenía los conocimientos necesarios para juzgar los costes o los efectos de las políticas que proponía». La información elemental sobre el estado de la producción «no podía reunirse» y «[l]a falta de información sobre la disponibilidad de combustible, materias primas y mano de obra y sobre el estado de reparación de los equipos, el glavki emitía órdenes de producción a ciegas»<sup>114</sup>.

Enfrentados a las realidades, más que a la retórica, de las estructuras centralizadas y verticalistas, incluso los bolcheviques más comprometidos acabaron actuando independientemente de las estructuras formales sólo para

---

112 Malle, 233.

113 Malle, 232, 250.

114 Remington, 154.

hacer las cosas<sup>115</sup>. Tal iniciativa local entró en conflicto con las órdenes de arriba, pero las repetidas demandas de cambio fueron ignoradas porque «desafiaban» las «directivas centrales del partido» que «aprobaban los principios en los que se basaba el sistema de glavki» y «la máxima centralización de la producción». Así que «el fracaso del glavkismo no supuso una reconsideración de los problemas de la organización económica [...] Al contrario, se reforzó la ideología de la centralización»<sup>116</sup>.

Aunque la situación era bastante caótica a principios de 1918, esto no demuestra que el socialismo de los comités de fábrica no fuera la forma más eficiente de dirigir las cosas dadas las circunstancias<sup>117</sup>, a menos que, como los

---

115 Irónicamente, el «desmantelamiento de la industria a gran escala y los métodos burocráticos aplicados a las órdenes de producción y a las estimaciones financieras» hicieron que el sistema de abastecimiento basado en el glavki fuera «poco fiable» y, en su lugar, el Ejército Rojo «comenzó a confiar directamente» en las cooperativas artesanales, un sector que «se desarrolló en gran medida porque implicaba una menor cantidad de procedimientos burocráticos». (Malle, 477–8)

116 Malle La organización económica del comunismo de guerra, 1918–1921, 271, 275.

117 Las tasas de «producción y productividad comenzaron a subir constantemente después» de enero de 1918, «[e]n algunas fábricas, la producción se duplicó o triplicó en los primeros meses de 1918» y «[m]uchos de los informes acreditaron explícitamente a los comités de fábrica por estos aumentos.» (Sirianni, 109) Hay «pruebas de que hasta finales de 1919, algunos comités de fábrica realizaron con éxito las tareas de dirección. En algunas regiones las fábricas seguían activas gracias a las iniciativas de sus trabajadores para conseguir materias primas.» (Malle, 101) Si bien esto puede descartarse como una especulación basada en unos pocos ejemplos,

bolcheviques, se tenga la creencia dogmática de que la centralización es siempre más eficiente y, además, un principio del socialismo.

La visión de Lenin sobre el socialismo estaba empobrecida, pero muy en la tradición marxista ortodoxa. Así que, en lugar de no tener claro lo que era el socialismo, los bolcheviques tenían opiniones muy firmes sobre el tema y trataban de aplicarlas. El efecto neto de la visión del socialismo de *El Estado y la Revolución* fue la construcción del capitalismo de Estado y el empeoramiento de la crisis económica.

En resumen, «[d]esde los primeros días del poder bolchevique sólo había una débil correlación entre el alcance de la ‘paz’ y la suavidad o la severidad del gobierno bolchevique, entre la intensidad de la guerra y la intensidad de las medidas comunistas de proto guerra» mientras que «[c]onsiderado en términos ideológicos había poco que distinguiera el ‘respiro’ (abril–mayo de 1918) del comunismo de guerra que siguió». El «respiro de los primeros meses de 1920 tras las victorias sobre Kolchak y Denikin» vio su «intensificación y la militarización del trabajo» y «no se hizo ningún intento serio de revisar la idoneidad de las políticas comunistas de guerra». La ideología «influyó constantemente en las decisiones tomadas en distintos momentos de la guerra civil» y por ello «el autoritarismo

---

no podemos evitar reconocer que la entrega de la economía a la burocracia coincidió con la profundización de la crisis económica.

bolchevique no puede atribuirse simplemente a la herencia zarista o a las circunstancias adversas». De hecho, «en los soviets y en la gestión económica ya había surgido el embrión de las formas estatales centralizadas y burocráticas a mediados de 1918”<sup>118</sup>.

Finalmente, hay una gran ironía en esta defensa estándar de los bolcheviques, ya que los leninistas suelen (y falsamente) atacar a los anarquistas por no reconocer la necesidad de defender una revolución. Sin embargo, aquí los tenemos racionalizando el autoritarismo bolchevique refiriéndose a algo –la guerra civil– que proclaman como un aspecto inevitable de cualquier revolución. Así que, incluso si ignoramos el incómodo hecho de que antes de mayo de 1918 el régimen estaba bien encaminado hacia una dictadura capitalista de partido único, sólo podemos concluir que si el leninismo no puede experimentar lo que proclama (con razón) como inevitable sin degenerar, entonces es mejor evitarlo.

## **El Estado y las masas**

La posición privilegiada del partido de la que no se habla en *El Estado y la Revolución* –tanto en términos de ideología

---

118 Sakwa, 24, 27, 30, 96–7.

como de posesión y ejercicio del poder— desempeñó su papel en las actitudes bolcheviques hacia las masas en cuyo nombre gobernaban. Lenin cita a Engels:

*«Como el Estado no es más que una institución transitoria que se utiliza en la lucha, en la revolución, para sujetar a los adversarios por la fuerza, es un puro disparate hablar de un ‘Estado popular libre’; mientras el proletariado siga necesitando el Estado, no lo necesita en aras de la libertad sino para sujetar a sus adversarios»  
(356)*

El problema es que en un Estado no es el pueblo el que gobierna sino los que conforman el gobierno y éstos, a su vez, necesitan organismos que apliquen sus decisiones. La transformación del Ejército Rojo y la creación de la Cheka confirman las predicciones anarquistas de que el partido gobernante necesitaría una fuerza armada para defenderse del pueblo. Así, Engels confundió la necesidad de defender una revolución con que el partido gobernante reprima a quienes se oponen a ella, incluido el proletariado. Como explicó Lenin en 1920:

*«Sin la coerción revolucionaria dirigida contra los enemigos declarados de los obreros y campesinos, es imposible acabar con la resistencia de estos explotadores. Por otra parte, la coerción revolucionaria*

*está obligada a emplearse contra los elementos vacilantes e inestables de las propias masas»<sup>119</sup>.*

¿Quién determina cuáles son estos «elementos»? El partido, por supuesto. El partido que se construyó sobre la afirmación de que la clase obrera no puede alcanzar la conciencia socialista por sus propios medios y que se comprometió a combatir el espontaneísmo, ya que éste reflejaba las influencias burguesas. Así, «el Partido, digamos, absorbe la vanguardia del proletariado, y esta vanguardia ejerce la dictadura del proletariado» pues «en todos los países capitalistas» el proletariado «está todavía tan dividido, tan degradado y tan corrompido en partes» que la dictadura «sólo puede ser ejercida por una vanguardia». La lección de la revolución era clara: «la dictadura del proletariado no puede ser ejercida por una organización proletaria de masas»<sup>120</sup>.

Sin embargo, como sostenía Lenin en 1917, «está claro que no hay libertad ni democracia donde hay supresión y donde hay violencia». Hablaba de la «libertad de los opresores, de los explotadores, de los capitalistas», pero se aplica igualmente a la clase obrera: si la llamada «dictadura del proletariado, es decir la organización de la vanguardia de los oprimidos como clase dominante» (373) está suprimiendo a la propia clase obrera, entonces esa clase no puede ser la

---

119 CW 42: 170.

120 CW 32: 20–1.

clase dominante, entonces su autoproclamada «vanguardia» es de hecho la clase dominante y al igual que «bajo el capitalismo tenemos el Estado en el sentido propio de la palabra, es decir, una máquina especial para la supresión de una clase por otra, y, lo que es más, de la mayoría por la minoría». (374)

Lenin mencionó esto de pasada en 1917, ya que habla del «control organizado sobre la insignificante minoría capitalista» y «sobre los obreros que han sido completamente corrompidos por el capitalismo» (383), pero no indicó que esta última categoría se definía por el grado de acuerdo con la dirección del partido. Pronto se convirtió en el grueso de la clase obrera, y la presión «desde arriba» por parte del «gobierno revolucionario» fue, como era de esperar, más fuerte que la «desde abajo» por parte de los ciudadanos. El hecho de que esta minoría fuera la clase de la burocracia estatal –armada con el poder político y económico– no la hacía menos explotadora u opresora.

Esta es la cruda realidad del comentario de Engels de que una «revolución es ciertamente la cosa más autoritaria que existe; es un acto por el que una parte de la población impone su voluntad a la otra parte por medio de rifles, bayonetas y cañones, todos ellos medios altamente autoritarios. Y el partido victorioso debe mantener su dominio por medio del terror que sus armas inspiran a los reaccionarios». (354) Ignorando el punto obvio de que difícilmente es autoritario destruir un sistema autoritario en

el que una minoría de manera continua impone su voluntad a la mayoría, Engels no vio que en un Estado el «partido victorioso» necesitará mantener su dominio contra los pocos así como contra los muchos.

El espacio impide una descripción exhaustiva de las protestas laborales bajo los bolcheviques y de la represión estatal. Basta con decir que, desde la primavera de 1918, ambas cosas fueron una característica habitual de la vida en la Rusia «revolucionaria». Las protestas y huelgas de los trabajadores se generalizaron regularmente y los bolcheviques enviaron tropas y a la Cheka, retuvieron raciones, hicieron despidos masivos y contrataciones selectivas, todo ello durante el periodo de la guerra civil en el que, según los leninistas, la clase obrera se había «desclasado», «atomizado» o había «desaparecido»<sup>121</sup>. De

---

121 Véase la sección H.6.3 de AFAQ para un relato de las masivas y frecuentes protestas laborales –y la posterior represión– bajo los bolcheviques. Los bolcheviques también reprimieron incluso a los órganos consultivos que ellos mismos crearon. En su diatriba de 1920 contra el comunismo de izquierdas, Lenin señaló a las «conferencias de obreros y campesinos que no son del partido» y a los congresos soviéticos como medios por los que el partido aseguraba su dominio. Sin embargo, si los congresos de los soviets fueran «instituciones democráticas, como nunca han conocido las mejores repúblicas democráticas de los burgueses», los bolcheviques no tendrían necesidad de «apoyar, desarrollar y ampliar» las conferencias no partidistas «para poder observar el temperamento de las masas, acercarse a ellas, satisfacer sus exigencias, promover a los mejores de entre ellos a puestos estatales». (La Antología de Lenin, 573) Sin embargo, incluso esto fue demasiado para los bolcheviques, ya que durante las protestas y huelgas obreras de finales de 1920 «proporcionaron una

hecho, este argumento fue planteado por primera vez por el propio Lenin «para justificar la represión política» y, a medida que «el descontento entre los trabajadores se hacía cada vez más difícil de ignorar», Lenin comenzó a argumentar que la conciencia de la clase obrera se había deteriorado» y que «los trabajadores se habían «desclasado»<sup>122</sup>. Aunque autocomplaciente, este argumento reflejaba las nociones planteadas en *¿Qué hacer?* y la posición privilegiada que tiene el partido en el leninismo: como los obreros no estaban de acuerdo con el partido, por definición, carecían de conciencia de clase y estaban «desclasados».

En resumen, Lenin tenía razón cuando argumentaba que la «esencia de la cuestión» era ¿tiene «la clase oprimida armas?» (364) Este fue el caso del nuevo Estado y sus diversas acciones para despojar a la clase obrera de sus armas, para sustituir las milicias democráticas por ejércitos permanentes de tipo regular, para crear una fuerza político-policia. Cuando las organizaciones obreras, las protestas y las huelgas son reprimidas repetida y sistemáticamente, es un sinsentido sugerir que la clase obrera es la clase dominante –particularmente cuando esta represión comenzó tan pronto en el nuevo régimen.

---

plataforma eficaz para la crítica de la política bolchevique» y «fueron suspendidas poco después». (Sakwa, 203)

## Alternativas

Se puede objetar que nos estamos entregando a teorías de sillón y que el hecho de que fueran los bolcheviques y no los anarquistas los que se enfrentaron a la guerra civil y a la intervención imperialista demuestra que el anarquismo debería, como proclamó Trotsky, ser relegado al basurero de la historia. Excepto por dos hechos. Primero, el descenso bolchevique al autoritarismo precedió a la guerra civil y, segundo, los anarquistas sí se enfrentaron a esos desafíos y no sucumbieron como los bolcheviques.

Hemos mostrado lo primero y el espacio impide un relato detallado de lo segundo, más allá de indicar que el movimiento makhnovista en Ucrania se enfrentó a las mismas presiones (seguramente peores) y fomentó la democracia soviética, la libertad de expresión, la gestión de los trabajadores, etc., mientras los bolcheviques los reprimían. Después de ayudar a derrotar a los blancos, los bolcheviques traicionaron a los makhnovistas y los aplastaron tras otros meses de lucha<sup>123</sup>.

---

123 Peter Arshinov, *The History of the Makhnovist Movement* (Londres: Freedom Press, 1987); Michael Malet, *Nestor Makhno in the Russian civil war* (Londres: MacMillan Press, 1982.); Alexandre Skirda, *Nestor Makhno:*

Este contraejemplo –debilitado como cualquier movimiento real en comparación con el ideal, sin duda– muestra que las ideas y las estructuras importan. Así, los prejuicios a favor de la centralización, las nociones de que las estructuras «verticalistas» reflejan la «socialdemocracia revolucionaria», las visiones empobrecidas del socialismo, la posición privilegiada del partido, la confusión de la defensa de la libertad con los métodos «autoritarios», todo ello desempeñó su papel en el fracaso de la Revolución Rusa y la degeneración del régimen bolchevique.

Independientemente de las afirmaciones de Lenin, los anarquistas no conciben las revoluciones «de la noche a la mañana». Emma Goldman, por ejemplo, no llegó a Rusia «esperando encontrar el anarquismo realizado» ni «esperaba que el anarquismo siguiera los pasos inmediatos de siglos de despotismo y sumisión». Más bien, «esperaba encontrar en Rusia al menos el comienzo de los cambios sociales por los que se había luchado en la Revolución» y que «los trabajadores y campesinos rusos en su conjunto hubieran obtenido una mejora social esencial como resultado del régimen bolchevique»<sup>124</sup>. Ambas esperanzas se vieron frustradas.

---

Anarchy's Cossack – The Struggle for Free Soviets in the Ukraine 1917–1921 (Edimburgo/Oakland: AK Press, 2004).

124 Goldman,47.

Así que los anarquistas no contrastaron ni contrastan la realidad de la Rusia bolchevique con un ideal imposible de una utopía creada rápidamente. Más bien, la cuestión es si las masas estaban construyendo un mundo mejor o si se sometían a un nuevo régimen minoritario. Independientemente de las afirmaciones de Lenin en 1917, esto último era lo que ocurría en el nuevo sistema «soviético», con su partido gobernante, los soviets marginados, la centralización, la burocracia, los gestores dictatoriales nombrados desde arriba, la nacionalización, etc. Los bolcheviques pueden haber ganado la Guerra Civil, pero han perdido la Revolución.

Las continuas protestas masivas de la clase obrera a partir de la primavera de 1918 (es decir, durante y después de la guerra civil) indican que había una base social sobre la que podía basarse una alternativa. Esto implicaría –como argumentaron los anarquistas en su momento– mantener los soviets como delegados de los lugares de trabajo y eliminar realmente los órganos ejecutivos; apoyar los comités de fábrica y sus federaciones; apoyar las cooperativas de producción y consumo; mantener unas fuerzas armadas democráticas; proteger la libertad de prensa, de reunión y de organización; aplicar la socialización en lugar de la nacionalización. En resumen, reconocer que la libertad no es un extra opcional durante una revolución sino su única garantía, reconociendo la validez del anarquismo –

pues no predijo correctamente los fracasos del marxismo por accidente.

Finalmente, aunque la Revolución Rusa muestra la bancarrota del vanguardismo, también muestra la necesidad urgente de que los anarquistas se organicen como tales para influir en la lucha de clases<sup>125</sup>. Los anarquistas rusos –a diferencia de sus compañeros ucranianos– no se organizaron suficientemente y pagaron el precio. La creciente influencia anarquista en 1917 no pudo compensar la anterior falta de organización y actividad sistemática dentro del movimiento obrero. Sólo el hecho de que los anarquistas tuvieran una base social firme habría permitido que la Revolución Desconocida saliera victoriosa tanto de la autoridad roja como de la blanca.

## **Conclusiones**

Si, como sostenía Lenin, el Estado es «un poder que surge de la sociedad, pero que se sitúa por encima de ella y se aleja cada vez más de ella» y «consiste en cuerpos especiales de hombres armados que tienen prisiones, etc., a su cargo» (316), entonces el régimen bolchevique era definitivamente un Estado... en el sentido normal del término. La noción de

---

125 Véase la sección J.3 de AFAQ.

que era un semi-Estado o algo así no se puede sostener, ya que desde el momento en que los bolcheviques tomaron el poder, los soviets fueron marginados de la toma de decisiones y se transformaron de «órganos de trabajo» en tertulias, mientras que a su alrededor crecía una «nueva» burocracia a un ritmo asombroso y el régimen creó fuerzas armadas regulares, una policía política armada especializada con sus propias prisiones, etc.

La diferencia clave es que en lugar de ser un instrumento de la burguesía o de la aristocracia feudal, como lo había sido el Estado zarista al que sustituyó, era el instrumento de una nueva minoría: la dirección del Partido y la burocracia del Estado. Esta clase dominante combinó el poder político y económico en sus propias manos y esta última fue sustituyendo poco a poco a la primera como el poder real dentro de la nueva jerarquía social.

Aunque muchos anarquistas se concentran en la Rebelión de Kronstadt de principios de 1921 (presumiblemente porque anarquistas notables como Goldman y Berkman llegaron a Rusia en 1920), el destino de la revolución se hizo mucho antes. La Revolución Desconocida estuvo luchando por su vida desde el principio, ya que las tendencias antisocialistas del régimen se expresaron rápidamente: a los seis meses de la Revolución de Octubre, el llamado «semiestado» tenía todas las características del Estado en el «sentido propio de la palabra» y estaba en camino de convertirse en una dictadura de partido único y en un

capitalismo de Estado. En menos de un año, la realidad y la necesidad de la dictadura del partido se convirtieron en ideología oficial a principios de 1919. Zinóviev lo proclamó en el II Congreso de la Internacional Comunista, mientras Trotsky seguía defendiendo la «necesidad objetiva» de la «dictadura de partido»<sup>126</sup> hasta finales de los años treinta. El llamado Estado obrero era necesario para reprimir a los trabajadores:

*«Las mismas masas están inspiradas en diferentes momentos por diferentes estados de ánimo y objetivos. Precisamente por eso es indispensable una organización centralizada de la vanguardia. Sólo un partido, ejerciendo la autoridad que ha conquistado, es capaz de superar las vacilaciones de las propias masas [...] si la dictadura del proletariado significa algo, significa que la vanguardia del proletariado está armada con los recursos del Estado para rechazar los peligros, incluso los que emanan de las capas más atrasadas del propio proletariado»<sup>127</sup>.*

Como todo el mundo es, por definición, «atrasado» en comparación con la vanguardia y las «vacilaciones» se expresan mediante elecciones, mandatos y revocaciones, tenemos la conclusión lógica del vanguardismo del *¿Qué*

---

126 Writings of Leon Trotsky 1936–37 (Nueva York: Pathfinder Press, 1978), 513–4.

127 «Los moralistas y aduladores contra el marxismo», Su moral y la nuestra (Nueva York: Pathfinder, 1973), 59.

*hacer?* de Lenin en el reconocimiento implícito de Trotsky de que el partido necesita un Estado en «el sentido propio de la palabra», que la clase obrera no es la «clase dominante» en el «nuevo» Estado.

La realidad de la Revolución no reflejó las promesas hechas en 1917 y, sin embargo, los leninistas actuales siguen refiriéndose a estas últimas. Sin embargo, si miramos de cerca estas promesas, en *El Estado y la Revolución* de Lenin, podemos ver el papel que jugó la ideología en la degeneración. Las ideas importan –particularmente las ideas de aquellos que están en los niveles más altos del Estado. Las estructuras importan –en particular porque éstas no son neutrales, sino que reflejan los intereses y necesidades de clase, además de dar forma a las decisiones tomadas por los que están en el poder y de fomentar u obstaculizar la participación significativa de las masas en la sociedad. Tanto las ideas como las estructuras defendidas por Lenin en 1917 tuvieron su impacto (negativo).

El hecho de que los bolcheviques fueran inicialmente elegidos no socavó la dinámica inherente a las estructuras políticas y económicas centralizadas que favorecieron y construyeron. Un Estado burocrático hinchado y una economía capitalista de Estado eran inevitables dadas las fórmulas marxistas simplistas en las que creían y las estructuras que favorecían. En lugar de que las presiones de la guerra civil produjeran el autoritarismo bolchevique, la realidad es que la combinación de la ideología bolchevique y

sus estructuras favorecidas (centralizadas y descendentes) fue lo que produjo este resultado, y confirmó la teoría anarquista.

En cierto modo, pues, Lenin tenía razón al afirmar que «mientras exista el Estado no hay libertad. Cuando haya libertad, no habrá Estado». (379) Su error fue pensar que un Estado –una estructura centralizada y jerárquica desarrollada por unos pocos para asegurar su dominio– podría ser utilizado de manera diferente por la mayoría. Incluso cuando se basaba en organizaciones de trabajadores, volvía rápidamente a su papel: asegurar el dominio de una minoría, en este caso la de la dirección del partido y la burocracia que genera cualquier estructura centralizada. Las advertencias anarquistas se demostraron acertadas y sólo el anarquismo ofrece una solución: en forma de una organización social federalista, autogestionada y de abajo arriba.

La Revolución Rusa demuestra que no se trata del Estado y la Revolución, sino del Estado o la Revolución.

## UNA DÉCADA DE BOLCHEVISMO

**Alexander Berkman**

*A Decade of Bolshevism. Bulletin of the Relief Fund (Boletín del Fondo de Socorro). no. 4. 4p., 1927*

La dictadura comunista en Rusia ha cumplido su primera década. Por lo tanto, puede ser interesante e instructivo resumir los logros de los bolcheviques durante ese tiempo, para visualizar los resultados de su gobierno.

Pero los «resultados» son una cuestión relativa. Uno puede formarse una estimación de ellos sólo comparándolos con las cosas que debían lograrse, con los objetos buscados.

¿Cuáles eran los objetivos de la Revolución Rusa? ¿Qué han conseguido los bolcheviques?

El régimen de los Romanov era un absolutismo; Rusia bajo los zares era el país más esclavizado de Europa. El pueblo tenía hambre de libertad.

La Revolución de febrero–marzo de 1917 abolió ese absolutismo. El pueblo se hizo libre.

Pero esa libertad era sólo negativa. El pueblo se liberó de las cadenas que lo habían mantenido atado durante siglos. Ahora sus brazos y su espíritu liberados anhelaban aplicarse, buscaban la oportunidad de hacer, de actuar. Pero esa libertad aún no se había alcanzado. El pueblo era libre de algunas cosas, pero no para hacer las cosas que quería.

Querían una libertad positiva. Los trabajadores querían tener la oportunidad de utilizar las herramientas y la maquinaria que ellos mismos habían fabricado; querían utilizarlas para crear más riqueza y disfrutar de ella. Los campesinos querían tener libre acceso a la tierra y la posibilidad de cultivarla sin que se les robara el producto de su duro trabajo. El pueblo en general quería aplicar su nueva libertad a la búsqueda de la vida y la felicidad.

La libertad negativa de la Revolución de Febrero–Marzo era, pues, bastante insatisfactoria, poco convincente e insuficiente. Por eso el pueblo pronto empezó a continuar la revolución, a profundizarla en una transformación social. A continuar la revolución, en definitiva. Los soldados dejaron las armas y abandonaron los frentes en masa. Sabían que no tenían nada por lo que luchar en el extranjero. Volvieron con sus padres y hermanos, los campesinos, y juntos expulsaron a los terratenientes y se pusieron a trabajar en su propia patria. Al mismo tiempo, el proletariado industrial expropió a los señores de la industria y se apoderó de las fábricas y las minas. De este modo, las masas trabajadoras de Rusia se hicieron dueñas, por primera vez en la historia del mundo.

Como siempre durante la revolución, esta actividad de las masas rusas se desarrolló fuera de la esfera de influencia gubernamental. La lucha contra la opresión, ya sea política, económica o social, contra la explotación del hombre por el hombre, es siempre al mismo tiempo una lucha contra el propio gobierno, contra el gobierno como tal.

La Revolución Rusa, como toda revolución, se enfrentó a esta alternativa: construir libremente, independientemente del gobierno e incluso a pesar de él; o elegir el gobierno con toda la limitación y el estancamiento que conlleva. El camino de la Revolución Rusa estaba en la autosuficiencia constructiva de las masas, en la dirección del no gobierno, del anarquismo.

Entre febrero y octubre de 1917, la Revolución siguió instintivamente ese camino. Destruyó el viejo mecanismo del Estado y proclamó el principio de la federación de soviets. Utilizó el método de la expropiación directa para abolir la propiedad privada capitalista. En el campo de la reconstrucción económica, empleó el principio de la federación de comités de taller y de fábrica para la gestión de la producción. Las organizaciones proletarias y campesinas se ocupaban de la distribución y el intercambio. Los comités de vivienda se ocupaban de la asignación adecuada de los alojamientos. Los comités de calle y de distrito garantizaban la seguridad pública.

Este fue el curso de la revolución de octubre–noviembre. Con ese espíritu siguió creciendo y desarrollándose.

Pero este desarrollo de la revolución no estaba en consonancia con la filosofía de Marx y el propósito del Partido Comunista. Éste pretendía hacerse con el control del movimiento de las masas y, consiguiéndolo poco a poco, dio un giro totalmente diferente a la labor de reconstrucción social.

Al amparo del lema «la dictadura del proletariado», comenzó a construir un Estado centralizado y burocrático. En nombre de la «defensa de la Revolución», abolió las libertades populares e instituyó un sistema de nueva opresión y terror.

La idea bolchevique era, en efecto, que la Revolución Social debía ser dirigida por un personal especial, investido de poderes dictatoriales. La característica fundamental de esa idea era una profunda desconfianza hacia las masas. Según los bolcheviques, las masas deben ser liberadas por la fuerza. «La compulsión proletaria en todas sus formas», escribió Bujarin, el teórico comunista más importante, «comenzando por la ejecución sumaria y terminando por el trabajo obligatorio, es un método para reelaborar el material humano de la época capitalista en humanidad comunista».

El Partido Comunista procedió a la «reelaboración» del material humano. La compulsión y el terrorismo se convirtieron en los principales medios para ello. La libertad de pensamiento, la libertad de prensa, de reunión pública, la autodeterminación del trabajador y de sus sindicatos, la iniciativa y la libertad de trabajo, todo esto fue declarado vieja basura, «prejuicios burgueses». La «dictadura del proletariado» se convirtió en el absolutismo de un puñado de bolcheviques en el Kremlin.

Prácticamente, la dictadura comunista funcionó de la siguiente manera: se suprimió el libre intercambio de opiniones; se eliminó la iniciativa del individuo, así como la de la colectividad, tan vital en la vida, y particularmente en los tiempos revolucionarios; se aniquiló la cooperación voluntaria y los esfuerzos libres organizados; se exterminó o encarceló a todo elemento revolucionario que no fuera bolchevique.

Los soviets populares fueron transformados en secciones del partido político gobernante; las organizaciones obreras se encontraron desprovistas de todo poder y actividad, sirviendo únicamente como portavoces oficiales de las órdenes del Partido. Todos y cada uno de los ciudadanos se convirtieron en siervos del Estado bolchevique, sus obedientes funcionarios, ejecutando sin rechistar la voluntad de su amo, los todopoderosos dictadores del Kremlin.

Los resultados inevitables no tardaron en manifestarse. La política bolchevique corrompió y desintegró la Revolución, mató su alma y destruyó su significado moral y espiritual. Por su despotismo sangriento, por su paternalismo tiránico, mezquino y estúpido, por la perfidia que sustituyó a su antiguo idealismo revolucionario, por su formalismo mortecino y su criminal indiferencia hacia los intereses y las aspiraciones de las masas trabajadoras, por su cobarde sospecha y desconfianza hacia el pueblo y por su manía persecutoria, la «dictadura del proletariado» se aisló sin remedio de las masas.

Apartado de la participación directa en la labor constructiva de la Revolución, acosado a cada paso, víctima de un control y una supervisión constantes por parte del Partido, el proletariado llegó a sentir que la Revolución y su futura fortuna eran un asunto privado y personal de los bolcheviques. La energía constructiva y el interés activo del

pueblo se paralizaron. Las fábricas quedaron desiertas, el campesino se negó a alimentar a sus nuevos opresores.

Lenin se vio obligado a introducir la «nueva política económica». Significaba el retorno del capitalismo, «por mucho tiempo y en serio», como dijo el propio Lenin. ¡El retorno del capitalismo en 1921, que el trabajo social revolucionario de las masas trabajadoras de Rusia había abolido en 1917! El retorno del capitalismo, como resultado directo de los métodos bolcheviques; del capitalismo en parte estatal y en parte privado.

¿Y hoy, tras diez años de gobierno bolchevique? La creciente e inevitable desintegración del propio Partido, con la amenaza de una sombra napoleónica en el fondo. Mientras el país en general gime bajo el talón de un socialismo zarista.

Los antagonismos sociales, la explotación del trabajo, la esclavización del obrero y del campesino, la anulación del ciudadano como ser humano libre y su transformación en una parte microscópica del mecanismo económico propiedad del gobierno; la creación de grupos privilegiados favorecidos por el Estado; una burocracia multitudinaria y corrupta; un sistema de servicio laboral con sus premios y castigos degradantes y embrutecedores, son los rasgos característicos de la Rusia de hoy.

Sólo un fanatismo ciego o una hipocresía imperdonable pueden ver en esto, la forma más grave de esclavitud, la emancipación del trabajo o incluso la menor aproximación a ella.

La llamada «dictadura proletaria» en la Rusia actual es la peor traición a todo lo que representó la Revolución Rusa. Es la reacción negra y la contrarrevolución.

No hay esperanza para Rusia, excepto en el rápido retorno de los principios y propósitos de Octubre. El primer paso hacia ello es el fin de la dictadura, el restablecimiento de verdaderos soviets libres, de la libertad de expresión, de prensa y de reunión, la abolición absoluta de la persecución por la opinión y la liberación inmediata e incondicional de todos los presos políticos y laborales.

A.B.

## **PREFACIO A «LA COMUNA DE KRONSTADT» DE IDA METT**

**Maurice Brinton**

*De Solidarity Pamphlet 27 (November 1967)*

El quincuagésimo aniversario de la Revolución Rusa será evaluado, analizado, celebrado o lamentado de diversas maneras.

Para los vendedores de misticismo religioso y para los defensores de la «libertad de empresa», la sensacional (y oportuna) deserción de Svetlana Stalin<sup>128</sup> «demostrará» la

---

128 Svetlana Alilúyeva, nacida bajo el nombre de Svetlana Iósifovna Stálina fue la única hija de Iósif Stalin. Escritora, naturalizada en los Estados Unidos, conmocionó a la opinión pública internacional al refugiarse en este país en 1967.

resistencia de sus respectivas doctrinas, que ahora se muestran capaces de brotar en un terreno que a primera vista parece bastante estéril.

Para los liberales incorregibles, la reciente y cautelosa reintroducción del ánimo de lucro en ciertos sectores de la economía rusa «probará» que la economía del laissez-faire es sinónimo de naturaleza humana y que una economía racionalmente planificada fue siempre una piadosa quimera.

Para los «izquierdistas» (como el difunto Isaac Deutscher) que veían en la industrialización de Rusia una garantía automática de actitudes más liberales en los días venideros, el encarcelamiento de Daniel y Sinyavsky por delitos de pensamiento (y la actual persecución de quienes los defendieron) habrá sido una sonora bofetada.

Para los «marxistas-leninistas» de China (y de Albania), el acercamiento de Rusia a los EE.UU., su pasividad en la reciente crisis de Oriente Medio, su firma del Tratado de Prohibición de Pruebas y su influencia reaccionaria en los desarrollos revolucionarios de los países coloniales serán testimonio de su deslizamiento hacia el pantano del revisionismo, tras la muerte del Gran Stalin. (Stalin, como se recordará, fue el artífice de medidas revolucionarias, no revisionistas, como la eliminación de los viejos bolcheviques, los Juicios de Moscú, el Frente Popular, el Pacto Nazi-Soviético, los Acuerdos de Teherán y Yalta y las dinámicas luchas de los Partidos Comunistas francés e italiano en los

años inmediatos a la posguerra, luchas que les llevaron a la toma directa del poder en sus respectivos países).

Para los yugoslavos, reintegrados por fin tras su adolescente vagabundeo del redil, la reaparición de la «cordura» en Moscú será vista como la corroboración de sus peores sospechas. Los «problemas» de 1948 se debieron claramente a las maquinaciones del malvado Beria. Mihajlo Mihajlov sucede ahora a Djilas tras las rejas de una prisión popular... sólo para recordar a los herejes políticos que, también en Yugoslavia, la «democracia proletaria» se limita a los que se abstienen de hacer preguntas incómodas.

Para los trotskistas de toda índole –al menos para los que todavía son capaces de pensar por sí mismos– el mero hecho de las celebraciones del cincuenta aniversario debería ser motivo de reflexión. ¿Qué significan las palabras? ¿Cómo de «transitoria» puede ser una sociedad de transición? ¿No se corre el riesgo de que cuatro décadas de «bonapartismo» hagan que la palabra carezca de sentido? Al igual que los cristianos impávidos que cargan con su cruz, ¿los trotskistas impávidos seguirán cargando con su signo de interrogación (respecto a la futura evolución de la sociedad rusa) durante el resto de su existencia terrenal? ¿Cuánto tiempo más seguirán haciendo gárgaras con las viejas consignas de «restauración capitalista o avance hacia el socialismo» propuestas por su mentor en su *Revolución traicionada...* hace treinta años? Seguramente sólo los ciegos pueden no

ver ahora que Rusia es una sociedad de clases de nuevo tipo, y que lo ha sido durante varias décadas.

Aquellos que se han desengañado de estas mistificaciones –o que nunca han sido cegados por ellas– verán las cosas de otra manera. Sentirán que no puede haber ningún vestigio de socialismo en una sociedad cuyos gobernantes pueden aniquilar físicamente a los Consejos Obreros Húngaros, denunciar el igualitarismo y la gestión obrera de la producción como desviaciones «pequeñoburguesas» o «anarcosindicalistas», y aceptar el asesinato a sangre fría de toda una generación de revolucionarios como meras «violaciones de la legalidad socialista», que deben ser rectificadas –con delicadeza y tacto– mediante la técnica de la «rehabilitación póstuma selectiva». Será obvio para ellos que algo salió muy mal en la Revolución Rusa. ¿Qué fue? ¿Y cuándo comenzó la «degeneración»?

Aquí también las respuestas difieren. Para algunos, los «excesos» o los «errores» son atribuibles a una paranoia rencorosa que se va colando poco a poco en el senescente Stalin. Esta interpretación (además de aceptar tácitamente el propio «culto al individuo» que sus defensores pretenden denunciar) no explica, sin embargo, las represiones de los revolucionarios y las conciliaciones con el imperialismo perpetradas en un periodo mucho más temprano. Para otros, la «degeneración» se produjo con la derrota final de la Oposición de Izquierda como fuerza organizada (1927), o con la muerte de Lenin (1924), o con la abolición de las

fracciones en el décimo Congreso del Partido (1921). Para los bordiguistas, la proclamación de la Nueva Política Económica (1921) selló irrevocablemente a Rusia como «capitalista de Estado». Otros, rechazando con razón esta preocupación por las minucias de la cronometría revolucionaria, subrayan factores más generales, aunque en nuestra opinión algunos de ellos menos importantes.

Nuestro propósito al publicar este texto sobre los acontecimientos de Kronstadt de 1921 no es elaborar un calendario alternativo. Tampoco buscamos ancestros políticos. La construcción de una sucesión apostólica ortodoxa es la menor de nuestras preocupaciones. (En un mundo en constante cambio, sólo atestiguaría nuestra esterilidad teórica). Nuestra ocupación es simplemente documentar algunas de las luchas reales –pero menos conocidas– que tuvieron lugar contra la creciente burocracia durante los primeros años post–revolucionarios, en una época en la que la mayoría de los críticos posteriores de la burocracia eran parte integrante del propio aparato.

El quincuagésimo aniversario de la Revolución Rusa nos presenta el absurdo espectáculo de una clase dominante rusa (que cada día se parece más a su homóloga occidental) celebrando solemnemente la revolución que derrocó el poder burgués y permitió a las masas, por un breve momento, prever un tipo de orden social totalmente nuevo.

¿Qué hizo posible esta trágica paradoja? ¿Qué es lo que destruyó esta visión? ¿Cómo degeneró la Revolución?

Se ofrecen muchas explicaciones. La historia de cómo fue desposeída la clase obrera rusa no es, sin embargo, un asunto para una discusión esotérica entre camarillas políticas, que compensan su propia irrelevancia con viajes mentales al mundo encantado del pasado revolucionario. La comprensión de lo que ocurrió es esencial para todo socialista serio. No es mero archivismo.

Ninguna clase dominante viable gobierna sólo por la fuerza. Para gobernar debe conseguir que su propia visión de la realidad sea aceptada por la sociedad en general. Los conceptos con los que intenta legitimar su dominio deben proyectarse en el pasado. Los socialistas han reconocido correctamente que la historia que se enseña en las escuelas burguesas revela una visión particular y distorsionada del mundo. Es una medida de la debilidad del movimiento revolucionario el hecho de que la historia socialista permanezca en su mayor parte sin escribir.

Lo que pasa como historia socialista es a menudo sólo un reflejo de la historiografía burguesa, una filtración en las filas del movimiento de la clase obrera de los métodos de pensamiento típicamente burgueses. En el mundo de este tipo de «historiadores», los líderes geniales sustituyen a los reyes y reinas del mundo burgués. Los congresos famosos, las escisiones o las controversias, el ascenso y la caída de los

partidos políticos o de los sindicatos, el surgimiento o la degeneración de tal o cual liderazgo sustituyen a las batallas intestinas de los gobernantes del pasado. Las masas nunca aparecen de forma independiente en el escenario histórico, haciendo su propia historia. En el mejor de los casos, sólo «suministran el vapor», permitiendo que otros conduzcan la locomotora, como dijo Stalin con tanta delicadeza.

«La mayoría de las veces, los historiadores ‘oficiales’ no tienen ojos para ver ni oídos para oír los actos y las palabras que expresan la actividad espontánea de los trabajadores... Carecen de las categorías de pensamiento –incluso podría decirse que de las neuronas– necesarias para comprender o incluso percibir esta actividad tal y como es. Para ellos, una actividad que no tiene líder ni programa, ni instituciones ni estatutos, sólo puede ser descrita como «problemas» o «desórdenes». La actividad espontánea de las masas pertenece por definición a lo que la historia reprime».

Esta tendencia a identificar la historia de la clase obrera con la historia de sus organizaciones, instituciones y dirigentes no sólo es inadecuada, sino que refleja una visión típicamente burguesa de la humanidad, dividida de manera casi preestablecida entre los pocos que dirigirán y decidirán, y los muchos, la masa maleable, incapaz de actuar conscientemente por sí misma, y destinada a seguir siendo siempre el objeto (y nunca el sujeto) de la historia. La mayoría de las historias de la degeneración de la Revolución Rusa raramente llegan a más que esto.

La burocracia estalinista era única en el sentido de que presentaba una visión de la historia basada en mentiras directas, en lugar de la mezcla más habitual de distorsión sutil y automistificación. Pero las revelaciones de Jruschov y los acontecimientos posteriores en Rusia han hecho que las versiones oficiales rusas de los acontecimientos (en todas sus variantes) sean cuestionadas incluso por los miembros del Partido Comunista. Incluso los graduados de lo que Trotsky llamó «la escuela de falsificación de Stalin» están empezando a rechazar las mentiras de la era estalinista. Nuestra tarea es llevar el proceso de desmitificación un poco más allá.

De todas las interpretaciones de la degeneración de la Revolución Rusa, la de Issac Deutscher es la más aceptada en la izquierda. Se hace eco de la mayoría de los supuestos de los trotskistas. Aunque es una mejora de las versiones estalinistas, no es suficiente. Se considera que la degeneración se debe a factores estrictamente coyunturales (el aislamiento de la revolución en un país atrasado, la devastación causada por la Guerra Civil, el peso abrumador del campesinado, etc.). Estos factores son sin duda muy importantes. Pero el crecimiento de la burocracia es algo más que un simple accidente de la historia. Es un fenómeno mundial, íntimamente ligado a una determinada etapa del desarrollo de la conciencia de la clase obrera. Es el terrible precio pagado por la clase obrera por su retraso en reconocer que la verdadera y definitiva emancipación de la

clase obrera sólo puede ser alcanzada por la propia clase obrera, y no puede ser confiada a otros, que supuestamente actúan en su nombre. Si «el socialismo es la autoconciencia total y positiva del hombre» (Marx, 1844), la experiencia (y el rechazo) de la burocracia es un paso en ese camino.

Los trotskistas niegan que las primeras oposiciones a la burocracia en desarrollo tuvieran algún contenido revolucionario. Por el contrario, denuncian a la Oposición Obrera y a los rebeldes de Kronstadt como básicamente contrarrevolucionarios. La verdadera oposición, para ellos, comienza con la proclamación –dentro del Partido– de la Oposición de Izquierda de 1923. Pero cualquiera que esté mínimamente familiarizado con el período sabrá que en 1923 la clase obrera ya había sufrido una derrota decisiva. Había perdido el poder en la producción a favor de un grupo de gerentes nombrados desde arriba. También había perdido el poder en los soviets, que ahora no eran más que fantasmas de su antiguo ser, sólo un sello de goma para la burocracia emergente. La Oposición de Izquierda luchó dentro de los límites del Partido, que ya estaba muy burocratizado. Ningún número importante de trabajadores se unió a su causa. Su voluntad de lucha había sido minada por la larga lucha de los años anteriores.

La oposición a las medidas antiobreras adoptadas por la dirección bolchevique en los años inmediatamente posteriores a la revolución adoptó muchas formas y se expresó a través de muchos canales diferentes y a muchos

niveles distintos. Se expresó dentro del propio Partido, a través de una serie de tendencias de oposición, de las cuales la Oposición Obrera (Kollontai, Lutovinov, Shlyapnikov) es la más conocida –Fuera del Partido, la oposición revolucionaria encontró una expresión heterogénea, en la vida de una serie de grupos, a menudo ilegales (algunos anarquistas, otros anarcosindicalistas, algunos que todavía profesaban su fe de base en el marxismo)–. También encontró su expresión en la actividad de clase espontánea, a menudo «no organizada», como las grandes huelgas de Leningrado de 1921 y el levantamiento de Kronstadt. Encontró su expresión en la creciente resistencia de los trabajadores a la política industrial bolchevique (y en particular a los intentos de Trotsky de militarizar los sindicatos). También se expresó en la oposición proletaria a los intentos bolcheviques de desalojar a todas las demás tendencias de los soviets, amordazando así a todos los que pretendían reorientar la construcción socialista en líneas totalmente diferentes.

En una etapa temprana, varias tendencias habían luchado contra la degeneración burocrática de la Revolución. Al excluirlas póstumamente de las filas de los revolucionarios, los trotskistas, leninistas y otros cometen una doble injusticia. En primer lugar, excomulgan a todos los que previeron y lucharon contra la naciente burocracia antes de 1923, haciendo así oídos sordos a algunas de las críticas más pertinentes y válidas que se han expresado contra la burocracia.

En segundo lugar, debilitan sus propios argumentos, ya que si las demandas de soviets libremente elegidos, de libertad de expresión (democracia proletaria) y de gestión obrera de la producción eran erróneas en 1921, ¿por qué se volvieron parcialmente correctas en 1923? ¿Por qué son correctas ahora? Si en 1921 Lenin y Trotsky representaban los «verdaderos intereses» de los trabajadores (contra los trabajadores reales), ¿por qué no pudo hacerlo Stalin? ¿Por qué no pudo Kadar en Hungría en 1956? La escuela trotskista de la hagiografía ha contribuido a oscurecer las verdaderas lecciones de la lucha contra la burocracia.

Cuando uno estudia seriamente los años cruciales después de 1917, cuando el destino de la Revolución Rusa estaba todavía en el crisol, uno es conducido una y otra vez a los trágicos acontecimientos del levantamiento de Kronstadt de marzo de 1921. Estos acontecimientos personifican, de manera sangrienta y dramática, la lucha entre dos conceptos de la Revolución, dos métodos revolucionarios, dos tipos de ethos revolucionario. ¿Quién decide lo que es o no es el interés a largo plazo de la clase obrera? ¿Qué métodos son admisibles para dirimir las diferencias entre los revolucionarios? ¿Y qué métodos son de doble filo y sólo son capaces, a largo plazo, de perjudicar a la propia Revolución?

Hay muy poca información detallada en inglés sobre los acontecimientos de Kronstadt. Las historias del Stalinst, revisadas y reeditadas según la suerte fluctuante de los funcionarios del Partido, no valen ni el papel en el que están

escritas. Son un insulto a la inteligencia de sus lectores, considerados incapaces de comparar los mismos hechos descritos en ediciones anteriores y posteriores del mismo libro.

Los escritos de Trotsky sobre Kronstadt son escasos y están más preocupados por la justificación retrospectiva y por anotarse puntos de debate contra los anarquistas que por analizar seriamente este episodio concreto de la Revolución Rusa [198] Trotsky y los trotskistas están especialmente interesados en perpetuar el mito de que fueron la primera y única tendencia antiburocrática coherente. Todos sus escritos tratan de ocultar lo lejos que había llegado la burocratización del Partido y de los Soviets en 1921, es decir, lo lejos que había llegado durante el período en que Lenin y Trotsky tenían el control total e indiscutible. La tarea para los revolucionarios serios hoy es ver el vínculo entre las actitudes y pronunciamientos de Trotsky durante y antes del «gran debate sindical» de 1920–21 y la sana hostilidad al trotskismo de las capas más avanzadas y revolucionarias de la clase obrera industrial. Esta hostilidad se manifestó –con las armas en la mano– durante el levantamiento de Kronstadt. Volvería a manifestarse dos o tres años más tarde –esta vez con los brazos cruzados– cuando estas capas avanzadas no se unieron al apoyo de Trotsky, cuando éste optó finalmente por desafiar a Stalin, dentro de los limitados confines de una máquina del Partido, a cuya burocratización había contribuido significativamente [199].

Deutscher, en *El Profeta Armado*, describe vívidamente el trasfondo de Rusia durante los años de la Guerra Civil, el sufrimiento, la dislocación económica, el puro agotamiento físico de la población. Pero el cuadro es unilateral, su propósito es subrayar que la «férrea voluntad de los bolcheviques» era el único elemento de orden, estabilidad y continuidad en una sociedad que se cernía al borde del colapso total. Apenas presta atención a los intentos realizados por grupos de trabajadores y revolucionarios – tanto dentro del Partido como fuera de sus filas– para tratar de reconstruir la sociedad sobre una base totalmente diferente, desde abajo [200]. No discute la sostenida oposición y hostilidad de los bolcheviques a la gestión obrera de la producción o, de hecho, a cualquier esfuerzo a gran escala que escapara a su dominio o control [201]. De los acontecimientos de Kronstadt en sí, de las calumnias bolcheviques contra Kronstadt y de la frenética represión que siguió a los sucesos de marzo de 1921, Deutscher no dice casi nada, excepto que las acusaciones bolcheviques contra los rebeldes de Kronstadt eran «infundadas». Deutscher no ve en absoluto la relación directa entre los métodos utilizados por Lenin y Trotsky en 1921 y esos otros métodos, perfeccionados por Stalin y utilizados más tarde contra los propios viejos bolcheviques durante los notorios juicios de Moscú de 1936, 1937 y 1938.

En las Memorias de un Revolucionario de Victor Serge hay un capítulo dedicado a Kronstadt [202]. Los escritos de Serge

son particularmente interesantes porque él estaba en Leningrado en 1921 y apoyaba lo que hacían los bolcheviques, aunque de mala gana. Sin embargo, no recurrió a las calumnias y tergiversaciones de otros miembros destacados del Partido. Sus comentarios arrojan luz sobre el estado de ánimo casi esquizofrénico de las bases del Partido en aquella época. Por diferentes razones, ni los trotskistas ni los anarquistas han perdonado a Serge sus intentos de conciliar lo mejor de sus respectivas doctrinas: la preocupación por la realidad y la preocupación por los principios.

Los escritos anarquistas de fácil acceso y que valen la pena sobre el tema (en inglés) son prácticamente inexistentes, a pesar de que muchos anarquistas consideran este ámbito relevante para sus ideas. *Living My Life* de Emma Goldman y *The Bolshevik Myth* de Berkman contienen algunas páginas vívidas pero muy subjetivas sobre la rebelión de Kronstadt. La revuelta de Kronstadt, de Antón Ciliga (publicado como folleto en 1942), es un excelente relato breve que afronta directamente algunas de las cuestiones fundamentales. Hace años que no está disponible. El relato de Voline, en cambio, es demasiado simplista. Fenómenos complejos como la revuelta de Kronstadt no pueden interpretarse de forma significativa con generalizaciones cargadas como «como marxistas, autoritarios y estatistas, los bolcheviques no podían permitir ninguna libertad o acción independiente de las masas». (Muchos han argumentado que en el

bolchevismo hay fuertes vetas blanquistas e incluso bakuninistas, y que son precisamente estas desviaciones del marxismo las que están en la raíz de la ideología y la práctica «elitista» del bolchevismo). Voline incluso reprocha a los rebeldes de Kronstadt que «hablaban del poder (el poder de los soviets) en lugar de deshacerse de la palabra y de la idea por completo...» Sin embargo, la lucha práctica no fue contra las «palabras», ni siquiera contra las «ideas». Era una lucha física contra su encarnación concreta en la historia (en forma de instituciones burguesas). Es un síntoma de la confusión de los anarquistas en este aspecto que puedan reprochar a los bolcheviques la disolución de la Asamblea Constituyente... ¡y a los rebeldes de Kronstadt por proclamar que estaban a favor del poder soviético! Lucharon para defender la conquista más profunda de Octubre –el poder soviético– contra todos sus usurpadores, incluidos los bolcheviques.

Nuestra propia contribución a las celebraciones del quincuagésimo aniversario no consistirá en los habituales panegíricos a los logros de la cohetería rusa. Tampoco cantaremos alabanzas a las estadísticas rusas de hierro fundido. La expansión industrial puede ser el requisito previo para una vida más plena y mejor para todos, pero no es en absoluto sinónimo de dicha vida, a menos que se hayan revolucionado todas las relaciones sociales. Nos preocupan más los costes sociales de los logros rusos.

Algunos percibieron lo que serían estos costes en una fase muy temprana. Nos interesa llevar sus proféticas advertencias a un público mucho más amplio. La masacre final de Kronstadt tuvo lugar el 18 de marzo de 1921, exactamente cincuenta años después de la matanza de los comuneros por Thiers y Calliffet. Los hechos de la Comuna son bien conocidos. Pero cincuenta años después de la Revolución Rusa todavía tenemos que buscar información básica sobre Kronstadt. Los hechos no son fáciles de obtener. Quedan enterrados bajo las montañas de calumnias y distorsiones amontonadas por estalinistas y trotskistas por igual.

La publicación de este folleto en inglés, en este momento particular, es parte de este esfuerzo. El libro de Ida Mett *La Commune de Cronstadt* se publicó por primera vez en 1938. Se reeditó en Francia diez años más tarde, pero no se ha podido conseguir durante varios años. En 1962 y 1963 se tradujeron algunas partes al inglés y aparecieron en *Solidarity* (II, 6 a 11). Ahora tenemos el placer de ofrecer a los lectores de habla inglesa una versión ligeramente abreviada del libro en su conjunto, que contiene material hasta ahora no disponible en Gran Bretaña.

Además de varios textos publicados en el propio Kronstadt en marzo de 1921, el libro de Ida Mett contiene la carta abierta de Petrichenko de 1926, dirigida al Partido Comunista británico. Petrichenko era el presidente del Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt. Su carta se

refiere a las discusiones en el Buró Político del PCGB sobre el tema de Kronstadt, discusiones que parecen haber aceptado que no hubo ninguna intervención extraña durante el levantamiento.

(Los miembros del PC y otros podrían buscar más información sobre el asunto en King Street, cuyos archivos sobre el tema deberían ser una lectura interesante).

Ida Mett escribe desde un punto de vista anarquista. Sin embargo, sus escritos representan lo mejor de la tradición revolucionaria del anarquismo de «lucha de clases». Ella piensa en términos de una solución colectiva y proletaria a los problemas del capitalismo. El rechazo de la lucha de clases, el anti-intelectualismo, la preocupación por la moral trascendental y por la salvación personal que caracterizan a muchos de los anarquistas de hoy en día, no deben desviar a los «marxistas» de prestar una atención seria a lo que ella escribe. No apoyamos necesariamente todos sus juicios y hemos corregido –en notas a pie de página– una o dos pequeñas inexactitudes fácticas en su texto. Algunas de sus generalizaciones nos parecen demasiado amplias y algunos de sus análisis del fenómeno burocrático demasiado simples para ser realmente útiles. Pero como crónica de lo que ocurrió antes, durante y después de Kronstadt, su relato sigue siendo insuperable.

Su texto arroja una luz interesante sobre la actitud ante el levantamiento de Kronstadt que mostraron en su momento

diversas tendencias políticas rusas (anarquistas, mencheviques, S.R. de izquierda y de derecha, bolcheviques, etc.). Algunos cuya aproximación a la política es extremadamente superficial (y para quienes una calumnia o un eslogan es un sustituto de la verdadera comprensión) señalarán acusadoramente algunos de estos testimonios, algunas de estas resoluciones y manifiestos como evidencia que condena irrevocablemente a los rebeldes de Kronstadt. «Miren», dirán, «lo que decían los mencheviques y los eseristas de derecha. Miren cómo pedían el regreso a la Asamblea Constituyente y, al mismo tiempo, proclamaban su solidaridad con Kronstadt. ¿No es esto una prueba positiva de que Kronstadt fue un levantamiento contrarrevolucionario? ¿Ustedes mismos admiten que bribones como Víctor Chernov, presidente electo de la Asamblea Constituyente, se ofrecieron a ayudar a los kronstadtistas? ¿Qué más pruebas se necesitan?»

No tememos presentar todos los hechos a nuestros lectores. Que juzguen por sí mismos. Estamos firmemente convencidos de que la mayoría de los trotskistas y leninistas son –y se mantienen– tan ignorantes de este período de la historia rusa como los estalinistas lo son del período de los Juicios de Moscú. En el mejor de los casos, perciben vagamente la presencia de esqueletos en el armario. En el peor de los casos, repiten como un loro lo que les dicen sus líderes, intelectualmente demasiado perezosos o políticamente demasiado bien condicionados para investigar

por sí mismos. Las verdaderas revoluciones nunca son «puras». Desatan las pasiones más profundas de los hombres. La gente participa activamente o se ve arrastrada a la vorágine de esos movimientos por una serie de razones a menudo contradictorias. La conciencia y la falsa conciencia están inextricablemente mezcladas. Un río en plena crecida arrastra inevitablemente cierta cantidad de basura. Una revolución en plena crecida arrastra una serie de cadáveres políticos, e incluso puede darles momentáneamente una apariencia de vida.

Durante la revolución húngara de 1956, muchos fueron los mensajes de apoyo verbal o moral a los rebeldes, emanados de Occidente, predicando piadosamente las virtudes de la democracia burguesa o de la libre empresa. El objetivo de los que hablaban en estos términos era cualquier cosa menos la institución de una sociedad sin clases. Pero su apoyo a los rebeldes siguió siendo puramente verbal, sobre todo cuando les quedó claro cuáles eran los verdaderos objetivos de la revolución: una democratización fundamental de las instituciones húngaras sin una vuelta a la propiedad privada de los medios de producción.

La columna vertebral de la revolución húngara fue la red de consejos obreros. Sus principales reivindicaciones eran la gestión obrera de la producción y un gobierno basado en los consejos. Estos hechos justificaron el apoyo de los revolucionarios de todo el mundo. A pesar de los Mindszentys. A pesar de los pequeños propietarios y los

socialdemócratas –o sus sombras– que ahora intentan subirse al carro revolucionario. La crítica de clase es la decisiva.

Consideraciones similares se aplican a la rebelión de Kronstadt. Su núcleo eran los marineros revolucionarios. Sus principales objetivos eran aquellos con los que ningún verdadero revolucionario podía estar en desacuerdo. El hecho de que otros intentaran aprovecharse de la situación es inevitable e irrelevante. Es una cuestión de quién lleva la voz cantante.

Las actitudes ante los acontecimientos de Kronstadt, expresadas casi cincuenta años después del suceso, a menudo proporcionan una visión profunda del pensamiento político de los revolucionarios contemporáneos. De hecho, pueden proporcionar una visión más profunda de sus objetivos conscientes o inconscientes que muchas discusiones eruditas sobre economía, o filosofía, o sobre otros episodios de la historia revolucionaria.

Es una cuestión de la actitud básica de cada uno en cuanto a lo que es el socialismo. Los acontecimientos de Kronstadt representan algunos de los problemas más difíciles de la estrategia revolucionaria y de la ética revolucionaria: los problemas de los fines y los medios, de las relaciones entre el Partido y las masas, de hecho de si es necesario un Partido.

¿Puede la clase obrera desarrollar por sí misma sólo una conciencia sindical?» [204] ¿Debe incluso permitirse, en todo momento, ir tan lejos? [205]

¿O puede la clase obrera desarrollar una conciencia y una comprensión de sus intereses más profunda que la que puede desarrollar cualquier organización que supuestamente actúe en su nombre? Cuando los estalinistas o los trotskistas hablan de Kronstadt como «una acción esencial contra el enemigo de clase», cuando los revolucionarios más «sofisticados» se refieren a ella como una «necesidad trágica», uno tiene derecho a detenerse un momento. Uno tiene derecho a preguntarse hasta qué punto aceptan seriamente el dictado de Marx de que «la emancipación de la clase obrera es la tarea de la propia clase obrera». ¿Se lo toman en serio o sólo lo dicen de boquilla? ¿Identifican el socialismo con la autonomía (organizativa e ideológica) de la clase obrera? ¿O se ven a sí mismos, con su sabiduría en cuanto a los «intereses históricos» de los demás, y con sus juicios en cuanto a lo que debe ser «permitido», como la dirección en torno a la cual cristalizará y se desarrollará la futura élite? Uno tiene derecho no sólo a preguntar... ¡sino también a sugerir la respuesta!

1967, Maurice Brinton  
*De Solidarity Pamphlet 27 (November 1967)*

## **LA COMUNA DE KRONSTADT**

**Ida Mett**

### **INTRODUCCIÓN A LA EDICIÓN FRANCESA**

Parece que ha llegado el momento de buscar una mejor comprensión de Kronstadt, aunque desde 1921 no han surgido nuevos hechos. Los archivos del Gobierno ruso y del Ejército Rojo siguen cerrados a cualquier tipo de análisis objetivo. Sin embargo, las declaraciones de algunas publicaciones oficiales parecen reflejar algunos de estos acontecimientos, aunque de forma distorsionada. Pero lo que se sabía en aquel momento ya era suficiente para poder

captar el significado político de este episodio sintomático y crucial de la Revolución Rusa.

Los militantes de la clase obrera en Occidente tenían una confianza absoluta en el Gobierno bolchevique. Este gobierno acababa de encabezar un inmenso esfuerzo de la clase obrera en su lucha contra la reacción feudal y burguesa. A los ojos de estos trabajadores encarnaba la propia Revolución.

La gente no podía creer que este mismo gobierno hubiera podido sofocar cruelmente una insurrección revolucionaria. Por eso fue fácil para los bolcheviques tachar el movimiento (de Kronstadt) de reaccionario y denunciarlo como organizado y apoyado por las burguesías rusa y europea.

«Una insurrección de generales blancos, con el ex general Kazlovski a la cabeza» proclamaban los periódicos de la época. Mientras tanto, los marineros de Kronstadt difundían el siguiente llamamiento a todo el mundo:

«Camaradas obreros, soldados rojos y marineros. Estamos por el poder de los soviets y no por el de los partidos. Estamos por la libre representación de todos los que trabajan. Camaradas, os están engañando. En Kronstadt todo el poder está en manos de los marineros revolucionarios, de los soldados rojos y de los trabajadores. No está en manos de los guardias blancos,

supuestamente dirigidos por un general Kozlovski, como os dice la Radio de Moscú».

Tales fueron las interpretaciones contradictorias de los marineros de Kronstadt y del Gobierno del Kremlin. Como deseamos servir a los intereses vitales de la clase obrera mediante un análisis objetivo de los acontecimientos históricos, nos proponemos examinar estas tesis contradictorias, a la luz de los hechos y documentos, y de los acontecimientos que siguieron casi inmediatamente al aplastamiento de Kronstadt.

«Los trabajadores del mundo nos juzgarán» decían los Kronstaders en su comunicado.

«La sangre de los inocentes caerá sobre las cabezas de los que se han emborrachado de poder». ¿Era una profecía?

He aquí una lista de destacados comunistas que participaron activamente en la represión de la insurrección. Los lectores verán su destino:

ZINOVIEV, dictador omnipotente de Petrogrado. Inspiró la lucha implacable contra los huelguistas y los marineros. EJECUTADO.

TROTSKY, Comisario del Pueblo para la Guerra y la Marina. ASESINADO POR UN AGENTE ESTALINISTA EN MÉXICO.

LASHEVICH, miembro del Comité de Guerra Revolucionaria, miembro del Comité de Defensa organizado para luchar contra los huelguistas de Petrogrado. SE SUICIDÓ.

DYBENKO, veterano marino. Antes de octubre, uno de los organizadores del Comité Central de la Flota del Báltico, desempeñó un papel especialmente activo en el aplastamiento militar de Kronstadt. En 1938 todavía era comandante de guarnición en la región de Petrogrado. FUSILADO.

KUZMIN, comisario de la Flota del Báltico. Destino desconocido. NO SE HA VUELTO A HABLAR DE ÉL.

KALININ, permaneció en el poder nominal como «Presidente». MURIÓ DE MUERTE NATURAL.

TUKHACHEVSKY, Elaboró el plan y dirigió el asalto a Kronstadt. FUSILADO.

PUTNA, condecorado por su participación en la supresión militar de Kronstadt, posteriormente agregado militar en Londres.

Delegados del 10º Congreso del Partido, que vinieron a luchar contra Kronstadt:

PYATOKOV: EJECUTADO.

RUKHIMOVICH: FUSILADO

BUBNOV: DEPUESTO. DESAPARECIDO.

ZATONSKY: DEPUESTO. DESAPARECIDO.

VOROSHILOV: TODAVÍA DESEMPEÑÓ UN PAPEL DURANTE LA GUERRA DE 1941–45. (Posteriormente presidente del Praesidium).

París, octubre de 1948.

## LOS ACONTECIMIENTOS DE KRONSTADT

«Un nuevo complot blanco... esperado y sin duda preparado por la contrarrevolución francesa».

*Pravda*, 3 de marzo de 1921.

«Los generales blancos, todos lo saben, tuvieron un gran papel en esto. Esto está plenamente demostrado».

Lenin, informe presentado en el X Congreso del R.C.P.(B), 8 de marzo de 1921, *Obras Completas*, vol. IX, pág. 98.

«Los bolcheviques denunciaron a los hombres de Kronstadt como amotinados contrarrevolucionarios, dirigidos por un general blanco. La denuncia parece haber sido infundada».

Isaac Deutcher, *The Prophet Armed*, (Oxford University Press, 1954) p. 511.

«No se pretendió que los amotinados de Kronstadt fueran guardias blancos».

Brian Pearce (historiador de la Socialist Labour League) en *Labour Review*, vol. V, nº 3.

## **1 – Antecedentes de la insurrección de Kronstadt**

La insurrección de Kronstadt estalló tres meses después de la conclusión de la guerra civil en el frente europeo.

A medida que la Guerra Civil se acercaba a su fin victorioso, las masas trabajadoras de Rusia se encontraban en un estado de hambruna crónica. También estaban cada vez más dominadas por un régimen despiadado, gobernado por un partido único. La generación que había hecho Octubre aún recordaba la promesa de la revolución social y las esperanzas que tenía de construir un nuevo tipo de sociedad.

Esta generación había constituido un sector muy notable de la clase obrera. Había abandonado a regañadientes sus reivindicaciones de igualdad y de libertad real, creyendo que eran, si no incompatibles con la guerra, al menos difíciles de alcanzar en condiciones de guerra. Pero una vez asegurada la victoria, los obreros de las ciudades, los marineros, los hombres del Ejército Rojo y los campesinos, todos los que habían derramado su sangre durante la Guerra Civil, no veían más justificación a sus penurias y a la sumisión ciega a una disciplina feroz. Aunque estos pudieran haber tenido alguna razón en tiempos de guerra, tales razones ya no se aplicaban.

Mientras muchos luchaban en el frente, otros –los que gozaban de posiciones dominantes en el aparato del Estado– habían ido consolidando su poder y separándose cada vez más de los trabajadores. La burocracia adquiría ya

proporciones alarmantes. La maquinaria del Estado estaba en manos de un único Partido, cada vez más impregnado de elementos arribistas. Un obrero que no era del Partido valía menos, en la escala de la vida cotidiana, que un ex-burgués o un noble, que se había unido tardíamente al Partido. La crítica libre ya no existía. Cualquier miembro del Partido podía denunciar como «contrarrevolucionario» a cualquier trabajador que simplemente defendiera sus derechos de clase y su dignidad como trabajador.

La producción industrial y agrícola disminuía rápidamente. Prácticamente no había materias primas para las fábricas. La maquinaria estaba desgastada y descuidada. La principal preocupación del proletariado era la amarga lucha contra el hambre. Los robos en las fábricas se habían convertido en una especie de compensación por el trabajo miserablemente pagado. Estos robos continuaban a pesar de los repetidos registros realizados por la Cheka en las puertas de las fábricas.

Los trabajadores que aún tenían conexiones con el campo iban allí a intercambiar ropa vieja, cerillas o sal a cambio de comida. Los trenes estaban repletos de estas personas (los Mehotchniki). A pesar de mil dificultades, intentaban llevar alimentos a las ciudades hambrientas. La cólera de la clase obrera estallaba repetidamente, cuando las andanadas de la milicia confiscaban las míseras cargas de harina o patatas que los trabajadores llevaban a la espalda para evitar que sus hijos murieran de hambre.

Los campesinos fueron sometidos a requisas obligatorias. Sembraban menos, a pesar del peligro de hambruna que ahora suponían las malas cosechas. Las malas cosechas habían sido habituales. En condiciones ordinarias esas cosechas no habían tenido automáticamente estos efectos desastrosos. Las superficies cultivadas eran mayores y los campesinos solían reservar algo para tiempos más difíciles.

La situación que precedió al levantamiento de Kronstadt puede resumirse como una fantástica discrepancia entre las promesas y los logros. Había duras dificultades económicas. Pero igual de importante era el hecho de que la generación en cuestión no había olvidado el significado de los derechos por los que había luchado durante la Revolución. Esto iba a proporcionar el verdadero trasfondo psicológico del levantamiento.

La Marina Roja tenía sus propios problemas. Desde la paz de Brest-Litovsk, el Gobierno había emprendido una completa reorganización de las fuerzas armadas sobre la base de una rígida disciplina, una disciplina bastante incompatible con el antiguo principio de elección de los oficiales por los hombres. Se había introducido toda una estructura jerárquica. Esto había sofocado gradualmente las tendencias democráticas que habían prevalecido al inicio de la Revolución. Por razones puramente técnicas, tal reorganización no había sido posible en la Marina, donde las tradiciones revolucionarias tenían fuertes raíces. La mayoría de los oficiales navales se habían pasado a los blancos, y los

marineros seguían conservando muchos de los derechos democráticos que habían conquistado en 1917. No había sido posible desmantelar completamente sus organizaciones.

Esta situación contrasta con la del resto de las fuerzas armadas. No podía durar. Las diferencias entre los marineros de base y los mandos superiores de las fuerzas armadas no dejaban de aumentar. Con el fin de la Guerra Civil en la Rusia europea estas diferencias se volvieron explosivas.

El descontento se extendió no sólo entre los marineros que no eran del Partido. También afectó a los marineros comunistas. Los intentos de «disciplinar» a la Flota introduciendo las «costumbres del Ejército» se encontraron con una dura resistencia a partir de 1920. Zof, un destacado miembro del Partido y del Comité de Guerra Revolucionario de la Flota del Báltico, fue denunciado oficialmente por los marineros comunistas por sus «actitudes dictatoriales». La enorme brecha que se estaba creando entre las bases y la dirección se puso de manifiesto durante las elecciones al VIII Congreso de los Soviets, celebradas en diciembre de 1920. En la base naval de Petrogrado, un gran número de marineros abandonó ruidosamente la reunión electoral, protestando abiertamente contra el envío allí, como delegados oficiales, de personas del Politotdiel y del Comflot (es decir, de las mismas organizaciones que monopolizan el control político de la Marina).

El 15 de febrero de 1921 se había reunido la Segunda Conferencia de Marineros Comunistas de la Flota del Báltico. Había reunido a 300 delegados que habían votado las siguientes resoluciones:

«Esta Segunda Conferencia de Marineros Comunistas condena la labor de Poubalt (Sección Política de la Flota del Báltico).

Poubalt no sólo se ha separado de las masas, sino también de los funcionarios activos. Se ha transformado en un órgano burocrático que no goza de ninguna autoridad entre los marineros.

Hay una ausencia total de plan o método en el trabajo de Poubalt. También hay una falta de acuerdo entre sus acciones y las resoluciones adoptadas en el Noveno Congreso del Partido.

Poubalt, habiéndose desprendido totalmente de las masas del Partido, ha destruido toda iniciativa local. Ha transformado todo el trabajo político en papeleo. Esto ha tenido repercusiones nefastas en la organización de las masas en la Flota. Entre junio y noviembre del año pasado, el 20% de los marineros miembros del Partido lo han abandonado. Esto se explica por los métodos erróneos del trabajo de Poubalt.

La causa se encuentra en los propios principios de la organización de Poubalt. Estos principios deben cambiarse

en la dirección de una mayor democracia». Varios delegados exigieron en sus discursos la abolición total de las «secciones políticas» en la Marina, una exigencia que volveremos a encontrar en las resoluciones de los marineros durante el levantamiento de Kronstadt. En este marco se desarrolló la famosa discusión sobre la cuestión sindical que precedió al X Congreso del Partido.

En los documentos de la época se percibe claramente la voluntad de ciertos dirigentes bolcheviques (entre ellos Trotsky) no sólo de ignorar el gran descontento que afectaba a los obreros y a todos los que habían luchado en el período anterior, sino también de aplicar los métodos militares a los problemas de la vida cotidiana, particularmente a la industria y a los sindicatos.

En estas acaloradas discusiones, los marineros de la Flota del Báltico adoptaron un punto de vista muy diferente al de Trotsky. En las elecciones al X Congreso del Partido, la Flota del Báltico votó sólidamente contra sus dirigentes: Trotsky, Comisario del Pueblo para la Guerra (bajo cuya autoridad estaba la Marina), y Raskolnikov, Jefe de la Flota del Báltico. Trotsky y Raskolnikov estaban de acuerdo en la cuestión sindical.

Los marineros intentaron protestar contra la situación que se desarrollaba abandonando el Partido en masa. Según la información difundida por Sorine, Comisario de Petrogrado,

5.000 marineros abandonaron el Partido sólo en enero de 1921.

No cabe duda de que la discusión que se estaba produciendo en el seno del Partido en ese momento tuvo profundos efectos en las masas. Desbordó los estrechos límites que el Partido pretendía imponerle. Se extendió al conjunto de la clase obrera, a los soldados y a los marineros. La acalorada crítica local actuó como catalizador general. El proletariado había razonado con toda lógica: si la discusión y la crítica estaban permitidas a los miembros del Partido, ¿por qué no iban a estarlo a las propias masas que habían soportado todas las penurias de la Guerra Civil?

En su discurso ante el Décimo Congreso –publicado en las Actas – Lenin expresó su pesar por haber «permitido» esa discusión. ‘Ciertamente hemos cometido un error’, dijo, ‘al haber autorizado este debate. Tal discusión era perjudicial justo antes de los meses de primavera que estarían cargados de tales dificultades.’

## **2 – Petrogrado en la víspera de Kronstadt**

A pesar de que la población de Petrogrado había disminuido en dos tercios, el invierno de 1920–21 resultó ser especialmente duro.

Los alimentos en la ciudad escaseaban desde febrero de 1917 y la situación se deterioraba mes a mes. La ciudad siempre había dependido de los alimentos traídos de otras partes del país. Durante la Revolución, la economía rural estaba en crisis en muchas de estas regiones. El campo sólo podía alimentar a la capital en una medida muy reducida. El estado catastrófico de los ferrocarriles empeoró aún más las cosas. Los antagonismos cada vez mayores entre la ciudad y el campo crearon más dificultades en todas partes.

A estos factores, en parte inevitables, hay que añadir la degeneración burocrática de la administración y la rapacidad de los órganos del Estado para el suministro de alimentos. Su papel en la alimentación de la población era en realidad negativo. Si la población de Petrogrado no murió de hambre durante este período, fue sobre todo gracias a su propia capacidad de adaptación e iniciativa. Consiguió comida donde pudo.

El trueque se practicaba a gran escala. En el campo todavía se podían conseguir alimentos, a pesar de la menor superficie cultivada. El campesino intercambiaba estos productos por los bienes que le faltaban: botas, gasolina, sal, cerillas. La población de las ciudades intentaba hacerse con estos productos de cualquier manera. Sólo ellas tenían un valor real. Los llevaría al campo. A cambio, la gente se llevaba de vuelta unos kilos de harina o de patatas. Como hemos mencionado antes, los pocos trenes, sin calefacción, estarían repletos de hombres que llevaban bolsas al hombro. En el

camino, los trenes a menudo tenían que parar porque se habían quedado sin combustible. Los pasajeros se bajaban y cortaban troncos para las calderas.

Las plazas de mercado habían sido oficialmente abolidas. Pero en casi todas las ciudades había mercados ilegales semitolerados, donde se realizaba el trueque. Tales mercados existían en Petrogrado. De repente, en el verano de 1920, Zinóviev emitió un decreto que prohibía cualquier tipo de transacción comercial. Los pocos pequeños comercios que seguían abiertos fueron cerrados y sus puertas selladas. Sin embargo, el aparato estatal no estaba en condiciones de abastecer a las ciudades. A partir de este momento, la hambruna ya no pudo ser atenuada por la iniciativa de la población. Se volvió extrema. En enero de 1921, según la información publicada por Petrokommouns (los suministros estatales de la ciudad de Petrogrado), a los trabajadores de las fábricas de fundición de metales se les asignaban raciones de 800 gramos de pan negro al día; a los trabajadores de choque de otras fábricas, 600 gramos; a los trabajadores con tarjeta A.V: 400 gramos; otros trabajadores: 200 gramos. El pan negro era la dieta básica del pueblo ruso en esta época.

Pero incluso estas raciones oficiales se distribuían de forma irregular y en cantidades aún más pequeñas que las estipuladas. Los trabajadores del transporte recibían, a intervalos irregulares, el equivalente a entre 700 y 1.000 calorías diarias. Los alojamientos no tenían calefacción.

Había una gran escasez tanto de ropa como de calzado. Según las estadísticas oficiales, los salarios de la clase obrera en 1920 en Petrogrado eran sólo el 9 por ciento de los de 1913.

La población se alejaba de la capital. Todos los que tenían parientes en el país se habían reunido con ellos. El auténtico proletariado permaneció hasta el final, teniendo escasas conexiones con el campo.

Hay que subrayar este hecho para desmentir las mentiras oficiales que pretendían atribuir las huelgas de Petrogrado que pronto estallarían a elementos campesinos, «insuficientemente formados en las ideas proletarias». La situación real era la contraria. Unos pocos obreros buscaban refugio en el campo. El grueso se quedó. Ciertamente, no hubo éxodo de campesinos hacia las ciudades hambrientas. Unos pocos miles de «Troudarmeitzys» (soldados de los ejércitos obreros), entonces en Petrogrado, no modificaron el panorama. Fue el famoso proletariado de Petrogrado, el proletariado que había desempeñado un papel tan destacado en las dos revoluciones anteriores, el que finalmente iba a recurrir al arma clásica de la lucha de clases: la huelga.

La primera huelga estalló en la fábrica Troubotchny, el 23 de febrero de 1921. El 24, los huelguistas organizaron una manifestación de masas en la calle. Zinóviev envió contra ellos destacamentos de «Koursanty» (oficiales

estudiantiles). Los huelguistas intentaron ponerse en contacto con el cuartel de Finlandia. Mientras tanto, las huelgas se extendían. La fábrica Baltisky dejó de trabajar. Luego la fábrica Laferma y otras más: la fábrica de zapatos Skorokhod, la fábrica Admiralteiski, las plantas Bormann y Metalischeski, y finalmente, el 28 de febrero, la propia gran fábrica Putilov.

Los huelguistas exigían medidas de ayuda al abastecimiento de alimentos. Algunas fábricas exigían el restablecimiento de los mercados locales, la libertad de viajar en un radio de treinta millas de la ciudad y la retirada de los destacamentos de la milicia que mantenían la carretera alrededor de la ciudad. Pero junto a estas reivindicaciones económicas, varias fábricas planteaban otras de carácter político: la libertad de expresión y de prensa, la liberación de los presos políticos de la clase obrera. En varias grandes fábricas se negó la palabra a los portavoces del Partido.

Frente a la miseria de los obreros rusos que buscaban una salida a sus intolerables condiciones, el servil Comité del Partido y Zinóviev, (que según numerosos testimonios se comportaba en Petrogrado como un auténtico tirano), no encontraron mejores métodos de persuasión que la fuerza bruta.

Pukhov, historiador «oficial» de la revuelta de Kronstadt, escribió que «se necesitaban medidas de clase decisivas para

vencer a los enemigos de la revolución que estaban utilizando a un sector del proletariado sin conciencia de clase, con el fin de arrebatarse el poder a la clase obrera y a su vanguardia, el Partido Comunista» [206].

El 24 de febrero, los dirigentes del Partido crearon un Estado Mayor especial, llamado Comité de Defensa. Estaba compuesto por tres personas: Lachevitch, Anzelovitch y Avrov. Debían ser apoyados por un número de asistentes técnicos. En cada distrito de la ciudad debía crearse un Comité de Tres («troika») similar, compuesto por el organizador local del Partido, el comandante del batallón del Partido de la brigada territorial local y un comisario del Cuerpo de Formación de Oficiales. En los distritos periféricos se organizaron comités similares. Estos estaban compuestos por el organizador local del Partido, el Presidente del Ejecutivo del Soviet local y el Comisario militar del Distrito.

El 24 de febrero el Comité de Defensa proclamó el estado de sitio en Petrogrado. Se prohibió toda circulación en las calles después de las 11 de la noche, así como todas las reuniones y encuentros, tanto al aire libre como en el interior, que no hubieran sido específicamente permitidos por el Comité de Defensa. Todas las infracciones serían tratadas de acuerdo con la ley militar». El decreto fue firmado por Avrov (posteriormente fusilado por los estalinistas), comandante de la región militar de Petrogrado, por Lachevitch (que posteriormente se suicidó), miembro del Consejo de Guerra, y por Bouline (posteriormente

fusilado por los estalinistas), comandante del distrito fortificado de Petrogrado.

Se decretó una movilización general de los miembros del partido. Se crearon destacamentos especiales, para ser enviados a «destinos especiales». Al mismo tiempo, se retiraron los destacamentos de la milicia que vigilaban las carreteras de entrada y salida de la ciudad. A continuación, los líderes de la huelga fueron arrestados.

El 26 de febrero los marineros de Kronstadt, naturalmente interesados en todo lo que ocurría en Petrogrado, enviaron delegados para informarse sobre las huelgas. La delegación visitó varias fábricas. Regresó a Kronstadt el día 28. Ese mismo día, la tripulación del acorazado «Petropavlovsk», tras discutir la situación, votó la siguiente resolución: [207]

«Habiendo escuchado los informes de los representantes enviados por la Asamblea General de la Flota para informarse de la situación en Petrogrado, los marineros exigen:

Nuevas elecciones inmediatas a los Soviets. Los actuales Soviets ya no expresan los deseos de los obreros y campesinos. Las nuevas elecciones deben ser secretas y deben ir precedidas de una propaganda electoral libre. Libertad de expresión y de prensa para los obreros y campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de izquierda. El derecho de reunión, y la

libertad para las organizaciones sindicales y campesinas. La organización, a más tardar el 10 de marzo de 1921, de una Conferencia de obreros, soldados y marineros sin partido de Petrogrado, Kronstadt y el distrito de Petrogrado.

La liberación de todos los presos políticos de los partidos socialistas y de todos los obreros y campesinos, soldados y marineros encarcelados pertenecientes a organizaciones obreras y campesinas.

La elección de una comisión que examine los expedientes de todos los detenidos en las cárceles y campos de concentración.

La abolición de todas las secciones políticas en las fuerzas armadas. Ningún partido político debe tener privilegios para la propagación de sus ideas, ni recibir subvenciones del Estado para este fin. En lugar de las secciones políticas se deben crear diversos grupos culturales que reciban recursos del Estado.

La supresión inmediata de los destacamentos de milicia establecidos entre las ciudades y el campo.

La equiparación de las raciones para todos los trabajadores, excepto los que realizan trabajos peligrosos o insalubres.

La abolición de los destacamentos de combate del Partido en todos los grupos militares. La supresión de los guardias del Partido en las fábricas y empresas. Si se necesitan guardias, deben ser nombrados teniendo en cuenta la opinión de los trabajadores.

La concesión a los campesinos de la libertad de acción en su propio suelo y del derecho a poseer ganado, siempre que lo cuiden ellos mismos y no empleen mano de obra contratada.

Pedimos que todas las unidades militares y los grupos de oficiales en formación se asocien a esta resolución. Exigimos que la prensa dé la debida publicidad a esta resolución.

Exigimos la institución de grupos móviles de control de los trabajadores.

Exigimos que se autorice la producción artesanal siempre que no se utilice mano de obra asalariada».

## **ANÁLISIS DEL PROGRAMA DE KRONSTADT**

Los marineros de Kronstadt y los huelguistas de Petrogrado sabían muy bien que la situación económica de Rusia era la causa de la crisis política. Su descontento estaba causado tanto por la hambruna como por toda la evolución de la situación política. Los trabajadores rusos estaban cada vez más desilusionados con su mayor esperanza: los soviets. Cada día veían cómo el poder de un único Partido sustituía al de los Soviets. Un Partido, además, que degeneraba rápidamente por el ejercicio del poder absoluto, y que ya estaba plagado de arribistas. Fue contra el monopolio ejercido por este Partido en todos los campos de la vida que la clase obrera quiso reaccionar.

El punto uno de la resolución de Kronstadt expresaba una idea compartida por los mejores elementos de la clase obrera rusa. Los soviets totalmente «bolchevizados» ya no reflejaban los deseos de los obreros y campesinos. De ahí la demanda de nuevas elecciones, que se llevaran a cabo de acuerdo con el principio de plena igualdad para todas las tendencias políticas de la clase obrera.

Tal regeneración de los Soviets implicaría la concesión a todas las tendencias de la clase obrera de la posibilidad de expresarse libremente, sin miedo a la calumnia o al exterminio. De ahí, naturalmente, la idea de libertad de expresión, de prensa, de asamblea y de organización, contenida en el punto dos.

Hay que subrayar que en 1921 la lucha de clases en el campo se había paralizado prácticamente. La gran mayoría de los kulaks habían sido desposeídos. Es totalmente erróneo afirmar que la concesión de las libertades básicas a los campesinos –como se exige en el punto tres– habría supuesto la restitución de los derechos políticos a los kulaks. Sólo unos años después se exhortó a los campesinos a «enriquecerse», y esto por Bujarin, entonces portavoz oficial del Partido.

La revolución de Kronstadt tuvo el mérito de decir las cosas abiertamente y con claridad.

Pero no abría ningún camino nuevo. Sus ideas principales se discutían en todas partes. Por haber expuesto, de un modo u otro, precisamente esas ideas, los obreros y los campesinos llenaban ya las cárceles y los recién creados campos de concentración. Los hombres de Kronstadt no abandonaron a sus camaradas. El punto seis de su resolución muestra que tenían la intención de examinar todo el aparato jurídico. Ya tenían serias dudas sobre su objetividad como órgano de su gobierno. Los marineros de Kronstadt mostraban así un espíritu de solidaridad en la mejor tradición de la clase obrera. En julio de 1917, Kerensky había detenido a una delegación de la Flota del Báltico que había llegado a Petrogrado. Kronstadt había enviado inmediatamente otra delegación para insistir en su liberación. En 1921, esta tradición se renovó espontáneamente.

Los puntos siete y diez de la resolución atacaban el monopolio político que ejercía el Partido gobernante. El Partido utilizaba los fondos del Estado de forma exclusiva e incontrolada para extender su influencia tanto en el Ejército como en la policía.

El punto nueve de su resolución exigía la igualdad de raciones para todos los trabajadores. Esto destruye la acusación de Trotsky de 1938 según la cual «los hombres de Kronstadt querían privilegios, mientras el país pasaba hambre» [208].

El punto catorce planteaba claramente la cuestión del control obrero. Tanto antes como durante la Revolución de Octubre esta demanda había provocado un poderoso eco entre la clase obrera. Los marineros de Kronstadt comprendieron claramente que el control real se había escapado de las manos de las bases. Trataron de recuperarlo. Mientras tanto, los bolcheviques pretendían conferir todo el control a un comisariado especial, la inspección de obreros y campesinos de Rabkrin [209].

El punto once reflejaba las reivindicaciones de los campesinos a los que los marineros de Kronstadt habían quedado vinculados –como, de hecho, todo el proletariado ruso–. La base de este vínculo se encuentra en la historia específica de la industria rusa. Debido al atraso feudal, la industria rusa no encontró sus raíces en la pequeña artesanía. En su gran mayoría, los trabajadores rusos

procedían directamente del campesinado. Esto debe ser subrayado. Los marineros del Báltico de 1921 estaban, es cierto, estrechamente vinculados al campesinado. Pero ni más ni menos que los marineros de 1917.

En su resolución, los marineros de Kronstadt retomaban una de las grandes reivindicaciones de octubre. Apoyaban las reivindicaciones campesinas que exigían la tierra y el derecho a poseer ganado para aquellos campesinos que no explotaran el trabajo de otros. En 1921, además, esta reivindicación particular tenía otro aspecto. Era un intento de resolver la cuestión alimentaria, que se estaba volviendo desesperada. Bajo el sistema de requisición forzosa, la población de las ciudades se moría literalmente de hambre. ¿Por qué, por cierto, la satisfacción de estas demandas debe ser considerada «tácticamente correcta» cuando es defendida por Lenin, en marzo de 1921, y «contrarrevolucionaria» cuando es planteada por los propios campesinos unas semanas antes?

¿Qué tenía de contrarrevolucionario el programa de Kronstadt? ¿Qué podía justificar la cruzada lanzada por el Partido contra Kronstadt? Un régimen obrero y campesino que no quisiera basarse exclusivamente en la mentira y el terror, tenía que tener en cuenta al campesinado. No por ello tenía que haber perdido su carácter revolucionario. Además, los hombres de Kronstadt no eran los únicos que planteaban estas reivindicaciones en 1921, los seguidores de Makhno seguían activos en Ucrania. Este movimiento campesino

revolucionario estaba desarrollando sus propias ideas y métodos de lucha. El campesinado ucraniano había desempeñado un papel predominante en la expulsión de las hordas feudales. Se había ganado el derecho a determinar por sí mismo las formas de su vida social.

A pesar de las categóricas e infundadas afirmaciones de Trotsky, el movimiento de Majno no era en absoluto un movimiento kulak. Koubanin, el historiador oficial bolchevique del movimiento majnovista, muestra estadísticamente, en un libro editado por el Instituto Histórico del Partido, que el movimiento majnovista apareció al principio y se desarrolló más rápidamente, precisamente en las zonas donde los campesinos eran más pobres. El movimiento de Majno fue aplastado antes de que tuviera la oportunidad de mostrar en la práctica toda su capacidad creativa. El hecho de que durante la Guerra Civil haya sido capaz de crear sus propias formas específicas de lucha, hace suponer que podría haber sido capaz de mucho más.

De hecho, en relación con la política agraria, nada iba a resultar más desastroso que los zigzags de los bolcheviques. En 1931, diez años después de Kronstadt, Stalin iba a decretar su famosa «liquidación de los kulaks». El resultado fue una hambruna atroz y la pérdida de millones de vidas humanas.

Consideremos finalmente el punto quince de la resolución de Kronstadt, que exigía la libertad de la producción

artesanal. Esto no era una cuestión de principios. Para los obreros de Kronstadt, la producción artesanal debía compensar una producción industrial que había caído en picado. Con esta reivindicación buscaban una salida a su intolerable situación económica.

### **3 – Reuniones de masas y calumnias bolcheviques**

#### *Reuniones de masas*

El Soviet de Kronstadt debía renovarse el 2 de marzo.

Para el 1 de marzo se había programado una reunión de las Secciones Primera y Segunda de Acorazados. La convocatoria se había publicado en el diario oficial de la ciudad de Kronstadt. Entre los oradores debían estar Kalinin, presidente del Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia, y Kouzmin, comisario político de la Flota del Báltico. Cuando Kalinin llegó, fue recibido con música y banderas. Se le rindieron todos los honores militares.

Dieciséis mil personas asistieron a la reunión. El miembro del partido Vassiliev, presidente del soviet local, ocupó la presidencia. Los delegados que habían visitado Petrogrado el día anterior presentaron sus informes. Se distribuyó la resolución adoptada el 28 de febrero por la tripulación del

acorazado «Petropavlovsk». Kalinin y Kouzmin se opusieron a la resolución. Proclamaron que «Kronstadt no representaba a toda Rusia».

Sin embargo, la asamblea de masas aprobó la resolución de Petropavlovsk. De hecho, sólo dos personas votaron en contra: Kalinin y Kouzmin.

La asamblea de masas decidió enviar una delegación de 30 trabajadores a Petrogrado para estudiar la situación sobre el terreno. También se decidió invitar a delegados de Petrogrado a visitar Kronstadt, para que conocieran lo que realmente pensaban los marineros. Para el día siguiente estaba prevista otra reunión de masas, en la que se agruparían delegados de las tripulaciones de los barcos, de los grupos del Ejército Rojo, de las instituciones del Estado, de los astilleros y las fábricas, y de los sindicatos, para decidir el procedimiento de las nuevas elecciones al soviét local. Al final de la reunión, se permitió a Kalinin recuperar Petrogrado con toda seguridad.

Al día siguiente, 2 de marzo, la reunión de los delegados tuvo lugar en la Casa de la Cultura. Según la *Izvestia* oficial de Kronstadt, el nombramiento de los delegados se había realizado correctamente. Todos los delegados insistieron en que las elecciones se llevaran a cabo de forma leal y correcta. Kouzmin y Vassiliev hablaron primero. Kouzmin declaró que el Partido no cedería el poder sin luchar. Sus discursos fueron tan agresivos y provocadores que la asamblea les ordenó

abandonar la reunión y los puso bajo arresto. Sin embargo, a otros miembros del Partido se les permitió hablar largo y tendido durante el debate.

La asamblea de delegados respaldó por abrumadora mayoría la resolución de Petropavlovsk. A continuación, se pasó a examinar en detalle la cuestión de las elecciones al nuevo soviet. Estas elecciones debían «preparar la reconstrucción pacífica del régimen soviético». Los trabajos fueron interrumpidos constantemente por los rumores, que se extendieron por la asamblea, de que el Partido se preparaba para dispersar la reunión por la fuerza. La situación era extremadamente tensa.

### *El Comité Provisional*

Debido a los discursos amenazantes de los representantes del poder del Estado –Kouzmin y Vassiliev– y temiendo represalias, la asamblea decidió formar un Comité Revolucionario Provisional, al que confió la administración de la ciudad y de la fortaleza. El Comité celebró su primera sesión a bordo del «Petropavlovsk», el buque de guerra en el que estaban detenidos Kouzmin y Vassiliev.

Todos los dirigentes de la asamblea de delegados se convirtieron en miembros del Comité Revolucionario Provisional. Eran:

Petritchenko, jefe de intendencia del acorazado 'Petropavlovsk,'

Yakovenko, telefonista de enlace con la sección de Kronstadt,

Ossossov, calderero del acorazado «Sebastopol».

Arkipov, ingeniero jefe,

Perepelkin, electricista en el acorazado «Sebastopol».

Patrouchev, jefe de electricistas en el «Petropavlovsk».

Koupolov, jefe de enfermería,

Verchinin, marinero del «Sebastopol».

Toukin, trabajador de la fábrica «Electrotécnica»,

Romanenko, trabajador de mantenimiento de los muelles,

Orechin, director de la Tercera Escuela de Trabajo,

Valk, trabajador del aserradero,

Pavlov, trabajador de un taller de minería marina,

Boikev, jefe de la sección de construcción de la fortaleza de Kronstadt,

Kilgast, piloto de puerto.

La mayoría de los miembros del Comité Revolucionario Provisional eran marineros con una larga trayectoria. Esto contradice la versión oficial de los sucesos de Kronstadt, que pretende atribuir el liderazgo de la revuelta a elementos recién incorporados a la Marina y que no tienen nada en común con los heroicos marineros de 1917–1919.

La primera proclama del Comité Revolucionario Provisional decía:

«Nos preocupa evitar el derramamiento de sangre. Nuestro objetivo es crear, mediante los esfuerzos conjuntos del pueblo y la fortaleza, las condiciones adecuadas para la celebración de elecciones regulares y honestas al nuevo soviets».

Ese mismo día, bajo la dirección del Comité Revolucionario Provisional, los habitantes de Kronstadt ocuparon todos los puntos estratégicos de la ciudad, tomando los establecimientos del Estado, el Cuartel General del Estado Mayor y los edificios de teléfonos e inalámbricos. Se eligieron comités en todos los acorazados y regimientos. Hacia las 21:00 horas, la mayoría de los fuertes y la mayor parte de los destacamentos del Ejército Rojo se habían reunido. Los delegados procedentes de Oranienbaum también habían declarado su apoyo al Comité

Revolucionario Provisional. Ese mismo día fueron ocupadas las imprentas de «Izvestia».

Al día siguiente, 3 de marzo, los hombres de Kronstadt publicaron el primer número de la *Izvestia* del Comité Revolucionario Provisional [210], en el que se leía: «El Partido Comunista, dueño del Estado, se ha desprendido de las masas. Se ha mostrado incapaz de sacar al país de su desorden. Recientemente han ocurrido innumerables incidentes en Petrogrado y Moscú que muestran claramente que el Partido ha perdido la confianza de las masas trabajadoras. El Partido ignora las demandas de la clase obrera porque cree que estas demandas son el resultado de la actividad contrarrevolucionaria. En esto, el Partido comete un profundo error».

### *Calumnias bolcheviques*

Mientras tanto, la Radio de Moscú transmitía lo siguiente:

»Lucha contra el complot de la Guardia Blanca. 5 Y, 'Al igual que otras insurrecciones de la Guardia Blanca, el motín del ex general Kozlovsky y de la tripulación del buque de guerra «Petropavlovsk 55 ha sido organizado por espías de la Entente. Esto se desprende del hecho de que el periódico francés *Le Monde* publicó el siguiente mensaje desde Helsingfors dos semanas antes de la

revuelta del general Kozlovsky: «Nos informan desde Petrogrado de que, como resultado de la reciente revuelta de Kronstadt, las autoridades militares bolcheviques han tomado toda una serie de medidas para aislar la ciudad e impedir que los soldados y marineros de Kronstadt entren en Petrogrado».

»Está claro, pues, que la revuelta de Kronstadt se dirige desde París. El contraespionaje francés está mezclado en todo el asunto. La historia se repite. Los socialistas revolucionarios, que tienen su cuartel general en París, están preparando el terreno para una insurrección contra el poder soviético. Preparado el terreno, aparece su verdadero amo, el general zarista. Se repite la historia de Koltchak, instalando su poder en la estela del de los Socialistas Revolucionarios ».

(Radio Stanzia Moskva y Radio Vestnik Rosta Moskva, 3 de marzo de 1921).

Los dos antagonistas veían los hechos de forma diferente. Sus puntos de vista eran opuestos.

El llamamiento de la radio moscovita procedía, evidentemente, de los máximos dirigentes del Politburó. Contaba con la aprobación de Lenin, que debía ser plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo en Kronstadt. Incluso suponiendo que tuviera que confiar en Zinóviev para la información, de quien sabía que era cobarde

y propenso al pánico, es difícil creer que Lenin no entendiera el estado real de las cosas. El 2 de marzo, Kronstadt había enviado una delegación oficial a verle. Hubiera bastado con interrogarla para conocer la verdadera situación.

Lenin, Trotsky y toda la dirección del Partido sabían muy bien que no se trataba de una simple «revuelta de los generales». ¿Por qué entonces inventar esta leyenda sobre el general Kozlovsky, líder del motín? La respuesta está en la perspectiva bolchevique, una perspectiva a veces tan ciega que no podía ver que las mentiras eran tan nefastas como útiles. La leyenda del general Kozlovsky abrió el camino a otra leyenda: la del oficial de Wrangel que supuestamente conspiró con Trotsky en 1928–29. De hecho, abrió el camino a la mentira masiva de toda la era de Stalin.

De todos modos, ¿quién era este general Kozlovsky, denunciado por la radio oficial como el líder de la insurrección? Era un general de artillería y había sido uno de los primeros en desertar a los bolcheviques. Parecía carecer de toda capacidad de liderazgo. En el momento de la insurrección estaba al mando de la artillería en Kronstadt. El comandante comunista de la fortaleza había desertado. Kozlovsky, de acuerdo con las normas vigentes en la fortaleza, tenía que sustituirlo. De hecho, se negó, alegando que como la fortaleza estaba ahora bajo la jurisdicción del Comité Revolucionario Provisional, ya no se aplicaban las antiguas normas.

Kozlovsky permaneció, es cierto, en Kronstadt, pero sólo como especialista en artillería. Además, después de la caída de Kronstadt, en algunas entrevistas concedidas a la prensa finlandesa, Kozlovsky acusó a los marineros de haber perdido un tiempo precioso en cuestiones distintas de la defensa de la fortaleza. Explicó esto en términos de su renuencia a recurrir al derramamiento de sangre. Más tarde, otros oficiales de la guarnición también acusaron a los marineros de incompetencia militar y de falta de confianza en sus asesores técnicos. Kozlovsky fue el único general que estuvo presente en Kronstadt. Esto fue suficiente para que el Gobierno hiciera uso de su nombre.

Los hombres de Kronstadt utilizaron, hasta cierto punto, los conocimientos militares de algunos oficiales que se encontraban en la fortaleza en ese momento. Es posible que algunos de estos oficiales aconsejaran a los hombres por pura hostilidad hacia los bolcheviques. Pero en su ataque a Kronstadt, las fuerzas gubernamentales también se sirvieron de ex oficiales zaristas. Por un lado estaban Kozlovsky, Salomianov y Arkannihov; por otro, ex oficiales zaristas y especialistas del antiguo régimen, como Toukhatchevsky Kamenev y Avrov. En ninguno de los dos bandos estos oficiales constituían una fuerza independiente.

## **4 – Efectos en las bases del partido**

El 2 de marzo, los marineros de Kronstadt, conscientes de sus derechos, de sus deberes y de la autoridad moral que les confería su pasado revolucionario, intentaron encaminar a los soviets por una vía mejor. Vieron cómo se habían distorsionado por la dictadura de un partido único.

El 7 de marzo, el Gobierno Central lanzó su ataque militar contra Kronstadt.

¿Qué ocurrió entre estas dos fechas?

En Kronstadt, el Comité Revolucionario Provisional, ampliado durante una reunión de masas mediante la cooptación de cinco nuevos miembros, había comenzado a reorganizar la vida social tanto en la ciudad como en la fortaleza. Decidió armar a los trabajadores de Kronstadt para asegurar la protección interna de la ciudad. Decretó la reelección obligatoria, en un plazo de tres días, de los principales comités sindicales y del Congreso de Sindicatos, a cuyos órganos quiso conferir considerables poderes.

Los militantes de base del Partido Comunista demostraron su confianza en el Comité Revolucionario Provisional con una deserción masiva del Partido. Algunos de ellos formaron un Buró Provisional del Partido que hizo el siguiente llamamiento:

No hay que dar crédito a los absurdos rumores difundidos por los provocadores que buscan el derramamiento de sangre, según los cuales los camaradas responsables del Partido están siendo fusilados, ni a los rumores que afirman que el Partido está preparando un ataque contra Kronstadt. Esto es una mentira absurda, difundida por agentes de la Entente, que buscan derrocar el poder de los soviéticos.

El Buró Provisional del Partido considera indispensables las reelecciones en el Soviet de Kronstadt. Llama a todos sus partidarios a participar en estas elecciones.

El Buró Provisional del Partido llama a todos sus partidarios a permanecer en sus puestos y a no poner obstáculos a las medidas adoptadas por el Comité Revolucionario Provisional. ¡Viva el poder de los soviets! ¡Viva la unidad internacional de la clase obrera!

Firmado (en nombre del Buró del Partido Provisional de Kronstadt): Iline (ex comisario de abastecimiento), Pervouchin (ex presidente del Comité Ejecutivo local), Kabanov (ex presidente de la Oficina Sindical Regional)».

El historiador estalinista Poukhov, refiriéndose a este llamamiento, declaró que 'sólo puede considerarse un acto de traición y un paso oportunista hacia un acuerdo con los dirigentes de la insurrección, que evidentemente

desempeñan un papel contrarrevolucionario' [211] Poukhov admite que este documento tuvo 'cierto efecto' en las bases del Partido. Según él, ¡780 miembros del Partido en Kronstadt abandonaron el Partido en ese momento!

Algunos de los que renunciaron al Partido enviaron cartas a la «Izvestia» de Kronstadt, dando las razones de su acción. El maestro Denissov escribió:

»Declaro abiertamente al Comité Revolucionario Provisional que a partir de los disparos dirigidos a Kronstadt, ya no me considero miembro del Partido. Apoyo el llamamiento de los obreros de Kronstadt. Todo el poder para los soviets, no para el Partido».

Un grupo militar asignado a la compañía especial que se ocupa de la disciplina también emitió una declaración:

Nosotros, los abajo firmantes, nos unimos al Partido creyendo que expresaba los deseos de las masas trabajadoras. En realidad, el Partido ha demostrado ser un verdugo de los obreros y los campesinos. Esto lo revelan claramente los recientes acontecimientos de Petrogrado. Estos acontecimientos muestran la cara de los dirigentes del Partido. Las recientes transmisiones desde Moscú muestran claramente que los dirigentes del Partido están dispuestos a recurrir a cualquier medio para conservar el poder.

Pedimos que a partir de ahora no se nos considere miembros del Partido. Nos unimos al llamamiento hecho por la guarnición de Kronstadt en su resolución del 2 de marzo. Invitamos a los demás camaradas que se han dado cuenta de su error, a reconocer públicamente el hecho.

Firmado:

Gutman, Yefimov, Koudriatzev, Andreev. ('Izvestia' del Comité Revolucionario Provisional, 7 de marzo de 1921.)

Los miembros del Partido Comunista en el fuerte del Rif publicaron la siguiente resolución:

‘Durante los últimos tres años, muchos arribistas codiciosos han acudido a nuestro Partido. Esto ha dado lugar a la burocracia y ha obstaculizado gravemente la lucha por la reconstrucción económica.

Nuestro Partido siempre ha afrontado el problema de la lucha contra los enemigos del proletariado y de las masas trabajadoras. Declaramos públicamente que tenemos la intención de continuar en el futuro nuestra defensa de los derechos asegurados por la clase obrera. No permitiremos que ningún guardia blanco se aproveche de esta difícil situación a la que se enfrenta la República de los Soviets. Al primer intento dirigido contra su poder sabremos tomar represalias.

Aceptamos plenamente la autoridad del Comité Revolucionario Provisional, que se fija como objetivo la creación de soviets que representen realmente a las masas proletarias y trabajadoras.

Viva el poder de los soviets, verdaderos defensores de los derechos de la clase obrera.

Firmado: el Presidente y el Secretario de la reunión de los comunistas en Fort Rif'

(‘Izvestia’ del Comité Revolucionario Provisional.  
7 de marzo de 1921. Marzo de 1921.

¿Fueron estas declaraciones extraídas a la fuerza de los miembros del Partido por el régimen de terror dirigido contra los miembros del Partido que supuestamente reinaba en Kronstadt en ese momento? No se ha presentado ni una sola prueba en este sentido. Durante toda la insurrección no se fusiló a ningún comunista encarcelado. Y esto a pesar de que entre los prisioneros había hombres responsables de la flota como Kouzmin y Batys. De hecho, la gran mayoría de los miembros del Partido Comunista fueron dejados en total libertad.

En la «Izvestia» del Comité Revolucionario Provisional del 7 de marzo se puede leer, bajo el título «No buscamos venganza», la siguiente nota:

»La prolongada opresión a la que la dictadura del Partido ha sometido a los trabajadores ha provocado una natural indignación entre las masas. Esto ha llevado, en algunos lugares, a boicots y despidos dirigidos contra los familiares de los miembros del Partido. Esto no debe ocurrir. No buscamos venganza. Sólo defendemos nuestros intereses como trabajadores. Debemos actuar con cautela. Sólo debemos actuar contra los que sabotean o los que, mediante una propaganda mentirosa, tratan de impedir la reafirmación del poder y los derechos de la clase obrera».

En Petrogrado, sin embargo, prevalecían ideas de otro tipo. Tan pronto como se conocieron las detenciones de Kouzmin y Vassiliev, el Comité de Defensa ordenó la detención de las familias de todos los marineros de Kronstadt que se sabía que vivían en Petrogrado. Un avión del Gobierno roció Kronstadt con panfletos que decían:

»El Comité de Defensa anuncia que ha detenido y encarcelado a las familias de los marineros como rehenes para la seguridad de los camaradas comunistas detenidos por los amotinados de Kronstadt. Nos referimos específicamente a la seguridad del Comisario de la Flota Kouzmin, y de Vassiliev, Presidente del Soviet de Kronstadt. Si se les toca un pelo, los rehenes pagarán con su vida».

(“Izvestia” del Comité Revolucionario Provisional,  
5 de marzo de 1921).

El Comité Revolucionario Provisional respondió con el siguiente mensaje de radio:

»En nombre de la guarnición de Kronstadt, el Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt insiste en la liberación, en un plazo de 24 horas, de las familias de los obreros, marineros y soldados rojos detenidos como rehenes por el Soviet de Petrogrado.

La guarnición de Kronstadt asegura que en la ciudad de Kronstadt los miembros del Partido son totalmente libres y que sus familias gozan de absoluta inmunidad. Nos negamos a seguir el ejemplo del Soviet de Petrogrado. Consideramos que tales métodos, aunque sean conducidos por un odio feroz, son totalmente vergonzosos y degradantes.

Firmado: Petritchenko, marinero,  
Presidente del Comité Revolucionario Provisional,  
Kilgast, Secretario.

Para desmentir los rumores según los cuales los miembros del Partido estaban siendo maltratados, el Comité Revolucionario Provisional creó una Comisión especial para investigar los casos de los comunistas encarcelados. En su número del 4 de marzo, la «Izvestia» del Comité

Revolucionario Provisional anunció que un miembro del Partido sería adscrito a la Comisión. Es dudoso que este órgano llegara a trabajar, ya que dos días después comenzó el bombardeo de Kronstadt. Sin embargo, el Comité Revolucionario Provisional recibió una delegación del Partido.

Le concedió permiso para visitar a los prisioneros en la «Petropavlovsk». A los presos se les permitió incluso celebrar reuniones entre ellos y editar un periódico mural (Zaikovski: «Kronstadt de 1917 a 1921»).

En Kronstadt no había terror. En circunstancias muy difíciles y trágicas, los «rebeldes» hicieron todo lo posible por aplicar los principios básicos de la democracia de la clase obrera. Si muchos comunistas de base decidieron apoyar al Comité Revolucionario Provisional, fue porque este órgano expresaba los deseos y aspiraciones del pueblo trabajador. En retrospectiva, esta autoafirmación democrática de Kronstadt puede parecer sorprendente. Ciertamente, contrastaba con las acciones y el estado de ánimo que prevalecían entre los dirigentes del Partido en Petrogrado y Moscú. Permanecieron ciegos, sordos y totalmente incomprensidos de lo que Kronstadt y las masas trabajadoras de toda Rusia realmente querían.

La catástrofe aún podría haberse evitado durante esos trágicos días: ¿Por qué entonces el Comité de Defensa de Petrogrado utilizó un lenguaje tan abusivo? La única

conclusión a la que puede llegar un observador objetivo es que se hizo con la intención deliberada de provocar un derramamiento de sangre, para así «dar una lección a todos» sobre la necesidad de la sumisión absoluta al poder central.

## **5 – Amenazas, sobornos y escaramuzas**

### *Amenazas y sobornos*

El 5 de marzo, el Comité de Defensa de Petrogrado hizo un llamamiento a los rebeldes.

»Os están contando cuentos de hadas cuando os dicen que Petrogrado está con vosotros o que Ucrania os apoya. Son mentiras impertinentes. El último marino de Petrogrado os abandonó cuando se enteró de que estabais dirigidos por generales como Kozlovskv. Siberia y Ucrania apoyan al poder soviético. El Petrogrado rojo se ríe de los miserables esfuerzos de un puñado de guardias blancos y socialistas revolucionarios. Están rodeados por todos lados. Faltan unas horas y os veréis obligados a rendiros. Kronstadt no tiene ni pan ni combustible. Si insisten, les dispararemos como a perdices.

En el último momento, todos esos generales, los Kozlovskvs, los Bourksers, y toda esa gentuza, los

Petrichenkos, y los Tourins huirán a Finlandia, a las guardias blancas. Y ustedes, soldados rasos y marineros, ¿a dónde irán entonces? No les creáis cuando os prometan alimentaros en Finlandia. ¿No has oído lo que les pasó a los partidarios de Wrangel? Fueron transportados a Constantinopla. Allí están muriendo como moscas, por miles, de hambre y enfermedad. Este es el destino que les espera, a menos que se controlen inmediatamente. ¡Ríndanse inmediatamente! No perdáis ni un minuto. Recojan sus armas y vengán hacia nosotros. Desarmen y arresten a sus líderes criminales, y en particular a los generales zaristas. Quien se rinda inmediatamente será perdonado.

Ríndanse ahora.

Firmado: El Comité de Defensa».

En respuesta a estas amenazas de Petrogrado, el Comité Revolucionario Provisional hizo un último llamamiento.

»A TODOS, A TODOS, A TODOS.

Camaradas, trabajadores, soldados y marineros rojos. Aquí, en Kronstadt, sabemos muy bien cuánto estáis sufriendo vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos bajo el férreo dominio del Partido. Hemos derrocado al Soviet dominado por el Partido. El Comité Revolucionario

Provisional inicia hoy las elecciones a un nuevo Soviet. Será elegido libremente y reflejará los deseos de toda la población trabajadora y de la guarnición, y no sólo los de un puñado de miembros del Partido.

Nuestra causa es justa. Defendemos el poder de los soviets, no el del Partido. Defendemos a los representantes libremente elegidos por las masas trabajadoras.

Los Soviets deformados, dominados por el Partido, han permanecido sordos a nuestras súplicas. A nuestros llamamientos se ha respondido con balas.

La paciencia de los trabajadores se está agotando. Así que ahora buscan apaciguarlos con migajas. Por orden de Zinóviev se han retirado las andanadas de la milicia. Moscú ha destinado diez millones de rublos de oro para la compra en el extranjero de alimentos y otros artículos de primera necesidad. Pero sabemos que el proletariado de Petrogrado no se dejará comprar de esta manera. Por encima de las cabezas del Partido, les tendemos la mano fraternal de la Kronstadt revolucionaria.

Camaradas, los están engañando. Y la verdad está siendo distorsionada por las más bajas calumnias.

Camaradas, no os dejéis engañar.

En Kronstadt, el poder está en manos de los marineros, de los soldados rojos y de los trabajadores revolucionarios. No está en manos de los guardias blancos comandados por el general Kozlovsky, como afirma mentirosamente la Radio de Moscú.

Firmado: El Comité Revolucionario Provisional».

Los comunistas extranjeros estaban en Moscú y Petrogrado en el momento de la revuelta. Estaban en estrecho contacto con los círculos dirigentes del Partido. Confirmaron que el Gobierno había hecho compras apresuradas en el extranjero (incluso se compró chocolate, que siempre había sido un lujo en Rusia). Moscú y Petrogrado habían cambiado repentinamente su táctica. El Gobierno conocía mejor la guerra psicológica que los hombres de Kronstadt. Comprendió la influencia corruptora del pan blanco en una población hambrienta. Fue en vano que Kronstadt afirmara que las migajas no comprarían al proletariado de Petrogrado. Los métodos del Gobierno tuvieron un efecto indudable, especialmente cuando se combinaron con una represión despiadada dirigida contra los huelguistas.

*Apoyo en Petrogrado*

Una parte del proletariado de Petrogrado siguió en huelga durante los acontecimientos de Kronstadt. El propio Poukhov, historiador del Partido, lo admite. Los obreros exigían la liberación de los prisioneros. En algunas fábricas se encontraron copias de la «Izvestia» del Comité Revolucionario Provisional pegadas en las paredes. Un camión llegó a pasar por las calles de Petrogrado esparciendo panfletos de Kronstadt. En algunas empresas (por ejemplo, la Imprenta Estatal nº 26), los obreros se negaron a adoptar una resolución de condena a los marineros de Kronstadt. En la fábrica «Arsenal», los obreros organizaron una reunión de masas el 7 de marzo (el día en que comenzó el bombardeo de Kronstadt). Esta reunión adoptó una resolución de los marineros amotinados. Se eligió una comisión que debía ir de fábrica en fábrica, agitando por la huelga general.

Las huelgas continuaban en las mayores fábricas de Petrogrado: Poutilov, Baltisky, Oboukhov, Nievskaja Manoufactura, etc. Las autoridades despidieron a los trabajadores en huelga, transfirieron las fábricas a la autoridad de las troikas locales (comités de tres hombres), que procedieron a la recontratación selectiva de los trabajadores. También se tomaron otras medidas represivas contra los huelguistas.

Las huelgas comenzaron también en Moscú, en Nijni Novgorod y en otras ciudades. Pero también en este caso, la pronta entrega de alimentos, unida a las calumnias de que

en Kronstadt mandaban generales zaristas, había conseguido sembrar dudas entre los obreros.

El objetivo de los bolcheviques se había cumplido. El proletariado de Petrogrado y de las demás ciudades industriales estaba en estado de confusión. Los marineros de Kronstadt, que esperaban el apoyo de toda la Rusia obrera, quedaron aislados, enfrentados a un Gobierno decidido a aniquilarlos, costase lo que costase.

### ***Primeras escaramuzas***

El 6 de marzo, Trotsky dirigió un llamamiento por radio a la guarnición de Kronstadt:

El Gobierno Obrero y Campesino ha decidido reafirmar su autoridad sin demora, tanto sobre Kronstadt como sobre los acorazados amotinados, y ponerlos a disposición de la República Soviética. Por lo tanto, ordeno a todos los que han levantado una mano contra la Patria Socialista, que depongan inmediatamente las armas. Los que se resistan serán desarmados y puestos a disposición del mando soviético. Los comisarios detenidos y otros representantes del Gobierno deben ser liberados inmediatamente. Sólo los que se rindan incondicionalmente podrán contar con la clemencia de la

República Soviética. Mientras tanto, doy órdenes de que se prepare todo para aplastar la revuelta y a los rebeldes por la fuerza de las armas. La responsabilidad de los desastres que afectarán a la población civil debe recaer directamente sobre las cabezas de los insurgentes de la Guardia Blanca.

Firmado: Trotsky, Presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República Soviética, KAMENEV, [212] Glavkom (oficial al mando)».

El 8 de marzo, un avión sobrevoló Kronstadt y lanzó una bomba. En los días siguientes, la artillería gubernamental siguió bombardeando la fortaleza y los fuertes vecinos, pero encontró una fuerte resistencia. Los aviones lanzaron bombas que provocaron tal furia entre la población civil que ésta empezó a devolver los disparos. El Comité Revolucionario Provisional tuvo que ordenar a los defensores que no desperdiciaran sus municiones.

En 1921 la guarnición de Kronstadt se había reducido notablemente. Las cifras publicadas por el Estado Mayor de los defensores situaban su número en 3.000 personas. Los huecos entre los soldados de infantería que defendían el perímetro eran de al menos 32 pies de ancho. Las existencias de municiones y proyectiles también eran limitadas.

Durante la tarde del 3 de marzo, el Comité Revolucionario se había reunido en conferencia junto con algunos especialistas militares. Se creó un Comité Militar de Defensa que preparó un plan para defender la fortaleza. Pero cuando los asesores militares propusieron un asalto en dirección a Oranienbaum (donde había reservas de alimentos, en Spassatelnaia), el Comité Revolucionario Provisional se negó. No confiaba en la capacidad militar de los marineros, sino en el apoyo moral de toda la Rusia proletaria. Hasta que no se disparó el primer tiro, los hombres de Kronstadt se negaron a creer que el Gobierno los atacaría militarmente. Esta es sin duda la razón por la que el Comité Revolucionario Provisional no se había propuesto impedir la aproximación del Ejército Rojo rompiendo el hielo al pie de la fortaleza. Por las mismas razones, no se establecieron barricadas fortificadas a lo largo de la probable línea de ataque.

Kronstadt tenía razón. Militarmente no podían ganar. En el mejor de los casos, podrían haber resistido quince días. Esto podría haber sido importante, ya que una vez derretido el hielo, Kronstadt podría haberse convertido en una verdadera fortaleza, capaz de defenderse. Tampoco hay que olvidar que sus reservas humanas eran infinitesimales, comparadas con los números que el Ejército Rojo podía lanzar a la batalla.

## 6 – Desmoralización en el Ejército Rojo

¿Cómo era la moral del Ejército Rojo en ese momento? En una entrevista concedida a «Krasnaia Gazeta», Dybenko describió cómo había que reorganizar todas las unidades militares que participaban en el asalto a Kronstadt [213]. Durante el primer día de operaciones militares, el Ejército Rojo había demostrado que no quería luchar contra los marineros, contra los «bratichki» (hermanos pequeños), como se les conocía entonces. Entre los obreros avanzados, los marineros de Kronstadt eran conocidos como la gente más entregada a la Revolución. Y de todos modos, los mismos motivos que impulsaban a Kronstadt a la revuelta, existían entre las filas del Ejército Rojo. Unos y otros estaban hambrientos y con frío, mal vestidos y mal calzados, y esto no era una carga insignificante en el invierno ruso, especialmente cuando lo que se les pedía era marchar y luchar sobre el hielo y la nieve.

Durante la noche del 8 de marzo, cuando comenzó el ataque del Ejército Rojo contra Kronstadt, una terrible tormenta de nieve soplaba sobre el Báltico. La espesa niebla hacía casi invisibles las huellas. Los soldados del Ejército Rojo llevaban largas blusas blancas que los ocultaban bien contra la nieve. Así describió Poukhov [214] la moral del Regimiento de Infantería 561 en un comunicado oficial. El regimiento se acercaba a Kronstadt por el lado de Oranienbaum.

‘Al principio de la operación el segundo batallón se había negado a marchar. Con mucha dificultad y gracias a la presencia de comunistas, fue persuadido de aventurarse en el hielo. Nada más llegar a la primera batería sur, una compañía del 2º batallón se rindió. Los oficiales tuvieron que regresar solos. El regimiento se detuvo. Estaba amaneciendo. No teníamos noticias del 3er. batallón, que avanzaba hacia las baterías sur 1 y 2. El batallón marchaba en fila y estaba siendo bombardeado por la artillería de los fuertes. Entonces se separó y viró hacia la izquierda del fuerte Milioutine, desde el que ondeaban banderas rojas. Tras avanzar una corta distancia más, se dio cuenta de que los rebeldes habían instalado ametralladoras en los fuertes y les ofrecían la opción de rendirse o ser masacrados. Todos se rindieron, excepto el comisario del batallón y tres o cuatro soldados que volvieron sobre sus pasos». El 8 de Marzo, Oublanov, Comisario del Sector Norte, escribió al Partido de Petrogrado:

»Considero que es mi deber revolucionario aclararos el estado de las cosas en el sector norte. Es imposible enviar al Ejército a un segundo ataque contra los fuertes. Ya he hablado con los camaradas Lachevitch, Avrov y Trotsky sobre la moral de los koursantys (oficiales cadetes, considerados más aptos para la batalla). Tengo que informar de las siguientes tendencias. Los hombres desean conocer las exigencias de Kronstadt. Quieren enviar delegados a Kronstadt. El número de comisarios

políticos en este sector está lejos de ser suficiente».

La moral del ejército también se reveló en el caso de la 79ª Brigada de la 27ª División de Omsk. La División comprendía tres regimientos. Había demostrado su capacidad de combate en la lucha contra Koltchak. El 12 de marzo, la división fue llevada al frente de Kronstadt. El regimiento Orchane se negó a luchar contra Kronstadt. Al día siguiente, en los otros dos regimientos de la misma división, los soldados organizaron reuniones improvisadas en las que discutieron qué actitud tomar. Dos de los regimientos tuvieron que ser desarmados por la fuerza, y el tribunal «revolucionario» impuso duras condenas.

Hubo muchos casos similares. Los soldados no sólo no estaban dispuestos a luchar contra sus hermanos de clase, sino que tampoco estaban preparados para luchar en el hielo en el mes de marzo. Se habían traído unidades de otras regiones del país, donde a mediados de marzo el hielo ya se estaba derritiendo. Tenían poca confianza en la solidez del hielo del Báltico. Los que habían participado en el primer asalto, habían visto que los proyectiles de Kronstadt abrían enormes agujeros en su superficie, en los que eran engullidas las desafortunadas tropas del Gobierno. Eran escenas poco alentadoras. Todo ello contribuyó al fracaso de los primeros asaltos contra Kronstadt.

## *Reorganización*

Los regimientos que iban a ser utilizados en el asalto final contra Kronstadt fueron reorganizados a fondo. Los grupos que habían mostrado alguna simpatía hacia Kronstadt fueron desarmados y transferidos a otras unidades. Algunos fueron severamente castigados por el Tribunal Revolucionario. Los miembros del Partido fueron movilizados y asignados a diversos batallones con fines de propaganda y para informar sobre elementos inseguros.

Entre el 8 y el 15 de marzo, mientras los cañones intercambiaban fuego sobre el hielo de Kronstadt, se celebró en Moscú el X Congreso del Partido. El Congreso envió al frente a 300 delegados, entre ellos Vorochilov, Boubnov, Zatousky, Roukhimovitch y Piatakov. Los «delegados» fueron nombrados «comisarios políticos» y destinados a la sección militar de la Tcheka, o a «comisiones especiales para la lucha contra la desertión». Algunos simplemente luchaban en las filas.

Los Tribunales Revolucionarios trabajaban horas extras. Poukhov describe cómo «reaccionaban enérgicamente contra todas las tendencias malsanas. Los alborotadores y los provocadores eran castigados según sus merecimientos». Las sentencias se daban a conocer inmediatamente a los soldados. A veces incluso se publicaban en los periódicos.

Pero a pesar de toda la propaganda, de toda la reorganización y de toda la represión, los soldados seguían teniendo dudas. El 14 de marzo se produjeron nuevos actos de insubordinación. El regimiento 561, reorganizado el 8 de marzo, sigue negándose a marchar. No lucharemos contra nuestros hermanos de la misma «stanitsa» [215], proclamaron.

Pequeños grupos de hombres del Ejército Rojo se rindieron a los rebeldes y comenzaron a luchar en su bando. Los testigos describieron cómo algunas unidades perdieron la mitad de sus hombres incluso antes de entrar en la línea de fuego de los insurgentes. Fueron ametrallados desde la retaguardia «para evitar que se rindieran a los rebeldes».

Fuentes oficiales describieron cómo los números del «Izvestia» de Kronstadt se leían con gran interés en el Ejército Rojo. Lo mismo ocurría con los folletos distribuidos por los rebeldes de Kronstadt. Se crearon comisiones políticas especiales para impedir que ese material entrara en los cuarteles. Pero esto tuvo un efecto contrario al esperado.

Se movilizaron las organizaciones del partido en todo el país. Se llevó a cabo una intensa propaganda entre las tropas de la retaguardia. Los recursos humanos y materiales de que disponía el Gobierno eran mucho mayores que los de Kronstadt. Los trenes traían diariamente nuevas tropas a Petrogrado.

Muchas de ellas eran enviadas desde las tierras de Kirghiz y Bachkir (es decir, estaban compuestas por hombres lo más alejados posible del «estado de ánimo de Kronstadt»). En cuanto a los defensores de Kronstadt, sus fuerzas no sólo disminuían numéricamente (por las pérdidas sufridas en los combates), sino que estaban cada vez más agotadas. Mal vestidos y medio hambrientos, los rebeldes de Kronstadt permanecieron con sus armas, casi sin relevo, durante algo más de una semana. Al final de este período, muchos de ellos apenas podían mantenerse en pie.

## **7 – El asalto final**

Consciente de estos hechos y habiendo tomado todas las medidas necesarias en materia de organización, suministros y mejora de la moral, Toukhatchevsky, comandante del 7º Ejército, emitió su famosa proclama del 15 de marzo. Ordenó que Kronstadt fuera tomada por asalto total en la noche del 16 al 17 de marzo. Regimientos enteros del 7º Ejército fueron equipados con granadas de mano, blusas blancas, cizallas para cortar el alambre de espinos y con pequeños trineos para llevar ametralladoras.

El plan de Toukhatchevsky consistía en lanzar un ataque decisivo desde el sur y luego capturar Kronstadt mediante un

asalto masivo y simultáneo desde tres direcciones diferentes.

El 16 de marzo, el Grupo Sur abrió su bombardeo de artillería a las 14:20 horas. A las 17:00 horas, el Grupo Norte también comenzó a bombardear Kronstadt. Los cañones de Kronstadt respondieron. El bombardeo duró cuatro horas. A continuación, la aviación bombardeó la ciudad con el fin de sembrar el pánico entre la población civil. Por la noche, el bombardeo de artillería cesó. Los reflectores de Kronstadt barrieron el hielo en busca de los invasores.

Hacia la medianoche, las tropas gubernamentales habían tomado su posición y comenzaron a avanzar. A las 2:45 horas, las Fuerzas del Norte habían ocupado el Fuerte 7, abandonado por los defensores de Kronstadt. A las 4:30 horas, las tropas gubernamentales atacaron los fuertes 4 y 6, pero sufrieron grandes pérdidas por parte de la artillería de Kronstadt. A las 6:40 horas, los cadetes oficiales del Gobierno finalmente capturaron el Fuerte 6.

A las 5:00 a.m., las Fuerzas del Sur lanzaron un ataque contra los fuertes que tenían enfrente. Los defensores, abrumados, retrocedieron hacia la ciudad. Entonces se desató una feroz y sangrienta batalla en las calles. Se utilizaron ametralladoras, a muy corta distancia. Los marineros defendieron cada casa, cada ático, cada cobertizo. En la propia ciudad, fueron reforzados por las milicias obreras. Las tropas atacantes fueron, durante unas horas,

rechazadas hacia los fuertes y los suburbios. Los marinos volvieron a ocupar el Instituto Mecánico, que había sido capturado antes por la 80ª Brigada gubernamental.

Los combates callejeros eran terribles. Los soldados del Ejército Rojo perdían a sus oficiales, los hombres del Ejército Rojo y las tropas defensoras se mezclaban en una confusión indescriptible. Nadie sabía bien quién estaba en cada bando. La población civil de la ciudad intentaba confraternizar con las tropas del Gobierno, a pesar de los disparos. Se seguían distribuyendo panfletos del Comité Revolucionario Provisional. Los marineros intentaban confraternizar hasta el final.

A lo largo del 17 de Marzo los combates continuaron. Por la tarde el Grupo Norte había ocupado la mayor parte de los fuertes. Los combates callejeros continuaron durante toda la noche y hasta bien entrada la mañana siguiente. Los últimos fuertes –Milioutine, Constantine y Obrouchev– fueron cayendo uno a uno. Incluso después de haber ocupado el último, grupos aislados de defensores seguían luchando desesperadamente con ametralladoras. Cerca del faro de Tolbukhin, un último grupo de 150 marineros opuso una resistencia desesperada.

## *El balance*

Las cifras emitidas por las autoridades sanitarias militares del distrito de Petrogrado –y relativas al período comprendido entre el 3 y el 21 de Marzo– hablan de 4.127 heridos y 527 muertos. Estas cifras no incluyen a los ahogados, ni a los numerosos heridos que se dejaron morir en el hielo [216], ni tampoco a las víctimas de los Tribunales Revolucionarios.

Ni siquiera tenemos cifras aproximadas de las pérdidas en el lado de Kronstadt. Fueron enormes, incluso sin las masacres de represalia que tuvieron lugar posteriormente. Quizás algún día los archivos de la Tcheka y de los Tribunales Revolucionarios revelen la verdad completa y terrible.

Esto es lo que dice Poukhov, historiador estalinista «oficial» de la revuelta, al respecto: «Mientras se tomaban medidas para restablecer la vida normal, y mientras se proseguía la lucha contra los restos rebeldes, los Tribunales Revolucionarios del Distrito Militar de Petrogrado llevaban a cabo su trabajo en muchas zonas... Se aplicaba una severa justicia proletaria a todos los traidores a la Causa ... Las sentencias fueron muy publicitadas en la prensa y desempeñaron un gran papel educativo». Estas citas de fuentes oficiales refutan las mentiras trotskistas de que «la fortaleza fue rodeada y capturada con pérdidas insignificantes» [217].

En la noche del 17 al 18 de marzo, parte del Comité Revolucionario Provisional abandonó Kronstadt. Unas 8.000 personas (algunos marineros y la parte más activa de la población civil), se dirigieron a Finlandia y al exilio permanente. Cuando el Ejército Rojo –defensor del poder «soviético»– entró finalmente en Kronstadt, no restableció el soviet de Kronstadt. Sus funciones fueron asumidas por la Sección Política del Secretariado del nuevo Comandante Adjunto de la Fortaleza.

Toda la Flota Roja fue profundamente reorganizada. Miles de marineros del Báltico fueron enviados a servir en el Mar Negro, en el Caspio y en las estaciones navales de Siberia. Según Poukhov: «Los elementos menos fiables, los infectados por el espíritu de Kronstadt, fueron trasladados. Muchos sólo fueron de mala gana. Esta medida contribuyó a la purificación de una atmósfera malsana».

En abril, el nuevo Mando Naval inició un control individual. Una comisión especial despidió a 15.000 marineros de las categorías «no esenciales» (es decir, no especializadas) V, G y D, así como a marineros no considerados fiables desde el punto de vista político.

Tras la aniquilación física de Kronstadt, hubo que erradicar de la Flota su propio espíritu.

## 8 – Lo que se dijo en su momento

Las revueltas de obreros y campesinos han demostrado que su paciencia ha llegado a su fin. El levantamiento de los trabajadores está cerca. Ha llegado la hora de derrocar a la burocracia... Kronstadt ha levantado por primera vez la bandera de la Tercera Revolución de los trabajadores... La autocracia ha caído. La Asamblea Constituyente ha partido a la región de los condenados. La burocracia se desmorona...». [*Izvestia* del Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt. *Etapas Revoliutsi* (Etapas de la Revolución), 12 de marzo de 1921].

»En los periódicos burgueses se puede leer que levantamos regimientos chinos, de Kalmuk y otros contra Yudemitch y Kronstadt. Esto es, por supuesto, una mentira. Nosotros levantamos a nuestros jóvenes. El asalto a Kronstadt fue realmente simbólico. Kronstadt, como he dicho, estaba a punto de pasar a manos del imperialismo francés e inglés». [L. Trotsky. Discurso pronunciado en el II Congreso de la Internacional de la Juventud Comunista, 14 de julio de 1921].

*The First Five Years of The Communist International*  
(Pioneer Publishers, 1945), p. 312.

¿Los marineros de Kronstadt plantearon sus demandas y resoluciones por sí mismos? ¿O actuaron bajo la influencia de grupos políticos, que podrían haberles sugerido consignas? La influencia anarquista se incrimina a menudo cuando se describe este tema. ¿Qué certeza se puede tener al respecto? Entre los miembros del Comité Revolucionario Provisional, como entre los kronstadistas en general, había ciertamente individuos que se declaraban anarquistas.

Pero si uno se basa en pruebas documentales, como hemos tratado de hacer a lo largo de este estudio, hay que concluir que no hubo intervención directa de grupos anarquistas.

El menchevique Dan, que estuvo preso durante un tiempo en Petrogrado con un grupo de rebeldes de Kronstadt, nos cuenta en sus memorias que Perepelkin, uno de los miembros del Comité Revolucionario Provisional, era cercano al anarquismo [218] También nos dice que los marineros de Kronstadt estaban desilusionados y hartos de la política del Partido Comunista y que hablaban con odio de los partidos políticos en general. A sus ojos, los mencheviques y los socialistas revolucionarios eran tan malos como los bolcheviques. Todos querían hacerse con el poder y luego traicionarían al pueblo que les había otorgado su confianza. Según Dan, la conclusión de los marineros, decepcionados con los partidos políticos fue: «Son todos iguales. Lo que necesitamos es anarquismo, no una estructura de poder».

Los anarquistas, por supuesto, defienden a los rebeldes de Kronstadt. Nos parece que si alguna de sus organizaciones hubiera participado en la insurrección, la prensa anarquista lo habría mencionado. En la prensa anarquista de la época, sin embargo, no se menciona tal ayuda. Por ejemplo, Yartchouk, un viejo anarcosindicalista [219] que antes de octubre había disfrutado de una considerable autoridad entre la población y los marineros de Kronstadt, no menciona tal papel anarquista en su folleto dedicado al levantamiento de 1921, [220] escrito inmediatamente después de los acontecimientos. Debemos considerar su juicio como una prueba bastante concluyente.

En el momento de la insurrección, los anarquistas ya eran perseguidos en todo el país. Los libertarios aislados y las pocas agrupaciones anarquistas que quedaban estaban sin duda «moralmente» del lado de los insurgentes. Esto se muestra, por ejemplo, en el siguiente folleto, dirigido a la clase obrera de Petrogrado:

»La revuelta de Kronstadt es una revolución. Día y noche se oye el sonido del cañón. Dudáis en intervenir directamente contra el Gobierno para desviar sus fuerzas de Kronstadt, aunque la causa de Kronstadt es vuestra causa... Los hombres de Kronstadt están siempre en la vanguardia de la rebelión. Después de la revuelta de Kronstadt veamos la revuelta de Petrogrado. Y después de ustedes, que prevalezca el anarquismo».

Cuatro anarquistas que estaban entonces en Petrogrado (Emma Goldman, Alexander Berkman, Perkus y Petrovsky) preveían un desenlace sangriento de los acontecimientos. El 5 de marzo, enviaron la siguiente carta al Consejo de Trabajo y Defensa de Petrogrado:

»No sólo es imposible, sino que es criminal, quedarse callado en este momento. Los recientes acontecimientos nos obligan a los anarquistas a dar nuestra opinión sobre la situación actual. El descontento y la efervescencia en las mentes de los trabajadores y marineros son el resultado de circunstancias que merecen una seria atención por nuestra parte. El frío y el hambre han provocado el descontento, mientras que la ausencia de cualquier posibilidad de discusión o crítica lleva a los obreros y marineros a buscar una salida a este descontento.

El hecho de que un gobierno obrero y campesino utilice la fuerza contra los obreros y los marineros es aún más importante. Creará una impresión reaccionaria en el movimiento obrero internacional y, por tanto, perjudicará la causa de la revolución social. Camaradas bolcheviques, pensad mientras haya tiempo. No juguéis con fuego. Estáis a punto de dar un paso decisivo. Os proponemos lo siguiente: nombrad una comisión de seis personas, de las cuales dos deben ser anarquistas, para que vayan a Kronstadt a resolver las diferencias pacíficamente. En las circunstancias actuales, ésta es la

manera más racional de hacer las cosas. Tendrá un significado revolucionario internacional».

Estos anarquistas ciertamente cumplieron con su deber. Pero actuaron por su cuenta y no hay nada que demuestre que estaban organizadamente vinculados con los rebeldes de alguna manera. Además, el mismo hecho de que propusieran este tipo de mediación sugiere que no estaban en contacto directo con los marineros, que habían enviado ellos mismos una delegación a Petrogrado a través de la cual habría sido posible negociar. Y si en la resolución de «Petropavlovsk» encontramos la exigencia de libertad de expresión y de publicación para los anarquistas, esto no hace más que demostrar que los kronstadistas de 1921 habían conservado sus ideas y tradiciones de antes de octubre.

Antes de octubre, tanto los bolcheviques como los anarquistas tenían una influencia considerable en Kronstadt [221]. En el verano de 1917, en una reunión del Soviet de Petrogrado, Trotsky había podido responder al líder menchevique Tseretelli:

»Sí, los Kronstadters son anarquistas. Pero durante la etapa final de la Revolución, los reaccionarios que ahora os incitan a exterminar Kronstadt prepararán cuerdas para colgaros a vosotros y a nosotros. Y serán los kronstadistas los que lucharán hasta el final para defendernos».

Los anarquistas eran conocidos en Kronstadt como revolucionarios. Por eso los rebeldes, cuando hablaron de abrir las puertas de los soviets a las diferentes tendencias socialistas, pensaron primero en los anarquistas y en los socialistas revolucionarios de izquierda.

Las reivindicaciones más importantes de la resolución de Petropavlovsk eran las que reclamaban derechos democráticos para los obreros y los campesinos que no explotaban el trabajo de los demás y la que exigía la abolición del monopolio de la influencia del Partido. Estas reivindicaciones formaban parte del programa de otras tendencias socialistas, ya reducidas a la ilegalidad. Los anarquistas estaban de acuerdo con estas reivindicaciones y no eran los únicos que las planteaban.

Por otro lado, los Kronstadters insistieron repetidamente en que estaban «a favor del poder soviético». Una pequeña minoría de libertarios rusos (los «anarquistas soviéticos») eran conocidos por apoyar la idea de una estrecha colaboración con los soviets, que ya estaban integrados en la maquinaria estatal. Por otro lado, el movimiento makhnovista (que no era exclusivamente anarquista, aunque estaba bajo la fuerte influencia personal de Makhno, anarquista desde los 16 años) no hablaba del «poder soviético» como algo a defender. Su lema era «soviets libres», es decir, soviets en los que pudieran coexistir

diferentes tendencias políticas, sin que se les otorgara el poder estatal.

Los Kronstadters creían que los sindicatos tenían un importante papel que desempeñar. Esta idea no era, en absoluto, exclusivamente anarquista. Era compartida por los socialistas revolucionarios de izquierda y por la Oposición Obrera (Kollontai y Chliapnikov) en el propio Partido Comunista. Más tarde, otras tendencias comunistas de oposición (como los sapronovistas) la adoptarían. En resumen, la idea era el sello de todos los que buscaban salvar la Revolución Rusa a través de la democracia proletaria y a través de una oposición al monopolio del partido único que había comenzado a dominar y ahora estaba reemplazando a todas las demás tendencias.

Podemos concluir diciendo que el anarquismo influyó en la insurrección de Kronstadt en la medida en que defendió la idea de la democracia proletaria.

### *Los mencheviques*

Los mencheviques nunca habían tenido mucho peso entre los marineros. El número de diputados mencheviques en el Soviet de Kronstadt no guardaba relación real con su influencia en la Flota. Los anarquistas, que después de la

segunda elección sólo tenían tres o cuatro diputados en el Soviet, gozaban de una popularidad mucho mayor. Esta situación paradójica se debía a la falta de organización de los anarquistas y también al hecho de que en 1917 las diferencias entre el bolchevismo y el anarquismo eran apenas perceptibles para las masas. Muchos anarquistas de entonces veían al bolchevismo como una especie de marxismo bakuninizado [222].

Los mencheviques –al menos su facción oficial–, aunque eran fundamentalmente hostiles al bolchevismo, no estaban a favor de la lucha armada contra el poder del Estado. Por eso eran hostiles a la intervención armada [223]. Intentaron desempeñar el papel de una oposición legal tanto en los soviets como en los sindicatos. Opuestos tanto a la dictadura del proletariado como a la dictadura de un partido único, y convencidos de que Rusia aún se enfrentaba a una etapa de desarrollo capitalista, consideraban que las intervenciones armadas sólo impedirían el establecimiento de las fuerzas democráticas en Rusia. Esperaban que, una vez terminada la lucha armada, el régimen se viera obligado a seguir un curso de transformación democrática.

El 7 de marzo de 1921, durante la insurrección de Kronstadt, el Comité clandestino de Petrogrado de los mencheviques publicó el siguiente folleto:

»A los obreros, soldados rojos y kursantys de Petrogrado.

¡Detened la matanza! Los cañones truenan y los comunistas que dicen ser un Partido Obrero están disparando a los marineros de Kronstadt.

No conocemos todos los detalles de lo que ha ocurrido en Kronstadt. Pero sí sabemos que los de Kronstadt han pedido elecciones libres a los soviets y la liberación de los socialistas detenidos y de los obreros y soldados sin partido detenidos. Han llamado a la convocatoria, el 10 de marzo, de una conferencia no partidista de obreros, soldados rojos y marineros para discutir la crítica situación de la Rusia soviética.

Un auténtico poder obrero debería haber sido capaz de aclarar las verdaderas causas de los acontecimientos de Kronstadt. Debería haber discutido las cosas abiertamente con los obreros y marineros de Kronstadt, delante de toda la Rusia obrera. En cambio, los bolcheviques han proclamado el estado de sitio y han ametrallado a los soldados y marineros.

Camaradas, no podemos, no debemos sentarnos a escuchar el sonido de las armas. Cada salva puede destruir decenas de vidas humanas. Debemos intervenir y poner fin a esta masacre.

Insistir en que las operaciones militares contra los marineros y trabajadores de Kronstadt terminen inmediatamente. Insistir en que el Gobierno inicie

inmediatamente negociaciones con Kronstadt, con la participación de los delegados de las fábricas de Petrogrado. Elegid inmediatamente delegados para que participen en estas conversaciones. Detengan la matanza».

El Comité Central de los mencheviques también había publicado un folleto. En él se proclamaba que «lo que era necesario no era una política de violencia hacia el campesinado, sino una política de conciliación hacia él. El poder debe estar realmente en manos de las masas trabajadoras. Para ello era imprescindible la celebración de nuevas y libres elecciones a los soviets. Lo que se necesitaba era esa Democracia Obrera de la que tanto se hablaba pero de la que no se veía el más mínimo rastro».

*Sozialistitchenski Vestnik*, el órgano oficial de la socialdemocracia rusa (publicado en el extranjero) evaluó la insurrección de Kronstadt de la siguiente manera: Precisamente las propias masas, que hasta ahora habían apoyado al bolchevismo, han tomado ahora la iniciativa en una lucha decisiva contra el régimen actual». El periódico consideraba que las consignas de Kronstadt eran mencheviques y añadía que los mencheviques «tenían todo el derecho a alegrarse por ello, en vista de que su partido no había desempeñado ningún papel en la insurrección, dada la ausencia total de cualquier organización menchevique en la Flota».

Martov, el líder del menchevismo ruso, ya estaba fuera de Rusia. En un artículo en *Freiheit*, publicado el 1 de mayo de 1921, negó que los mencheviques o los socialrevolucionarios hubieran desempeñado ningún papel en la insurrección. La iniciativa, en su opinión, provenía de los marineros que rompían con el Partido Comunista a nivel organizativo, pero no a nivel de principios.

Poukhov cita otro folleto firmado por uno de los numerosos grupos de mencheviques. Decía: «¡Abajo las mentiras de la contrarrevolución! ¿Dónde están los verdaderos contrarrevolucionarios? ¿Son los bolcheviques, los comisarios, los que hablan del ‘poder soviético’? Contra ellos se levanta la verdadera Revolución. Debemos apoyarla. Debemos acudir al rescate de Kronstadt. Nuestro deber es ayudar a Kronstadt. Viva la Revolución. ¡Viva la Asamblea Constituyente!» El Comité Central menchevique declinó toda responsabilidad por las consignas presentadas por tales agrupaciones disidentes.

### *Los eseristas de derechas*

El llamamiento a la convocatoria de la Asamblea Constituyente fue el tema central de la propaganda de los socialistas revolucionarios de derecha. En *Revoluzionaiia Rossia*, el órgano de su partido (que en marzo de 1921 se publicaba en el extranjero), Victor Tchernov, ex presidente

de la disuelta Asamblea Constituyente y líder de los SR de Derecha, escribió: «Todos los que quieran encontrar una salida a la repugnante y sangrienta dictadura bolchevique, todos los que deseen recorrer el camino de la libertad deben levantarse en torno a Kronstadt y acudir en su ayuda. La corona de la democracia debe ser la Asamblea Constituyente».

Ahora bien, Tchernov era plenamente consciente de que en el número 6 de la *Izvestia* de Kronstadt los marineros rebeldes habían escrito: «Los obreros y los campesinos avanzarán. Dejarán atrás la Utchred–Nika (forma peyorativa de la Asamblea Constituyente) y su régimen burgués. También dejarán atrás la dictadura del Partido Comunista con sus chekas y su capitalismo de Estado, que ha agarrado a las masas por el cuello y amenaza con estrangularlas». Cuando Tchernov discutió estas líneas de los Kronstadters, las atribuyó a una supervivencia ideológica de la influencia bolchevique del pasado.

Por temperamento personal y político, Tchernov era diametralmente opuesto a los mencheviques. Con sus amigos políticos lanzó un apasionado llamamiento a los marineros.

Los bolcheviques mataron la causa de la libertad y la democracia cuando contrapusieron, en la mente popular, la idea de los soviets a la idea de la Asamblea Constituyente. En lugar de ver los soviets como un apoyo

para la Asamblea Constituyente, como un poderoso vínculo entre la Asamblea y el país, levantaron los soviets contra la Asamblea y, por tanto, mataron tanto a los soviets como a la Asamblea. Esto es lo que debéis entender, obreros, soldados y marineros engañados. Que su consigna «elecciones libres a los soviets» resuene, como un llamado a una marcha de los soviets a la Asamblea Constituyente...

Tchernov fue aún más lejos. Desde un barco privado envió el siguiente mensaje de radio al Comité Revolucionario Provisional:

»El Presidente de la Asamblea Constituyente, Victor Tchernov, envía un saludo fraternal a los heroicos camaradas marineros, soldados y trabajadores que, por tercera vez desde 1905, se sacuden el yugo de la tiranía. Actuando como intermediario, propone, con la ayuda de las organizaciones cooperativas rusas que se encuentran en el extranjero, enviar hombres para asegurar la alimentación de Kronstadt. Hágame saber lo que necesita y cuánto necesita. Estoy dispuesto a venir personalmente y a poner tanto mis fuerzas como mi autoridad a disposición de la revolución popular. Tengo confianza en la victoria final del pueblo trabajador. De todos los rincones nos llegan noticias de que las masas están listas y dispuestas a levantarse en nombre de la Asamblea Constituyente. No os dejéis atrapar por las negociaciones con los bolcheviques. Sólo entrarán en

tales negociaciones para ganar tiempo y concentrar en torno a Kronstadt las formaciones del privilegiado cuerpo militar soviético de las que puedan estar seguros. Gloria a los que fueron los primeros en levantar la bandera de la liberación popular. Abajo el despotismo de la derecha y de la izquierda. Viva la libertad y la democracia».

Al mismo tiempo, se envió un segundo llamamiento a Kronstadt por correo especial, de la «delegación en el extranjero del Partido Socialista Revolucionario»:

»El Partido se ha abstenido de cualquier tipo de putchismo. En Rusia, últimamente ha frenado los brotes de cólera popular mientras intentaba con frecuencia, a través de la presión de la opinión obrera y campesina, obligar a los dictadores del Kremlin a ceder a las exigencias del pueblo. Pero ahora que la ira popular se ha desbordado, ahora que la bandera de la revolución popular se ha enarbolado con orgullo sobre Kronstadt, nuestro Partido ofrece a los rebeldes la ayuda de todas las fuerzas que puede reunir en la lucha por la libertad y la democracia. Los S.R. están dispuestos a compartir su destino y a vencer o morir en sus filas. Hacednos saber cómo podemos ayudaros. Viva la revolución popular. Vivan los soviets libres y la Asamblea Constituyente».

A estas propuestas concretas, Tchernov recibió, el 3 de marzo de 1921, la siguiente respuesta por radio:

»El Comité Revolucionario Provisional de la ciudad de Kronstadt ha recibido los saludos del camarada Tchernov, enviados desde Reval. A todos nuestros hermanos en el extranjero les expresamos nuestra gratitud por su simpatía. Agradecemos al camarada Tchernov sus sugerencias, pero le pedimos que no venga por el momento hasta que se aclare el asunto. Por el momento tomamos nota de su propuesta.

Firmado: Petrichenko  
Presidente del Comité Revolucionario Provisional».

Los bolcheviques afirman que el Comité Revolucionario Provisional consintió en principio la llegada de Tchernov. También afirman que Tchernov condicionó su oferta de enviar provisiones a Kronstadt a que los rebeldes lanzaran la consigna de la Asamblea Constituyente. El 20 de marzo de 1921, el comunista Komarov declaró en una reunión del Soviet de Petrogrado que el Comité Revolucionario Provisional había pedido a Tchernov que esperara 12 días, tiempo durante el cual la situación alimentaria en Kronstadt se habría vuelto tal que sería posible lanzar la consigna pedida por los SR. Komarov afirmó que esta información se había obtenido en el curso del interrogatorio de Perepelkin, miembro del Comité Revolucionario Provisional que había caído en manos de los bolcheviques. Perepelkin llegó a decir que el presidente del Comité Revolucionario Provisional había enviado en secreto una respuesta positiva a Tchernov.

El marino Perepelkin fue fusilado y sus «confesiones» no pueden ser verificadas. Pero en la cárcel, justo antes, se había encontrado con el menchevique Dan y no le había mencionado nada de eso, aunque durante sus períodos de ejercicio conjunto Perepelkin había proporcionado a Dan muchos detalles sobre la insurrección. Se puede pensar que ya en 1921 la «justicia» bolchevique sabía cómo inventar confesiones.

En un artículo publicado en enero de 1926 en *Znamia Borby*, órgano de los SR de izquierda, Petrichenko, presidente del Comité Revolucionario Provisional, confirma la respuesta dada a Tchernov por el Comité. Explica que el propio Comité no podía ocuparse de esta cuestión.

Propuso entregar el problema al soviét recién elegido. Petrichenko añade: «Describo las cosas tal y como ocurrieron en la realidad e independientemente de mi propia opinión política». En cuanto a Tchernov, niega haber planteado condiciones a los rebeldes. Afirma abiertamente haber apoyado la consigna de la Asamblea Constituyente, 'convencido de que tarde o temprano los rebeldes la habrían adoptado'.

## *Los eseristas de izquierda*

En el número de junio de 1921 de su periódico *Znamia*, publicado en el extranjero, los SR de izquierda esbozaron su programa de la siguiente manera

El objetivo esencial del Partido de los SR de Izquierda (internacionalista) es la reconstitución de los soviets y la restauración del auténtico poder soviético.... Nos proponemos el restablecimiento permanente de la Constitución violada de la República Soviética, tal como fue adoptada el 10 de junio de 1918 en el V Congreso Panruso de los Soviets.... el campesinado, que es la columna vertebral de la población trabajadora en Rusia, debe tener derecho a disponer de su destino.... otra exigencia esencial es el restablecimiento de la autoactividad y de la libre iniciativa de los trabajadores en las ciudades. No se puede exigir un trabajo intensivo a hombres que se están muriendo de hambre y medio muertos. Primero hay que alimentarlos y para ello es imprescindible coordinar los intereses de obreros y campesinos».

El espíritu de la Resolución de «Petropavlovsk» es, sin duda, muy cercano al del programa de los SR de izquierdas. Sin embargo, los SR de izquierda niegan la participación en la insurrección. En el mismo número de *Znamia*, uno de sus corresponsales en Moscú escribe: «En Kronstadt no había ni un solo representante responsable del populismo de izquierda. Todo el movimiento se desarrolló sin nuestra

participación. Al principio estábamos fuera de él, pero sin embargo era esencialmente populista de izquierdas. Sus consignas y sus objetivos morales están muy cerca de los nuestros».

Con el deseo de establecer la verdad histórica, citaremos ahora otros dos testimonios autorizados, el de Lenin y el del marinero Petrichenko, uno de los líderes de la insurrección.

### *La opinión de Lenin*

En su artículo «El impuesto en especie» esto es lo que dice Lenin sobre Kronstadt [224]:

»En la primavera de 1921, principalmente como resultado del fracaso de la cosecha y la muerte del ganado, la condición del campesinado, que ya era extremadamente mala como consecuencia de la guerra y el bloqueo, empeoró mucho. Esto dio lugar a una vacilación política que, en general, expresa la propia «naturaleza» del pequeño productor. La expresión más llamativa de esta vacilación fue el motín de Kronstadt.... Hubo muy poco de algo que estuviera completamente formado, claro y definido. Oímos consignas nebulosas sobre la «libertad», el «libre comercio», la «emancipación de la servidumbre», los «soviets sin los

bolcheviques», o nuevas elecciones a los soviets, o el alivio de la «dictadura del partido», etc., etc. Tanto los mencheviques como los socialistas–revolucionarios declararon que el movimiento de Kronstadt era «suyo».

Víctor Chernov envió un corredor a Kronstadt: a propuesta de este corredor, el menchevique Valk, uno de los dirigentes de Kronstadt, votó por la «Constituyente». En un abrir y cerrar de ojos, con velocidad radiotelegráfica, podría decirse, los guardias blancos movilizaron todas sus fuerzas «para Kronstadt». Los expertos militares de la Guardia Blanca en Kronstadt, varios expertos, y no sólo Kozlovsky, elaboraron un plan de desembarco de fuerzas en Oranienbaum, un plan que asustó a las vacilantes masas no partidistas mencheviques–socialistas–revolucionarias.

Más de cincuenta periódicos rusos de la Guardia Blanca publicados en el extranjero llevan a cabo una furiosa campaña «por Kronstadt». Los grandes bancos, todas las fuerzas del capital financiero, están recogiendo fondos para ayudar a Kronstadt. El sabio jefe de la burguesía y de los terratenientes, el cadete Milyukov, está explicando pacientemente al tonto de Víctor Chernov directamente (y a Dan y Rozhkov, que están en la cárcel de Petrogrado por su conexión con los mencheviques de Kronstadt, indirectamente) que no deben tener prisa con su Constituyente, y que pueden y deben apoyar a los soviets sólo sin los bolcheviques.

Por supuesto, es fácil ser más inteligente que los tontos engreídos como Chernov, el héroe de las frases pequeñoburguesas, o como Mártoov, el caballero del reformismo filisteo pintado para que parezca «marxismo». Hablando con propiedad, la cuestión no es que Milyukov, como individuo, sea más inteligente, sino que, debido a su posición de clase, el dirigente del partido de la gran burguesía ve, comprende la esencia de clase y la interacción política de las cosas con más claridad que los dirigentes de la pequeña burguesía, los Chernov y los Mártoov. La burguesía es realmente una fuerza de clase que gobierna inevitablemente en el capitalismo, tanto bajo una monarquía como en la república más democrática, y que también goza inevitablemente del apoyo de la burguesía mundial.

Pero la pequeña burguesía, es decir, todos los héroes de la II Internacional y de la Internacional «Dos y Medio», no puede ser, por la propia naturaleza económica del caso, más que la expresión de la impotencia de clase; de ahí las vacilaciones, las frases y la impotencia....

Cuando en su Diario de Berlín, Mártoov declaró que Kronstadt no sólo adoptó las consignas mencheviques, sino que demostró que era posible un movimiento antibolchevique que no sirviera enteramente a los intereses de los guardias blancos, de los capitalistas y de los terratenientes, sirvió de ejemplo de Narciso filisteo engreído. En efecto, dijo: «¡Cerre los ojos ante el hecho

de que todos los verdaderos guardias blancos saludaron a los amotinados de Kronstadt y a través de los bancos recaudaron fondos en ayuda de Kronstadt!»). Milyukov tiene razón en comparación con los Chernov y los Martov, pues propone tácticas reales para una verdadera Fuerza de la Guardia Blanca, la fuerza de los capitalistas y los terratenientes. En efecto, dice: «¡No importa a quién apoyemos, incluso a los anarquistas, a cualquier tipo de gobierno soviético, siempre que los bolcheviques sean derrocados, siempre que se pueda llevar a cabo el cambio de poder! No hay diferencia entre la derecha y la izquierda, entre los mencheviques y los anarquistas, siempre que el poder se aleje de los bolcheviques». Por lo demás, «nosotros», los Milyukov, daremos a los anarquistas, a los Chernov y a los Martov una buena bofetada y los echaremos a patadas como se hizo con Chernov y Maisky en Siberia, con los Chernov y Martov húngaros en Hungría, con Kautsky en Alemania y con Friedrich Adler y compañía en Viena. La burguesía real y práctica engañó a cientos de estos narcisistas filisteos: los mencheviques, los socialistas–revolucionarios y los sin partido, y los echó decenas de veces en todas las revoluciones de todos los países. Esto lo demuestra la historia. Lo corroboran los hechos. Los narcisistas parlotearán; los Milyukov y los guardias blancos actuarán....

Los acontecimientos de la primavera de 1921 revelaron una vez más el papel de los socialistas–revolucionarios y de

los mencheviques: están ayudando al elemento pequeñoburgués vacilante a retroceder ante los bolcheviques, a provocar un «cambio de poder» en beneficio de los capitalistas y de los terratenientes. Los mencheviques y los socialistas–revolucionarios han aprendido a disfrazarse de «no partidistas».

### *Las pruebas de Petrichenko*

Por último, citaremos los principales pasajes de las pruebas de Petrichenko, publicadas en su artículo en el periódico de los SR de izquierda *Znamia Borby*, en enero de 1926:

He leído las cartas intercambiadas entre la organización de los SR de Izquierda y los comunistas británicos. En esta correspondencia se plantea la cuestión de la insurrección de Kronstadt de 1921...

Como presidente [del Comité Revolucionario Provisional] me siento en la obligación moral de arrojar brevemente algo de luz sobre estos acontecimientos en beneficio del Buró Político del Partido Comunista Británico. Sé que obtienen su información de Moscú. También sé que esta información es parcial y tendenciosa. No estaría mal que se le mostrara la otra cara de la moneda....

Ustedes mismos han admitido que la insurrección de Kronstadt de 1921 no fue inspirada desde el exterior. Este reconocimiento implica que la paciencia de las masas trabajadoras, de los marineros, de los soldados rojos, de los obreros y de los campesinos había llegado a su límite final.

La ira popular contra la dictadura del Partido Comunista –o más bien contra su burocracia– tomó la forma de una insurrección. Así fue como se derramó una sangre preciosa. No se trataba de diferencias de clase o de casta. Había trabajadores a ambos lados de las barricadas. La diferencia radicaba en que los hombres de Kronstadt avanzaban conscientemente y por su propia voluntad, mientras que los que les atacaban habían sido engañados por los dirigentes del Partido Comunista y algunos actuaban incluso en contra de sus propios deseos. Puedo decir aún más: ¡los kronstadistas no disfrutaban tomando las armas y derramando sangre!

¿Qué ocurrió entonces para que los kronstadistas se vieran obligados a hablar el lenguaje de las armas con los jefes del Partido Comunista, atreviéndose a llamarse «Gobierno de obreros y campesinos»?

Los marineros de Kronstadt habían participado activamente en la creación de tal gobierno. Lo habían protegido contra todos los ataques de la contrarrevolución. No sólo protegieron las puertas de

Petrogrado –el corazón de la revolución mundial– sino que también formaron destacamentos militares para los innumerables frentes contra los guardias blancos, empezando por Kornilov y terminando por los generales Youdienitch y Neklioudov.

Se les pide que crean que estos mismos kronstadistas se han convertido de repente en enemigos de la Revolución. El Gobierno «obrero y campesino» denunció a los rebeldes de Kronstadt como agentes de la Entente, como espías franceses, como partidarios de la burguesía, como SR, como mencheviques, etc., etc. Es asombroso que los hombres de Kronstadt se hayan convertido de repente en peligrosos enemigos justo cuando el peligro real de los generales de la contrarrevolución armada había desaparecido, justo cuando había que abordar la reconstrucción del país, justo cuando la gente pensaba en saborear los frutos de Octubre, justo cuando se trataba de mostrar la mercancía en su verdadero color, de mostrar el propio bagaje político (es decir, cuando ya no se trataba de hacer promesas sino de cumplirlas). La gente empezaba a hacer un balance de los logros revolucionarios. No nos habíamos atrevido a soñar con esto durante la Guerra Civil. Sin embargo, es justo en este momento cuando los hombres de Kronstadt resultaron ser enemigos. ¿Qué crimen había cometido Kronstadt, por tanto, contra la revolución?

Cuando la Guerra Civil amainó, los obreros de Petrogrado se creyeron en el derecho de recordar al Soviet de esa ciudad que había llegado el momento de recordar su situación económica y de pasar de un régimen de guerra a un régimen de paz.

El Soviet de Petrogrado consideró contrarrevolucionaria esta inofensiva y esencial reivindicación. No sólo permaneció sordo y mudo a estas reivindicaciones, sino que empezó a recurrir a los registros domiciliarios y a las detenciones de trabajadores, declarándolos espías y agentes de la Entente. Estos burócratas se corrompieron durante la Guerra Civil en un momento en que nadie se atrevía a resistirse a ellos. No se dieron cuenta de que la situación había cambiado.

Los trabajadores respondieron recurriendo a las huelgas. La furia del Soviet de Petrogrado se convirtió entonces en la furia de un animal salvaje. Ayudado por sus opritchniks, mantenía a los obreros hambrientos y agotados [225] y los mantenía bajo un férreo control, obligándoles a trabajar mediante todo tipo de coacciones. Los soldados y marineros rojos, a pesar de su simpatía por los obreros, no se atrevieron a levantarse en su defensa. Pero esta vez el Gobierno de los «obreros» y «campesinos» se desmarcó de Kronstadt.

Algo tarde, Kronstadt se enteró de la verdadera situación en Petrogrado.

Por lo tanto, tienen ustedes razón, camaradas británicos, cuando dicen que la revuelta de Kronstadt no fue el resultado de las actividades de una persona en particular.

Además, me gustaría saber más sobre el supuesto apoyo a Kronstadt de organizaciones extranjeras y rusas contrarrevolucionarias. Vuelvo a repetir que el levantamiento no fue provocado por ninguna organización política. Dudo que siquiera existieran en Kronstadt. La revuelta estalló espontáneamente. Expresó los deseos de las propias masas, tanto de la población civil como de la guarnición. Esto se ve en las resoluciones adoptadas y en la composición del Comité Revolucionario Provisional, donde no se puede detectar la influencia dominante de ningún partido antisoviético. Según los kronstadistas, todo lo que ocurrió o se hizo allí fue dictado por las circunstancias del momento. Los rebeldes no depositaron su fe en nadie. Ni siquiera la ponían en manos del Comité Revolucionario Provisional, ni en manos de las asambleas de delegados, ni en manos de las reuniones, ni en ninguna otra parte. No hubo ninguna duda al respecto. El Comité Revolucionario Provisional nunca intentó nada en este sentido, aunque podría haberlo hecho. La única preocupación del Comité

era aplicar estrictamente los deseos del pueblo. ¿Fue eso algo bueno o malo? No puedo juzgarlo.

La verdad es que fueron las masas las que dirigieron el Comité y no al revés. Entre nosotros no había figuras políticas de renombre, de esas que lo ven todo a tres arcos de profundidad y saben todo lo que hay que hacer, y cómo sacar el máximo provecho de cada situación [226] Los kronstadistas actuaban sin planes ni programas predeterminados, tanteando el terreno según las circunstancias y en el contexto de las resoluciones que habían adoptado. Estábamos aislados del mundo entero. No sabíamos lo que ocurría fuera de Kronstadt, ni en Rusia ni en el extranjero. Es posible que algunos hayan elaborado sus propios planes para nuestra insurrección, como suele ocurrir. Perdían el tiempo. Es infructuoso especular sobre lo que habría sucedido si las cosas hubieran evolucionado de otra manera, ya que el giro de los acontecimientos en sí mismo podría haber sido muy diferente de lo que estábamos anticipando. Una cosa es cierta, los kronstadistas no querían que la iniciativa se les escapara de las manos.

En sus publicaciones los comunistas nos acusan de haber aceptado una oferta de alimentos y medicinas de la Cruz Roja rusa, en Finlandia. Admitimos que no vimos nada malo en aceptar tal oferta. Tanto el Comité Revolucionario Provisional como la asamblea de delegados la aceptaron. Consideramos que la Cruz Roja

era una organización filantrópica que nos ofrecía una ayuda desinteresada que no podía perjudicarnos. Cuando decidimos permitir que la delegación de la Cruz Roja entrara en Kronstadt, la condujimos con los ojos vendados a nuestro cuartel general. En nuestro primer encuentro les informamos de que aceptábamos con gratitud su oferta de ayuda como procedente de una organización filantrópica, pero que nos considerábamos libres de cualquier compromiso con ellos. Aceptamos su petición de dejar un representante permanente en Kronstadt, para que vigilara la distribución regular a mujeres y niños de las raciones que se proponían enviarnos.

Su representante, un oficial naval retirado llamado Vilken, permaneció en Kronstadt. Fue puesto en un piso permanentemente vigilado y no podía ni siquiera salir sin nuestro permiso. ¿Qué peligro podía representar este hombre? Lo único que podía ver era la determinación de la guarnición y de la población civil de Kronstadt.

¿Era ésta la «ayuda de la burguesía internacional»? ¿O acaso esta ayuda residía en el hecho de que Victor Tchernov nos había enviado sus saludos? ¿Fue el «apoyo de la contrarrevolución rusa e internacional»? ¿Se puede creer realmente que los hombres de Kronstadt estaban dispuestos a lanzarse al abrazo de cualquier partido antisoviético? Recordad que cuando los rebeldes se enteraron de que la derecha empezaba a idear planes

sobre su insurrección no dudaron en advertir a los obreros sobre ello. Recordad el artículo del 6 de marzo en la *Izvestia* de Kronstadt, titulado «señores o camaradas».

## 9 – Kronstadt: el último levantamiento de los soviéticos

*Este lujo era realmente impermisible. Al permitir (¡sic!) semejante discusión (sobre los sindicatos) cometimos sin duda un error y no vimos que en esta discusión pasó a primer plano una cuestión que, por las condiciones objetivas, no debería haber estado en primer plano.*

Lenin. Informe al X Congreso del Partido, 8 de marzo de 1921. Obras escogidas, vol. IX, p. 90.

*Lo que los rebeldes de Kronstadt exigían era sólo lo que Trotsky había prometido a sus hermanos mayores y lo que él y el Partido habían sido incapaces de dar. Una vez más, un eco amargo y hostil de su propia voz*

*le llegó de labios de otras personas, y una vez más tuvo que reprimirlo.*

Isaac Deutscher, *El Profeta Armado*, p. 512–3.

### *Las acusaciones de Trotsky*

Teniendo todo en cuenta, ¿qué fue el levantamiento de Kronstadt? ¿Fue una insurrección contrarrevolucionaria? ¿Fue una revuelta sin objetivos contrarrevolucionarios conscientes, pero que estaba destinada a abrir las puertas a la contrarrevolución? ¿O fue simplemente un intento de las masas trabajadoras de materializar parte de la promesa de octubre? ¿Era inevitable la revuelta? ¿Y fue también inevitable el sangriento final al que llegó? Concluiremos tratando de responder a estas preguntas.

Las acusaciones hechas contra Kronstadt por los bolcheviques en 1921 son exactamente las mismas que mencionó posteriormente el historiador estalinista Poukhov, en su libro publicado en 1931. Trotsky las repitió. Los trotskistas las siguen repitiendo hoy.

Sin embargo, la actitud de Trotsky en esta cuestión fue siempre algo embarazosa y torpe. Lanzaba sus acusaciones con cuentagotas en lugar de proclamarlas de una vez por todas. En 1937, cuando habló de Kronstadt por primera vez

por escrito (en sus libros sobre la Revolución Rusa apenas trató el tema) comienza diciendo que: «El país tenía hambre, y los marineros de Kronstadt exigían privilegios. El motín fue motivado por su deseo de recibir raciones privilegiadas» [227] Tal demanda nunca fue planteada por los hombres de Kronstadt. En sus escritos posteriores, Trotsky, que sin duda se preocupó de leer más sobre el asunto, abandonó esta acusación particular. Lo que queda, sin embargo, es que comenzó sus acusaciones públicas con una mentira.

En un artículo del periódico belga *Lutte Ouvriere* (26 de febrero de 1938) Trotsky escribió:

«Desde el punto de vista de clase, que –sin ofender a los eclécticos– sigue siendo el criterio fundamental tanto en la política como en la historia, es extremadamente importante comparar la conducta de Kronstadt con la de Petrogrado durante estos días críticos. También en Petrogrado toda la capa dirigente de la clase obrera había sido despojada. El hambre y el frío reinaban en la capital abandonada, de forma aún más cruel que en Moscú... El periódico de los rebeldes de Kronstadt hablaba de barricadas en Petrogrado, de miles de muertos [228] La prensa de todo el mundo anunciaba lo mismo. De hecho, ocurrió exactamente lo contrario.

El levantamiento de Kronstadt no atrajo a los trabajadores de Petrogrado. Los repelió. La demarcación se produjo en función de la clase. Los trabajadores

sintieron inmediatamente que los rebeldes de Kronstadt estaban al otro lado de la barricada y dieron su apoyo al Gobierno».

Aquí también Trotsky dice cosas que son totalmente falsas. Antes hemos mostrado cómo la ola de huelgas había comenzado en Petrogrado y cómo Kronstadt había seguido su ejemplo. Fue contra los huelguistas de Petrogrado que el Gobierno tuvo que organizar un Estado Mayor especial: el Comité de Defensa. La represión se dirigió primero contra los obreros de Petrogrado y contra sus manifestaciones, mediante el envío de destacamentos armados de Koursantys [229].

Pero los obreros de Petrogrado no tenían armas. No podían defenderse como los marineros de Kronstadt. La represión militar dirigida contra Kronstadt intimidó ciertamente a los obreros de Petrogrado. La demarcación no tuvo lugar «a lo largo de las líneas de clase», sino de acuerdo con las fuerzas respectivas de los órganos de represión. El hecho de que los obreros de Petrogrado no siguieran a los de Kronstadt no demuestra que no simpatizaran con ellos. Tampoco, más tarde, cuando el proletariado ruso no siguió a las diversas «oposiciones», jesto demuestra que estaban de acuerdo con Stalin! En tales casos, era una cuestión de las respectivas fuerzas enfrentadas.

En el mismo artículo Trotsky repite sus puntos sobre el agotamiento de Kronstadt, desde el punto de vista revolucionario. Afirma que, mientras que los marineros de Kronstadt de 1917 y 1918 estaban ideológicamente en un nivel muy superior al del Ejército Rojo, en 1921 ocurría lo contrario. Este argumento es refutado por los documentos oficiales del Ejército Rojo. En ellos se admite que la mentalidad de Kronstadt había infectado a grandes capas del ejército.

Trotsky denuncia a los que le atacan por Kronstadt por lo tardío de sus críticas. 'La campaña en torno a Kronstadt', dice, 'se lleva a cabo, en ciertos lugares, con una energía implacable. Uno podría imaginar que los acontecimientos tuvieron lugar ayer y no hace diecisiete años'. Pero diecisiete años es un período muy corto, en cualquier escala histórica. No aceptamos que hablar de Kronstadt sea 'evocar los días de los faraones egipcios'. Además, nos parece lógico buscar algunas de las raíces de la gran catástrofe rusa en este episodio tan llamativo y sintomático. Después de todo, tuvo lugar en un momento en el que la represión de los trabajadores rusos no era perpetrada por un Stalin u otro, sino por la flor y nata del bolchevismo, por los propios Lenin y Trotsky. Discutir seriamente la revuelta de Kronstadt no es, por tanto, como afirma Trotsky, «estar interesado en desacreditar la única tendencia genuinamente revolucionaria, la única tendencia que nunca ha renegado de

su bandera, que nunca ha transigido con el enemigo, la única tendencia que representa el futuro».

Durante los diecisiete años siguientes, Trotsky no se despojó de su hostilidad hacia los rebeldes. A falta de argumentos, recurre a los chismes. Nos dice que «en Kronstadt, donde la guarnición no hacía nada y sólo vivía de su pasado, la desmoralización había alcanzado proporciones importantes. Cuando la situación se hizo especialmente difícil en el famélico Petrogrado, el Buró Político discutió varias veces si había que pedir un préstamo interno en Kronstadt, donde aún quedaban viejos almacenes de todo tipo. Pero los delegados de Petrogrado respondían:

»No nos darán nada por su propia voluntad. Especulan con el paño, el carbón, el pan, pues en Kronstadt toda la vieja escoria ha vuelto a levantar la cabeza».

Este argumento sobre los «viejos almacenes de todo tipo» es de mala fe. Basta con recordar el ultimátum a los kronstadistas emitido por el Comité de Defensa de Petrogrado el 5 de marzo (al que se ha hecho referencia en otro lugar): «Os veréis obligados a rendiros. Kronstadt no tiene ni pan ni combustible». ¿Qué había sucedido entretanto con las citadas viejas historias?

Más información sobre este tema proviene de la *Izvestia* de Kronstadt. En ella se describe la distribución a los niños de una libra de patatas secas previa presentación de los vales

de racionamiento 5 y 6. El 8 de marzo se distribuyeron cuatro litros de avena para cuatro días y el 9 de marzo un cuarto de libra de galleta negra hecha de harina y polvo de patata seca. El 10 de marzo, el Comité Regional de Trabajadores Metalúrgicos decidió poner a disposición de la comunidad la carne de caballo a la que sus miembros tenían derecho. Durante la insurrección se distribuyó también una lata de leche condensada por persona, en una ocasión algunas conservas de carne y, finalmente (sólo a los niños), media libra de mantequilla.

Esto es, sin duda, lo que Trotsky denomina «viejos almacenes de todo tipo». Según él, estos podrían haber sido prestados para aliviar la gran hambruna rusa. Debemos añadir que antes de la insurrección estos «almacenes» estaban en manos de funcionarios comunistas y que sólo de ellos dependía el consentimiento del «préstamo» propuesto. El marinero de a pie, que participó en la insurrección, no tenía ningún medio para oponerse al préstamo, aunque hubiera querido. Hasta aquí la cuestión de los «almacenes», que de paso muestra el valor de algunas de las acusaciones utilizadas contra Kronstadt.

Recurrir a tales argumentos en el curso de una discusión seria (y sustituir conscientemente dicha discusión por una polémica sobre la Revolución Española) pone de manifiesto un grave defecto: la ausencia de argumentos válidos sobre el asunto entre los bolcheviques (pues Trotsky no es la figura central en la represión de Kronstadt). Lenin y el Buró Político

dirigieron toda la operación. La Oposición Obrera también debe asumir su parte de responsabilidad. Según el testimonio personal de comunistas extranjeros residentes en Rusia en aquella época, la Oposición Obrera no estaba de acuerdo con las medidas que se tomaban contra los rebeldes. Pero tampoco se atrevió a abrir la boca por la defensa de Kronstadt. En el X Congreso del Partido nadie protestó por la carnicería de los rebeldes. El obrero Lutovinov, conocido miembro del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y uno de los líderes de la Oposición Obrera, fue enviado a Berlín en marzo de 1921 en misión diplomática (en realidad era una forma de exilio político). Declaró que: «Las noticias publicadas en el extranjero sobre los sucesos de Kronstadt eran muy exageradas. El Gobierno soviético es lo suficientemente fuerte como para acabar con los rebeldes. La lentitud de la operación se explica por el hecho de que deseamos preservar a la población de Kronstadt» (*L'Humanite*. 18 de marzo de 1921). [230]

Trotsky utiliza otro argumento contra los rebeldes: les acusa de querer aprovecharse de su pasado revolucionario. Este es un argumento muy peligroso para cualquiera que esté en la oposición. Stalin lo utilizó contra Trotsky y los viejos bolcheviques. Sólo más tarde Stalin les acusó de haber sido, desde el principio de la Revolución, agentes de la burguesía internacional. Durante los primeros años de la lucha concedió que Trotsky había prestado grandes servicios a la Revolución, pero añadiría que posteriormente Trotsky se

había pasado a las filas de la contrarrevolución. Había que juzgar a un hombre por lo que hacía ahora. Se mencionaba constantemente el ejemplo de Mussolini.

Sin embargo, hay muchas cosas que Trotsky es incapaz de explicar. No puede explicar cómo Kronstadt y toda la Flota Roja llegaron a renunciar a su apoyo ideológico al Gobierno. No puede explicar el estado de ánimo de los elementos comunistas de la Flota durante las discusiones sobre la cuestión sindical. No puede explicar su actitud durante las elecciones del 8º Congreso Soviético de toda Rusia ni durante la Segunda Conferencia Comunista de la Flota del Báltico, que tuvo lugar en vísperas de la insurrección. Estos son, sin embargo, los puntos clave en torno a los cuales debería centrarse la discusión. Cuando Trotsky afirma que todos los que apoyaban al gobierno eran genuinamente proletarios y progresistas, mientras que todos los demás representaban la contrarrevolución campesina, tenemos derecho a pedirle que nos presente un análisis fáctico serio en apoyo de su afirmación. El desarrollo de los acontecimientos posteriores demostró que la Revolución estaba siendo desviada hacia un camino desastrosamente equivocado. Esto fue primero para comprometer y luego para destruir todas sus conquistas sociales, políticas y morales. ¿La revuelta de Kronstadt representó realmente un intento de orientar la Revolución por nuevas vías? Esta es la pregunta crucial que hay que hacerse. Los demás problemas

deben considerarse como secundarios y derivados de esta grave preocupación.

Ciertamente, no es el aplastamiento de la revuelta de Kronstadt lo que frenó el curso de la Revolución. Por el contrario, en nuestra opinión, fueron los métodos políticos utilizados contra Kronstadt y practicados ampliamente en toda Rusia los que contribuyeron a establecer, sobre las ruinas de la Revolución Social, un régimen oligárquico que no tenía nada en común con las ideas originales de la Revolución [231].

### *Las interpretaciones bolcheviques*

En 1921 el Gobierno bolchevique afirmó que Kronstadt se había rebelado según un plan preconcebido. Esta interpretación particular se basaba en una nota publicada en algunos periódicos franceses (*Le Matin, L'Echo de Paris*) el 15 de febrero. Esta nota anunciaba el levantamiento y llevaba a afirmar que el levantamiento estaba dirigido por la Entente.

Este fue el argumento que permitió a Lenin afirmar, en el X Congreso del Partido

»El traspaso del poder político de manos de los bolcheviques a un vago conglomerado o alianza de

elementos heterogéneos que parecen estar sólo un poco a la derecha de los bolcheviques, y quizá incluso a la «izquierda» de los bolcheviques: tan indefinida es la suma de agrupaciones políticas que intentaron tomar el poder en Kronstadt. Sin duda, al mismo tiempo, los generales blancos –todos lo saben– desempeñaron un gran papel en esto. Esto está plenamente demostrado. Los periódicos de París informaron de un motín en Kronstadt dos semanas antes de que se produjeran los acontecimientos en Kronstadt. [232]

La publicación de noticias falsas sobre Rusia no era nada excepcional. Tales noticias se publicaron antes, durante y después de los acontecimientos de Kronstadt. Es innegable que la burguesía de todo el mundo era hostil a la Revolución Rusa y exageraba cualquier mala noticia que emanara de ese país. La Segunda Conferencia Comunista de la Flota del Báltico acababa de votar una resolución rotunda, crítica con la dirección política de la Flota. Este hecho pudo ser fácilmente exagerado por la prensa burguesa, confundiendo una vez más los deseos con la realidad. Basar una acusación en una «prueba» de este tipo es inadmisibile e inmoral.

En 1938 el propio Trotsky iba a retirar esta acusación. Pero en el artículo que ya hemos mencionado remite a sus lectores a un estudio sobre la rebelión de Kronstadt realizado por un trotskista estadounidense, John G. Wright. En un artículo publicado en *La Nueva Internacional* (en febrero de

1938), el Sr. Wright retoma la afirmación de que la revuelta debe haber sido planificada de antemano. En vista de que la prensa lo había anunciado el 15 de febrero. Dice: «la conexión entre Kronstadt y la contrarrevolución puede establecerse no sólo en boca de los enemigos del bolchevismo, sino también sobre la base de hechos irrefutables». ¿Qué hechos irrefutables? De nuevo, citas de la prensa burguesa (*Le Matin*, *Vossische Zeitung*, *The Times*) dando noticias falsas antes y durante la insurrección.

Es interesante que estos argumentos no se utilizaron mucho en su momento, durante la propia batalla, sino sólo años después. Si, en aquel momento, el Gobierno bolchevique tenía pruebas de estos supuestos contactos entre Kronstadt y los contrarrevolucionarios, ¿por qué no juzgó públicamente a los rebeldes? ¿Por qué no mostró a las masas trabajadoras de Rusia las «verdaderas» razones del levantamiento? Si esto no se hizo fue porque no existían tales pruebas.

También se nos dice que si la Nueva Política Económica se hubiera introducido a tiempo, la insurrección se habría evitado. Pero, como acabamos de demostrar, el levantamiento no se produjo según un plan preconcebido. Nadie sabía que iba a producirse necesariamente. No tenemos ninguna teoría sobre el momento exacto y el desarrollo de los movimientos populares y es muy posible que en condiciones económicas y políticas diferentes de las que prevalecían en la primavera de 1921 la insurrección

nunca hubiera tenido lugar. Por otra parte, el levantamiento podría haber ocurrido de una forma diferente, o en un lugar diferente, por ejemplo en Nijni Novgorod, donde tuvo lugar un importante movimiento huelguístico, coincidiendo con la gran ola de huelgas en Petrogrado. Las condiciones particulares relacionadas con la Flota y con el pasado revolucionario de Kronstadt ciertamente tuvieron un efecto, pero no se puede saber con exactitud la importancia de este efecto. Lo mismo puede decirse de la afirmación de que «si la NEP (Nueva Política Económica) se hubiera introducido unos meses antes, no habría habido revuelta en Kronstadt».

Es cierto que la NEP se proclamó al mismo tiempo que se masacraba a los rebeldes. Pero de ello no se deduce en absoluto que la NEP se correspondiera con las reivindicaciones planteadas por los marineros. En la *Izvestia* de Kronstadt del 14 de marzo encontramos un pasaje característico sobre este tema. Los rebeldes proclamaban que «Kronstadt no pide la libertad de comercio, sino un verdadero poder para los soviets». Los huelguistas de Petrogrado exigían también la reapertura de los mercados y la supresión de los bloqueos de carreteras establecidos por la milicia. Pero también afirmaban que la libertad de comercio por sí misma no resolvería sus problemas.

En la medida en que el NEP sustituyó la requisición forzosa de alimentos por el impuesto en especie y en la medida en que restableció el comercio interior, satisfizo ciertamente algunas de las demandas de los hombres de Kronstadt y de

los trabajadores de Petrogrado en huelga. Con el NEP cesaron el racionamiento y las confiscaciones arbitrarias. Los pequeños propietarios pudieron vender sus mercancías en los mercados abiertos, disminuyendo los efectos de la gran hambruna. La NEP parecía ser ante todo una medida de seguridad.

Pero la NEP desencadenó los elementos capitalistas en el país justo en el momento en que la dictadura del partido único dejaba al proletariado y a los campesinos trabajadores sin medios de defensa contra estas fuerzas capitalistas. La clase que ejerce la dictadura se ve privada de hecho de los derechos políticos más elementales», proclamó en 1922 el Grupo Comunista de Oposición «La Verdad Obrera». El Grupo Obrero, otra tendencia opositora, caracterizó la situación de la siguiente manera: La clase obrera está totalmente privada de derechos, los sindicatos son un instrumento ciego en manos de los funcionarios».

Ciertamente, esto no era lo que pedían los rebeldes de Kronstadt. Al contrario. Proponían medidas que habrían devuelto a la clase obrera y al campesinado trabajador su verdadero lugar en el nuevo régimen. Los bolcheviques sólo aplicaron las reivindicaciones menos importantes del programa de Kronstadt (¡las que ocupan el undécimo lugar en la resolución de los rebeldes!).

Ignoraron totalmente la demanda básica, ¡la demanda de democracia obrera!

Esta reivindicación, planteada en la resolución de Petropavlovsky, no era ni utópica ni peligrosa. Aquí discrepamos de Victor Serge. En *Revolution Proletarienne* (del 10 de septiembre de 1937) Serge afirmaba que «mientras los marineros estaban empeñados en un combate mortal, plantearon una reivindicación que, en ese momento concreto, era extremadamente peligrosa –aunque bastante genuina y sinceramente revolucionaria–: la reivindicación de soviets libremente elegidos... querían desencadenar un tornado de limpieza, pero en la práctica sólo habrían podido abrir las puertas a la contrarrevolución campesina, de la que se habrían aprovechado los blancos y la intervención extranjera... El Kronstadt insurgente no era contrarrevolucionario, pero su victoria habría conducido inevitablemente a la contrarrevolución». Contrariamente a la afirmación de Serge, creemos que las reivindicaciones políticas de los marineros estaban llenas de una profunda sabiduría política. No se derivaban de ninguna teoría abstracta, sino de una profunda conciencia de las condiciones de la vida rusa. No eran en absoluto contrarrevolucionarias.

*La opinión de Rosa Luxemburgo*

Vale la pena recordar lo que Rosa Luxemburgo, una personalidad política respetada en todo el mundo como gran militante socialista, había escrito sobre la falta de democracia en la dirección de la Revolución Rusa, ya en 1918.

»Es un hecho incontestable –escribió– que el gobierno de las amplias masas populares es inconcebible sin una libertad de prensa ilimitada, sin una libertad absoluta de reunión y de asociación... las gigantescas tareas que los bolcheviques han acometido con valor y resolución exigen la más intensa educación política de las masas y la acumulación de experiencia que es imposible sin libertad política. La libertad restringida a los que apoyan al Gobierno o a los miembros del Partido solamente, por muy numerosos que sean, no es una verdadera libertad. La libertad es siempre libertad para el que piensa diferente. Esto no es por fanatismo por la justicia abstracta, sino porque todo lo que es instructivo, saludable y limpiador en la libertad política depende de esto y porque la libertad política pierde su valor cuando la libertad se convierte en un privilegio.

Nunca hemos adorado el altar de la democracia formal –continuó. Siempre hemos distinguido entre el contenido social y la forma política de la democracia burguesa. La tarea histórica del proletariado tras su llegada al poder es sustituir la democracia burguesa por la democracia proletaria, no abolir toda democracia... La

dictadura (del proletariado) consiste en la forma de aplicar la democracia, no en su abolición. Debe ser la acción de la clase y no de una pequeña minoría, gestionando las cosas en nombre de la clase.... Si la vida política en todo el país es sofocada, la vida en los propios soviets se paralizará fatalmente. Sin elecciones generales, sin libertad ilimitada de prensa y de reunión, sin libre confrontación de opiniones, la vida se agotará en todas las instituciones públicas, o será sólo una vida falsa, donde la burocracia es el único elemento activo».

Nos hemos detenido en estas citas para mostrar que Rosa Luxemburgo, en sus declaraciones sobre la necesidad de la democracia, fue mucho más allá que los rebeldes de Kronstadt. Limitaron sus comentarios sobre la democracia a cuestiones de interés para el proletariado y el campesinado trabajador. Además, Rosa Luxemburg formuló sus críticas a la revolución rusa en 1918, en plena guerra civil, mientras que la resolución de Petropavlovsk se votó en un momento en que la lucha armada prácticamente había llegado a su fin.

¿Se atrevería alguien a acusar a Rosa, por sus críticas, de haber estado en connivencia con la burguesía internacional? ¿Por qué entonces se denuncian las reivindicaciones de los marineros de Kronstadt como «peligrosas» y que conducen inevitablemente a la contrarrevolución? ¿Acaso la evolución posterior de los acontecimientos no ha reivindicado ampliamente tanto a los rebeldes de Kronstadt como a Rosa Luxemburg? ¿No tenía razón Rosa Luxemburgo cuando

afirmaba que la tarea de la clase obrera era ejercer el poder de la clase obrera y no la dictadura de un partido o de una camarilla? Para Rosa Luxemburg el poder de la clase obrera se definía como «el logro en una contienda de la más amplia discusión, de la más activa e ilimitada participación de las masas populares en una democracia sin restricciones».

### *Una tercera revolución soviética*

Cuando plantearon sus demandas democráticas, los rebeldes de Kronstadt probablemente nunca habían oído hablar de los escritos de Rosa Luxemburgo. Sin embargo, sí habían oído hablar de la primera Constitución de la República Soviética, votada el 10 de julio de 1918 por el V Congreso de los Soviets de toda Rusia. Los artículos 13, 14, 15 y 16 de la Constitución aseguraban a todos los trabajadores ciertos derechos democráticos (libertad de culto, libertad de reunión, libertad sindical, libertad de prensa). Estos artículos pretendían impedir la asignación de privilegios especiales a algún grupo o partido específico (artículos 22 y 23).

La misma Constitución proclamaba que no se podía privar a ningún trabajador del derecho de sufragio activo o pasivo, siempre que cumpliera las condiciones estipuladas en los

artículos 64 y 65, es decir, siempre que no explotara el trabajo de otros o viviera de rentas distintas a las que había obtenido.

La reivindicación central de la insurrección de Kronstadt – todo el poder para los soviets (y no para el Partido)– se basaba de hecho en un artículo de la Constitución. Ésta proclamaba que todo el poder central y local estaría en adelante precisamente en manos de los soviets.

Desde el principio esta Constitución fue violada por los bolcheviques, o mejor dicho, sus disposiciones nunca fueron puestas en práctica. Vale la pena recordar que las críticas de Rosa Luxemburg fueron formuladas pocos meses después de la votación de esta nueva carta constitucional. Cuando en 1921 los marineros iban a insistir en una verdadera aplicación de los derechos que habían adquirido en 1918, fueron llamados «contrarrevolucionarios» y denunciados como «agentes de la burguesía internacional». Dieciséis años más tarde, Victor Serge diría que las reivindicaciones de los rebeldes habrían conducido necesariamente a la contrarrevolución. Esto demuestra lo profundas que eran las actitudes bolcheviques respecto a los peligros de la democracia.

Las leyes básicas de la República Soviética constituyen un resumen jurídico de la ideología de la Revolución de Octubre. Al final de la Guerra Civil, estas ideas habían retrocedido tanto que habría sido necesaria una tercera

revolución para reinstaurarlas y aplicarlas en la vida cotidiana. A esto se referían los rebeldes de Kronstadt cuando hablaban de la Tercera Revolución. En la *Izvestia* de Kronstadt del 8 de marzo escribieron: «En Kronstadt se ha puesto la primera piedra de la Tercera Revolución. Ésta romperá las últimas cadenas que aún atan a las masas trabajadoras y abrirá nuevos caminos de creación socialista».

No sabemos si hubiera sido posible salvar las conquistas de octubre con métodos democráticos. No sabemos si la situación económica del país y su carácter marcadamente campesino eran realmente adecuados para el primer intento de construcción del socialismo. Estos problemas deben ser discutidos. Pero la tarea de quienes buscan la verdad es proclamar los hechos sin adornos. No es suficiente con tomar un aire soberbiamente científico para explicar los fenómenos históricos.

Cuando Trotsky trató de explicar el desarrollo de la burocracia que había estrangulado toda la vida real en las instituciones del Estado soviético, no encontró ninguna dificultad para esbozar su concepción. En *La revolución traicionada* afirma que una de las causas importantes fue el hecho de que los oficiales desmovilizados del Ejército Rojo habían llegado a ocupar puestos de dirección en los soviets locales y habían introducido en ellos métodos militares, en un momento en que el proletariado estaba agotado tras la prolongada agitación revolucionaria. Esto, evidentemente,

condujo al nacimiento de la burocracia. Trotsky omite recordar cómo él mismo trató de introducir precisamente estos métodos en los sindicatos. ¿Fue para ahorrarle al proletariado más fatiga? Y si el proletariado estaba tan agotado, ¿cómo es que todavía era capaz de hacer huelgas generales prácticamente totales en las ciudades más grandes y más industrializadas? Y si el Partido seguía siendo realmente la fuerza motriz de la revolución social, ¿cómo es que no ayudó al proletariado en la lucha contra la naciente, pero ya poderosa, burocracia, en lugar de abatir a los trabajadores, en un momento en que su energía había sido minada por tres años de guerra imperialista seguidos de tres años de guerra civil?

¿Por qué el Partido Comunista se identificó con el Estado autoritario? La respuesta es que el Partido ya no era revolucionario. Ya no era proletario. Y esto es precisamente lo que los hombres de Kronstadt achacaban al Partido. Su mérito es haber dicho todo esto en 1921 –cuando aún era posible cambiar la situación– y no haber esperado 15 años, cuando la derrota ya era irrevocable.

La burocracia es casi un sello hereditario en Rusia. Es tan antigua como el propio Estado ruso. Los bolcheviques en el poder no sólo heredaron la propia burocracia zarista, sino su propio espíritu. Su propia atmósfera. Deberían haberse dado cuenta de que a medida que el Estado ampliaba sus funciones para abarcar los asuntos económicos, a medida que se convertía en el propietario de todas las riquezas

naturales y de la industria, surgía el peligro inmediato del renacimiento y el rápido desarrollo de la mentalidad burocrática.

Un médico que trata a un paciente con una mala herencia tiene en cuenta esto y aconseja ciertas precauciones. ¿Qué precauciones tomaron los bolcheviques para combatir las tendencias burocráticas que eran evidentes, en los primeros años de la Revolución? ¿Qué otros métodos podían emplear que no fueran dejar que una poderosa corriente de aire democrático soplara en todo el ambiente, y fomentar un control riguroso y eficaz por parte de las masas trabajadoras?

Es cierto que se preveía alguna forma de control. El problema era que el Comisariado de Inspección Obrera y Campesina iba a confiar este control al mismo tipo de burócrata cuyo poder pretendía frustrar. No hay que buscar mucho para encontrar las causas de la burocratización. Sus raíces se encuentran profundamente en el concepto bolchevique del Estado comandado y controlado por un único Partido, organizado a su vez según líneas absolutistas y burocráticas. Por supuesto, estas causas se vieron agravadas por las propias tradiciones burocráticas de Rusia.

Es un error culpar al campesinado de la derrota de la Revolución y de su degeneración en un régimen burocrático. Sería demasiado fácil explicar todas las dificultades de Rusia por el carácter agrario de su economía. Algunos parecen

decir al mismo tiempo que la revuelta de Kronstadt contra la burocracia fue una revuelta campesina y que la propia burocracia era de origen campesino. Con semejante concepto del papel del campesinado cabe preguntarse cómo se atrevieron los bolcheviques a defender la idea de la revolución socialista. ¿Cómo se atrevieron a luchar por ella en un país agrario?

Algunos afirman que los bolcheviques se permitieron tales acciones (como la supresión de Kronstadt) con la esperanza de una próxima revolución mundial, de la que se consideraban la vanguardia. Pero, ¿no habría influido el espíritu de la Revolución Rusa en una revolución en otro país? Cuando uno considera la enorme autoridad moral de la Revolución Rusa en todo el mundo, puede preguntarse si las desviaciones de esta Revolución no habrían dejado eventualmente una huella en otros países. Muchos hechos históricos permiten emitir tal juicio. Uno puede reconocer la imposibilidad de una auténtica construcción socialista en un solo país, pero tener dudas sobre si las deformaciones burocráticas del régimen bolchevique se habrían enderezado con los vientos provenientes de las revoluciones en otros países.

La experiencia fascista en países como Alemania demuestra que un estado avanzado de desarrollo capitalista es una garantía insuficiente contra el crecimiento de las tendencias absolutistas y autocráticas. Aunque no es éste el lugar para explicar el fenómeno, debemos señalar la

poderosa ola de autoritarismo que proviene de los países económicamente avanzados y que amenaza con engullir las viejas ideas y tradiciones. Es incontestable que el bolchevismo está moralmente relacionado con este talante absolutista. De hecho, sentó un precedente para las tendencias posteriores. Nadie puede asegurar que si se hubiera producido otra revolución en otro lugar después de la de Rusia, el bolchevismo se hubiera democratizado. Podría haber revelado de nuevo sus rasgos absolutistas.

¿No había peligros reales en la vía democrática? ¿No había razón para temer las influencias reformistas en los soviets, si se hubiera dado rienda suelta a la democracia? Aceptamos que era un peligro real. Pero no era un peligro mayor que el que inevitablemente seguía a la dictadura incontrolada de un partido único, cuyo secretario general era ya Stalin [233].

Se nos dice que el país estaba al límite, que había perdido su capacidad de resistencia. Es cierto que el país estaba cansado de la guerra. Pero, por otra parte, estaba lleno de fuerzas constructivas, que buscaban ardientemente aprender y educarse. Al final de la Guerra Civil se produjo una oleada de obreros y campesinos hacia las escuelas, las universidades obreras y los institutos de enseñanza técnica. ¿No era este anhelo el mejor testimonio de la vitalidad y la resistencia de estas clases? En un país con un altísimo nivel de analfabetismo, esa educación podría haber ayudado mucho a las masas trabajadoras en el ejercicio genuino del poder real.

Pero, por su propia esencia, una dictadura destruye las capacidades creativas de un pueblo. A pesar de los indudables intentos del Gobierno por educar a los trabajadores, la educación pronto se convirtió en un privilegio de los miembros del Partido leales a la facción dirigente. A partir de 1921, las facultades obreras y los centros de enseñanza superior fueron purgados de sus elementos más independientes. Este proceso se aceleró con el desarrollo de las tendencias de oposición dentro del Partido. El intento de una auténtica educación de masas se vio cada vez más comprometido. El deseo de Lenin de que cada cocinero fuera capaz de gobernar el Estado era cada vez más improbable.

La conquista revolucionaria sólo podía profundizarse mediante una auténtica participación de las masas. Cualquier intento de sustituir esas masas por una «élite» sólo podía ser profundamente reaccionario.

En 1921 la Revolución Rusa se encontraba en una encrucijada. La vía democrática o la dictatorial, esa era la cuestión. Al agrupar la democracia burguesa y la proletaria, los bolcheviques condenaban de hecho ambas. Pretendían construir el socialismo desde arriba, mediante hábiles maniobras del Estado Mayor Revolucionario. A la espera de una revolución mundial que no estaba a la vuelta de la esquina, construyeron una sociedad capitalista de Estado, en la que la clase obrera ya no tenía derecho a tomar las decisiones que le concernían más íntimamente.

Lenin no fue el único que percibió que la rebelión de Kronstadt era un desafío a este plan. Tanto él como los bolcheviques eran plenamente conscientes de que lo que estaba en juego era el monopolio de su Partido. Kronstadt podría haber abierto el camino a una auténtica democracia proletaria, incompatible con el monopolio del poder del Partido. Por eso Lenin prefirió destruir Kronstadt. Eligió un camino innoble pero seguro: la calumnia de que Kronstadt era aliado de la burguesía y de la contrarrevolución agraria.

Cuando Kouzmin, Comisario de la Flota del Báltico, había declarado en la reunión de Kronstadt del 2 de marzo que los bolcheviques no entregarían el poder sin luchar, estaba diciendo la verdad. Lenin debió reírse de este comisario que obviamente no entendía el ABC de la moral o la táctica bolchevique. Política y moralmente había que destruir al adversario, no discutir con él con argumentos reales. Y destruir a sus oponentes revolucionarios es exactamente lo que hizo el gobierno bolchevique.

Los rebeldes de Kronstadt eran una masa gris y amorfa. Pero tales masas muestran ocasionalmente un increíble nivel de conciencia política. Si hubiera habido entre ellos un número de hombres con una comprensión política «más elevada», la insurrección bien podría no haber tenido lugar, ya que esos hombres habrían comprendido, en primer lugar, que las demandas de los rebeldes estaban en flagrante conflicto con la política del Kremlin y, en segundo lugar, que, en ese momento particular, el gobierno se sentía lo

suficientemente firme en la silla de montar como para derribar, sin piedad ni misericordia, cualquier tendencia que se atreviera a oponerse seriamente a sus puntos de vista o planes.

Los hombres de Kronstadt eran sinceros pero ingenuos. Creyendo en la justicia de su causa, no previeron la táctica de sus adversarios. Esperaron la ayuda del resto del país, cuyas demandas sabían que estaban expresando. Perdieron de vista que el resto del país estaba ya bajo el férreo control de una dictadura que ya no permitía al pueblo la libre expresión de sus deseos ni la libre elección de sus instituciones.

La gran discusión ideológica y política –entre «realistas» y «soñadores», entre «socialistas científicos» y la «volnitza revolucionaria»– se libró con las armas en la mano. Terminó, en 1921, con la derrota política y militar de los «soñadores». Pero Stalin iba a demostrar al mundo entero que esta derrota era también la derrota del socialismo, en una sexta parte de la superficie de la tierra.

# LA LUCHA CONTRA EL FASCISMO COMIENZA CON LA LUCHA CONTRA EL BOLCHEVISMO

**Otto Ruhle**

*De American councilist journal Living Marxism (Vol. 4, No. 8, 1939). Parece basarse en un texto mucho más largo, parte del cual fue publicado en francés como «Fascisme Brun, Fascisme Rouge» por Spartacus en 1975 (Série B–No 63). Es una parte de un texto aún más largo en alemán llamado «Weltkrieg–Weltfaschismus–Weltrevolution».*

I.

Rusia debe situarse en primer lugar entre los nuevos estados totalitarios. Fue la primera en adoptar el principio

del nuevo Estado. Fue la que más lejos llegó en su aplicación. Fue la primera en establecer una dictadura constitucional, junto con el sistema de terror político y administrativo que la acompaña. Adoptando todos los rasgos del Estado total, se convirtió en el modelo para aquellos otros países que se vieron obligados a eliminar el sistema de Estado democrático y a cambiar a un gobierno dictatorial. Rusia fue el ejemplo para el fascismo.

No se trata de un accidente, ni de una mala broma de la historia. La duplicación de sistemas aquí no es aparente sino real. Todo apunta a que se trata aquí de expresiones y consecuencias de principios idénticos aplicados a diferentes niveles de desarrollo histórico y político. Les guste o no a los «comunistas» de partido, el hecho es que el orden y el gobierno del Estado en Rusia son indistinguibles de los de Italia y Alemania. Esencialmente son iguales. Se puede hablar de un «estado soviético» rojo, negro o marrón, así como de un fascismo rojo, negro o marrón. Aunque existen ciertas diferencias ideológicas entre estos países, la ideología nunca es lo más importante. Las ideologías, además, son cambiantes y tales cambios no reflejan necesariamente el carácter y las funciones del aparato estatal. Además, el hecho de que la propiedad privada siga existiendo en Alemania e Italia es sólo una modificación de importancia secundaria. La abolición de la propiedad privada por sí sola no garantiza el socialismo. La propiedad privada dentro del capitalismo también puede ser abolida. Lo que realmente

determina una sociedad socialista es, además de la supresión de la propiedad privada en los medios de producción, el control de los trabajadores sobre los productos de su trabajo y el fin del sistema salarial. Ambos logros no se han cumplido en Rusia, al igual que en Italia y Alemania. Aunque algunos pueden suponer que Rusia está un paso más cerca del socialismo que los otros países, no se deduce que su «estado soviético» haya ayudado al proletariado internacional a acercarse de alguna manera a sus objetivos de lucha de clases. Por el contrario, como Rusia se autodenomina Estado socialista, miente y engaña a los trabajadores del mundo. El obrero pensante sabe lo que es el fascismo y lo combate, pero en lo que respecta a Rusia, se inclina demasiado a menudo a aceptar el mito de su naturaleza socialista. Este engaño impide una ruptura completa y decidida con el fascismo, porque obstaculiza la lucha principal contra las razones, las condiciones previas y las circunstancias que en Rusia, como en Alemania e Italia, han conducido a un sistema estatal y gubernamental idéntico. Así, el mito ruso se convierte en un arma ideológica de la contrarrevolución.

No es posible que los hombres sirvan a dos amos. Tampoco puede hacerlo un Estado totalitario. Si el fascismo sirve a los intereses capitalistas e imperialistas, no puede servir a las necesidades de los trabajadores. Si, a pesar de esto, dos clases aparentemente opuestas favorecen el mismo sistema estatal, es obvio que algo debe estar mal. Una u otra clase

debe estar en un error. Nadie debe decir aquí que el problema es meramente de forma y, por tanto, sin importancia real, que, aunque las formas políticas sean idénticas, su contenido puede variar ampliamente. Esto sería un autoengaño. Para el marxista tales cosas no ocurren; para él la forma y el contenido encajan el uno con el otro y no pueden divorciarse. Ahora bien, si el Estado soviético sirve de modelo al fascismo, debe contener elementos estructurales y funcionales que también son comunes al fascismo. Para determinar cuáles son debemos volver al «sistema soviético» tal y como lo estableció el leninismo, que es la aplicación de los principios del bolchevismo a las condiciones rusas. Y si se puede establecer una identidad entre el bolchevismo y el fascismo, entonces el proletariado no puede luchar al mismo tiempo contra el fascismo y defender el «sistema soviético» ruso. Por el contrario, la lucha contra el fascismo debe comenzar con la lucha contra el bolchevismo.

## II.

Desde el principio el bolchevismo fue para Lenin un fenómeno puramente ruso. Durante los muchos años de su actividad política, nunca intentó elevar el sistema bolchevique a las formas de lucha de otros países. Era un socialdemócrata que veía en Bebel y Kautsky a los líderes geniales de la clase obrera, e ignoró al ala izquierda del

movimiento socialista alemán que luchaba contra estos héroes de Lenin y contra todos los demás oportunistas. Ignorándolos, permaneció en un consistente aislamiento rodeado de un pequeño grupo de emigrantes rusos, y continuó bajo el dominio de Kautsky incluso cuando la «izquierda» alemana, bajo la dirección de Rosa Luxemburg, ya estaba comprometida en una lucha abierta contra el kautskismo.

A Lenin sólo le preocupaba Rusia. Su objetivo era el fin del sistema feudal zarista y la conquista de la mayor cantidad de influencia política para su partido socialdemócrata dentro de la sociedad burguesa. Sin embargo, se dio cuenta de que sólo podría mantenerse en el poder e impulsar el proceso de socialización si era capaz de desencadenar la revolución mundial de los trabajadores. Pero su propia actividad en este sentido fue bastante desgraciada. Al ayudar a hacer retroceder a los trabajadores alemanes a los partidos, los sindicatos y el parlamento, y mediante la destrucción del movimiento de los consejos (soviets) alemanes, los bolcheviques contribuyeron a la derrota de la revolución europea que estaba despertando.

El Partido Bolchevique, compuesto por revolucionarios profesionales, por un lado, y por grandes masas atrasadas, por otro, quedó aislado. No pudo desarrollar un verdadero sistema soviético en los años de guerra civil, intervención, declive económico, experimentos de socialización fallidos y el improvisado Ejército Rojo. Aunque los soviets,

desarrollados por los mencheviques y los anarquistas, no encajaban en el esquema bolchevista, fue con su ayuda que los bolcheviques llegaron al poder. Con la estabilización del poder y el proceso de reconstrucción económica, el Partido Bolchevique no supo coordinar el extraño sistema de los soviets con sus propias decisiones y actividades. Sin embargo, el socialismo era también el deseo de los bolcheviques, y necesitaba del proletariado mundial para su realización.

Lenin consideraba esencial ganar a los trabajadores del mundo para los métodos bolcheviques. Era preocupante que los obreros de otros países, a pesar del gran triunfo del bolchevismo, mostraran poca inclinación a aceptar para sí la teoría y la práctica bolcheviques, sino que se inclinaran más bien por el movimiento de los consejos, que surgió en varios países, y especialmente en Alemania.

Este movimiento consejista no pudo ser utilizado por Lenin en Rusia. En otros países europeos mostró fuertes tendencias a oponerse a los levantamientos de tipo bolchevique. A pesar de la tremenda propaganda de Moscú en todos los países, los llamados «ultraizquierdistas», como señaló el propio Lenin, agitaron con más éxito la revolución sobre la base del movimiento de los consejos, que todos los propagandistas enviados por el Partido Bolchevique. El Partido Comunista, tras el bolchevismo, seguía siendo un grupo pequeño, histérico y ruidoso formado en gran parte por los jirones proletarizados de la burguesía, mientras que

el movimiento concejil ganaba en fuerza proletaria real y atraía a los mejores elementos de la clase obrera. Para hacer frente a esta situación, había que aumentar la propaganda bolchevique; había que atacar a la «ultraizquierda»; había que destruir su influencia en favor del bolchevismo.

Puesto que el sistema soviético había fracasado en Rusia, ¿cómo podía la «competencia» radical atreverse a intentar demostrar al mundo que lo que no podía realizar el bolchevismo en Rusia podía muy bien realizarse independientemente del bolchevismo en otros lugares? Contra esta competencia, Lenin escribió su panfleto «El radicalismo, una enfermedad infantil del comunismo», dictado por el miedo a perder el poder y por la indignación ante el éxito de los herejes. Al principio este panfleto apareció con el subtítulo «Intento de exposición popular de la estrategia y la táctica marxianas», pero más tarde se eliminó esta declaración demasiado ambiciosa y tonta. Era demasiado. Esta bula agresiva, burda y odiosa era un verdadero material para cualquier contrarrevolucionario. De todas las declaraciones programáticas del bolchevismo era la más reveladora de su verdadero carácter. Es el bolchevismo desenmascarado. Cuando en 1933 Hitler suprimió toda la literatura socialista y comunista en Alemania, se permitió la publicación y distribución del panfleto de Lenin.

En cuanto al contenido del folleto, no nos interesa aquí lo que dice en relación con la Revolución Rusa, la historia del bolchevismo, la polémica entre el bolchevismo y otras

corrientes del movimiento obrero, o las circunstancias que permitieron la victoria bolchevique, sino únicamente los puntos principales por los que, en el momento de la discusión entre Lenin y el «ultraizquierdismo», se ilustraron las diferencias decisivas entre los dos adversarios.

### III.

El Partido Bolchevique, originalmente la sección socialdemócrata rusa de la Segunda Internacional, no se construyó en Rusia sino durante la emigración. Tras la escisión de Londres en 1903, el ala bolchevique de la socialdemocracia rusa no era más que una pequeña secta. Las «masas» que la respaldaban sólo existían en el cerebro de su líder. Sin embargo, esta pequeña avanzadilla era una organización estrictamente disciplinada, siempre lista para las luchas militantes y continuamente depurada para mantener su integridad. El partido se consideraba la academia de guerra de los revolucionarios profesionales. Sus requisitos pedagógicos más destacados eran la autoridad incondicional del líder, el centralismo rígido, la disciplina de hierro, la conformidad, la militancia y el sacrificio de la personalidad por los intereses del partido. Lo que Lenin desarrolló en realidad fue una élite de intelectuales, un centro que, cuando se lanzara a la revolución, capturaría el liderazgo y asumiría el poder. Es inútil tratar de determinar lógicamente y abstractamente si este tipo de preparación para la

revolución es correcto o incorrecto. El problema tiene que ser resuelto dialécticamente. También hay que plantear otras cuestiones: ¿Qué tipo de revolución se estaba preparando? ¿Cuál era el objetivo de la revolución?

El partido de Lenin trabajó dentro de la tardía revolución burguesa en Rusia para derrocar el régimen feudal del zarismo. Cuanto más centralizada fuera la voluntad del partido dirigente en una revolución de este tipo y más firme fuera su decisión, más éxito acompañaría al proceso de formación del Estado burgués y más prometedora sería la posición de la clase proletaria en el marco del nuevo Estado. Sin embargo, lo que puede considerarse como una solución feliz de los problemas revolucionarios en una revolución burguesa no puede pronunciarse al mismo tiempo como una solución para la revolución proletaria. La diferencia estructural decisiva entre la sociedad burguesa y la nueva sociedad socialista excluye tal actitud.

Según el método revolucionario de Lenin, los dirigentes aparecen como la cabeza de las masas. Al poseer la debida formación revolucionaria, son capaces de comprender las situaciones y de dirigir y mandar las fuerzas combatientes. Son revolucionarios profesionales, los generales del gran ejército civil. Esta distinción entre cabeza y cuerpo, intelectuales y masas, oficiales y soldados rasos, corresponde a la dualidad de la sociedad de clases, al orden social burgués. Una clase está educada para gobernar; la otra para ser gobernada. De esta vieja fórmula de clase surgió el

concepto de partido de Lenin. Su organización es sólo una réplica de la realidad burguesa. Su revolución está determinada objetivamente por las fuerzas que crean un orden social que incorpora estas relaciones de clase, independientemente de los objetivos subjetivos que acompañan este proceso.

Quien quiera tener un orden burgués encontrará en el divorcio entre líder y masas, entre avanzadilla y clase obrera, la preparación estratégica adecuada para la revolución. Cuanto más inteligente, instruida y superior sea la dirección y cuanto más disciplinadas y obedientes sean las masas, más posibilidades de éxito tendrá esa revolución. Al aspirar a la revolución burguesa en Rusia, el partido de Lenin era el más adecuado para su objetivo.

Sin embargo, cuando la revolución rusa cambió su carácter, cuando sus rasgos proletarios pasaron a primer plano, los métodos tácticos y estratégicos de Lenin dejaron de tener valor. Si triunfó de todos modos no fue gracias a su avanzadilla, sino al movimiento de los soviets, que no había sido incorporado en absoluto a sus planes revolucionarios. Y cuando Lenin, tras el éxito de la revolución realizada por los soviets, prescindió de nuevo de este movimiento, también se prescindió de todo lo que había sido proletario en la Revolución Rusa. El carácter burgués de la Revolución pasó de nuevo a primer plano, encontrando su culminación natural en el estalinismo.

A pesar de su gran preocupación por la dialéctica marxiana, Lenin no fue capaz de ver los procesos históricos sociales de forma dialéctica. Su pensamiento siguió siendo mecanicista, siguiendo reglas rígidas. Para él sólo había un partido revolucionario –el suyo–; sólo una revolución –la rusa–; sólo un método –el bolchevique–. Y lo que había funcionado en Rusia funcionaría también en Alemania, Francia, América, China y Australia. Lo que era correcto para la revolución burguesa en Rusia lo sería también para la revolución mundial proletaria. La aplicación monótona de una fórmula ya descubierta se movía en un círculo egocéntrico que no era perturbado por el tiempo y las circunstancias, los grados de desarrollo, las normas culturales, las ideas y los hombres. En Lenin salió a la luz con gran claridad el imperio de la era de las máquinas en la política; él era el «técnico», el «inventor» de la revolución, el representante de la voluntad omnipotente del líder. Todas las características fundamentales del fascismo estaban en su doctrina, su estrategia, su «planificación» social y su arte en el trato con los hombres. No pudo ver el profundo significado revolucionario del rechazo de la política tradicional del partido por parte de la izquierda. No pudo comprender la importancia real del movimiento soviético para la orientación socialista de la sociedad. Nunca aprendió a conocer los requisitos previos para la liberación de los trabajadores. La autoridad, la dirección, la fuerza, ejercida por un lado, y la organización, los cuadros, la subordinación por otro, tal era su línea de razonamiento. Disciplina y

dictadura son las palabras más frecuentes en sus escritos. Es comprensible, pues, que no pudiera comprender ni apreciar las ideas y acciones de la «ultraizquierda», que no aceptaba su estrategia y que exigía lo más obvio y necesario para la lucha revolucionaria por el socialismo, a saber, que los trabajadores tomaran de una vez por todas su destino en sus propias manos.

#### IV.

Tomar su destino en sus propias manos –esta palabra clave para todas las cuestiones del socialismo– era la verdadera cuestión en todas las polémicas entre los ultraizquierdistas y los bolcheviques. El desacuerdo sobre la cuestión del partido era paralelo al desacuerdo sobre el sindicalismo. La ultraizquierda opinaba que ya no había lugar para los revolucionarios en los sindicatos; que era más bien necesario que desarrollaran sus propias formas organizativas dentro de las fábricas, los lugares de trabajo comunes. Sin embargo, gracias a su inmerecida autoridad, los bolcheviques habían sido capaces, incluso en las primeras semanas de la revolución alemana, de hacer retroceder a los trabajadores a los sindicatos reaccionarios capitalistas. Para combatir a los ultraizquierdistas, para denunciarlos como estúpidos y contrarrevolucionarios, Lenin en su panfleto hace uso una vez más de sus fórmulas mecanicistas. En sus argumentos contra la posición de la izquierda no se refiere a los sindicatos

alemanes, sino a las experiencias sindicales de los bolcheviques en Rusia. Que en sus inicios los sindicatos fueron de gran importancia para la lucha de clases proletaria es un hecho generalmente aceptado. Los sindicatos en Rusia eran jóvenes y justificaban el entusiasmo de Lenin. Sin embargo, la situación era diferente en otras partes del mundo. Útiles y progresistas en sus comienzos, los sindicatos de los países capitalistas más antiguos se habían convertido en obstáculos en el camino de la liberación de los trabajadores. Se habían convertido en instrumentos de la contrarrevolución, y la izquierda alemana sacó sus conclusiones de esta nueva situación.

El propio Lenin no pudo evitar declarar que en el transcurso del tiempo se había desarrollado una capa de una «aristocracia del trabajo estrictamente sindicalista, de orientación imperialista, arrogante, vana, estéril, egoísta, pequeñoburguesa, sobornada y desmoralizada». Este gremio de la corrupción, esta dirección gansteril, gobierna hoy el movimiento sindical mundial y vive a costa de los trabajadores. De este movimiento sindical hablaba la ultraizquierda cuando exigía que los trabajadores lo abandonaran. Lenin, sin embargo, respondió demagógicamente señalando al joven movimiento sindical de Rusia, que aún no tenía el carácter de los sindicatos largamente establecidos en otros países. Empleando una experiencia específica en un periodo determinado y bajo circunstancias particulares, pensó que era posible extraer de

ella conclusiones de aplicación mundial. El revolucionario, argumentaba, debe estar siempre donde están las masas. Pero, en realidad, ¿dónde están las masas? ¿En las oficinas de los sindicatos? ¿En las reuniones de los afiliados? ¿En las reuniones secretas de la dirección con los representantes capitalistas? No, las masas están en las fábricas, en sus lugares de trabajo; y allí es necesario efectuar su cooperación y fortalecer su solidaridad. La organización de fábrica, el sistema de consejos, es la verdadera organización de la revolución, que debe sustituir a todos los partidos y sindicatos.

En las organizaciones de fábrica no hay lugar para la dirección profesional, no hay divorcio entre los dirigentes y los seguidores, no hay distinción de castas entre los intelectuales y las bases, no hay terreno para el egoísmo, la competencia, la desmoralización, la corrupción, la esterilidad y el filisteísmo. Aquí los trabajadores deben tomar su suerte en sus manos.

Pero Lenin pensaba de otra manera. Quería preservar los sindicatos; cambiarlos desde dentro; eliminar a los funcionarios socialdemócratas y sustituirlos por funcionarios bolcheviques; sustituir una burocracia mala por una buena. La mala crece en la socialdemocracia; la buena en el bolchevismo.

Mientras tanto, veinte años de experiencia han demostrado la idiotez de tal concepto. Siguiendo el consejo

de Lenin, los comunistas han probado todos y cada uno de los métodos para reformar los sindicatos. El resultado ha sido nulo. El intento de formar sus propios sindicatos fue igualmente nulo. La competencia entre el trabajo sindical socialdemócrata y el bolchevique fue una competencia en la corrupción. Las energías revolucionarias de los trabajadores se agotaron en este mismo proceso.

En lugar de concentrarse en la lucha contra el fascismo, los trabajadores se dedicaron a una experimentación sin sentido y sin resultados en interés de diversas burocracias. Las masas perdieron la confianza en sí mismas y en «sus» organizaciones. Se sintieron engañadas y traicionadas. Los métodos del fascismo, para dictar cada paso de los trabajadores, para impedir el despertar de la autoiniciativa, para sabotear todo comienzo de conciencia de clase, para desmoralizar a las masas mediante innumerables derrotas y hacerlas impotentes, todos estos métodos ya se habían desarrollado en los veinte años de trabajo en los sindicatos de acuerdo con los principios bolcheviques. La victoria del fascismo fue tan fácil porque los dirigentes obreros de los sindicatos y de los partidos habían preparado para ellos el material humano capaz de encajar en el esquema fascista.

También en la cuestión del parlamentarismo, Lenin aparece en el papel de defensor de una institución política decadente que se había convertido en un obstáculo para el desarrollo político ulterior y en un peligro para la emancipación proletaria. Los ultraizquierdistas combatieron el parlamentarismo en todas sus formas. Se negaban a participar en las elecciones y no respetaban las decisiones parlamentarias. Lenin, sin embargo, puso mucho empeño en las actividades parlamentarias y les dio mucha importancia. La ultraizquierda declaró históricamente pasado el parlamentarismo incluso como tribuna de agitación, y no vio en él más que una fuente continua de corrupción política tanto para los parlamentarios como para los trabajadores. Embotó la conciencia y la consistencia revolucionaria de las masas creando ilusiones de reformas legalistas, y en ocasiones críticas el parlamento se convirtió en un arma de contrarrevolución. Había que destruirlo o, cuando no era posible otra cosa, sabotearlo. Había que luchar contra la tradición parlamentaria, que seguía desempeñando un papel en la conciencia proletaria.

Para lograr el efecto contrario, Lenin operó con el truco de hacer una distinción entre las instituciones histórica y políticamente pasadas. Ciertamente, argumentaba, el parlamentarismo era históricamente obsoleto, pero no lo era políticamente, y había que contar con él. Habría que participar porque todavía desempeñaba un papel político.

¡Qué argumento! También el capitalismo es sólo histórica y no políticamente obsoleto. Según la lógica de Lenin, entonces no es posible luchar contra el capitalismo de manera revolucionaria. Más bien habría que encontrar un compromiso. El oportunismo, el regateo, el tira y afloja político, sería la consecuencia de la táctica de Lenin. La monarquía, además, sólo está superada histórica pero no políticamente. Según Lenin, los trabajadores no tendrían derecho a eliminarla, sino que estarían obligados a encontrar una solución de compromiso. Lo mismo ocurriría con la iglesia, también sólo histórica pero no políticamente superada. Además, el pueblo pertenece en grandes masas a la iglesia. Como revolucionario, Lenin señaló que había que estar donde están las masas. La coherencia le obligaría a decir: «¡Entrad en la Iglesia; es vuestro deber revolucionario!». Por último, está el fascismo. Un día, también, el fascismo será históricamente antedatado pero políticamente seguirá existiendo. ¿Qué hay que hacer entonces? Aceptar el hecho y llegar a un compromiso con el fascismo. Según el razonamiento de Lenin, un pacto entre Stalin e Hitler sólo ilustraría que Stalin es realmente el mejor discípulo de Lenin. Y no será en absoluto sorprendente que en un futuro próximo los agentes bolcheviques aclamen el pacto entre Moscú y Berlín como la única táctica revolucionaria real.

La posición de Lenin sobre la cuestión del parlamentarismo es sólo una ilustración adicional de su incapacidad para

comprender las necesidades y características esenciales de la revolución proletaria. Su revolución es totalmente burguesa; es una lucha por la mayoría, por los puestos de gobierno, por el control de la máquina de la ley.

En realidad, consideraba importante ganar el mayor número posible de votos en las campañas electorales, tener una fuerte fracción bolchevique en los parlamentos, ayudar a determinar la forma y el contenido de la legislación, participar en el gobierno político. No se dio cuenta en absoluto de que hoy el parlamentarismo es un mero farol, una ilusión vacía, y que el poder real de la sociedad burguesa descansa en lugares completamente diferentes; que a pesar de todas las posibles derrotas parlamentarias, la burguesía seguiría teniendo a mano medios suficientes para hacer valer su voluntad e intereses en ámbitos no parlamentarios. Lenin no vio los efectos desmoralizadores del parlamentarismo sobre las masas, no se dio cuenta del envenenamiento de la moral pública por la corrupción parlamentaria. Sobornados, comprados y acobardados, los políticos parlamentarios temían por sus ingresos. Hubo una época en la Alemania prefascista en la que los reaccionarios del parlamento eran capaces de aprobar cualquier ley deseada simplemente amenazando con provocar la disolución del parlamento. No había nada más terrible para los políticos parlamentarios que esa amenaza, que implicaba el fin de sus fáciles ingresos. Para evitar tal fin, dirían que sí a cualquier cosa. ¿Y cómo es hoy en Alemania, en Rusia, en

Italia? Los parlamentarios no tienen opinión, ni voluntad, y no son más que servidores voluntarios de sus amos fascistas.

No cabe duda de que el parlamentarismo está totalmente degenerado y corrompido. Pero, ¿por qué el proletariado no detuvo este deterioro de un instrumento político que antes había sido utilizado para sus fines?

Acabar con el parlamentarismo mediante un acto revolucionario heroico habría sido mucho más útil y educativo para la conciencia proletaria que el miserable teatro en el que ha terminado el parlamentarismo en la sociedad fascista. Pero tal actitud era totalmente ajena a Lenin, como lo es hoy a Stalin. A Lenin no le preocupaba la liberación de los trabajadores de su esclavitud mental y física; no le preocupaba la falsa conciencia de las masas y su autoalienación humana. Para él, todo el problema era ni más ni menos que un problema de poder. Al igual que un burgués, pensaba en términos de ganancias y pérdidas, más o menos, de créditos y débitos; y todos sus cálculos de tipo empresarial se refieren únicamente a cosas externas: cifras de afiliación, número de votos, escaños en los parlamentos, posiciones de control. Su materialismo es un materialismo burgués, que trata de mecanismos, no de seres humanos. No es capaz de pensar en términos socio-históricos. Para él, el parlamento es el parlamento; un concepto abstracto en el vacío, que tiene el mismo significado en todas las naciones, en todos los tiempos. Ciertamente reconoce que el parlamento pasa por diferentes etapas, y lo señala en sus

discusiones, pero no utiliza su propio conocimiento en su teoría y práctica. En sus polémicas pro-parlamentarias se esconde detrás de los primeros parlamentos capitalistas en la etapa ascendente del capitalismo, para no quedarse sin argumentos. Y si ataca a los viejos parlamentos, lo hace desde el punto de vista de los jóvenes y largamente superados. En resumen, decide que la política es el arte de lo posible. Sin embargo, la política para los trabajadores es el arte de la revolución.

## VI.

Queda por tratar la posición de Lenin sobre la cuestión de los compromisos. Durante la guerra mundial, la socialdemocracia alemana se vendió a la burguesía. Sin embargo, muy en contra de su voluntad, heredó la revolución alemana. Esto fue posible en gran medida gracias a la ayuda de Rusia, que hizo su parte para acabar con el movimiento consejista alemán. El poder que había caído en el regazo de la socialdemocracia no sirvió para nada. La socialdemocracia se limitó a renovar su vieja política de colaboración de clases, satisfecha con compartir el poder sobre los trabajadores con la burguesía en el periodo de reconstrucción del capitalismo. Los obreros radicales alemanes contrarrestaron esta traición con esta consigna: «Ningún compromiso con la contrarrevolución». Aquí había un caso concreto, una situación específica, que exigía una

decisión clara. Lenin, incapaz de reconocer las verdaderas cuestiones en juego, hizo de esta cuestión concreta y específica un problema general. Con el aire de un general y la infalibilidad de un cardenal, trató de persuadir a los ultraizquierdistas de que los compromisos con los oponentes políticos en todas las condiciones son un deber revolucionario. Si hoy se leen los pasajes del panfleto de Lenin que tratan de los compromisos, uno se siente inclinado a comparar las observaciones de Lenin en 1920 con la actual política de compromisos de Stalin. No hay un solo pecado mortal de la teoría bolchevique que no se haya convertido en realidad bolchevique bajo Lenin.

Según Lenin, los ultraizquierdistas deberían haber estado dispuestos a firmar el Tratado de Versalles. Sin embargo, el Partido Comunista, siempre de acuerdo con Lenin, llegó a un compromiso y protestó contra el Tratado de Versalles en colaboración con los hitlerianos. El «nacionalbolchevismo» propagado en 1919 en Alemania por el izquierdista Lauffenberg era, en opinión de Lenin, «un absurdo que clama al cielo». Pero Radek y el Partido Comunista –de nuevo de acuerdo con el principio de Lenin– llegaron a un compromiso con el nacionalismo alemán, y protestaron contra la ocupación de la cuenca del Ruhr y celebraron al héroe nacional Schlageter. La Sociedad de Naciones era, en palabras del propio Lenin, «una banda de ladrones y bandidos capitalistas», a los que los trabajadores sólo podían combatir hasta el final. Sin embargo, Stalin –de acuerdo con

la táctica de Lenin— llegó a un compromiso con estos mismos bandidos, y la URSS entró en la Liga. El concepto «pueblo» o «gente» es, en opinión de Lenin, una concesión criminal a la ideología contrarrevolucionaria de la pequeña burguesía.

Esto no impidió a los leninistas, Stalin y Dimitrov, llegar a un compromiso con la pequeña burguesía para lanzar el estrafalario movimiento del «Frente Popular». Para Lenin, el imperialismo era el mayor enemigo del proletariado mundial, y contra él había que movilizar todas las fuerzas. Pero Stalin, de nuevo al estilo leninista, está muy ocupado en cocinar una alianza con el imperialismo de Hitler. ¿Es necesario ofrecer más ejemplos? La experiencia histórica enseña que todos los compromisos entre la revolución y la contrarrevolución sólo pueden servir a esta última. Sólo conducen a la quiebra del movimiento revolucionario. Toda política de compromiso es una política de bancarrota. Lo que comenzó como un simple compromiso con la socialdemocracia alemana encontró su fin en Hitler. Lo que Lenin justificó como un compromiso necesario encontró su fin en Stalin. Al diagnosticar la falta de compromiso revolucionario como «una enfermedad infantil del comunismo», Lenin sufría la enfermedad de la vejez del oportunismo, del pseudocomunismo.

## VII.

Si se observa con ojos críticos la imagen del bolchevismo que ofrece el panfleto de Lenin, se pueden reconocer los siguientes puntos principales como características del bolchevismo:

El bolchevismo es una doctrina nacionalista. Concebida original y esencialmente para resolver un problema nacional, fue elevada posteriormente a teoría y práctica de alcance internacional y a doctrina general. Su carácter nacionalista sale a la luz también en su posición sobre la lucha por la independencia nacional de las naciones reprimidas.

El bolchevismo es un sistema autoritario. La cúspide de la pirámide social es el punto más importante y determinante. La autoridad se realiza en la persona todopoderosa. En el mito del líder el ideal de la personalidad burguesa celebra sus más altos triunfos.

Desde el punto de vista organizativo, el bolchevismo es altamente centralista. El comité central tiene la responsabilidad de toda la iniciativa, la dirección, la instrucción, los mandos. Como en el Estado burgués, los miembros dirigentes de la organización desempeñan el papel de la burguesía; el único papel de los trabajadores es obedecer órdenes.

El bolchevismo representa una política de poder militante. Interesado exclusivamente en el poder político, no se diferencia de las formas de gobierno en el sentido burgués tradicional. Incluso en la organización propiamente dicha no existe la autodeterminación de los miembros. El ejército sirve al partido como gran ejemplo de organización.

El bolchevismo es una dictadura. Trabajando con la fuerza bruta y las medidas de terror, dirige todas sus funciones hacia la supresión de todas las instituciones y opiniones no bolcheviques. Su «dictadura del proletariado» es la dictadura de una burocracia o de una sola persona.

El bolchevismo es un método mecanicista. Aspira a la coordinación automática, a la conformidad técnicamente asegurada y al totalitarismo más eficiente como meta del orden social. La economía «planificada» de forma centralista confunde conscientemente los problemas técnico-organizativos con las cuestiones socioeconómicas.

La estructura social del bolchevismo es de naturaleza burguesa. No suprime el sistema salarial y rechaza la autodeterminación del proletariado sobre los productos del trabajo. Por lo tanto, se mantiene fundamentalmente dentro del marco de clase del orden social burgués. El capitalismo se perpetúa.

El bolchevismo es un elemento revolucionario sólo en el marco de la revolución burguesa. Al no poder realizar el

sistema soviético, es incapaz de transformar esencialmente la estructura de la sociedad burguesa y su economía. No establece el socialismo sino el capitalismo de Estado.

El bolchevismo no es un puente que conduzca finalmente a la sociedad socialista. Sin el sistema soviético, sin la revolución radical total de los hombres y las cosas, no puede cumplir la más esencial de las exigencias socialistas, que es acabar con la autoalienación humana capitalista. Representa la última etapa de la sociedad burguesa y no el primer paso hacia una nueva sociedad.

Estos nueve puntos representan una oposición insuperable entre el bolchevismo y el socialismo. Demuestran con toda la claridad necesaria el carácter burgués del movimiento bolchevique y su estrecha relación con el fascismo. El nacionalismo, el autoritarismo, el centralismo, la dictadura del líder, las políticas de poder, el gobierno del terror, la dinámica mecanicista, la incapacidad de socializar, todas estas características esenciales del fascismo existían y existen en el bolchevismo. El fascismo no es más que una copia del bolchevismo. Por esta razón, la lucha contra el uno debe comenzar con la lucha contra el otro.

## **EPÍLOGO A MI DESILUSIÓN EN RUSIA**

***Emma Goldman***

*(Epílogo de «Mi desilusión en Rusia»,  
publicado en 1923 e inédito en francés.).*

### **1.**

Los críticos socialistas, pero no bolcheviques, del fracaso de Rusia afirman que la revolución fracasó porque la industria no había alcanzado un nivel de desarrollo suficiente en ese país. Se refieren a Marx, para quien la revolución social sólo era posible en países con un sistema industrial muy desarrollado, con los antagonismos sociales que ello

conlleva. Estos críticos deducen que la revolución rusa no podía ser una revolución social y que, históricamente, estaba condenada a pasar por una etapa constitucional y democrática, complementada por el desarrollo de la industria antes de que el país estuviera económicamente maduro para un cambio fundamental.

Este marxismo ortodoxo ignora un factor más importante, y quizás incluso más esencial, para la posibilidad y el éxito de una revolución social que el factor industrial. Me refiero a la conciencia de las masas en un momento dado. ¿Por qué no estalló la revolución social, por ejemplo, en Estados Unidos, en Francia o incluso en Alemania? Estos países han alcanzado ciertamente el nivel de desarrollo industrial fijado por Marx como etapa culminante. La verdad es que el desarrollo industrial y las poderosas contradicciones sociales no son en absoluto suficientes para dar lugar a una nueva sociedad o para desencadenar una revolución social. En países como Estados Unidos y los que acabo de mencionar falta la necesaria conciencia social y la psicología de las masas. Por eso no se ha producido ninguna revolución social en estas regiones.

Desde este punto de vista, Rusia tenía ventaja sobre los países más industrializados y «civilizados». Ciertamente estaba menos avanzado industrialmente que sus vecinos occidentales, pero la conciencia de las masas rusas, inspirada y agudizada por la Revolución de Febrero, avanzaba tan rápidamente que en pocos meses el pueblo estaba dispuesto

a aceptar consignas ultrarrevolucionarias como «Todo el poder para los soviets» y «La tierra para los campesinos, las fábricas para los obreros».

No hay que subestimar la importancia de estas consignas. Expresaban, en gran medida, la voluntad instintiva y semiconsiente del pueblo, la necesidad de una completa reorganización social, económica e industrial de Rusia. ¿Qué país de Europa o de América está dispuesto a poner en práctica tales consignas revolucionarias? Sin embargo, en Rusia, durante los meses de junio y julio de 1917, estas consignas se hicieron populares; fueron asumidas activamente, con entusiasmo, en forma de acción directa, por la mayoría de la población campesina y obrera de un país de más de 150 millones de habitantes. Esto demuestra la «disposición», la preparación del pueblo ruso para la revolución social.

En cuanto a la «madurez» económica en el sentido marxiano, no debemos olvidar que Rusia es ante todo un país agrario. El implacable razonamiento de Marx presupone la transformación de la población campesina en una sociedad industrial altamente desarrollada, que madurará las condiciones sociales necesarias para una revolución.

Pero los acontecimientos de Rusia en 1917 demostraron que la revolución no espera a este proceso de industrialización y –lo que es más importante– que la revolución no puede hacerse esperar. Los campesinos

rusos empezaron a expropiar a los terratenientes y los obreros se apoderaron de las fábricas sin tener en cuenta los teoremas marxistas.

Esta acción del pueblo, en virtud de su propia lógica, introdujo la revolución social en Rusia, anulando todos los cálculos marxianos. La psicología del eslavo demostró ser más sólida que todas las teorías socialdemócratas.

Esta conciencia se basaba en un apasionado deseo de libertad, alimentado por un siglo de agitación revolucionaria entre todas las clases de la sociedad. Afortunadamente, el pueblo ruso se mantuvo bastante sano políticamente: no se contagió de la corrupción y la confusión creadas en el proletariado de otros países por la ideología de las libertades «democráticas» y el «gobierno para el pueblo». Los rusos han seguido siendo, en este sentido, un pueblo sencillo y natural, ajeno a las sutilezas de la política, los trucos parlamentarios y la argumentación jurídica. Por otra parte, su sentido primitivo de la justicia y la bondad era robusto, enérgico, nunca contaminado por la delicadeza destructiva de la pseudocivilización. El pueblo ruso sabía lo que quería y no esperó a que las «inevitables circunstancias históricas» se lo pusieran en bandeja: recurrió a la acción directa. Para ellos, la revolución era una realidad, no sólo una teoría digna de discusión.

Así estalló la revolución social en Rusia, a pesar del atraso industrial del país. Pero hacer la revolución no fue suficiente.

También tenía que progresar y expandirse, y conducir a la reconstrucción económica y social. Esta fase de la revolución permitió ejercer libremente las iniciativas personales y los esfuerzos colectivos. El desarrollo y el éxito de la revolución dependían del mayor despliegue posible del genio creativo del pueblo, de la colaboración entre los intelectuales y el proletariado manual. El interés común es el leitmotiv de todos los esfuerzos revolucionarios, especialmente desde un punto de vista constructivo.

Este objetivo común y la solidaridad mutua llevaron a Rusia en una poderosa ola en los primeros días de la revolución rusa en octubre–noviembre de 1917. Estas fuerzas entusiastas podrían haber movido montañas si hubieran sido guiadas inteligentemente por una preocupación exclusiva por el bienestar del pueblo. Para ello, existían medios eficaces: las organizaciones obreras y las cooperativas que cubrían Rusia con una red que unía y enlazaba las ciudades con el campo; los soviets que se multiplicaban para satisfacer las necesidades del pueblo ruso; y, por último, la intelectualidad, cuyas tradiciones, durante un siglo, habían servido heroicamente a la causa de la emancipación rusa.

Pero tal desarrollo no estaba en absoluto en la agenda bolchevique. Durante los primeros meses después de octubre, toleraron la expresión de las fuerzas populares, dejaron que el pueblo desarrollara la revolución en organizaciones con poderes cada vez más amplios. Pero tan pronto como el Partido Comunista se sintió suficientemente

establecido en el gobierno, comenzó a limitar el alcance de las actividades del pueblo. Todas las acciones de los bolcheviques que siguieron –su política, sus cambios de línea, sus compromisos y retrocesos, sus métodos de represión y persecución, su terror y liquidación de todos los demás grupos políticos– no eran más que medios para alcanzar un fin: la concentración del poder estatal en manos del Partido. De hecho, los propios bolcheviques en Rusia no lo ocultaron. El Partido Comunista, afirmaban, encarnaba la vanguardia del proletariado, y la dictadura debía permanecer en sus manos.

Por desgracia para ellos, los bolcheviques no habían tenido en cuenta a su anfitrión, el campesinado, al que ni la *razvyortska* (Cheka) ni los fusilamientos masivos persuadieron de apoyar al régimen bolchevique. El campesinado se convirtió en el arrecife en el que encallaron todos los planes y proyectos concebidos por Lenin. Lenin, un hábil acróbata, fue capaz de operar con muy poco margen de maniobra. Nep (Nueva Política Económica) se introdujo justo a tiempo para evitar el desastre que, de forma lenta pero segura, socavaría todo el edificio comunista.

## 2.

La NEP sorprendió y escandalizó a la mayoría de los comunistas. Vieron en este punto de inflexión la inversión de

todo lo que su Partido había proclamado: el rechazo del propio comunismo. En protesta, algunos de los miembros más antiguos del Partido, hombres que habían enfrentado el peligro y la persecución bajo el antiguo régimen, mientras Lenin y Trotsky vivían en el extranjero con seguridad, abandonaron el Partido Comunista, amargados y decepcionados. Los líderes decidieron entonces una especie de lock-out. Ordenaron que el Partido fuera purgado de todos sus elementos «dudosos». Todos los sospechosos de tener una actitud independiente y todos los que no aceptaban la nueva política económica como la verdad última de la sabiduría revolucionaria fueron expulsados. Entre ellos había comunistas que durante años habían servido lealmente a la causa. Algunos de ellos, heridos hasta la médula por este procedimiento brutal e injusto, y angustiados por el derrumbe de lo que veneraban, recurrieron incluso al suicidio. Pero era necesario para que el nuevo evangelio de Lenin se extendiera sin problemas, un evangelio que ahora predica –en medio de las ruinas de cuatro años de revolución– la intangibilidad de la propiedad privada y la despiadada libertad de la competencia.

Sin embargo, la indignación comunista contra la Nep no era más que una expresión de la confusión mental de los adversarios de Lenin. ¿Cómo explicar, si no, que los militantes, que siempre han aprobado las numerosas maniobras y acrobacias políticas de su líder, se indignen de repente con su último salto mortal, que constituye su

resultado lógico? Los comunistas devotos tienen un grave problema: se aferran al dogma de la Inmaculada Concepción del Estado socialista, un Estado que supuestamente salvará al mundo mediante la revolución. Pero la mayoría de los líderes comunistas nunca han compartido tales ilusiones. Lenin menos que nadie.

Desde mi primer encuentro con él supe que estaba tratando con un político taimado: sabía exactamente lo que quería y parecía decidido a no tener escrúpulos para conseguir sus fines. Después de haberle oído hablar en varias ocasiones y de haber leído sus obras, creo que Lenin no estaba muy interesado en la revolución y que el comunismo era sólo un objetivo muy lejano para él. Por otro lado, el Estado político centralizado era la deidad de Lenin, a cuyo servicio había que sacrificar todo. Alguien dijo una vez que Lenin estaba dispuesto a sacrificar la revolución para salvar a Rusia. Sin embargo, su política demostró que estaba dispuesto a sacrificar tanto la revolución como el país, o al menos una parte de él, para llevar a cabo su proyecto político en lo que quedaba de Rusia.

Lenin fue sin duda el político más flexible de la historia. Podría ser un superrevolucionario, un hombre de compromiso y un conservador al mismo tiempo. Cuando, como una poderosa ola, el grito de «Todo el poder a los soviets» se extendió por toda Rusia, Lenin se dejó llevar por la corriente. Cuando los campesinos tomaron la tierra y los obreros las fábricas, Lenin no sólo aprobó estos métodos de

acción directa sino que fue más allá. Propuso la famosa consigna: «Expropiar a los expropiadores», una consigna que confundió a la gente e hizo un daño irreparable al ideal revolucionario. Nunca antes un revolucionario había interpretado la expropiación social como una simple transferencia de riqueza de un grupo de personas a otro. Sin embargo, esto es exactamente lo que significaba la consigna de Lenin. Las incursiones indiscriminadas e irresponsables, la acumulación de la riqueza de la vieja burguesía en manos de la nueva burocracia soviética, las constantes argucias contra aquellos cuyo único delito era su antigua condición social, todo ello era el resultado de la «expropiación de los expropiadores»<sup>129</sup>. Toda la historia de la revolución subsiguiente es un caleidoscopio de los compromisos y la traición de Lenin a sus propias consignas.

Las acciones y los métodos de los bolcheviques desde la Revolución de Octubre pueden parecer contrarios a la Nep. Pero en realidad son parte de la cadena que forjaría el gobierno centralizado y todopoderoso del que el capitalismo de Estado era la expresión económica. Lenin tenía una visión muy clara y una voluntad de hierro. Supo hacer creer a sus camaradas, tanto dentro como fuera de Rusia, que su

---

129 Esta frase de Lenin se refiere a un famoso pasaje del Libro I de *El Capital* donde Karl Marx describe la feroz competencia entre los capitalistas. Lenin utilizó esta frase en un contexto histórico completamente diferente, el de la expropiación de los capitalistas por los trabajadores, de hecho por el Estado bolchevique.

proyecto conduciría al verdadero socialismo y que sus métodos eran revolucionarios. Lenin despreciaba tanto a sus partidarios que nunca dudó en echarles en cara sus cuatro verdades. «Sólo los tontos pueden creer que es posible establecer el comunismo ahora en Rusia», respondió a los bolcheviques que se oponían a la Nep.

En efecto, Lenin tenía razón. Nunca trató de construir un comunismo real en Rusia si no consideraba que treinta y tres niveles salariales, un sistema diferenciado de raciones de alimentos, privilegios asegurados para unos pocos e indiferencia para la mayoría eran comunismo.

Al principio de la revolución fue relativamente fácil para el Partido tomar el poder. Todos los elementos revolucionarios, entusiasmados por las promesas ultrarrevolucionarias de los bolcheviques, les ayudaron a tomar el poder. Una vez en posesión del Estado, los comunistas comenzaron su proceso de eliminación. Todos los partidos y grupos políticos que se negaron a someterse a su nueva dictadura tuvieron que marcharse. Primero los anarquistas y los socialistas-revolucionarios de izquierda, luego los mencheviques y otros opositores de derecha, y finalmente todos los que se atrevieron a tener una opinión personal. Todas las organizaciones independientes corrieron la misma suerte. Se subordinaron a las necesidades del nuevo Estado o se destruyeron, como en el caso de los soviets, los sindicatos y las cooperativas, los tres grandes pilares de las esperanzas revolucionarias.

Los soviets aparecieron por primera vez durante la revolución de 1905. Desempeñaron un papel importante durante este breve pero significativo periodo. Aunque la revolución fue aplastada, la idea de los soviets siguió arraigada en la mente y el corazón de las masas rusas. Desde el amanecer que iluminó a Rusia en febrero de 1917, los soviets reaparecieron y florecieron muy rápidamente. Para el pueblo, los soviets no minaron en absoluto el espíritu de la revolución. Por el contrario, la revolución encontraría su más alta y libre expresión práctica en los soviets. Por eso los soviets se extendieron tan espontánea y rápidamente por toda Rusia. Los bolcheviques comprendieron dónde estaban las simpatías del pueblo y se unieron al movimiento. Pero cuando controlaron el gobierno, los comunistas se dieron cuenta de que los soviets amenazaban la supremacía del Estado.

Al mismo tiempo, no podían destruirlos arbitrariamente sin socavar su propio prestigio tanto en el país como en el extranjero, ya que aparecían como los promotores del sistema soviético. Así que empezaron a restarle poder a los soviets y finalmente los subordinaron a sus propias necesidades.

Los sindicatos rusos eran mucho más fáciles de emascular. Desde el punto de vista numérico y de su fibra revolucionaria, todavía estaban en su infancia. Al declarar obligatoria la afiliación sindical, los sindicatos rusos ganaron algo de fuerza numérica, pero su espíritu siguió siendo el de

un niño muy pequeño. El Estado comunista se convirtió en la niñera de los sindicatos. A cambio, estas organizaciones sirvieron como títeres del Estado. Los sindicatos eran «la escuela del comunismo», como declaró Lenin durante la famosa polémica sobre el papel de los sindicatos. Tenía toda la razón. Pero una escuela anticuada donde la mente del niño está encadenada y aplastada por sus profesores. En ningún país del mundo los sindicatos están tan sometidos a la voluntad y los dictados del Estado como en la Rusia bolchevique.

El destino de las cooperativas es demasiado conocido como para detenerme en él. Eran el vínculo más esencial entre las ciudades y el campo. Proporcionaron a la revolución un medio popular y eficaz de intercambio y distribución, así como una ayuda inestimable para la reconstrucción de Rusia. Los bolcheviques los convirtieron en engranajes de la maquinaria gubernamental, y así perdieron tanto su utilidad como su eficacia.

### **3.**

Ahora está claro por qué la revolución rusa, dirigida por el Partido Comunista, fracasó. El poder político del Partido,

organizado y centralizado en el Estado, trataba de mantenerse por todos los medios a su alcance. Las autoridades centrales intentaron encauzar por la fuerza las actividades del pueblo en formas que correspondieran a los objetivos del Partido.

El único objetivo de los bolcheviques era fortalecer el Estado y controlar todas las actividades económicas, políticas, sociales e incluso culturales. La revolución tenía un objetivo totalmente diferente, ya que, por su propia naturaleza, encarnaba la negación de la autoridad y la centralización. La revolución intentó abrir campos de expresión cada vez más amplios para el proletariado y multiplicar las posibilidades de iniciativas individuales y colectivas. Los objetivos y tendencias de la revolución eran diametralmente opuestos a los del partido político dominante.

Los métodos de la revolución y del Estado son también diametralmente opuestos. Los métodos de la revolución se inspiran en el espíritu de la propia revolución: la emancipación de todas las fuerzas opresoras y limitadoras, es decir, los principios libertarios. En cambio, los métodos del Estado –del Estado bolchevique o de cualquier gobierno– se basan en la coerción, que gradualmente se convierte en violencia sistemática, opresión y terror. Estas eran las dos tendencias: el estado bolchevique y la revolución. Fue una lucha a muerte. Con objetivos y métodos contradictorios, estas dos tendencias no podían trabajar en la misma

dirección; el triunfo del Estado significaba la derrota de la revolución.

Sería un error pensar que la revolución fracasó sólo por la personalidad de los bolcheviques. Fundamentalmente, la revolución fracasó por la influencia de los principios y métodos del bolchevismo. El espíritu y los principios autoritarios del Estado sofocaron las aspiraciones libertarias y liberadoras. Si otro partido político hubiera gobernado Rusia, el resultado habría sido esencialmente el mismo. No fueron tanto los bolcheviques los que mataron la Revolución Rusa como su ideología. Era una forma modificada de marxismo, un estatismo fanático. Sólo una explicación de este tipo sobre las fuerzas subyacentes que aplastaron la revolución puede arrojar luz sobre este acontecimiento que sacudió el mundo. La Revolución Rusa refleja, a pequeña escala, la antigua lucha entre el principio libertario y el principio autoritario. De hecho, ¿qué es el progreso sino la aceptación más generalizada de los principios de libertad frente a los de coacción? La Revolución Rusa representó un movimiento libertario que fue derrotado por el Estado bolchevique, por la victoria temporal de la idea reaccionaria, la idea estatista.

Esta victoria se debió a varias causas. He hablado de la mayoría de ellas en los capítulos anteriores de este libro. Pero la causa principal no fue el atraso industrial de Rusia, como han escrito muchos autores. La causa era cultural, y aunque daba al pueblo ruso ciertas ventajas sobre sus

vecinos más sofisticados, también tenía desventajas fatales. Rusia estaba «culturalmente atrasada» en la medida en que no se había visto manchada por la corrupción política y parlamentaria. Por otra parte, era inexperta en los juegos políticos y creyó ingenuamente en el poder milagroso del partido que hablaba más alto y hacía más promesas. Esta fe en el poder del Estado sirvió para que el pueblo ruso se convirtiera en esclavo del Partido Comunista, incluso antes de que las amplias masas se dieran cuenta de que se les había pasado el yugo por el cuello.

El principio libertario era poderoso en los primeros días de la revolución, la necesidad de libertad de expresión era irreprimible. Pero cuando la primera oleada de entusiasmo retrocedió y fue sustituida por las prosaicas dificultades de la vida cotidiana, se necesitaron fuertes convicciones para mantener viva la llama de la libertad. Sólo un puñado de hombres y mujeres en el vasto territorio de Rusia mantuvo esa llama encendida: los anarquistas, cuyo número disminuía y cuyos esfuerzos, ferozmente reprimidos bajo el zar, no tuvieron tiempo de dar fruto. El pueblo ruso, que hasta cierto punto es anarquista por instinto, no conocía lo suficiente los verdaderos principios y métodos anarquistas para ponerlos en práctica de forma efectiva.

La mayoría de los anarquistas rusos estaban, por desgracia, enfrascados en grupos muy pequeños y en luchas individuales, más que en un gran movimiento social y colectivo. Un historiador imparcial seguramente admitirá

algún día que los anarquistas desempeñaron un papel muy importante en la revolución rusa, un papel mucho más significativo y fructífero de lo que sugiere su número relativamente pequeño. Sin embargo, la honestidad y la sinceridad me obligan a reconocer que su trabajo habría tenido un valor práctico infinitamente mayor si hubieran estado mejor organizados y equipados para guiar las bullentes energías del pueblo para reorganizar la vida social en líneas libertarias.

Pero el fracaso de los anarquistas durante la revolución rusa, en el sentido que acabo de indicar, no significa en absoluto la derrota de la idea libertaria. Por el contrario, la revolución rusa demostró claramente que el estatismo, el socialismo de Estado, en todas sus manifestaciones (económicas, políticas, sociales y educativas), está total y definitivamente condenado al fracaso. Nunca en la historia la autoridad, el gobierno, el Estado han demostrado lo estáticos, reaccionarios e incluso contrarrevolucionarios que son en realidad. Encarnan la antítesis misma de la revolución.

Como lo atestigua la larga historia del progreso, sólo el espíritu y el método libertarios pueden hacer avanzar al hombre en su eterna lucha por una vida mejor, mejor y más libre. Aplicada a las grandes convulsiones sociales de las revoluciones, esta tendencia es tan poderosa como en el proceso de la evolución ordinaria. El método autoritario ha fracasado a lo largo de la historia de la humanidad y ahora

ha vuelto a fracasar durante la Revolución Rusa. Hasta ahora la inteligencia humana no ha descubierto otro principio que el principio libertario, pues el hombre ha comprendido una gran verdad cuando ha captado que la libertad es la madre del orden y no su hija.

A pesar de lo que afirman todas las teorías y los partidos políticos, ninguna revolución puede tener un éxito verdadero y sostenible si no se opone ferozmente a la tiranía y a la centralización, y si no lucha con determinación por el escrutinio de todos los valores económicos, sociales y culturales. No se trata de sustituir un partido por otro para que controle el gobierno, ni de camuflar un régimen autocrático bajo consignas proletarias, ni de enmascarar la dictadura de una nueva clase sobre otra más antigua, ni de realizar ningún tipo de maniobra entre las bambalinas del teatro político, no, se trata de abolir completamente todos los principios autoritarios para servir a la revolución.

En el ámbito económico, esta transformación debe ser llevada a cabo por las masas trabajadoras: tienen que elegir entre el industrialismo estatista y el anarcosindicalismo. En el primer caso, el desarrollo constructivo de la nueva estructura social se verá tan amenazado como por el estado político. Será un peso muerto para el crecimiento de las nuevas formas de vida social. Por eso el sindicalismo por sí solo no es suficiente, como saben sus partidarios. Sólo cuando el espíritu de libertad impregne las organizaciones económicas de los trabajadores, podrán manifestarse

libremente las múltiples energías creativas del pueblo, y se podrá preservar y defender la revolución.

Sólo la libertad de iniciativa y la participación popular en los asuntos de la revolución pueden evitar los terribles errores cometidos en Rusia. Por ejemplo, dado que los pozos de petróleo se encontraban a sólo cien kilómetros de Petrogrado, esa ciudad no habría sufrido el frío si las organizaciones económicas de los trabajadores de Petrogrado hubieran podido ejercer su iniciativa en pro del bien común. Los campesinos de Ucrania no habrían tenido problemas para cultivar sus tierras si hubieran tenido acceso a las herramientas agrícolas almacenadas en los almacenes de Járkov y otros centros industriales que esperaban órdenes de Moscú para distribuir las. Estos pocos ejemplos de estatismo y centralización bolcheviques deberían alertar a los trabajadores de Europa y América sobre los efectos destructivos del estatismo.

Sólo el poder industrial de las masas, expresado a través de sus asociaciones libertarias, a través del anarcosindicalismo, puede organizar eficazmente la vida económica y continuar la producción. Por otro lado, las cooperativas, trabajando en armonía con las organizaciones obreras, sirven como medio de distribución e intercambio entre las ciudades y el campo, y al mismo tiempo constituyen un vínculo fraternal entre las masas obreras y campesinas. De esta manera se forma un vínculo creativo de ayuda y servicio mutuo, y este vínculo es el baluarte más fuerte de la revolución, mucho más eficaz

que el trabajo forzado, el Ejército Rojo o el terror. Sólo así la revolución puede actuar como una palanca que acelere el advenimiento de nuevas formas de vida social e inspire a las masas a lograr cosas mayores.

Pero las organizaciones libertarias de trabajadores y las cooperativas no son el único medio de interacción entre las complejas fases de la vida social. También hay fuerzas culturales que, aunque están estrechamente vinculadas a las actividades económicas, desempeñan su propio papel. En Rusia, el Estado comunista se convirtió en el único árbitro de todas las necesidades del cuerpo social. El resultado ha sido un completo estancamiento cultural y la paralización de todos los esfuerzos creativos. Para evitar esta debacle en el futuro, las fuerzas culturales, sin dejar de estar enraizadas en la economía, deben tener un campo de actividad independiente y plena libertad de expresión.

No es su adhesión al partido político dominante, sino su devoción a la revolución, sus conocimientos, su talento y, sobre todo, sus impulsos creativos lo que determinará su idoneidad para el trabajo cultural. En Rusia, esto se hizo imposible, casi desde el principio de la Revolución de Octubre, porque las masas y la intelectualidad estaban violentamente separadas. Es cierto que la culpable al principio fue la intelectualidad, especialmente la intelectualidad técnica, que en Rusia se aferró tenazmente a los talones de la burguesía –como lo hace en otros países–. Incapaz de comprender el significado de los acontecimientos

revolucionarios, intentó frenar la marea revolucionaria mediante el sabotaje. Pero en Rusia había otra fracción de la intelectualidad, una con un glorioso pasado revolucionario de un siglo. Esta facción había mantenido su fe en el pueblo, aunque no aceptara sin reservas la nueva dictadura. El error fatal de los bolcheviques fue no hacer distinción entre las dos categorías.

Combatieron el sabotaje con un terror ciego y sistemático contra toda la clase de la intelectualidad y lanzaron una campaña de odio aún más intensa que la persecución de la propia burguesía, método que creó un abismo entre la intelectualidad y el proletariado e impidió cualquier trabajo constructivo.

Lenin fue el primero en darse cuenta de esta falta criminal. Señaló que era un grave error hacer creer a los trabajadores que podían construir industrias y realizar trabajos culturales sin la ayuda y la cooperación de los intelectuales. El proletariado no tenía ni los conocimientos ni la formación para llevar a cabo estas tareas y había que devolver a la intelectualidad la dirección de la vida industrial. Pero el reconocimiento de un error no impidió que Lenin y su Partido cometieran inmediatamente otro. La intelectualidad técnica fue llamada al rescate, pero de una manera que reforzó tanto la desintegración social como la hostilidad contra el régimen.

Mientras los trabajadores seguían pasando hambre, los ingenieros, expertos industriales y técnicos recibían altos salarios, privilegios especiales y las mejores raciones. Se convirtieron en los favoritos del Estado y en los nuevos supervisores de las masas esclavizadas. Educados durante años en la falsa idea de que sólo los músculos contaban para el éxito de la revolución y que sólo el trabajo manual era productivo, y por las campañas de odio que denunciaban a todos los intelectuales como contrarrevolucionarios y especuladores, los masones obviamente no podían hacer las paces con aquellos a los que se les había enseñado a despreciar y sospechar.

Por desgracia, Rusia no es el único país donde prevalece esta actitud hostil del proletariado contra la intelectualidad. En todas partes, los políticos demagogos juegan con la ignorancia de las masas, les enseñan que la educación y la cultura son prejuicios burgueses, que los trabajadores pueden prescindir de ellos y que son capaces de reconstruir la sociedad por sí mismos. La revolución rusa ha demostrado muy claramente que los cerebros y los músculos son indispensables para la regeneración de la sociedad. El trabajo intelectual y el manual cooperan estrechamente en el cuerpo social, como el cerebro y la mano en el cuerpo humano. Uno no puede funcionar sin el otro.

Es cierto que la mayoría de los intelectuales se ven a sí mismos como una clase aparte, superior a los trabajadores, pero las condiciones sociales en todas partes están

socavando rápidamente el pedestal de la intelectualidad. Los intelectuales se ven obligados a admitir que también son proletarios, y que dependen aún más de los amos de la economía que los trabajadores manuales.

A diferencia del proletario manual que trabaja con su fuerza física, que puede coger sus herramientas y viajar por el mundo para mejorar su humillante situación, los proletarios intelectuales están mucho más arraigados en su entorno social concreto y no pueden cambiar fácilmente de ocupación o de modo de vida. Por eso es esencial hacer comprender a los trabajadores que los intelectuales se están proletarizando rápidamente, lo que crea un vínculo entre ellos. Para que el mundo occidental se beneficie de las lecciones de Rusia, debe poner fin tanto a la complacencia demagógica hacia las masas como a la hostilidad ciega hacia la intelectualidad.

Esto no significa, sin embargo, que los trabajadores deban poner su destino en manos de los intelectuales. Por el contrario, las masas deben comenzar inmediatamente a prepararse, a equiparse para la gran tarea que la revolución les exigirá. Tendrán que adquirir los conocimientos técnicos y la habilidad necesarios para gestionar y dirigir los complejos mecanismos de las estructuras industriales y sociales de sus respectivos países. Pero aunque desplieguen todas sus capacidades, los trabajadores necesitarán la colaboración de especialistas e intelectuales.

Por su parte, estos últimos también deben comprender que sus verdaderos intereses son idénticos a los de las masas. Una vez que las dos fuerzas sociales aprendan a fusionarse en un todo armonioso, los aspectos trágicos de la revolución rusa desaparecerán en gran medida. Nadie será fusilado por haber «estudiado». El científico, el ingeniero, el especialista, el investigador, el profesor y el artista creativo, así como el carpintero, el maquinista y todos los demás trabajadores son parte integrante de la fuerza colectiva que permitirá a la revolución construir el nuevo edificio social.

No empleará el odio, sino la unidad; no la hostilidad, sino la camaradería; no el fusilamiento, sino la simpatía: estas son las lecciones que deben aprender del gran fracaso ruso tanto los intelectuales como los trabajadores. Todos deben aprender el valor de la ayuda mutua y la cooperación libertaria. Sin embargo, cada uno debe ser capaz de mantenerse independiente en su esfera particular y en armonía con lo mejor que puede aportar a la sociedad. Sólo así el trabajo productivo y los esfuerzos educativos y culturales se expresarán en formas siempre nuevas y más ricas. Esta es para mí la lección esencial y universal de la revolución rusa.

He tratado de explicar por qué los principios, métodos y tácticas bolcheviques han fracasado, y por qué esos mismos principios y métodos fracasarán mañana en cualquier otro país, incluso en los más industrializados. También he demostrado que no es sólo el bolchevismo el que ha fracasado, sino el propio marxismo. La experiencia de la revolución rusa demostró la quiebra del estatismo, del principio autoritario. Si tuviera que resumir todo mi pensamiento en una frase, diría: Por su propia naturaleza, el Estado tiende a concentrar, reducir y controlar todas las actividades sociales; por el contrario, la revolución tiene vocación de crecer, expandirse y extenderse en círculos cada vez más amplios.

En otras palabras, el Estado es institucional y estático, mientras que la revolución es fluida y dinámica. Estas dos tendencias son incompatibles y están destinadas a destruirse mutuamente. El estatismo mató la revolución rusa y jugará el mismo papel en las futuras revoluciones, a menos que la idea libertaria se imponga. Pero debo ir más allá. No sólo el bolchevismo, el marxismo y el estatismo son fatales para la revolución así como para el progreso vital de la humanidad. La causa principal de la derrota de la revolución rusa es mucho más profunda. Está en la concepción socialista de la propia revolución.

La concepción dominante y más extendida de la revolución –sobre todo entre los socialistas– es que la revolución provoca un cambio violento de las condiciones sociales en el

que una clase social, la clase obrera, se convierte en dominante y triunfa sobre otra clase, la capitalista. Esta concepción se centra en el cambio puramente material y, por lo tanto, implica principalmente maniobras políticas entre bastidores y retoques institucionales. La dictadura de la burguesía es sustituida por la «dictadura del proletariado», o la de su «vanguardia», el Partido Comunista. Lenin ocupó el lugar de los Romanoff, el Gabinete Imperial pasó a llamarse Consejo de Comisarios del Pueblo, Trotsky fue nombrado Ministro de la Guerra y un obrero se convirtió en gobernador general militar de Moscú. A esto equivale esencialmente la concepción bolchevique de la revolución, al menos cuando se pone en práctica. Y, salvo algunos detalles, ésta es también la idea de revolución que comparten los demás partidos socialistas.

Esta concepción es intrínsecamente falsa y está condenada al fracaso. La revolución es ciertamente un proceso violento. Pero si sólo da lugar a una nueva dictadura, a un mero cambio de nombres y personalidades en el poder, entonces no sirve de nada. Un resultado tan limitado no justifica todos los combates, sacrificios, pérdidas de vidas y daños a los valores culturales que toda revolución conlleva. Si una revolución de este tipo trajera consigo un mayor bienestar social (cosa que no ocurrió en Rusia), tampoco valdría la pena el terrible precio; se puede mejorar la sociedad sin recurrir a una revolución sangrienta. El objetivo de la

revolución no es poner unos cuantos paliativos o cataplasmas.

La experiencia de la revolución rusa ha reforzado poderosamente mi convicción de que la gran misión de la revolución, de la revolución social, es un cambio fundamental de los valores sociales y humanos. Los valores humanos son aún más importantes porque son la base de todos los valores sociales. Nuestras instituciones y condiciones sociales se basan en ideas muy arraigadas. Si cambiamos estas condiciones sin tocar las ideas y los valores subyacentes, sólo será una transformación superficial, que no puede ser sostenible ni aportar una mejora real. Es sólo un cambio de forma, no de fondo, como ha demostrado trágicamente Rusia.

Este es a la vez el gran fracaso y la gran tragedia de la revolución rusa: intentó (bajo la dirección del partido político dominante) cambiar sólo las instituciones y las condiciones materiales, ignorando totalmente los valores humanos y sociales que implica una revolución. Peor aún, en su loca pasión por el poder, el Estado comunista llegó a reforzar y desarrollar las mismas ideas y concepciones que la revolución había venido a destruir. El Estado ha apoyado y fomentado los peores comportamientos antisociales y ha reprimido sistemáticamente el crecimiento de nuevos valores revolucionarios. El sentido de la justicia y la igualdad, el amor a la libertad y la fraternidad humana –estos pilares de la auténtica regeneración de la sociedad– el Estado

comunista los ha combatido hasta aniquilarlos. El sentimiento instintivo de justicia fue burlado como una manifestación de sentimentalismo y debilidad; la libertad y la dignidad humanas se convirtieron en supersticiones burguesas; la santidad de la vida, que es la base misma de la reconstrucción social, fue condenada como a-revolucionaria, casi contrarrevolucionaria.

Esta terrible perversión de los valores fundamentales llevaba en sí misma las semillas de la destrucción. Si a esto añadimos la concepción de que la revolución era sólo un medio para tomar el poder político, era inevitable que todos los valores revolucionarios se subordinaran a las necesidades del Estado socialista; peor aún, que se explotaran para aumentar la seguridad del nuevo poder gubernamental.

La «razón de Estado», camuflada bajo la máscara de los «intereses de la Revolución y del Pueblo», se convirtió en el único criterio de actuación, e incluso de sentimientos. La violencia, la trágica inevitabilidad de los levantamientos revolucionarios, se convirtió en una costumbre establecida, en un hábito, y fue alabada como una institución «ideal». ¿No canonizó Zinoviev a Dzerzhinsky, el líder de la sanguinaria Cheka, como «santo de la revolución»? ¿No rindió el Estado los máximos honores a Uritsky, el fundador y sádico jefe de la Cheka de Petrogrado?

Esta perversión de los valores éticos cristalizó rápidamente en el omnipresente lema del Partido Comunista: El fin justifica todos los medios. Ya en el pasado, la Inquisición y los jesuitas adoptaron esta consigna y subordinaron toda la moral a ella. Esta máxima se vengó de los jesuitas como de la Revolución Rusa. Este precepto sólo ha fomentado la mentira, el engaño, la hipocresía, la traición y el asesinato, público y secreto.

Los interesados en la psicología social deberían preguntarse por qué dos movimientos, tan separados en el tiempo y con ideas tan diferentes como el jesuitismo y el bolchevismo, lograron exactamente los mismos resultados aplicando este principio. El paralelismo histórico, hasta ahora casi inadvertido, contiene una lección fundamental para todas las revoluciones futuras y para el futuro de la humanidad.

Nada más lejos de la realidad que la creencia de que una cosa son los objetivos y las metas y otra los métodos y las tácticas. Esta visión supone una grave amenaza para la regeneración social. Toda la experiencia de la humanidad nos enseña que los métodos y los medios no pueden separarse del objetivo final. Los medios empleados se convierten, a través de los hábitos individuales y las prácticas sociales, en parte integrante del objetivo final; influyen en él, lo modifican, y entonces los fines y los medios acaban siendo idénticos. Desde el primer día de mi regreso a Rusia lo percibí, al principio vagamente, luego cada vez más clara y

conscientemente. Los grandes objetivos que inspiraron la Revolución se han visto tan oscurecidos por los métodos utilizados por el poder político dominante que resulta difícil distinguir entre los medios temporales y el objetivo final. Psicológica y socialmente, los medios influyen y modifican necesariamente los objetivos. Toda la historia de la humanidad demuestra que en cuanto nos privamos de métodos inspirados en conceptos éticos, nos hundimos en la más aguda desmoralización. Esta es la verdadera tragedia de la filosofía bolchevique aplicada a la revolución rusa. Esperemos que se pueda aprender de ello.

Ninguna revolución se convertirá en un factor de liberación si los MEDIOS utilizados para llevarla a cabo no están en armonía, en su espíritu y tendencia, con los objetivos a alcanzar. La revolución representa la negación de lo existente, una protesta violenta contra la inhumanidad del hombre hacia el hombre y las miles de esclavitudes que implican la revolución destruye los valores dominantes sobre los que se ha construido un complejo sistema de injusticia y opresión, basado en la ignorancia y la brutalidad. La revolución es el heraldo de los nuevos valores, porque conduce a la transformación de las relaciones fundamentales entre las personas, y entre las personas y la sociedad. La revolución no se limita a curar unos cuantos males, aplicar unos cuantos emplastos, cambiar las formas y las instituciones y redistribuir el bienestar social. Por supuesto, hace todo eso, pero es más, mucho más. Es ante

todo el vector del cambio radical, el portador de nuevos valores. Enseña una nueva ética que inspira al hombre una nueva concepción de la vida y de las relaciones sociales. La revolución desencadena una regeneración mental y espiritual.

Su primer precepto ético es la identidad entre los medios utilizados y los fines buscados. El objetivo último de todo cambio social revolucionario es establecer la santidad de la vida humana, la dignidad del hombre, el derecho de todo ser humano a la libertad y al bienestar. Si éste no es el objetivo esencial de la revolución, el cambio social violento no tiene justificación. Porque los trastornos sociales externos pueden ser, y han sido, realizados como parte del proceso normal de evolución.

La revolución, en cambio, significa no sólo un cambio externo, sino un cambio interno, fundamental, esencial. Este cambio interno de concepciones e ideas se extiende a estratos sociales cada vez más amplios, culminando finalmente en un levantamiento violento llamado revolución. ¿Puede esa culminación revertir el cambio radical de valores, volverse contra él, traicionarlo? Esto es lo que ocurrió en Rusia. La revolución debe acelerar y profundizar el proceso del que es la expresión acumulada; su principal tarea es inspirarlo, llevarlo a mayores alturas, darle el máximo espacio para su libre expresión. Sólo así la revolución es fiel a sí misma.

En la práctica, esto significa que la llamada «etapa de transición» debe introducir nuevas condiciones sociales. representa el umbral de una nueva vida, del nuevo hogar del hombre y de la humanidad. Debe estar animado por el espíritu de la nueva vida, en armonía con la construcción del nuevo edificio. El hoy engendra el mañana. El presente proyecta su sombra hacia el futuro. Esta es la ley de la vida, ya sea para el individuo o para la sociedad. La revolución que descarta sus valores éticos prepara el terreno para la injusticia, el engaño y la opresión en la sociedad venidera.

Los medios utilizados para preparar el futuro se convierten en su piedra angular. No hay más que ver la trágica situación actual de Rusia. Los métodos de centralización estatal han paralizado la iniciativa y el esfuerzo individuales; la tiranía de la dictadura ha atemorizado al pueblo, lo ha sumido en una sumisión servil y ha apagado totalmente la llama de la libertad; el terror organizado ha corrompido y embrutecido a las masas, sofocando toda aspiración idealista. El asesinato institucionalizado ha empequeñecido el precio de la vida humana; se ha eliminado toda noción de dignidad humana, de valor de la vida; la coacción ha endurecido todo esfuerzo, convirtiendo el trabajo en un castigo; la vida social se reduce ahora a una sucesión de engaños mutuos; se han vuelto a despertar los instintos más bajos y brutales del hombre. Un triste legado para el comienzo de una nueva vida basada en la libertad y la fraternidad.

Nunca se insistirá lo suficiente en que la revolución es inútil si no se inspira en su ideal último. Los métodos revolucionarios deben estar en armonía con los objetivos revolucionarios. Los medios utilizados para profundizar la revolución deben corresponder a sus objetivos. En otras palabras, los valores éticos que la revolución infundirá en la nueva sociedad deben ser difundidos a través de las actividades revolucionarias del «período de transición». Esta última puede facilitar la transición a una vida mejor, pero sólo si se construye con los mismos materiales que la nueva vida que se quiere construir. La revolución es el espejo de los días que siguen; es el niño que anuncia el Hombre del mañana.

## **GRITOS EN EL DESIERTO: ALEXANDER BERKMAN Y LA AYUDA A LOS PRISIONEROS RUSOS**

**Barry Pateman**

*«Ni siquiera se dedica un miserable trozo de piedra a su memoria por miedo a agitar una plácida existencia».*

Francesc Torres [235]

Uno puede cansarse de los aniversarios. A medida que uno envejece hay más y más de ellos, rodando hacia uno como

un interminable tren de mercancías que lleva un comentario tras otro, mientras el esqueleto de cada acontecimiento es recogido con entusiasmo para justificar las posiciones e ideas que grupos e individuos sostienen ahora. No me interesa hacer eso para octubre de 1917 (ni para ningún otro aniversario, ahora que lo pienso). Más bien creo que las vidas y las experiencias de las personas son importantes en sí mismas y no necesitan ser limadas para que encajen en alguna idea contemporánea o abandonadas porque no parezcan relevantes. Sin embargo, sus vidas pueden insistir en que nos hagamos preguntas. Incluso si las respuestas son difíciles.

Para Alexander Berkman, los acontecimientos rusos de octubre de 1917, vistos desde América, parecían la esperanza del mundo. Los catorce años de prisión que había soportado entre 1892 y 1906 en las condiciones más brutales, las innumerables luchas contra la vileza del capitalismo en las que participó, y aquellas largas tardes discutiendo sobre la posibilidad y la naturaleza del cambio revolucionario, todo parecía haber tenido de repente un propósito [236] Rusia era su lugar de nacimiento y también el hogar de aquellos héroes y heroínas de Narodnaya Volya y las otras unidades combatientes de la tradición revolucionaria rusa que tanto le habían influido de joven. Había percibido que la revolución de febrero en Rusia no había llegado lo suficientemente lejos, pero sentía que todos los esfuerzos y sacrificios de estos antepasados

revolucionarios habían dado finalmente sus frutos en los acontecimientos de octubre de 1917. En la edición de octubre de 1917 de la revista anarquista *Madre Tierra*, con sede en Nueva York, describió a los bolcheviques como «los verdaderos revolucionarios». Luego describiría su primer día en suelo soviético en enero de 1920 como «el día más sublime de mi vida». Estos sentimientos positivos no duraron. Amargado y desilusionado por sus dos años en la Rusia bolchevique, terminó su libro *El mito bolchevique* con la frase: «El mito bolchevique debe ser destruido». Presentó a los lectores una evaluación desgarradora de la vida en Rusia: «La Revolución ha muerto; su espíritu llora en el desierto».

El propósito de este artículo no es discutir a fondo las causas de esta desilusión, cuya trayectoria se puede seguir fácilmente en *El mito bolchevique*. Sin embargo, algunos puntos necesitan un poco de explicación y contexto. Amargamente opuesto a la Primera Guerra Mundial y, en particular, a la reciente participación de Estados Unidos en el conflicto, Berkman había sido encarcelado en la Penitenciaría Federal de Atlanta, en Estados Unidos, desde el 8 de febrero de 1918, acusado de violar la Ley de Espionaje y de «conspiración para interferir en el reclutamiento». Condenados junto con Emma Goldman a dos años de prisión, ambos fueron recomendados para ser deportados a Rusia al final de sus condenas. Fueron embarcados desde América el 21 de diciembre de 1919 y tras un largo viaje

llegaron a la Rusia soviética el 20 de enero de 1920. El aislamiento de Berkman y Goldman durante su estancia en prisión nos dificulta tener claro lo que realmente sabían y entendían sobre la situación en Rusia. Los acontecimientos que rodearon su precipitada deportación no les dieron mucho tiempo para reflexionar sobre la realidad rusa, ni siquiera cuando fueron liberados. Sabemos que en el entorno anarquista neoyorquino circulaban rumores de tensiones entre anarquistas y bolcheviques, pero también existía una considerable simpatía en los círculos anarquistas por lo que, aparentemente, intentaba hacer la Rusia revolucionaria. La situación no se vio favorecida por el hecho de que Saul Yanovsky, editor del periódico anarquista yiddish *Freie Arbeiter Stimme*, era uno de los críticos más destacados de los bolcheviques. La relación de Yanovsky con Berkman y Goldman siempre había sido díscola y su apoyo a la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial ciertamente no había ayudado.

Es poco probable, pues, que Berkman tuviera una percepción clara de la relación entre anarquistas y bolcheviques en Rusia antes de que él y los demás deportados zarparan de Nueva York aquella fría mañana de diciembre. Según todos los indicios, estaba entusiasmado y feliz y, sin duda, le preocupaba menos dejar Estados Unidos que a Emma Goldman. Un periódico describe a Berkman, que llevaba sombrero, como el centro de un «grupo alegre» el día de la deportación. Probablemente no sabía que el 12

de abril de 1918, el Club Anarquista de Moscú y otros 25 centros anarquistas habían sido atacados por los bolcheviques. En los combates murieron 12 chekistas, unos 40 anarquistas murieron o resultaron heridos y cientos fueron hechos prisioneros. Tampoco sabía, quizás, que el 13 de abril de 1918 la prensa anarquista había sido suprimida. Tal vez se enteró de que en noviembre de 1918 todos los asistentes a la Conferencia Panrusa de Anarcosindicalistas en Moscú fueron arrestados. También puede haber oído que los anarquistas «clandestinos», junto con algunos socialistas revolucionarios de izquierda, habían bombardeado la sede del Comité del Partido Comunista de Moscú en septiembre de 1919 en represalia por la ejecución de siete majnovistas por la Cheka en Kharkov el 17 de junio de 1919. Se estaba celebrando una reunión plenaria del Partido y hubo doce muertos y muchos más heridos. Seguramente había oído hablar de Néstor Makhno y sus camaradas y de sus notables intentos de construir el comunismo libertario mientras luchaban contra los ejércitos bolchevique y blanco contrarrevolucionario.

Llegó a Rusia, pues, en un momento de represión bolchevique contra los anarquistas. También llegó en un momento en el que el movimiento anarquista estaba dividido en discusiones internas, a menudo sobre la relación entre el anarquismo y el bolchevismo. Las alianzas dentro del movimiento anarquista eran complicadas y poco claras y, por lo tanto, difíciles de entender para los de fuera. Su relato de

estas experiencias se recoge en *El mito bolchevique*, y termina con la derrota de los rebeldes de Kronstadt y su salida de Rusia hacia una vida de exilio permanente. Lo que no está claro para el lector moderno es el tremendo daño que su estancia en Rusia hizo a su optimismo revolucionario, así como a su sentido de sí mismo.

Hay que recordar que el tiempo que pasó en la cárcel dejó una huella permanente en Berkman [239]. Principalmente le hizo propenso a la depresión y los acontecimientos en torno a la Rebelión de Kronstadt tuvieron un profundo efecto en él. Aquellos rebeldes masacrados, junto con otros camaradas en Rusia, se habían unido a él, a Warren Billings y a Tom Mooney en 1917 protestando contra la ejecución planeada de Mooney y el intento de extraditar a Berkman de Nueva York a California para que fuera juzgado por el atentado del Día de la Preparación del 22 de julio de 1916 en San Francisco [240] Todo lo que pudo hacer fue escuchar las armas comunistas que destruían a sus camaradas. Él, Goldman y los demás anarquistas de Petrogrado no pudieron intervenir, detener nada, marcar alguna diferencia. Ni siquiera su celda de aislamiento en la cárcel había destruido su autoestima tanto como su impotencia por las muertes en Kronstadt. En una carta a un camarada, el anarquista neoyorquino Michael Cohn, en octubre de 1922, Berkman se describía a sí mismo como «descorazonado, desanimado, casi desesperado» [241].

Uno de sus primeros actos al salir de Rusia fue escribir el artículo «Los bolcheviques disparan a los anarquistas» con Emma Goldman, que apareció por primera vez en el periódico anarquista londinense *Freedom* en enero de 1922. Con su llamada a las armas: «Daos prisa porque la sangre de nuestros camaradas está fluyendo en Rusia» tuvo un profundo efecto en el mundo anarquista. Por supuesto, antes de su publicación corrían rumores pesimistas. Los camaradas habían viajado a Rusia y no se sabía nada de ellos, o los camaradas habían vuelto de allí con preocupantes historias de represión. Sin embargo, aquí estaban dos respetados anarquistas, con años de sacrificio y devoción a la causa, declarando claramente, a su regreso de Rusia, que los bolcheviques no eran nuestros aliados sino nuestros enemigos. Se convirtió en un documento emblemático. Incluso entonces, a algunos anarquistas les costó creerlo, y a muchos otros les escandalizó, aunque pensaban que podía ser cierto.

Berkman hizo lo que pudo para dar a conocer el Estado bolchevique. Le resultaba difícil hablar en público, así que la escritura se convirtió, más que nunca, en su principal forma de comunicación. Con base en Berlín, escribió su folleto *La tragedia rusa* entre el 5 y el 10 de enero de 1922, en una especie de calor blanco, y terminó su folleto *La rebelión de Kronstadt*, ese mismo año. En 1923 también tradujo el folleto *La revolución rusa y el Partido Comunista*, escrito por cuatro anarquistas de Moscú. En conjunto, los folletos

constituyeron lo que él denominó su serie de la Revolución Rusa. Se planearon otros, pero no se materializaron. También pasó el año ayudando a Emma Goldman con lo que sería su libro *Mi desilusión en Rusia* (¡que no era su título!), publicado en 1923 [242] A principios de enero de 1923 comenzó a trabajar en *El mito bolchevique*.

Junto a todo este trabajo, Berkman seguía buscando cosas que hacer, cosas que pudieran aliviar su sentimiento de impotencia, así como desafiar la concepción de la revolución que se reflejaba en la Rusia bolchevique. Poco a poco fue adquiriendo una idea de lo que era posible para él. En su introducción a *El mito bolchevique* escribió: «La vida interior de la revolución, que es su único significado, ha sido casi totalmente descuidada por los escritores sobre la revolución rusa». Por supuesto, el libro trata de su vida interior, pero ese enfoque le ayudó a centrarse en las experiencias de las víctimas individuales del bolchevismo. Si él estaba descorazonado y desesperado como resultado de sus experiencias, la «vida interior» de los demás debía ser similar. Físicamente él era libre; otros compañeros no lo eran. El estado de represión en Rusia era tan intenso, tan asfixiante, que el mero hecho de contar una historia individual, de enviar provisiones a un prisionero, de descubrir el destino de una persona, eran actos no sólo de solidaridad, sino de afirmación de sus vidas, de sus ideas y de sus experiencias con el bolchevismo. La revolución no se

refería sólo a las estructuras económicas, sino a las personas y a sus experiencias.

Desde principios de 1921, todo tipo de agrupaciones y organizaciones anarquistas internacionales se pusieron en marcha para dar a conocer los casos de presos anarquistas en Rusia. La Cruz Negra Anarquista funcionaba tan bien como podía dentro de Rusia, pero en 1925 muchos de sus miembros habían sido arrestados y el apoyo a los prisioneros se convirtió cada vez más en una actividad clandestina. Los anarquistas norteamericanos habían formado la Federación de Ayuda Internacional e intentaban ofrecer apoyo material y político a los anarquistas tanto en Rusia como en España. El grupo de ayuda a los anarquistas rusos, con sede en Londres, publicó el periódico yiddish *Hilsruf*. Tres de sus colaboradores –Berkman, Mark Mratchny y Rudolf Rocker– desempeñarían papeles importantes en la ayuda a los prisioneros rusos. Las cosas llegaron a un punto álgido de organización con la publicación del artículo «En las cárceles de Rusia» en el *Freedom* de enero de 1923. El artículo instaba a los militantes a desafiar a los miembros del Partido Comunista cada vez que pudieran: los anarquistas debían insistir en que todos los encarcelados y deportados/exiliados fueran liberados y «que se pusiera fin al absurdo sistema de terrorismo que ahora se inflige a los trabajadores». El artículo estaba firmado por la Unión de Socialistas Revolucionarios Maximalistas, el Comité Anarcosindicalista de Defensa de Rusia designado por la recientemente

formada Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), el Grupo de Refugiados Anarquistas en Rusia (representado por el anarquista Voline) y el Comité de Representantes para la Ayuda a los Anarquistas Encarcelados en Rusia (representado por Berkman).

El artículo terminaba pidiendo que toda la correspondencia se enviara al editor anarquista Franz Kater en Berlín en nombre del Comité de Ayuda a los Revolucionarios Encarcelados y fue ese grupo el que en octubre de 1923 publicó el primer número del Boletín del Comité Conjunto para la Defensa de los Revolucionarios Encarcelados en Rusia [243] Berkman jugó un papel importante en la aparición del Boletín, traduciendo material del ruso al inglés, incluyendo un artículo de I. N. Steinberg sobre la situación de los socialistas revolucionarios de izquierda encarcelados en prisiones y en el exilio. El Boletín se publicaría «de vez en cuando» con el objetivo de «suministrar al mundo información sobre la situación de los revolucionarios en Rusia» [244] y establecía el estilo de los futuros números con detalles de los anarquistas y otros revolucionarios que habían sido arrestados o exiliados recientemente, junto con peticiones de dinero para mantener el Boletín y proporcionar fondos y suministros para los compañeros encarcelados. Entre bastidores podemos imaginar el tiempo que se empleaba en recuperar retazos de información, escuchar a los refugiados rusos

recién llegados y los intentos de distinguir entre los rumores y los hechos mientras las detenciones no cesaban.

Berkman fue una buena elección para participar en este tipo de trabajo. Era un trabajo que aprovechaba algunos de sus puntos fuertes. Era políglota y podía traducir del ruso al alemán o al inglés, y era diligente y minucioso a la hora de revisar todo el papeleo que un proyecto como éste generaba. Y lo que es igual de importante, tenía un «nombre» que trascendía las divisiones y tensiones del anarquismo ruso y, de hecho, también del americano y del europeo. Esencialmente, era un intermediario honesto al que la mayoría de los anarquistas consideraban una persona de palabra. Su vida hablaba de su dedicación al ideal anarquista y era considerado con respeto por algunos más allá de la izquierda; gente a la que intentarían utilizar para dar a conocer la situación de los revolucionarios encarcelados en Rusia.

Sin embargo, los problemas surgieron poco después de la publicación del primer número. Ese número se había incorporado a una revista puntual, *Behind The Bars* (enero de 1924), publicada en Nueva York por la Cruz Roja Anarquista. El enfoque hacia los prisioneros adoptado por el *Bulletin* parecía causar tensiones en algunos círculos anarquistas de Nueva York que estaban preocupados por la cantidad de trabajo que el *Bulletin* estaba haciendo para los prisioneros no anarquistas. Como resultado de esta preocupación, se envió una carta a Berkman,

probablemente por parte de la rama neoyorquina de la ARC, sugiriendo que el trabajo de apoyo a los prisioneros en Rusia que estaba llevando a cabo el grupo en torno al *Bulletin* debería concentrarse únicamente en cuidar a los anarquistas encarcelados. Los escritores tenían ciertamente la historia de su lado. La Cruz Roja Anarquista en Estados Unidos se había formado en 1907 porque, a pesar de que los anarquistas recaudaban fondos para los presos políticos en Rusia (incluyendo a los presos anarquistas), el dinero parecía ir sólo a los presos socialdemócratas de allí a través de los diversos grupos socialdemócratas de apoyo a los presos rusos. Para algunos anarquistas en 1923, parecía que la historia podría estar repitiéndose y que Berkman, de entre toda la gente, estaba animando a que esto sucediera. Para otros anarquistas, todos los tipos de socialismo y marxismo habían sido manchados por la práctica bolchevique. ¿Por qué apoyar a cualquiera de ellos? Berkman contestó de forma bastante escueta a la carta un mes después, argumentando que suministrar pan a Maria Spiridonovna (que era una Revolucionaria Socialista de Izquierda) debería ser tan imperativo como ayudar a Aaron Baron (que era anarquista) [245] Si la gente de la Cruz Roja Anarquista afirmaba que no podían trabajar con los Socialistas Revolucionarios de Izquierda encarcelados, él mismo encontraría imposible trabajar con algunos de los anarquistas encarcelados que pensaba que estaban «peor que locos». Sin embargo, seguiría apoyando a estos anarquistas de cualquier manera que pudiera. Sugirió que

ser un revolucionario era el principal criterio para recibir el apoyo de los presos. La definición de «revolucionario» cambiaba y se transformaba ligeramente en diferentes periodos de su vida, pero básicamente identificaba a los revolucionarios como aquellos que utilizaban la acción decisiva para lograr un cambio revolucionario total. Para él, los Socialistas Revolucionarios de Izquierda eran revolucionarios aunque no estuviera de acuerdo con ellos políticamente. Además, consideraba que las tendencias políticas importaban mucho menos en la cárcel que fuera de ella cuando se trataba de asuntos como la comida o la ayuda mutua. En consecuencia, el Boletín publicaría más tarde los casos de los socialdemócratas y sionistas socialistas encarcelados.

El calendario de publicación «de vez en cuando» se cumplió razonablemente.

El siguiente número salió en octubre–noviembre de 1924 con más noticias sobre huelgas de hambre y vida en prisión. Berkman había pasado gran parte de ese año cotejando toda la información que pudo sobre los revolucionarios de izquierda rusos encarcelados y exiliados, pasando la información a Roger Baldwin, director de la Unión Americana de Libertades Civiles, a quien Berkman había conocido en Estados Unidos. Esta información, de naturaleza esencialmente documental, fue publicada para el Comité Internacional de Presos Políticos por el editor neoyorquino Albert y Charles Boni en 1925 como *Cartas desde las cárceles*

*rusas* y publicada en Inglaterra por CW Daniel ese mismo año. Baldwin era nominalmente el editor del proyecto que Berkman había recopilado. Obviamente, Berkman se dio cuenta de que el Comité Internacional tenía más influencia y podía ser mucho más eficaz para dar a conocer lo que ocurría en Rusia que los anarquistas. Junto con *The Guillotine At Work*, de Grigori Maksimov, este volumen sigue siendo una lectura esencial para conocer las pruebas de la represión bolchevique [247] Debemos añadir que, según Boris Yelensky en su relato sobre la Cruz Roja Anarquista, Berkman sugirió el magistral trabajo de Maksimov al grupo de Ayuda a los Prisioneros de Chicago en una carta de 1935 [248].

En diciembre de 1926 el Boletín estaba bajo el ala de la Asociación Internacional de Trabajadores y se convirtió en el Boletín del Fondo de Ayuda de la Asociación Internacional de Trabajadores para los Anarquistas y Anarcosindicalistas Encarcelados en Rusia. Más anarquistas se involucraron en su recopilación y se anunció que ahora tenía sede en París y Berlín. El Boletín también intentó ampliar su número de lectores con ediciones publicadas en inglés, francés, español y ruso. Algún que otro número se publicaba también en neerlandés y esperanto. Independientemente de su nuevo título, el Boletín seguía proporcionando a los lectores detalles sobre los presos que no eran anarquistas. El número de diciembre de 1926, por ejemplo, contenía un llamamiento desde la prisión de Kharkov firmado por anarquistas, un revolucionario socialista de izquierdas,

sionistas socialistas y un miembro de las Juventudes Socialistas. En octubre de 1925 Berkman se trasladó, con cierta dificultad, a París y continuó ayudando a editar el Boletín desde allí. Esta función la mantuvo hasta mayo de 1930, cuando fue deportado a Bélgica por «hacer propaganda anarquista». Consiguió volver, pero se enfrentó a nuevas batallas de expulsión en noviembre de 1930 y julio de 1931. Tuvo que retirarse públicamente de este y otros proyectos, pero en privado se ocupó de la correspondencia en inglés para el Comité y siguió ayudando con las cuentas hasta su muerte el 28 de junio de 1936. Tras la muerte de Berkman, sus compañeros anarquistas en América reconocieron su trabajo en favor de los prisioneros rusos. El Grupo de Ayuda de Chicago (un fuerte apoyo financiero al Boletín y a su trabajo) se rebautizó como Fondo de Ayuda Alexander Berkman [249] Tras la derrota de la Revolución Española en 1939, el Fondo de Ayuda Alexander Berkman proporcionó ayuda a los refugiados anarquistas españoles en Francia y en otros lugares.

Su labor de ayuda a los prisioneros rusos fue, desde cualquier punto de vista, notable. Creo que es muy fácil subestimar lo que Berkman y sus compañeros tuvieron que afrontar. Debemos recordar que los que intentaron ayudar a los prisioneros rusos eran un grupo muy reducido. Significaba enfrentarse a realidades muy desagradables. El movimiento anarquista estaba, para citar a Emma Goldman, «hecho pedazos» [250] en todas partes y la Rusia soviética

contaba con la abrumadora simpatía de muchos en la izquierda. Aunque algunos se sentían molestos y preocupados por lo que oían o intuían sobre la realidad de la vida bajo el bolchevismo, siempre daban a Rusia el beneficio de la duda. Consideremos este extracto de una carta de 1922 a un anarquista de Andrés Nin, marxista español, más tarde líder del POUM (Partido Obrero de Unificación Marxista) en la Revolución Española y asesinado por el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) en 1937:

¿Hubo errores, injusticias? ¿Quién lo duda? ¿Pero quién podría evitarlos? ¿Somos todos intachables? Todo menos eso. Y no hemos tenido una revolución [251]. Dale tiempo. No le des mala publicidad. No empujes al bebé cuando está empezando a caminar. Quizá muchos de los que están en la cárcel eran contrarrevolucionarios. Se cometerán errores. No aceptar la realidad de la situación le convierte a uno en traidor a la revolución. Estas actitudes genuinamente sentidas, articuladas por tantas personas, algunas de las cuales eran antiguos aliados, sólo acentuaron el aislamiento emocional y político que sentían Berkman y sus compañeros. Ser previsor puede ser un asunto solitario.

Este aislamiento se vio agravado por la naturaleza del trabajo que había que realizar. Desde luego, no era glamuroso ni llamativo. Podemos imaginar a Berkman sentado en su mesa de trabajo en Berlín o en París, rodeado de papeles: cartas, memorandos, trozos traídos de

contrabando desde Rusia que habían pasado por innumerables manos. Leyéndolo todo. Haciendo listas interminables, tratando de encontrar patrones, y tratando de dar sentido a cualquier patrón que encontrara. Deteniéndose de vez en cuando al darse cuenta de la creciente y asfixiante opresión que se ha apoderado tan profesionalmente de la revolución. Sentándose e intentando recordar los rostros de los compañeros que conoció y preguntándose si siguen vivos. Además de todo este trabajo burocrático había que tomar decisiones. ¿Cómo acceder a las fuerzas laborales progresistas y animarlas a dar a conocer la situación de los presos en Rusia? ¿A cuál, de todos los casos que lo merecen, debemos dar prioridad para la ayuda? Si mencionamos los nombres de algunos presos, ¿ponemos en peligro a sus familias? Las preguntas eran agotadoras e implacables, las respuestas no eran fáciles y el optimismo era difícil de encontrar.

También era implacable la lucha constante por la financiación. Había que enviar alimentos y paquetes médicos. Había que apoyar a las familias de los presos, tanto dentro como fuera de Rusia. Había que producir el Boletín, así como folletos y panfletos sobre una persona o grupo de presos concretos, así como artículos para cualquier periódico que los publicara. Berkman escribió una circular tras otra pidiendo dinero, «¿quién merece más nuestros esfuerzos que esos valientes hombres y mujeres que son perseguidos por su lealtad a un ideal?», escribe en una de

ellas, para luego subrayar que nadie del comité del Fondo de Ayuda recibe dinero por lo que hace. Todo el dinero se destina al alivio de los presos. Así fue, y el Boletín publicó regularmente cuentas detalladas de las donaciones y los gastos. Berkman vivía del dinero que podía ganar con su trabajo de traducción y alguna que otra limosna de los camaradas estadounidenses.

Por supuesto, es conmovedor saber que muy pocas de las personas cuyos nombres aparecen en el Boletín regresaron a sus hogares. El contacto con los prisioneros, los exiliados y sus familias se hizo mucho menos regular a medida que pasaban los años. En su libro *In The Struggle For Equality*, Yelensky escribe estas escalofriantes palabras: «Finalmente, en 1939, se rompió todo contacto con nuestros camaradas en Rusia, y nuestro trabajo por los presos políticos en ese país llegó a su fin» [252].

Así que ahí lo tenemos. Anarquistas y radicales de muchas convicciones perdidos en los campos, las cárceles y los pueblos aislados de Rusia. Muertos de hambre y frío, solos y ejecutados casualmente. Muchos simplemente han desaparecido de la memoria. Reprimidos, aislados y vigilados durante décadas. Si no te fusilaban por resistencia activa o por simple oposición podías morir de hambre. Algunos pueden haber seguido siendo anarquistas por pura terquedad. Sabemos que otros intentaron mantener las conexiones, esperando la próxima revolución. Muchos simplemente desaparecieron de la historia.

He sugerido al principio de este ensayo que las vidas y experiencias de las personas a las que Berkman y sus compañeros intentaban ayudar podrían llevarnos a plantear preguntas. Yo sugeriría que la más importante es bastante obvia. ¿Qué vamos a hacer con todo este conocimiento, estos nombres que Berkman llamó «La procesión trágica», nombre tras nombre de compañeros exiliados, encarcelados o simplemente desaparecidos [253]? ¿Debemos verlos como si pertenecieran al pasado –una historia triste, pero eso era entonces y esto es ahora–? ¿Debemos felicitar a Berkman y a los demás por su labor de apoyo a los prisioneros rusos hace noventa años y seguir adelante?

Tengo que decir que es tentador. A veces la historia puede pesar y deshacerse de ese peso es una idea atractiva. El problema con ese enfoque es que no deberíamos querer dejar pasar esa historia. El trabajo que Berkman y los demás llevaron a cabo queda tristemente inconcluso. Sólo conocemos fragmentos de lo que les ocurrió a estos compañeros, si es que sabemos algo. El grupo que lleva a cabo la investigación para el sitio web «Anarquistas en el Gulag (y en la prisión y el exilio)» está llevando a cabo el trabajo iniciado por Berkman y sus compañeros hace tantos años [254], y excelentes estudiosos como Malcolm Archibald de Black Cat Press [255] y Nick Heath [256] están ocupados trabajando en el campo. Los historiadores rusos y ucranianos llevan tiempo realizando un trabajo apasionante y, poco a poco, algunos de sus trabajos se están poniendo a

disposición de los lectores ingleses [257]. Todos ellos siguen recogiendo trozos de papel andrajosos con garabatos indescifrables y devolviendo a la gente a la vida. ¿Qué tipo de movimiento, qué tipo de luchadores por un mundo de libertad individual y ayuda mutua seríamos si dejáramos sin descubrir a aquellos que compartían creencias similares pero que perecieron en las circunstancias más desesperadas y atormentadas?

Si encontrar un nombre y su destino individual es en sí mismo una afirmación de esa persona y de la filosofía por la que vivió su vida, también es una condena de todos aquellos que les obligaron a sufrir tan brutalmente. Seguramente el tormento emocional y físico desatado sobre nuestros camaradas debería hacernos considerar regularmente con quién podemos trabajar ahora para realizar nuestro ideal. El propio Berkman creía que debíamos apoyar a todos los revolucionarios en las cárceles bolcheviques, no sólo a los anarquistas. Él mismo había estado preso y reconocía que las diferencias políticas cuentan mucho menos en la cárcel que fuera de ella. Sin embargo, era un hombre inteligente y debió darse cuenta de que si los prisioneros eran liberados, sería casi imposible encontrar una unidad de propósito similar fuera de los muros de la prisión. Sencillamente, porque tengamos el mismo enemigo, ¿significa necesariamente que debemos ser amigos?

Creo que probablemente tengamos que intentar hacer las preguntas correctas. No estoy convencido de que sea

sensato preguntarse si hay buenos o malos marxistas, ni si hay buenas o malas interpretaciones del marxismo. El propio Berkman se planteaba esas preguntas a partir de 1922 aunque, con el paso de los años, parece que las abandonó y otras ocuparon su lugar. Ha habido intentos constantes por parte de los compañeros de encontrar lo mejor tanto del anarquismo como del marxismo y crear algún maravilloso movimiento radical biónico que comparta una historia común y que, de alguna manera, nos haga más potentes revolucionarios. Ciertamente, los anarquistas y marxistas rusos (y otros) trabajaron juntos antes de 1917. Compartieron células y exilio en la Rusia zarista. ¿Quizás algunos eran amigos? Quizás también buscaban lo mejor de cada uno y de sus respectivas ideologías. En 1918, esos marxistas y bolcheviques enviaban a los anarquistas a la cárcel, al exilio o a la ejecución por argumentar contra las ideas bolcheviques. Ahora bien, todos sabemos que esto es complicado. Algunos anarquistas no fueron encarcelados durante un tiempo, algunos anarquistas se pasaron al bolchevismo, otros murieron como anarquistas luchando codo con codo con los bolcheviques, y los bolcheviques masacraron a sus propios compañeros tan alegremente como cualquier otra tendencia. A veces, anarquistas y bolcheviques compartían objetivos intermedios comunes. Y sí, como argumentaba Berkman, algunos anarquistas eran un poco... extraños. La realidad es un asunto desordenado, pero la opresión constante y la muerte parecen ser un tema habitual en la forma en que los marxistas y sus diversas

agrupaciones se relacionan con los anarquistas. ¿Es inevitable que siempre seamos el canario en la mina?

Creo que Berkman comprendió toda esta complejidad tan bien como cualquiera y un poco mejor que la mayoría. Después de todo, pasó unos buenos años trabajando con el horror creado por las soluciones estatales marxistas para la erradicación del capitalismo. Las principales preguntas que se planteó en 1921, y que perfeccionó a lo largo del resto de su vida, giraban en torno a lo que entendemos por cambio revolucionario y lo que significa «tomar el poder». Para Berkman estas eran las preguntas centrales que deberíamos hacer y, para ser honesto, no creo que las hayamos respondido realmente todavía. Lo que podemos ver en sus escritos y cartas públicas, a partir de 1922, es una clara cautela en su enfoque de la obsesiva autojustificación de los marxistas y sus agrupaciones. Tomar el poder para ellos significaba que sólo ellos podían tener razón en cualquier evaluación de cualquier situación. Sólo ellos podían decidir quién era digno y quién no. Todas sus decisiones se basaban, por supuesto, en lo que ellos creían que era la correcta interpretación de las palabras de Marx y sus acólitos. Una vez que se han deshecho de su oposición, todo lo que queda es que las distintas tendencias de su grupo se vuelvan unas contra otras en busca de esa seductora pureza revolucionaria mezclada con un toque de conveniencia política. En todo esto, la clase obrera y los desposeídos se convirtieron en irrelevantes –irritantes que debían ser

moldeados y controlados por los que más sabían. Esta seguridad de tener toda la razón, unida a una inquietante certeza, se convirtió rápidamente en algo mortal y de pesadilla. Sus efectos corrosivos se manifestaron claramente en Rusia a partir de 1918, donde el comportamiento dictatorial se justificaba por las «circunstancias». «Las circunstancias» es una idea maravillosa y conveniente y, por supuesto, a veces hay que reconocerlo. Después de todo, las circunstancias pueden ser irritantes. Sin embargo, ¿qué «circunstancias» hicieron necesario el aislamiento, el exilio y la muerte de tantos?

Si buscamos amigos (¿y estamos tan solos?), quizá debemos considerar cómo se sienten nuestros amigos en su relación con el poder, tanto personal como político. Puede que sintamos que tenemos las respuestas, pero cómo trabajamos, como anarquistas, con las víctimas económicas y emocionales del capitalismo para crear un mundo mejor sigue siendo, para Berkman, la cuestión central de la práctica revolucionaria. En su folleto *El anticlímax* (que era esencialmente el último capítulo de *El mito bolchevique* que sus editores no publicaron porque pensaban que era un «anticlímax»), Berkman sugirió los inicios de una respuesta «No por orden de alguna autoridad central, sino orgánicamente desde la vida misma» [258] se produciría la regeneración social con una base firme y segura –un proceso que él veía como los inicios del comunismo anarquista– «una sociedad comunista libre no autoritaria» [259].

Hay muchos libros, folletos y documentos publicados sobre la revolución rusa. En los años 30, el gran escritor proletario Jack Common sugirió que el socialismo no se construiría libro a libro. Tampoco la anarquía. Podría haberse construido con las acciones de personas como Fanya Baron (ejecutada en 1921), Maria Weger (detenida en 1921), Vladimir Yegorov (exiliado a Siberia tras tres años de aislamiento, 1931), M.A. Sednev (detenido en 1925), Polya Kurganskaya (muerta en el exilio en 1929), y miles como ellos cuyos nombres aún esperan ser descubiertos, pero no fue así. Incluso después de que algunos de ellos, y miles y miles como ellos, hubieran contribuido a hacer realidad febrero y octubre de 1917, sus acciones parecen no haber contado para nada en la mente de los bolcheviques. Puede que queramos argumentar que los tiempos han cambiado, pero también tenemos que afrontar el hecho de que la realidad de su sufrimiento hace tantos años no lo ha hecho. Sean cuales sean las preguntas que estos nombres y vidas nos obliguen a plantearnos, depende de nosotros responderlas con la mayor veracidad posible.

Por muchos libros sobre Rusia que leamos, no debemos olvidar nunca quiénes fueron. Se lo debemos.

## ESTALINISMO Y BOLCHEVISMO

**Paul Mattick**

Trotsky afirma que al escribir la biografía de Stalin tenía un objetivo: mostrar «cómo podía desarrollarse una personalidad así y cómo acabó usurpando una posición excepcional». Este es el objetivo declarado. Pero el objetivo real es muy diferente. Se trata de mostrar por qué Trotsky perdió su posición de fuerza en un momento dado, cuando debería haber sido el heredero de Lenin, siendo más digno de esa herencia que Stalin. Así, antes de la muerte de Lenin, ¿no era común decir «Lenin y Trotsky»? ¿No se colocó sistemáticamente el nombre de Stalin al final, o incluso en el último lugar, de las listas de líderes bolcheviques? ¿No sugirió Lenin, en alguna ocasión, que su firma se colocara

sólo después de la de Trotsky? En definitiva, el libro nos permite entender por qué Trotsky se creía el «heredero natural de Lenin». De hecho, es una doble biografía: la de Stalin y la de Trotsky.

Todo tiene, al principio, dimensiones modestas. El bolchevismo de Lenin y Trotsky es tan diferente del estalinismo como la peste parda hitleriana de 1933 lo es del nacionalsocialismo de la Segunda Guerra Mundial. Pero, si se examinan los escritos de Lenin y Trotsky anteriores al nacimiento del estalinismo, se descubre que todo lo que hay en el «arsenal» estalinista tiene su correspondencia en los otros dos. Trotsky, por ejemplo, al igual que Stalin, presentó el trabajo forzoso como la aplicación de un «principio socialista». Creía firmemente que un socialista serio no podía discutir el derecho del Estado obrero a hacer sentir el poder de su fuerza contra cualquier trabajador que se negara a poner a su disposición la fuerza de trabajo que representaba. Y fue el mismo Trotsky quien se apresuró a atribuir un «carácter socialista» a la desigualdad, argumentando que «todo trabajador que hace más que otro por el interés general tiene, en consecuencia, derecho a una parte mayor del producto social que el perezoso, el negligente o el saboteador». Todavía era Trotsky quien estaba convencido de que «hay que hacer todo lo posible para fomentar el desarrollo de la emulación en la esfera de la producción». No hace falta decir que, en cada caso, estas declaraciones se presentaron como «principios socialistas»

válidos para el período de transición. Fueron simplemente las dificultades objetivas en el camino hacia la socialización completa las que obligaron a utilizar estos métodos. No fue por gusto, sino por necesidad, que la dictadura del Partido tuvo que ser reforzada hasta tal punto que se suprimió toda libertad de acción, mientras que esto, de una u otra forma, se permite en los estados burgueses. Y Stalin está igualmente justificado al invocar la «necesidad» como excusa.

Al no querer avanzar contra el estalinismo sólo con argumentos que en última instancia aparecen como una expresión de antipatía personal contra un competidor en las luchas del Partido, Trotsky se vio obligado a descubrir las diferencias políticas entre Stalin y él, pero también entre Stalin y Lenin. Al hacerlo, pensó que podía respaldar la afirmación de que, tanto en Rusia como en otros lugares, las cosas se habrían desarrollado de manera muy diferente sin Stalin.

Pero difícilmente puede haber diferencias «teóricas» entre Lenin y Stalin, ya que la única obra teórica de este último fue, de hecho, directamente inspirada por Lenin y escrita bajo su control directo. Si, por otra parte, se admite que la «naturaleza» de Stalin «exigía» la máquina centralizada del Partido, no hay que olvidar que fue Lenin quien construyó para él un aparato tan perfecto. También en este caso hay poca diferencia entre ambos. En realidad, Stalin apenas fue una molestia para Lenin mientras estuvo activo, por muy

desagradable que fuera para el «número dos del bolchevismo».

Sin embargo, debe haber una diferencia entre el leninismo y el estalinismo si queremos entender lo que Trotsky llama el «termidor soviético», siempre que, por supuesto, admitamos que hubo tal termidor. Observemos ya que Trotsky da cuatro estimaciones diferentes de cuándo tuvo lugar este termidor. En su biografía de Stalin, elude esta cuestión. Se limita a señalar que el termidor soviético está vinculado al «crecimiento de los privilegios de la burocracia». Pero aquí estamos: esta observación nos retrotrae a los períodos de la dictadura bolchevique anteriores al estalinismo, cuando Lenin y Trotsky desempeñaron un papel en la creación de la burocracia estatal, aumentando sus privilegios para incrementar su eficiencia.

## **La lucha por el poder**

Cuando se examina lo que realmente ocurrió, es decir, la feroz lucha por el poder que sólo salió a la luz después de la muerte de Lenin, se llega a sospechar algo muy diferente a un termidor soviético. Porque está claro que en ese momento el Estado bolchevique ya era lo suficientemente fuerte, o al menos estaba en una posición tal, que podía ignorar en cierta medida las demandas de las masas rusas y

de la burguesía internacional. La burocracia ascendente comenzó a sentirse suficientemente en control de Rusia: la lucha por los «Rosins»<sup>130</sup> de la Revolución entraba en su fase más general y aguda.

Todos los que participaron en esta lucha no dejaron de señalar con insistencia que era necesario recurrir a la dictadura para hacer frente a las contradicciones no resueltas entre «obreros» y «campesinos», a los problemas planteados por el atraso económico del país y al peligro siempre recurrente de un ataque desde el exterior. Y se utilizaron todo tipo de argumentos para justificar la dictadura.

La lucha por el poder dentro de la clase dominante se tradujo en programas políticos: a favor o en contra de los intereses de los campesinos, a favor o en contra del debilitamiento de los consejos obreros, a favor o en contra de una ofensiva política en la escena internacional. Se cocinaron pomposas teorías para ganarse al campesinado, para tratar la relación entre la burocracia y la revolución, la cuestión del Partido, etc. El clímax se alcanzó en la controversia Trotsky–Stalin sobre la «revolución permanente» y la teoría del «socialismo en un solo país».

---

130 Alusión a la heroína Rosina de la obra de Beaumarchais, «El barbero de Sevilla», a la que el Conde Almaviva intenta conquistar por todos los medios. (N. d. T.)

Es perfectamente posible que todos estos opositores creyeran en lo que decían; pero –a pesar de sus finas diferencias teóricas– todos se comportaron de la misma manera en cuanto se enfrentaron a la misma situación práctica. Por supuesto, dependiendo de las necesidades de su causa, presentaron los mismos hechos de formas muy diferentes. Así aprendemos que cuando Trotsky corrió al frente –a todos los frentes– fue para defender la patria, y nada más. Por el contrario, Stalin fue enviado al frente porque «allí, por primera vez, pudo trabajar con la maquinaria administrativa más lograda, la maquinaria militar», maquinaria de la que, por cierto, Trotsky se lleva todo el mérito. Así como cuando Trotsky aboga por la disciplina, muestra su «mano de hierro», cuando Stalin hace lo mismo, sólo muestra su brutalidad. El sangriento aplastamiento de la rebelión de Kronstadt se nos presenta como una «trágica necesidad», pero la aniquilación por parte de Stalin del movimiento independentista georgiano como la «rusificación forzada de un pueblo, sin tener en cuenta sus derechos como nación». A la inversa: los partidarios de Stalin denuncian las propuestas de Trotsky como erróneas y contrarrevolucionarias, pero cuando las mismas propuestas se presentan bajo la apariencia de Stalin, las consideran una prueba de la sabiduría del gran líder.

Para entender el bolchevismo, y más concretamente el estalinismo, es inútil seguir y prolongar la polémica superficial y casi siempre estúpida entre estalinistas y

trotskistas. Es fundamental ver que la revolución rusa no es sólo el partido bolchevique. En primer lugar, ni siquiera estalló por iniciativa de grupos políticos organizados. Al contrario. Fue el resultado de las reacciones espontáneas de las masas ante el colapso de un sistema económico ya muy sacudido por la derrota militar. El levantamiento de febrero comenzó con revueltas de hambre en los mercados, huelgas de protesta en las fábricas y proclamas de solidaridad con los amotinados por parte de los soldados. Sin embargo, en la historia moderna, todos los movimientos espontáneos van acompañados de la entrada de fuerzas organizadas. En cuanto el zarismo se vio amenazado de muerte, las organizaciones invadieron el teatro de operaciones con sus propias consignas, planteando sus propios objetivos políticos.

Antes de la revolución, Lenin había señalado que la organización es más fuerte que la espontaneidad. Pero al insistir con fuerza en este hecho, no hacía más que reflejar el carácter retrógrado de Rusia, cuyos movimientos espontáneos sólo podían tener el mismo carácter. Los propios grupos políticos más avanzados sólo propusieron programas limitados. Los obreros industriales aspiraban a la aplicación de reformas capitalistas como las que disfrutaban los trabajadores de los países capitalistas desarrollados. La pequeña burguesía y los estratos superiores de la clase capitalista querían que se instalara una democracia burguesa al estilo occidental. Los campesinos querían la tierra, pero

dentro de una agricultura capitalista. Estas reivindicaciones pueden ser progresistas para Rusia, pero son la esencia de la revolución burguesa.

El nuevo gobierno liberal, nacido de la revolución del 17 de febrero, quería continuar la guerra. Pero fue precisamente contra las condiciones impuestas por la guerra que las masas se rebelaron. Todas las promesas de reforma dentro del marco definido de la Rusia de entonces, y con el mantenimiento de las relaciones de poder imperialistas, se convirtieron en palabras vacías. Era absolutamente imposible canalizar los movimientos espontáneos en la dirección deseada por el gobierno. Tras un nuevo levantamiento, los bolcheviques tomaron el poder. De hecho, no se trató de una «segunda revolución», sino de un simple cambio de gobierno, llevado a cabo por la fuerza. Esta toma de posesión bolchevique se vio facilitada por el hecho de que las masas amotinadas no tenían ningún interés en el gobierno existente. Como dijo Lenin, el golpe de octubre fue «más fácil de llevar a cabo que levantar una pluma».

La victoria final fue «prácticamente ganada a pulso»... Ni un solo regimiento se presentó para defender la democracia rusa... La lucha por el poder supremo, en un imperio que cubre una sexta parte del mundo, se libró entre fuerzas asombrosamente débiles en ambos bandos, ya sea en las provincias o en las dos capitales.»

Los bolcheviques no pretendían restablecer la antigua situación para luego llevar a cabo las reformas. Se declararon a favor de lo que los movimientos espontáneos, supuestamente retrógrados, habían puesto en práctica. Se declararon a favor del fin de la guerra, del control obrero de la industria, de la expropiación de la clase dominante y del reparto de la tierra. Gracias a ello, pudieron mantenerse en el poder.

Las reivindicaciones de las masas rusas antes de la revolución eran obsoletas. Esto se debe a dos razones: por un lado, esas demandas ya habían sido satisfechas hace tiempo en la mayoría de los países capitalistas, y por otro lado, ya no podían ser satisfechas en las condiciones que entonces prevalecían en el mundo. En una época en la que el proceso de concentración y centralización había llevado a casi todo el mundo al colapso de la democracia burguesa, apenas era posible establecerla en Rusia. Cuando ya no se puede hablar de democracia del laissez-faire, ¿cómo se pueden poner en marcha las reformas de las relaciones entre el capital y el trabajo, que suelen estar asociadas a la legislación social y al sindicalismo? Del mismo modo, la agricultura capitalista, más allá del derrumbe de las antiguas bases feudales y de su entrada en la producción para el mercado capitalista, ha emprendido la industrialización de la agricultura, con la consecuencia de su inserción en el proceso de concentración del capital.

## Los bolcheviques y la espontaneidad de las masas

Los bolcheviques nunca afirmaron que fueran los únicos responsables de la Revolución Rusa. Tienen plenamente en cuenta la existencia de movimientos espontáneos. Naturalmente, subrayaron el hecho evidente de que la historia pasada de Rusia –durante la cual el partido bolchevique había desempeñado su papel– había permitido a las masas no organizadas alcanzar una especie de vaga conciencia revolucionaria. Pero tampoco dudaron en afirmar que, sin su liderazgo, la Revolución habría tomado un rumbo diferente y, con toda probabilidad, habría acabado en contrarrevolución. «Si los bolcheviques no hubieran tomado el poder», escribió Trotsky, «el mundo habría conocido una versión rusa del fascismo, cinco años antes de la marcha sobre Roma». Sin embargo, los intentos contrarrevolucionarios, lanzados por las fuerzas tradicionales, no fueron rotos por ninguna dirección consciente del movimiento espontáneo, ni por la acción de Lenin que, «gracias a su ojo entrenado, tenía una visión correcta de la situación»: fracasaron porque era imposible desviar al movimiento espontáneo de sus propios objetivos. Si queremos utilizar el concepto de contrarrevolución, podemos decir que la única contrarrevolución posible en Rusia en el 17 no era otra que la que ofrecía la propia revolución. En otras palabras, la revolución ofrecía a los bolcheviques la posibilidad de crear un orden social centralizado que mantuviera la separación capitalista de los

trabajadores y los medios de producción y volviera a convertir a Rusia en una potencia imperialista.

Durante la revolución, los intereses de las masas sublevadas y de los bolcheviques coincidieron en un grado verdaderamente notable. Además de esta identidad temporal de intereses, existía una profunda correspondencia entre la concepción bolchevique del socialismo y las consecuencias del movimiento espontáneo. Demasiado «retrógrada» desde el punto de vista del socialismo, pero demasiado «avanzada» desde el punto de vista del capitalismo liberal, la revolución sólo podía conducir a esa forma lógica de capitalismo que los bolcheviques convirtieron en la condición previa para el establecimiento del socialismo: el capitalismo de Estado.

Al identificarse con el movimiento espontáneo que no podían controlar, los bolcheviques se encontraron en posición de dominarlo una vez que se hubiera agotado en la búsqueda de sus objetivos inmediatos. Y había muchos objetivos, que podían alcanzarse de diversas maneras en los distintos ámbitos. Los diferentes estratos del campesinado tenían diferentes necesidades que satisfacer, diferentes objetivos, que conseguían o no conseguían. Sus intereses, sin embargo, no tenían ninguna relación real con los del proletariado. La propia clase obrera estaba dividida en muchos grupos, con una variedad de necesidades específicas y concepciones generales. La pequeña burguesía tenía otros problemas. En resumen, aunque había una

unidad espontánea contra las condiciones impuestas por el zarismo y la guerra, no había una unidad real en los objetivos inmediatos ni en la política a largo plazo. Los bolcheviques no tuvieron ninguna dificultad en aprovechar estas separaciones sociales para construir su propio poder, consolidarlo y hacerlo más fuerte que todas las fuerzas sociales porque nunca tuvieron que enfrentarse al conjunto de la sociedad.

Al igual que todos los demás grupos que desempeñaron un papel en la revolución, los bolcheviques siguieron adelante con su propio objetivo: mantener el gobierno. Se trata de un objetivo de más largo alcance que los perseguidos por los otros grupos. Implica una lucha incesante; la conquista, pérdida y recuperación de posiciones de fuerza. Los estratos campesinos se calmaron tras el reparto de la tierra. Los trabajadores volvieron a las fábricas como empleados. Los soldados volvieron a la vida civil, retomando su antigua condición de campesinos u obreros: ya no les era posible seguir vagando por el país. Para los bolcheviques, la verdadera batalla comenzó con la victoria de la Revolución. Como todos los gobiernos, el gobierno bolchevique implicaba la sumisión de todos los estratos sociales a su autoridad. Concentrando poco a poco todo el poder en sus manos, centralizando todos los órganos de control, los bolcheviques acabaron pronto por poder determinar la política.

Una vez más, Rusia se organizó completamente de acuerdo con los intereses de una clase específica: la clase privilegiada del emergente sistema capitalista de Estado.

## **La maquinaria del partido**

Todo esto no tiene nada que ver con el estalinismo ni con ningún «termidor». Sólo se trata de la política seguida por Lenin y Trotsky desde el momento en que tomaron el poder. En un informe al Sexto Congreso de los Soviets (1918), se podía oír a Trotsky quejarse: «No todos los trabajadores soviéticos han comprendido que nuestro gobierno es un gobierno centralizado y que todas las decisiones tomadas deben ser definitivas... Seremos despiadados con los obreros soviéticos que aún no han comprendido; los despediremos, los eliminaremos de nuestras filas y les haremos sentir el peso de la represión». Trotsky nos dice hoy que estas palabras iban dirigidas a Stalin, porque no coordinaba sus actividades en la prosecución de la guerra. Queremos creerlo; pero ¡cuánto mejor podrían aplicarse estas palabras a todos aquellos que nunca habían pertenecido a la «segunda élite», o que más generalmente no tenían ningún rango en la jerarquía soviética! Como señala Trotsky, ya existía «una profunda separación entre las clases en movimiento y los intereses del aparato del Partido». Incluso los cuadros del Partido Bolchevique, que se regocijaban de tener que cumplir prioritariamente una tarea revolucionaria

excepcional, estaban finalmente bastante inclinados a despreciar a las masas y a identificar sus intereses particulares con los del Aparato, y esto desde el día del derrocamiento de la monarquía.»

Trotsky se apresuró a añadir que los peligros que esta situación podría haber conllevado fueron contrarrestados por la vigilancia de Lenin y por las condiciones objetivas que significaban que «las masas eran más revolucionarias que el Partido y el Partido más revolucionario que el Aparato». Y sin embargo, ¡el aparato estaba dirigido por Lenin! Ya antes de la Revolución, el Comité Central del Partido, y Trotsky nos lo explica con mucho detalle, funcionaba de forma casi reglamentada y estaba totalmente en manos de Lenin. Después de la Revolución, este estado de cosas no hizo más que reforzarse. En la primavera de 1918, «el ideal del centralismo democrático sufrió nuevas revisiones, en el sentido de que, en la práctica, el poder en el gobierno y en el Partido se concentró en manos de Lenin y sus colaboradores directos. Este último rara vez apoyaba una opinión opuesta a la del líder bolchevique y, de hecho, cumplía todos sus deseos». Como la burocracia progresó más tarde, el aparato estalinista debe ser el resultado de un fracaso que se remonta a la época de Lenin. Para diferenciar entre el amo del Aparato y éste, como lo hace entre el Aparato y las masas, Trotsky debe dar a entender que sólo las masas y su líder más avanzado eran verdaderamente revolucionarios, y que Lenin y las masas revolucionarias

fueron traicionados por el Aparato estalinista, que, por así decirlo, se hizo a sí mismo. Puede que Trotsky necesite hacer esta distinción para justificar sus propias opciones políticas, pero no tiene ninguna base real. Porque, con la excepción de algunas observaciones aquí y allá sobre el peligro de la burocratización –el equivalente bolchevique de las cruzadas de los políticos burgueses por un presupuesto equilibrado de vez en cuando–, Lenin, hasta su muerte, nunca criticó realmente el aparato del Partido y su dirección, es decir, nunca se criticó a sí mismo. Cualquiera que fuera la política que se llevara a cabo, siempre recibía la bendición de Lenin, mientras permaneciera a la cabeza del aparato, y es bueno recordar que murió, todavía a la cabeza del Partido.

Las aspiraciones «democráticas» de Lenin son una leyenda. El capitalismo de Estado bajo Lenin puede haber diferido del capitalismo de Estado bajo Stalin, pero esto se debió simplemente a que el poder dictatorial del georgiano era mayor, y este fortalecimiento fue un resultado directo de los esfuerzos de Lenin por establecer su propia dictadura. Es discutible que Lenin fuera menos «terrorista» que Stalin. Al igual que Stalin, calificó a todas sus víctimas de «contrarrevolucionarias». Sin querer comparar las estadísticas sobre el número de personas torturadas y asesinadas bajo los dos regímenes, basta con señalar que, bajo Lenin y Trotsky, el régimen bolchevique no era todavía lo suficientemente fuerte como para emprender operaciones de tipo estalinista, como la colectivización

forzosa y los campos de trabajo, base del control estatal de la economía y la política. No fueron sus concepciones ni sus objetivos, sino su debilidad lo que obligó a Lenin y a Trotsky a instituir la llamada Nueva Política Económica (NEP), es decir, a hacer concesiones reales a la propiedad privada, al tiempo que hacían concesiones verbales a la democracia. La «tolerancia» mostrada por los bolcheviques hacia las organizaciones no bolcheviques, como los socialrevolucionarios (SR), en los primeros años del gobierno de Lenin, no se deriva, como afirma Trotsky, del gusto de Lenin por la democracia, sino simplemente del hecho de que los bolcheviques eran entonces incapaces de aniquilar inmediatamente a todas las organizaciones no bolcheviques. Los rasgos totalitarios del bolchevismo de Lenin no hicieron más que acentuarse a medida que crecía su control del Estado y su poder político. Trotsky afirma que estos rasgos totalitarios fueron impuestos por la actividad «contrarrevolucionaria» de todas las organizaciones obreras no bolcheviques, pero es difícil invocar esta actividad para explicar el mantenimiento y el agravamiento de estos rasgos tras la aniquilación de todas las organizaciones no conformistas. Además, ¿cómo puede utilizarse esta causa para explicar el éxito de Lenin en el refuerzo de los principios totalitarios en organizaciones fuera de Rusia, como la Internacional Comunista?

## Trotsky, apologista del estalinismo

Al no poder culpar enteramente de la dictadura de Lenin a las organizaciones no bolcheviques, Trotsky apela a otro argumento. «Los teóricos que pretenden demostrar que el sistema totalitario, que ahora existe en Rusia, proviene de hecho de la naturaleza horrible del bolchevismo», olvidan los años de guerra civil que «dejaron una marca indeleble en el gobierno soviético». Muchos administradores, una capa considerable de ellos en todo caso, adquirieron el hábito de mandar y exigir una obediencia incondicional a sus órdenes. También Stalin, nos dice, «quedó marcado por las condiciones de esta guerra civil, y con él todo el grupo que más tarde le ayudaría a imponer su dictadura personal». Dado que, además, la guerra civil fue librada por la burguesía internacional, se deduce que lo desagradable del bolchevismo, tanto bajo Lenin como bajo Stalin, tiene como razón principal y fundamental la hostilidad del capitalismo. El bolchevismo sólo pudo convertirse en una monstruosidad porque tuvo que defenderse: por eso tuvo que recurrir al asesinato y a la tortura.

De ello se desprende que el bolchevismo de Trotsky, a la vez que muestra su odio a Stalin, sólo conduce a una laboriosa defensa del estalinismo, única posibilidad que tiene de defenderse. Esto explica el carácter superficial de las diferencias ideológicas entre el estalinismo y el trotskismo. La imposibilidad de atacar a Stalin sin atacar al mismo tiempo a Lenin nos hace comprender las enormes

dificultades a las que se enfrenta Trotsky como opositor. Su propio pasado, sus propias teorías, le prohíben dar a luz un movimiento a la izquierda del estalinismo. El «trotskismo» está así condenado a seguir siendo una simple agencia de reunión de bolcheviques descontentos. Sin duda podría desempeñar este papel fuera de Rusia, dada la incesante lucha por el poder y el acceso a las palancas de mando en el llamado movimiento «comunista» internacional. Pero en realidad no podría tener ninguna importancia real, ya que no tiene nada que ofrecer sino la sustitución de una élite política por otra. La defensa de Rusia por parte de los trotskistas durante la Segunda Guerra Mundial fue claramente una continuación de toda la política llevada a cabo anteriormente por estos, sin duda, opositores jurados pero al mismo tiempo los más leales a Stalin.

La defensa del estalinismo por parte de Trotsky no se limita a mostrar cómo la guerra civil transformó a los bolcheviques de siervos a amos de la clase obrera. Prefiere remitirnos sobre todo a lo que considera uno de los hechos más importantes: «es una cuestión de vida o muerte para la burocracia preservar la nacionalización de los medios de producción y de la tierra», lo que, siempre según él, equivale a decir que «a pesar de la deformación burocrática, por horrible que sea, la base de clase de la URSS sigue siendo proletaria». Sin embargo, podemos observar que en un momento dado Stalin preocupó un poco a Trotsky. En 1921, Lenin se atormentaba: ¿es la NEP sólo un paso «táctico» o

una verdadera «evolución»? Y Trotsky, sabiendo que la NEP había reforzado las tendencias al capitalismo privado, al principio quiso ver en el desarrollo de la burocracia estalinista «nada más que un primer paso hacia una restauración burguesa». Pero eran temores infundados. «La lucha contra la igualdad, los intentos de establecer profundas diferencias sociales no han podido, hasta ahora, eliminar la conciencia socialista de las masas, ni han podido acabar con la nacionalización de los medios de producción y de la tierra, esas conquistas sociales fundamentales de la revolución.» Stalin, por supuesto, no tuvo nada que ver con todo esto, ya que el termidor ruso habría abierto, sin duda, el camino a una nueva era de dominación por parte de la burguesía, si esta dominación no se hubiera mostrado ya superada en todo el mundo.

## **El resultado: Capitalismo de Estado**

Con esta última observación de Trotsky tocamos por fin el fundamento mismo de lo que estamos discutiendo aquí. Ya hemos dicho más arriba que el resultado concreto de la revolución de 1917 no fue ni socialista ni burgués, sino capitalista de Estado. Según Trotsky, Stalin quería destruir la naturaleza estatal–capitalista de la sociedad rusa y sustituirla por una economía burguesa. Este sería el significado del

Thermidor ruso. Sólo el declive del orden económico burgués en todo el mundo impidió e impide a Stalin alcanzar este objetivo. Todo lo que pudo hacer fue imponer la odiada dictadura de su persona a la sociedad construida por Lenin y Trotsky. En este sentido, fue el trotskismo el que derrotó al estalinismo, ¡aunque Stalin siga gobernando en el Kremlin!

Todo este argumento se basa en la identificación entre capitalismo de Estado y socialismo. Mientras que algunos de sus seguidores han descubierto recientemente que es imposible seguir defendiendo esta identificación, Trotsky nunca se rindió. Porque esto es, de hecho, el alfa y omega del leninismo y, más generalmente, el alfa y omega de todo el movimiento socialdemócrata mundial, del que el leninismo es sólo la parte más realista; realista en el caso de Rusia. Este movimiento entendía y sigue entendiendo por «Estado obrero» el gobierno del Partido, y por socialismo la nacionalización de los medios de producción. Pero cuando el control político del gobierno se sumó al control de la economía, la dominación totalitaria de la sociedad en su conjunto se hizo evidente. El gobierno aseguraba su dominio totalitario a través del Partido, que restablecía la jerarquía social, siendo él mismo una institución jerárquica.

Esta concepción del «socialismo» está empezando a ser desacreditada, pero sólo tomando como punto de partida la experiencia rusa y –en menor medida– la de otros países. Antes de 1914, la toma del poder –ya sea pacífica o por la fuerza– se entendía como la toma de la maquinaria del

gobierno. Un grupo de administradores y legisladores fue sustituido por otro. Desde el punto de vista económico, se trataba de eliminar la «anarquía» del mercado capitalista sustituyéndola por una producción planificada bajo control estatal. Y puesto que, por definición, el Estado socialista era un Estado «justo», controlado por las masas en un proceso democrático, era evidente que no podía haber circunstancias en las que las decisiones de este Estado pudieran estar en contradicción con el ideal socialista. Esta era la teoría que bastaba para organizar a sectores de la clase obrera en partidos más o menos poderosos.

La teoría del socialismo que acabamos de esbozar nació de la exigencia de una planificación económica centralizada en interés de todos los de abajo. El proceso de centralización que se desarrolló con la acumulación de capital se consideró, por tanto, una tendencia socialista. La creciente influencia del «trabajo» en el aparato estatal fue saludada como un paso hacia el socialismo. Pero en realidad, el proceso de centralización fue cualquier cosa menos una auto-transformación en propiedad social. No era más que el proceso de disolución de la economía del laissez-faire y correspondía al fin de los ciclos económicos tradicionales que regulaban la economía. Con el inicio del siglo XX el capitalismo cambió de carácter. Entró en unas condiciones de crisis permanente que ya no podían ser resueltas por el automatismo de las relaciones de mercado. Las regulaciones monopólicas, la intervención estatal y la política económica

internacional transfirieron el peso de la crisis a los hombros de los países menos privilegiados desde el punto de vista capitalista en la economía mundial. Todas las políticas económicas se han convertido en políticas imperialistas. En dos ocasiones han alcanzado su punto álgido desencadenando conflictos mundiales.

En esta situación internacional, reconstruir un sistema económico y político colapsado es esencialmente adaptarlo a las nuevas condiciones. La teoría bolchevique de la socialización respondió a esta necesidad de manera notable. Para restaurar el poder de la nación rusa, era necesario hacer de forma radical lo que en las naciones avanzadas había sido el resultado de un proceso evolutivo. Había que cerrar la brecha entre la economía rusa y la de las potencias occidentales. La ideología socialista sólo sirvió de cortina de humo. El origen socialista del bolchevismo lo hizo idóneo para el establecimiento del capitalismo de Estado en Rusia: los mismos principios organizativos que habían hecho del Partido una organización bien engrasada fueron utilizados con éxito para poner orden en el país.

Ni que decir tiene que los bolcheviques estaban convencidos de que estaban construyendo en Rusia, si no el socialismo, al menos lo más parecido a él, ya que estaban llevando a término un proceso que, en las naciones occidentales, era sólo una tendencia principal de desarrollo. ¿No habían abolido la economía de mercado, despojado a la burguesía, puesto las manos en el gobierno? Para los

trabajadores rusos, sin embargo, nada había cambiado: sólo veían a un nuevo grupo de jefes, políticos e ideólogos gobernando sobre ellos. Su situación empezó a parecerse a la de los trabajadores de los países capitalistas en tiempos de guerra. El capitalismo de Estado es una economía de guerra y, de hecho, todos los sistemas económicos fuera de Rusia se transformaron también en economías de guerra, en capitalismo de Estado adaptados a las necesidades imperialistas del capitalismo moderno. Las demás naciones no imitaron todas las innovaciones del capitalismo de Estado ruso, sólo conservaron las que mejor se adaptaban a sus propias necesidades. La Segunda Guerra Mundial dio lugar a un nuevo desarrollo del capitalismo de Estado a escala mundial. Las peculiaridades de las distintas naciones, sus situaciones específicas en el escenario mundial, están en el origen de la gran variedad de procesos de desarrollo del capitalismo de Estado.

Partiendo del hecho muy real de que el capitalismo de Estado y el fascismo no se han desarrollado ni se desarrollan de la misma manera en ninguna parte, Trotsky sostiene que las diferencias entre el bolchevismo, el fascismo y el capitalismo son fáciles de ver. Pero esto no es más que una acentuación arbitraria de las diferencias superficiales en el desarrollo social, planteada en aras del argumento. En todos los aspectos fundamentales, los tres sistemas son idénticos y no representan más que diferentes etapas de un mismo desarrollo: tratar de reforzar mediante la manipulación de la

masa de la población, a través de un gobierno dictatorial más o menos autoritario, el dominio de las capas privilegiadas que este gobierno protege, y permitir a estas últimas desempeñar su papel en el concierto de la economía internacional, por la preparación de la guerra, por la conducción de la misma, por la utilización de los beneficios que de ella se derivan.

Trotsky no podía permitirse ver el bolchevismo como un mero avatar de la tendencia mundial hacia una economía fascista. En 1940, seguía opinando que el bolchevismo había impedido en 1917 la llegada del fascismo a Rusia. Sin embargo, debería estar bastante claro hoy –y de hecho debería haber estado claro hace mucho tiempo– que todo lo que Lenin y Trotsky consiguieron evitar fue el uso de una ideología no marxista para enmascarar una reconstrucción fascista de Rusia. Al servir sólo a los objetivos del capitalismo de Estado, la ideología marxista del bolchevismo se ha desacreditado también. Para cualquier punto de vista que quiera ir más allá del sistema capitalista explotador, el trotskismo y el estalinismo son sólo reliquias del pasado».

# EL PAPEL DE LA IDEOLOGÍA BOLCHEVIQUE EN EL NACIMIENTO DE LA BUROCRACIA

**Cornelius Castoriadis**

*Publicado originalmente como «Le Role de l'ideologie bolchevique dans la naissance de la bureaucratie (Introduction a l'Opposition ouvriere d'Alexandra Kollonta'i)», Socialisme ou Barbarie, 35 (enero de 1964).*

## **1. El significado de la Revolución Rusa**

Nos complace presentar a nuestros lectores la primera traducción al francés del folleto de Alexandra Kollontai *La*

*oposición obrera en Rusia.* Este folleto fue publicado en Moscú a principios de 1921, durante la violenta polémica que precedió al X Congreso del Partido Bolchevique. Este Congreso debía cerrar la discusión para siempre sobre esta controversia, así como sobre todas las demás.

La gente no ha terminado de hablar de la Revolución Rusa, de sus problemas, de su degeneración y del régimen que finalmente produjo. ¿Y cómo podría hacerlo? De todas las revueltas de la clase obrera, la Revolución Rusa fue la única victoriosa. Y de todos los fracasos de la clase obrera, fue el más profundo y el más revelador.

El aplastamiento de la Comuna de París en 1871 y del levantamiento de Budapest en 1956 nos enseña que los trabajadores insurgentes se encuentran con problemas organizativos y políticos inmensamente difíciles, que una insurrección puede encontrarse aislada, que las clases dominantes no dudarán en emplear cualquier tipo de violencia o salvajismo bárbaro cuando su poder está en juego. La Revolución Rusa, sin embargo, nos obliga a reflexionar no sólo sobre las condiciones de una victoria proletaria, sino también sobre el contenido y el posible destino de dicha victoria, sobre su consolidación y desarrollo, sobre los gérmenes de un fracaso cuya importancia supera infinitamente la victoria de las tropas del Versalles, del ejército de Franco o de los tanques de Jruschov.

Puesto que aplastó a los ejércitos blancos y, sin embargo, sucumbió ante una burocracia que ella misma había generado, la Revolución Rusa nos enfrenta a problemas de naturaleza diferente a los que implica el estudio de las tácticas y los métodos de una insurrección armada o el análisis correcto de la relación de fuerzas en un momento dado. Nos obliga a reflexionar sobre la naturaleza del poder del pueblo trabajador y sobre lo que entendemos por socialismo. Culminando en un régimen en el que la concentración económica, el poder totalitario de los gobernantes [*les dirigeants*] y la explotación de la población trabajadora han sido llevados al límite, y produciendo en grado extremo la centralización del capital y su fusión con el Estado, en su resultado esta revolución nos presenta lo que ha sido y en ciertos aspectos sigue siendo la forma más desarrollada y más «pura» de una sociedad explotadora moderna.

Al encarnar el marxismo por primera vez en la historia – sólo para hacernos ver inmediatamente en esta encarnación una monstruosa desfiguración del mismo– la Revolución Rusa nos permite comprender más sobre el marxismo que lo que el propio marxismo ha podido ayudarnos a comprender sobre la Revolución. El régimen que produjo la Revolución se ha convertido en la piedra de toque de todas las ideas actuales, no sólo las del marxismo clásico, por supuesto, sino también las de las demás ideologías. Este régimen ha demostrado la ruina del marxismo a través de su propia

realización y ha demostrado el triunfo de las capas más profundas de estas otras ideologías a través de sus propias refutaciones. Incluso cuando este régimen se ha expandido hasta abarcar un tercio del globo, ha sido desafiado por las revueltas obreras en su contra [desde mediados de la década de 1950], ha intentado reformarse a sí mismo y ahora se ha dividido en dos polos opuestos, el ruso y el chino, no ha dejado de plantear cuestiones de la más acuciante importancia y de actuar como el indicador más claro y a la vez más enigmático de la historia mundial. El mundo en el que vivimos, en el que reflexionamos y en el que actuamos fue lanzado en su curso actual por los trabajadores y los bolcheviques de Petrogrado en octubre de 1917.

## **2. Las principales cuestiones**

Entre las innumerables cuestiones que plantea el destino de la Revolución Rusa, dos constituyen los polos en torno a los cuales podemos organizar todas las demás.

La primera pregunta es: ¿Qué tipo de sociedad ha producido la degeneración de la revolución? (¿Cuál es la naturaleza y la dinámica de este régimen? ¿Qué es la burocracia rusa? ¿Cuál es su relación con el capitalismo y con el proletariado? ¿Cuál es su lugar en la historia? ¿Cuáles son

sus problemas actuales?) Esta cuestión ya ha sido discutida en varias ocasiones en *Socialisme ou Barbarie*, [262] y lo será de nuevo [263].

La segunda pregunta es: ¿Cómo puede una revolución obrera dar lugar a una burocracia, y cómo ocurrió esto en Rusia? Hemos examinado esta cuestión en su forma teórica [264], pero hasta ahora hemos dicho poco desde el punto de vista histórico concreto.

En efecto, existe un obstáculo casi insuperable para estudiar de cerca este período particularmente oscuro que se extiende de octubre de 1917 a marzo de 1921, durante el cual se jugó el destino de la revolución. La cuestión que más nos preocupa es, en efecto, la siguiente: ¿Hasta qué punto los trabajadores rusos intentaron asumir la dirección de la sociedad, la gestión de la producción, la regulación de la economía y la orientación de la vida política? ¿Cuál era su conciencia de estos problemas, el carácter de su actividad autónoma? ¿Cuál era su actitud hacia el Partido Bolchevique, hacia la naciente burocracia? Ahora bien, debemos señalar que no son los trabajadores los que escriben la historia. Siempre son los otros. Y estos otros, sean quienes sean, tienen una existencia histórica sólo en la medida en que las masas son pasivas, o activas simplemente para apoyarlos, y esto es precisamente lo que «los otros» nos dirán en cada oportunidad. La mayoría de las veces, estos otros ni siquiera tendrán ojos para ver y oídos para oír los gestos y las declaraciones que expresan la actividad

autónoma del pueblo. En el mejor de los casos, cantarán las alabanzas de esta actividad siempre que coincida milagrosamente con su propia línea, pero la condenarán radicalmente, y le imputarán los motivos más bajos, en cuanto se desvíe de ella. Así, Trotsky describe en términos grandiosos a los obreros anónimos de Petrogrado adelantándose al Partido Bolchevique o movilizándose durante la Guerra Civil, pero más tarde caracterizará a los insurgentes de Kronstadt como «soplones» y «asalariados del Alto Mando francés». Carecen de las categorías de pensamiento –las neuronas, podríamos atrevernos a decir– necesarias para comprender, o incluso para registrar, esta actividad tal y como se produce realmente: para ellos, una actividad que no está instituida, que no tiene ni jefe ni programa, no tiene ningún estatus; ni siquiera es claramente perceptible, excepto quizás en el modo de «desorden» y «problemas». La actividad autónoma de las masas pertenece, por definición, a lo que se reprime en la historia.

Así, no es sólo que los registros documentales más interesantes para nosotros durante este período sean fragmentarios, o incluso que hayan sido y sigan siendo sistemáticamente suprimidos por la burocracia triunfante. Es que este registro de los acontecimientos es infinitamente más selectivo y sesgado que cualquier otro testimonio histórico. La rabia reaccionaria de los testigos burgueses y la hostilidad casi igualmente viciosa de los socialdemócratas; los delirantes desvaríos de los anarquistas; la historiografía

oficial, periódicamente reescrita para adaptarse a las necesidades de la burocracia, y la de la tendencia trotskista, preocupada exclusivamente por justificarse a posteriori y por ocultar su papel durante las primeras etapas de la degeneración: toda esta «evidencia histórica» converge en un punto: ignora los indicios de la actividad autónoma de las masas durante este período, o, en su caso, «demuestra» la imposibilidad a priori de su propia existencia.

En este sentido, la información contenida en el texto de Alexandra Kollontai tiene un valor incalculable. En primer lugar, por las indicaciones directas que proporciona sobre las actitudes y reacciones de los trabajadores rusos hacia la política del Partido Bolchevique; en segundo lugar, y más importante, porque muestra que una gran parte de la base obrera del Partido era consciente del proceso de burocratización que se estaba produciendo, y se posicionaba en contra. Ya no es posible, después de leer este texto, seguir describiendo la Rusia de 1920 como «sólo un caos», «un montón de ruinas», donde el pensamiento de Lenin y la «voluntad de hierro» de los bolcheviques eran los únicos elementos de orden en un país cuyo proletariado había sido pulverizado. Los trabajadores querían algo, y mostraron lo que querían a través de la Oposición Obrera dentro del Partido y de las huelgas de Petrogrado y la revuelta de Kronstadt fuera del Partido. Tanto los desafíos intrapartidarios como los extrapartidarios tuvieron que ser

aplastados por Lenin y Trotsky para que luego Stalin saliera triunfante.

### **3. Las «respuestas» tradicionales**

Volvamos a la cuestión principal: ¿Cómo pudo la Revolución Rusa producir un régimen burocrático? La respuesta actual (primero avanzada por Trotsky, más tarde retomada por los compañeros de viaje del estalinismo, y posteriormente por los propios hombres de Jruschov para «explicar» las «deformaciones burocráticas del sistema socialista») es la siguiente: la Revolución tuvo lugar en un país atrasado, que en cualquier caso no podría haber construido el socialismo por sí mismo; se encontró aislado por la derrota de la revolución en Europa (y más particularmente en Alemania entre 1919 y 1923); y lo que es más, el país fue completamente devastado por la Guerra Civil.

Esta respuesta no merecería ni un momento de consideración, si no fuera porque está ampliamente aceptada y sigue desempeñando un papel mistificador. Aunque no viene al caso.

El atraso, el aislamiento y la devastación del país –hechos incontestables en sí mismos– podrían haber explicado igualmente una derrota pura y simple de la revolución y la restauración del capitalismo clásico. Lo que nos preguntamos, sin embargo, es precisamente por qué no hubo una derrota pura y simple, por qué la Revolución superó a sus enemigos externos sólo para colapsar desde dentro, por qué «degeneró» precisamente de tal manera que condujo al poder de la burocracia.

La respuesta de Trotsky, si se nos permite usar una metáfora, es como decir: «Este paciente desarrolló tuberculosis porque estaba agotado». Sin embargo, al sentirse agotado, podría haber muerto o en su lugar, haber contraído alguna otra enfermedad. ¿Por qué contrajo esta enfermedad en particular? Lo que hay que explicar en la degeneración de la Revolución Rusa es por qué fue específicamente una degeneración burocrática. Esto no puede hacerse refiriéndose a factores tan generales como el «atraso» o el «aislamiento». Añadamos de paso que esta «respuesta» no nos enseña nada que podamos extender más allá de los límites de la situación rusa en 1920. La única conclusión que puede extraerse de este tipo de «análisis» es que los revolucionarios deben esperar ardientemente que las futuras revoluciones estallen en países más avanzados, que no deben permanecer aislados y que las guerras civiles no deben ser en absoluto devastadoras.

Después de todo, el hecho de que [desde la Segunda Guerra Mundial] el sistema burocrático de gobierno haya extendido sus fronteras mucho más allá de los límites de Rusia, que haya instalado regímenes similares en países que de ninguna manera pueden ser caracterizados como atrasados (como Checoslovaquia o Alemania del Este), y que la industrialización –que ha convertido a Rusia en la segunda potencia del mundo– no haya debilitado en absoluto a esta burocracia, muestra que toda la discusión en términos de «atraso», «aislamiento», etc., es pura y simplemente anacrónica.

#### **4. La burocracia en el mundo moderno**

Si queremos entender la aparición de la burocracia como estrato directivo cada vez más preponderante en el mundo contemporáneo, estamos obligados a constatar de entrada que, paradójicamente, aparece en los dos polos opuestos del desarrollo social. Por un lado, ha surgido como producto orgánico del proceso de maduración de la sociedad capitalista. Por otro lado, aparece como la «respuesta forzada» que los países atrasados dan al problema de su propio paso a la fase de industrialización.

## *A. Países capitalistas modernos*

En el primer caso, la aparición de la burocracia no nos ofrece ningún misterio. La concentración de la producción conduce necesariamente a la aparición en el seno de las empresas de un estrato cuya función es asumir la gestión colectiva de inmensas unidades económicas. La tarea a realizar supera cualitativamente las capacidades de cualquier propietario individual. Al principio en el ámbito económico, pero gradualmente también en otras esferas, el creciente papel del Estado conduce tanto a una extensión cuantitativa del aparato estatal burocrático como a un cambio cualitativo en su naturaleza.

En el polo opuesto, dentro de las sociedades capitalistas avanzadas, el movimiento obrero degenera al burocratizarse, se burocratiza al integrarse en el orden establecido, y no puede integrarse en este orden sin burocratizarse. Los diversos elementos tecnoeconómicos, político-estatales y «obreros» que constituyen la burocracia coexisten con diferentes grados de éxito. Coexisten tanto entre sí como con los elementos más propiamente «burgueses» de la sociedad (propietarios de los medios de producción). En cualquier caso, a medida que la burocracia evoluciona, la importancia de estos elementos burocráticos para la gestión de la sociedad aumenta constantemente. En este sentido, se puede decir que la aparición de la burocracia corresponde a una fase «última» del proceso de concentración del capital, que la burocracia personifica o

encarna el capital durante esta fase, de la misma manera que lo hizo la burguesía durante la fase anterior.

Al menos en lo que se refiere a sus orígenes y a su función socio–histórica, esta burocracia puede entenderse en términos de las categorías del marxismo clásico. (Poco importa, a este respecto, que los supuestos marxistas de hoy, que se quedan siempre por debajo de las posibilidades que conlleva la propia teoría que reclaman como suya, sigan siendo incapaces de conceder a la burocracia cualquier tipo de estatus sociohistórico. Estos supuestos marxistas creen que no existe un nombre para esta cosa en sus ideas, y por eso en la práctica niegan su existencia y hablan de capitalismo, como si nada hubiera cambiado dentro del capitalismo durante el último siglo o siglo y medio).

### *B. Países económicamente atrasados*

En el segundo caso, la burocracia surge, podría decirse, del propio vacío que se encuentra en este tipo de sociedad. En casi todos los países atrasados, los viejos estratos dirigentes son claramente incapaces de emprender la industrialización del país. El capital extranjero crea, en el «mejor de los casos», meros focos aislados de explotación moderna, y la burguesía nacional nacida tardíamente en esos países no

tiene ni la fuerza ni el coraje necesarios para emprender esta sacudida de las viejas estructuras sociales de arriba abajo, como exigiría el proceso de modernización. Añadamos que, por este mismo hecho, el proletariado nacional es demasiado débil para desempeñar el papel que le asigna el esquema de la «revolución permanente», es decir, es demasiado débil para eliminar los viejos estratos dirigentes y para emprender el proceso de transformación que llevaría, de forma ininterrumpida, de la fase «democrático-burguesa» al socialismo.

¿Qué puede ocurrir entonces? Una sociedad atrasada puede estancarse y permanecer estancada durante más o menos tiempo. (Esta es la situación actual en un gran número de países atrasados, se hayan constituido o no como Estados recientemente). Pero este proceso de estancamiento significa de hecho un deterioro relativo y a veces absoluto de su situación económica y social, así como una ruptura del antiguo equilibrio construido en estas sociedades. Agravada casi siempre por factores aparentemente «accidentales» (que de hecho se repiten inevitablemente y que se amplifican en un grado infinitamente mayor en una sociedad en proceso de desintegración), cada alteración del equilibrio de estas sociedades se convierte en una crisis, a menudo teñida de algún componente «nacional». Esto puede desembocar en una lucha nacional-social abierta y prolongada (China,

Argelia, Cuba, Indochina) o en un golpe de Estado, casi inevitablemente de carácter militar (Egipto).

Estos dos ejemplos presentan inmensas diferencias, pero también tienen un punto en común.

En el primer tipo de ejemplo (China, etc.), la dirección político–militar de la lucha se erige gradualmente en un estrato autónomo que gestiona la «revolución» y, tras la victoria, se encarga de la reconstrucción del país.

Para ello, incorpora naturalmente a todos los miembros de las antiguas capas privilegiadas que se han adherido a su causa, al tiempo que selecciona a ciertos miembros de las masas. Y a medida que el país se industrializa, constituye estos elementos en una pirámide jerárquica que servirá de esqueleto a la nueva estructura social. Esta industrialización se lleva a cabo, por supuesto, según los métodos clásicos de acumulación primitiva. Estos métodos implican una intensa explotación de los trabajadores y una explotación aún más intensa del campesinado, que es más o menos presionado para convertirse en un ejército industrial de trabajo.

En el segundo ejemplo (Egipto, etc.), la burocracia estatal–militar, si bien desempeña un papel de tutela con respecto a los estratos privilegiados existentes, no elimina completamente estos estratos ni la situación social que representan. Además, casi siempre se puede prever que el

país no se transformará e industrializará completamente hasta que se produzca una nueva convulsión violenta.

En ambos casos, sin embargo, lo que descubrimos es que la burocracia sustituye o tiende a sustituir a la burguesía como estrato social que lleva a cabo la tarea de acumulación primitiva.

Hay que señalar que esta burocracia ha hecho añicos las categorías tradicionales del marxismo. De ninguna manera puede decirse que este nuevo estrato social se haya constituido y haya crecido en el seno de la sociedad precedente. Tampoco nace de un nuevo modo de producción cuyo desarrollo se había vuelto incompatible con el mantenimiento de las antiguas formas de vida económica y social. Es, por el contrario, la burocracia la que hace nacer este nuevo modo de producción en las sociedades que estamos considerando. No nace ella misma del funcionamiento normal de la sociedad, sino de la incapacidad de ésta para funcionar. Casi sin metáfora, podemos decir que tiene su origen en el vacío social: sus raíces históricas se hunden totalmente en el futuro.

Evidentemente, no tiene sentido decir que la burocracia china es el producto de la industrialización del país, cuando sería infinitamente más razonable decir que la industrialización de China es el producto de la llegada de la burocracia al poder. Sólo podemos superar esta antinomia señalando que en la época actual, y a falta de una solución

revolucionaria a escala internacional, un país atrasado sólo puede industrializarse burocratizándose.

### *C. Rusia*

En el caso de Rusia, se puede decir que, a posteriori, la burocracia parece haber cumplido la «función histórica» [265] de la burguesía de antes, o de la burocracia de un país atrasado de hoy. Hasta cierto punto, por tanto, la burocracia rusa puede compararse con este último tipo de burocracia [266]. Y esta diferencia se debe precisamente al hecho de que la Rusia de 1917 no era simplemente un país «atrasado», sino un país que, además de su atraso, mostraba ciertos rasgos bien desarrollados del capitalismo (Rusia era, en 1913, la quinta potencia industrial más fuerte del mundo) –tan bien desarrollados, de hecho, que era el teatro de una revolución proletaria que se proclamaba socialista (mucho antes de que esta palabra llegara a significar todo lo que se quiera y nada en absoluto).

La primera burocracia que se convirtió en clase dominante en su sociedad, la burocracia rusa aparece precisamente como el producto final de una revolución que todo el mundo pensaba que había dado el poder al proletariado. Por lo tanto, representa un tercer tipo bastante específico (aunque

de hecho fue el primero que surgió claramente dentro de la historia moderna): la burocracia nacida de la degeneración de una revolución obrera. Es esta degeneración –aunque, desde el principio, la burocracia rusa cumple funciones como «gestor del capital centralizado» y actúa como «estrato para desarrollar una economía industrial moderna por todos los medios disponibles.»

## **5. La clase obrera en la revolución rusa**

Teniendo en cuenta precisamente lo que vino después, y recordando también que la «toma del poder» de octubre de 1917 fue organizada y dirigida por el Partido Bolchevique y que este Partido asumió de hecho este poder como propio desde el primer día, ¿en qué sentido se puede decir que la Revolución de Octubre fue proletaria (es decir, si uno se niega al menos a identificar una clase simplemente con el partido que reclama el poder en nombre de esa clase)? ¿Por qué no decir –de hecho, no ha faltado quien lo diga– que en Rusia nunca hubo otra cosa que un golpe de estado llevado a cabo por un partido que, habiendo obtenido de algún modo el apoyo de la clase obrera, simplemente intentaba instaurar su propia dictadura y lo consiguió?

No tenemos intención de discutir este problema en términos escolásticos. Nuestro objetivo no es preguntar si la Revolución Rusa encaja en la categoría de «revoluciones proletarias». La cuestión que nos importa es ésta: ¿Desempeñó la clase obrera rusa un papel histórico propio durante este período, o fue simplemente una especie de infantería, movilizada al servicio de otras fuerzas ya establecidas? En otras palabras, ¿apareció como un polo relativamente autónomo en la lucha y el torbellino de acciones, formas organizativas, reivindicaciones e ideas de este periodo, o fue simplemente una herramienta manipulada sin gran dificultad ni riesgo, una estación de relevo para los impulsos procedentes de otros lugares?

Cualquiera que haya estudiado mínimamente la historia de la Revolución Rusa podría responder sin dudarlo. Petrogrado en 1917, e incluso después, no era ni Praga en 1948 ni Cantón en 1949. El papel independiente del proletariado era claramente evidente –incluso, para empezar, por la forma en que los trabajadores acudieron en masa a las filas del Partido Bolchevique, dándole un apoyo mayoritario, que nadie podría haberles arrancado u obligado en ese momento. Este papel independiente se demostró también por la compenetración de los obreros con este partido y por la carga de la Guerra Civil, que asumieron espontáneamente. Pero, sobre todo, se muestra en las acciones autónomas que ellos mismos emprendieron, ya en febrero y julio de 1917 y aún más después de octubre, cuando expropiaron a los

capitalistas sin esperar, o incluso actuando en contra, de la voluntad expresa del Partido y cuando organizaron la producción por su cuenta. Finalmente, se muestra en los órganos autónomos que crearon: los Soviets y, en particular, los Comités de Fábrica.

El éxito de la Revolución sólo fue posible porque un vasto movimiento de revuelta total por parte de las masas trabajadoras, cuya voluntad era cambiar las condiciones de su existencia y librarse de los patronos y del Zar, convergió con la actividad del Partido Bolchevique. Es cierto que sólo el Partido Bolchevique, a finales de octubre de 1917, fue capaz de dar una expresión articulada y un objetivo intermedio preciso a las aspiraciones de los obreros, los campesinos y los soldados (el derrocamiento del Gobierno Provisional). Sin embargo, esto no significa en absoluto que los obreros fueran su infantería pasiva. Sin estos trabajadores, tanto dentro como fuera de sus filas, el Partido no era nada, ni física ni políticamente una fuerza a tener en cuenta. Sin la presión derivada de su creciente radicalización, ni siquiera habría adoptado una línea revolucionaria. Y en ningún momento, ni siquiera muchos meses después de la toma del poder, pudo decirse que el Partido «controlaba» los movimientos de las masas trabajadoras.

Sin embargo, esta convergencia, que realmente culminó con el derrocamiento del Gobierno Provisional y la formación de un gobierno predominantemente bolchevique, resultó ser temporal. Los signos de una brecha

entre el Partido y las masas aparecieron bastante pronto, aunque, por su propia naturaleza, tal brecha no podía ser captada de forma tan clara como una entre tendencias políticas organizadas.

Los trabajadores esperaban sin duda de la Revolución un cambio total de las condiciones de su existencia. Sin duda esperaban una mejora de sus condiciones materiales, sabiendo muy bien que esa mejora no se produciría inmediatamente. Sólo los más estrechos de miras vincularían la Revolución únicamente a este factor, o la posterior insatisfacción de los trabajadores a la incapacidad del nuevo régimen para satisfacer estas esperanzas de mejora material. La Revolución comenzó, en cierto sentido, con una demanda de pan. Sin embargo, mucho antes de octubre, ya había ido más allá de la cuestión del pan y había suscitado el compromiso total y apasionado de la gente.

Durante más de tres años, los trabajadores rusos soportaron las privaciones materiales más extremas sin inmutarse. Al mismo tiempo, suministraron la mayor parte de las fuerzas que iban a derrotar a los ejércitos blancos. Para ellos, se trataba de liberarse de la opresión de la clase capitalista y de su Estado. Organizados en los soviets y en los comités de fábrica, consideraban inconcebible, incluso antes pero sobre todo después de octubre, que se permitiera a los capitalistas seguir adelante. Y al echarlos de las fábricas, les hicieron descubrir que tendrían que organizar y gestionar la producción ellos mismos. Los propios trabajadores

expropiaron a los capitalistas, haciéndolo con su propia autoridad y actuando en contra de la línea del Partido Bolchevique (el decreto de nacionalización del verano de 1918 no hizo sino ratificar lo que ya se había hecho). Y fueron los obreros los que volvieron a poner en marcha las fábricas.

## **6. Política bolchevique**

En cuanto al Partido Bolchevique, esto no era en absoluto lo que buscaba. En la medida en que el Partido desarrolló alguna línea clara después de octubre (y en contra de la mitología difundida por estalinistas y trotskistas por igual, se puede demostrar fácilmente, con el respaldo de los registros documentales, que antes y después de octubre el Partido Bolchevique estaba totalmente en la oscuridad en cuanto a lo que quería hacer después de la toma del poder). Su objetivo era instaurar en Rusia una economía «bien organizada» según el modelo capitalista de la época [267], una forma de «capitalismo de Estado» (expresión utilizada incesantemente por Lenin), a la que se superpondría un poder político «obrero» –de hecho, este poder sería ejercido por el partido de la «clase obrera», el Partido Bolchevique. El «socialismo» (que implica efectivamente, escribe Lenin sin vacilar, la «gestión colectiva de la producción») vendrá después.

Y esto no es sólo una cuestión de «línea», de algo simplemente dicho o pensado. En su mentalidad profunda y en su actitud real, el Partido estaba impregnado de arriba a abajo de la convicción incuestionable de que debía dirigir, organizar, gestionar [diriger] en el pleno sentido de los términos. Esta convicción, que ya existía mucho antes de que comenzara la Revolución (como demostró Trotsky al hablar de la «mentalidad de comité» en su biografía de Stalin), era efectivamente compartida por todos los socialistas de la época (con algunas excepciones, como Rosa Luxemburgo, la tendencia Gorter–Pannekoek en Holanda y los «comunistas de izquierda» en Alemania). Esta convicción se vería tremendamente reforzada por la toma del poder, la Guerra Civil y la consolidación del poder del Partido. El propio Trotsky expresó claramente esta actitud en su momento cuando proclamó el «derecho de nacimiento histórico» del Partido.

Esta mentalidad era más que una simple mentalidad: tras la toma del poder, se convirtió casi inmediatamente en parte de la situación social real. Individualmente, los miembros del partido asumieron puestos de liderazgo en todas las esferas de la vida social, en parte, por supuesto, porque «no se puede hacer otra cosa». Pero esto, a su vez, vino a significar: porque todo lo que hacía el Partido aseguraba que no se podía hacer de otra manera.

Colectivamente, la única instancia real de poder era el Partido, y muy pronto, sólo las cumbres del Partido.

Inmediatamente después de la toma del poder, los soviets como instituciones quedaron reducidos a la condición de puro escaparate (no hay más que ver que, ya a principios de 1918, en las discusiones que condujeron al Tratado de Paz de Brest–Litovsk, su papel fue absolutamente nulo).

Si es cierto que la existencia social real del pueblo determina su conciencia, es desde ese momento ilusorio esperar que el Partido Bolchevique actúe de otra manera que no sea de acuerdo con su situación social real. La situación social real del Partido es la de un órgano de dirección, y su punto de vista hacia esta sociedad en adelante no es necesariamente el mismo que esta sociedad tiene hacia sí misma.

Los obreros no ofrecieron ninguna resistencia seria a esta evolución de los acontecimientos, o más bien a esta súbita revelación de la esencia del Partido bolchevique. Al menos no tenemos ninguna señal directa de tal resistencia. Entre el desalojo de los capitalistas, seguido de la reanudación del trabajo en las fábricas al principio del periodo revolucionario, y las huelgas de Petrogrado y la revuelta de Kronstadt al final del mismo (invierno de 1920–21), no conocemos ninguna manifestación articulada de actividad autónoma por parte de los trabajadores. La Guerra Civil y la continua movilización de las fuerzas militares durante este período, la gravedad de los problemas prácticos inmediatos (producción, abastecimiento de alimentos, etc.), la propia oscuridad de las cuestiones en juego y, sin duda, sobre todo

la confianza de los trabajadores en el Partido explican esta falta de expresión autónoma.

Dos elementos conforman la actitud de los trabajadores a este respecto. Por un lado, la aspiración a librarse de toda dominación, a tomar en sus manos la gestión de sus asuntos. Por otro lado, la tendencia a delegar el poder en este partido que acababa de demostrar ser el único oponente irreconciliable de la clase capitalista y que, de hecho, estaba llevando a cabo la guerra contra esta clase. La oposición, la contradicción, entre estos dos elementos no se percibía, y se diría que no podía percibirse claramente en ese momento.

Sin embargo, se vio, y con gran perspicacia, dentro del propio Partido. Desde principios de 1918 hasta la prohibición de las facciones en marzo de 1921, se formaron tendencias dentro del Partido Bolchevique que, con clarividencia y a veces con una claridad asombrosa, expresaron su oposición a la línea burocrática del Partido y a su rapidísima burocratización. Fueron los «Comunistas de Izquierda» (a principios de 1918), luego la tendencia «Centralista Democrática» (1919) y, finalmente, la «Oposición Obrera» (1920–21).

En los Apuntes Históricos que publicamos a continuación del texto de Alexandra Kollontai se encuentran detalles sobre las ideas y actividades de estas tendencias. En ellas se expresaban las reacciones de los miembros obreros del Partido –y, sin duda, las actitudes de los círculos proletarios

de fuera del Partido— ante la línea «estatal–capitalista» de la dirección. También expresaban al mismo tiempo lo que puede llamarse el «otro componente» del marxismo, el que apela a la propia actividad de las masas y que proclama que la emancipación del pueblo trabajador será obra de este mismo pueblo.

Sin embargo, estas tendencias opositoras fueron derrotadas una a una, y finalmente eliminadas en 1921, al mismo tiempo que la revuelta de Kronstadt fue aplastada. Los débiles ecos de su crítica a la burocracia que se pueden encontrar más tarde en la «Oposición de Izquierda» (trotskista) después de 1923 no tienen el mismo significado. Trotsky se opuso a las malas políticas de la burocracia y a los excesos de su poder. Nunca puso en duda su naturaleza esencial. Hasta prácticamente el final de su vida, nunca sacó a relucir las cuestiones planteadas por las distintas oposiciones del periodo de 1918 a 1921 (en esencia: «¿Quién dirige la producción?» y «¿Qué debe hacer el proletariado durante la ‘dictadura del proletariado’, aparte de trabajar y seguir las indicaciones de ‘su’ partido?»).

Por lo tanto, podemos concluir que, en contra de la mitología imperante, no fue en 1927, ni en 1923, ni siquiera en 1921, cuando se jugó y se perdió el partido, sino mucho antes, durante el período comprendido entre 1918 y 1920. Ya en 1921 era necesaria una revolución en el pleno sentido del término para restablecer la situación. Como demostraron los acontecimientos, una revuelta como la de Kronstadt no

fue suficiente para provocar cambios esenciales. Este disparo de advertencia sí indujo al Partido Bolchevique a rectificar ciertas aberraciones en relación con otros problemas (básicamente los relativos al campesinado y a la relación entre la economía urbana y la agraria). De este modo, se redujeron las tensiones provocadas por el colapso económico del país y se inició la reconstrucción del aparato productivo. Este esfuerzo de reconstrucción, sin embargo, ya estaba firmemente instalado en el surco del capitalismo burocrático.

De hecho, fue entre 1917 y 1920 cuando el Partido Bolchevique se estableció tan firmemente en el poder que ya no podía ser desalojado sino por la fuerza de las armas. Y fue desde el principio de este período cuando se limaron las incertidumbres de su línea, se eliminaron las ambigüedades y se resolvieron las contradicciones. En el nuevo Estado, el proletariado debía trabajar, movilizarse y, si era necesario, morir en defensa del nuevo poder. Debía entregar a sus miembros más «conscientes» y más «capaces» a «su» partido, donde se convertirían en los líderes de la sociedad. Debía ser «activo» y tenía que «participar» siempre que se le pidiera, pero debía hacerlo sólo y exactamente en la medida en que el Partido lo exigiera al proletariado. Por último, debía someterse completamente a la voluntad del Partido en todas las cuestiones esenciales. Como escribió Trotsky durante este período en un texto que tuvo una enorme difusión tanto dentro como fuera de Rusia: «El

obrero no se limita a negociar con el Estado soviético; no, está subordinado al Estado soviético, bajo sus órdenes en todas las direcciones, pues es su Estado».

## **7. La gestión de la producción**

El papel del proletariado en el nuevo Estado estaba, pues, muy claro. Era el de ciudadano entusiasta y pasivo. Y el papel del proletariado en el trabajo y en la producción no era menos claro. En general, era el mismo que antes –bajo el capitalismo–, excepto que los trabajadores de «carácter y capacidad» [269] debían ser elegidos para sustituir a los directores de fábrica que habían huido. La principal preocupación del Partido Bolchevique durante este periodo no era cómo se podía facilitar el proceso de que los colectivos de trabajadores asumieran la gestión de la producción, sino que era: ¿Cuál es la forma más rápida de desarrollar un estrato de gestores y administradores para la industria y para la economía en su conjunto?

Basta con leer los textos oficiales de este período para eliminar todas las dudas al respecto. La formación y capacitación de una burocracia como estrato directivo en la producción (con los privilegios económicos que inevitablemente acompañan a este estatus) fueron,

prácticamente desde el principio, la política consciente, directa y sincera del Partido Bolchevique, encabezado por Lenin y Trotsky. Se pensó honesta y sinceramente que era una política socialista –o, más precisamente, una «técnica administrativa» que podía ponerse al servicio del socialismo, ya que la clase de administradores que gestionaba la producción debía permanecer bajo el control de la clase obrera, «personificada por su partido comunista».

La decisión de colocar a un administrador a la cabeza de una fábrica en lugar de un consejo obrero [*bureau ouvrier*], escribió Trotsky, no tenía ningún significado político:

Puede ser correcto o incorrecto desde el punto de vista de la técnica de la administración.... En consecuencia, sería un error muy clamoroso confundir la cuestión de la supremacía del proletariado con la de los consejos de administración de los obreros al frente de las fábricas. La dictadura del proletariado se expresa en la abolición de la propiedad privada en los medios de producción, en la supremacía sobre todo el mecanismo soviético de la voluntad colectiva de los trabajadores, y en absoluto en la forma de administración de las empresas económicas individuales [270].

La frase de Trotsky, «la voluntad colectiva de los trabajadores», es una expresión metafórica utilizada para designar la voluntad del Partido Bolchevique. Los jefes bolcheviques lo afirmaban sin ninguna hipocresía, a

diferencia de algunos de sus «defensores» de hoy. Trotsky escribió en su momento:

En esta «sustitución» del poder de la clase obrera por el poder del Partido no hay nada accidental, y en realidad no hay sustitución alguna. Los comunistas expresan los intereses fundamentales de la clase obrera. Es muy natural que en el período que lleva esos intereses, en toda su magnitud, al orden del día, los comunistas se hayan convertido en los representantes reconocidos de la clase obrera en su conjunto [271].

Se pueden encontrar fácilmente decenas de citas de Lenin que expresan la misma idea.

Así que terminamos con el poder incontestable de los gerentes en las fábricas, bajo el «control» exclusivo del Partido (en realidad, ¿qué tipo de control era, de todos modos?) Y había el poder incontestable del Partido sobre la sociedad, sin ningún control. A partir de ese momento, nadie podía impedir que estos dos poderes se fusionaran, ni que los dos estamentos que los encarnaban se fusionaran, ni que se detuviera la consolidación de una burocracia inamovible que gobernara todos los sectores de la vida social. Es posible que el proceso se haya acelerado o magnificado por la entrada de elementos no proletarios en el Partido, ya que se apresuraron a subirse al carro. Pero esto fue una consecuencia, y no una causa, de la orientación del Partido.

Fue durante la discusión de la «cuestión sindical» (1920–21), que precedió al X Congreso del Partido, cuando la oposición a esta orientación del Partido se expresó con más fuerza dentro del propio Partido. Formalmente, la cuestión era la del papel de los sindicatos en la gestión de la producción y de la economía. Inevitablemente, la discusión se centró de nuevo en los problemas de la «dirección unipersonal [*commandement d'un seul*]» en las fábricas y en «el papel de los especialistas», cuestiones que ya se habían discutido ampliamente y en profundidad durante los dos años anteriores. En el texto de Kollontai y en las Notas Históricas anexas, el lector encontrará una descripción de las distintas posturas enfrentadas sobre estas cuestiones.

Brevemente, la dirección del partido, con Lenin a la cabeza, reafirmó que la gestión de la producción debía estar en manos de administradores individuales («especialistas» burgueses u obreros seleccionados por su «carácter y capacidad») bajo el control del Partido. Los sindicatos debían tener las tareas de educar a los trabajadores y de defenderlos contra los administradores de la producción y los administradores del Estado.

Trotsky exigía la completa subordinación de los sindicatos al Estado, su transformación en órganos y apéndices del Estado (y del Partido). Su argumento era siempre el mismo: Puesto que estamos en un Estado obrero, el Estado y los trabajadores son una misma cosa, y por tanto los trabajadores no tienen necesidad de un órgano separado

que les defienda de «su» Estado. La Oposición Obrera exigía que la gestión de la producción y de la economía se confiara gradualmente a «colectivos de trabajadores» en las fábricas, tal como se habían organizado en los sindicatos. Querían que la «gestión unipersonal» fuera sustituida por una «gestión colegiada» y que se redujera el papel de los especialistas y técnicos. La Oposición Obrera subrayaba que el desarrollo de la producción en las condiciones posrevolucionarias era un problema esencialmente social y político cuya solución dependía del despliegue de la creatividad y la iniciativa de las masas trabajadoras, y que este problema no era meramente administrativo y técnico. Denunciaba la creciente burocratización del Estado y del Partido (ya en esta época, todos los puestos que implicaban una responsabilidad mínimamente importante eran ocupados por designación desde arriba y no por elección), así como la creciente separación del Partido de los trabajadores.

En algunos puntos, es cierto, las ideas de la Oposición Obrera eran confusas, y en general la discusión parece haberse desarrollado en un plano formal, al igual que las soluciones propuestas por ambas partes eran también formales y no de fondo (el fondo, en cualquier caso, ya se había decidido en otro lugar que en los Congresos del Partido). Así, la Oposición (y Kollontai en su texto) no distinguía claramente entre el papel (indispensable) que debían desempeñar los especialistas y técnicos, bajo el control de los trabajadores, y la transformación de estos

especialistas y técnicos en gestores incontrolados [*incontroleés*] del proceso de producción. Desarrolló una crítica general a los especialistas y técnicos sin diferenciar entre ambas categorías, dejando así sus flancos expuestos a los ataques de Lenin y Trotsky, que tuvieron fácil demostrar que no podía haber fábricas sin ingenieros. Desde esta posición de ventaja, Lenin y Trotsky llegaron a la sorprendente conclusión de que ésta era una razón suficiente para confiar a estos ingenieros poderes de dirección dictatoriales sobre todo el funcionamiento de la fábrica. La Oposición luchó ferozmente por la gestión «colegiada», en contraposición a la gestión «unipersonal», un aspecto bastante formal del problema (una forma de gestión colegiada puede ser tan burocrática como la gestión unipersonal), dejando en la sombra el verdadero problema, el de la verdadera fuente de autoridad. Así, Trotsky se vio libre de decir: «La independencia de los obreros se determina y se mide, no por el hecho de que se coloquen tres obreros o uno a la cabeza de una fábrica, sino por factores y fenómenos de carácter mucho más profundo» [272], lo que le absolvió de tener que discutir el verdadero problema, que es el de la relación entre el «uno» o los «tres» hombres y la colectividad de productores en la empresa.

La Oposición también mostró una relativa cantidad de fetichismo sindical en un momento en que los sindicatos ya habían caído bajo el control prácticamente total de la burocracia del partido.

La continua «independencia» del movimiento sindical, en el período de la revolución proletaria, es tan imposible como la política de coalición. Los sindicatos se convierten en los órganos económicos más importantes del proletariado en el poder. Por lo tanto, caen bajo la dirección del Partido Comunista. No sólo las cuestiones de principio en el movimiento sindical, sino los graves conflictos de organización en su seno, son decididos por el Comité Central de nuestro Partido [273].

Siendo esto escrito por Trotsky en respuesta a la crítica de Kautsky sobre el carácter antidemocrático del poder bolchevique, Trotsky no tenía razones para exagerar el alcance del control del Partido sobre los sindicatos.

Sin embargo, a pesar de estas debilidades y a pesar de esta relativa confusión, la Oposición Obrera planteó el verdadero problema: ¿Quién va a gestionar la producción en el «Estado obrero»? Y dio la respuesta correcta: los órganos colectivos de los trabajadores.

Lo que la dirección del partido quería, lo que ya había impuesto –y en este punto no había diferencias entre Lenin y Trotsky– era una jerarquía dirigida desde arriba. Sabemos que esta fue la concepción que triunfó. Sabemos, también, a dónde condujo esta «victoria».

## **8. Sobre los «fines» y los «medios»**

En la lucha entre la Oposición Obrera y la dirección del Partido Bolchevique, somos testigos de cómo se disociaron los dos elementos contradictorios del marxismo. Estos dos elementos habían coexistido de forma paradójica en el marxismo en general y en su encarnación en Rusia en particular. Por última vez en la historia del movimiento marxista oficial, la Oposición Obrera hizo audible este llamamiento a las masas para que actúen por sí mismas, esta confianza en la capacidad creadora del proletariado, esta convicción de que con la revolución socialista se inicia un período verdaderamente nuevo en la historia de la humanidad, en el que las ideas del período anterior apenas conservan su valor y en el que el edificio de la sociedad debe reconstruirse desde abajo. Las tesis de la Oposición constituyen un intento de plasmar estas ideas en un programa político relativo al ámbito fundamentalmente importante que es la producción.

El triunfo de la perspectiva leninista es el triunfo del otro elemento del marxismo, que, por cierto, se había convertido desde hacía tiempo –e incluso en el propio Marx– en el elemento dominante del pensamiento y la acción socialistas. En todos los discursos y escritos de Lenin de este período, lo que se repite una y otra vez como una obsesión es la idea de que Rusia debe aprender de los países capitalistas

avanzados; que no hay ciento y una formas diferentes de desarrollar la producción y la productividad del trabajo si se quiere salir del atraso y el caos; que hay que adoptar los métodos capitalistas de «racionalización» y gestión, así como las formas capitalistas de «incentivos» al trabajo. Todo esto, para Lenin, no son más que «medios» que aparentemente podrían ponerse libremente al servicio de un fin histórico radicalmente distinto, la construcción del socialismo.

Así, Trotsky, al discutir los méritos del militarismo, llegó a separar al propio ejército, su estructura y sus métodos, del sistema social al que sirve. Lo criticable en el militarismo burgués y en el ejército burgués, dice Trotsky en esencia, es que están al servicio de la burguesía. Salvo eso, no hay nada que criticar en ellos. La única diferencia, dice, radica en esto: «¿Quién está en el poder?» [274] Asimismo, la dictadura del proletariado no se expresa por la «forma en que se administran las empresas económicas individuales» [275].

La idea de que medios semejantes no pueden ser puestos indiferentemente al servicio de fines diferentes; de que existe una relación intrínseca entre los instrumentos utilizados y el resultado obtenido; de que, especialmente, ni el ejército ni la fábrica son simples «medios» o «instrumentos», sino estructuras sociales en las que se organizan dos aspectos fundamentales de las relaciones humanas (la producción y la violencia); de que en ellas puede verse de forma condensada la expresión esencial del

tipo de relaciones sociales que caracterizan a una época – esta idea, aunque perfectamente obvia y banal para los marxistas, fue totalmente «olvidada». Sólo se trataba de desarrollar la producción, utilizando métodos y estructuras probadas.

Que entre estas «pruebas» la principal era el desarrollo del capitalismo como sistema social y que una fábrica no produce tanto tela o acero como proletariado y capital eran hechos que se ignoraban por completo.

Obviamente, detrás de este «olvido» se esconde algo más. En aquel momento, por supuesto, existía la preocupación desesperada por reactivar la producción lo antes posible y poner en pie una economía que se hundía. Esta preocupación, sin embargo, no dicta fatalmente la elección de los «medios».

Si a los dirigentes bolcheviques les parecía evidente que los únicos medios eficaces eran los capitalistas, era porque estaban imbuidos de la convicción de que el capitalismo era el único sistema de producción eficaz y racional. Fieles en este sentido a Marx, querían abolir la propiedad privada y la anarquía del mercado, pero no el tipo de organización que el capitalismo había alcanzado en el punto de producción. Querían modificar la economía, no las relaciones entre las personas que trabajan ni la naturaleza del trabajo en sí.

A un nivel más profundo aún, su filosofía era desarrollar las fuerzas de producción. Aquí también fueron fieles herederos de Marx, o al menos de una faceta de Marx, que se convirtió en la predominante en sus escritos de madurez.

El desarrollo de las fuerzas de producción era, si no el objetivo final, en todo caso el medio esencial, en el sentido de que todo lo demás vendría como un subproducto y que todo lo demás tenía que estar subordinado a ello. ¿También los hombres? Los hombres también, por supuesto. «Por regla general, el hombre se esfuerza por evitar el trabajo... el hombre es un animal bastante perezoso». [276] Para combatir esta indolencia, hay que poner en marcha todos los medios de probada eficacia: el trabajo obligatorio –cuyo carácter cambia completamente cuando lo impone una «dictadura socialista» [277]– y los medios técnicos y económicos disponibles:

En el capitalismo, el sistema de trabajo a destajo y de clasificación, la aplicación del sistema Taylor, etc., tienen por objeto aumentar la explotación de los trabajadores mediante la exacción de la plusvalía. En la producción socialista, el trabajo a destajo, las primas, etc., tienen por objeto aumentar el volumen del producto social y, en consecuencia, elevar el bienestar general. Los trabajadores que hacen más por los intereses generales que los demás tienen derecho a una mayor cantidad del producto social que los perezosos, los descuidados y los desorganizados [278].

Esto no lo dice Stalin (en 1939); lo dice Trotsky (en 1919).

La reorganización socialista de la producción durante el período inicial es inconcebible sin alguna «obligación de trabajo»: quien no trabaja no come. Eso es seguro. Probablemente habrá también un intento de estandarizar la cantidad de esfuerzo aportada por los distintos talleres y empresas, lo que requeriría el establecimiento de ciertas normas e índices de trabajo.

Todos los sofismas de Trotsky sobre el hecho de que el «trabajo libre» no ha existido nunca en la historia y no existirá hasta que haya un comunismo pleno no deben hacer olvidar, sin embargo, la cuestión crucial: ¿Quién establece estas normas? ¿Quién controla las obligaciones laborales de las personas y quién castiga a quienes no cumplen con ellas? ¿Serán los colectivos organizados de trabajadores? ¿O una categoría social específica, cuya función es, por tanto, gestionar el trabajo de los demás?

Gestionar el trabajo de los demás es el principio y el fin de todo el ciclo de explotación. La «necesidad» de una categoría social específica que gestione el trabajo de los demás en la producción (y la actividad de los demás en la política y en la sociedad), la «necesidad» de una gestión empresarial separada y de un Partido que gobierne el Estado: esto es lo que el bolchevismo proclamó tan pronto como tomó el poder, y esto es lo que trabajó celosamente para imponer. Sabemos que logró sus fines. En la medida en que las ideas

desempeñan un papel en el desarrollo de la historia –y, en los analistas finales, desempeñan un papel enorme–, la ideología bolchevique (y con ella, la ideología marxista que hay detrás) fue un factor decisivo en el nacimiento de la burocracia rusa.



Aaron Baron en 1911